

OBJETOS MALDITOS

JAVIER ARRIES

Guía de juguetes del mal
y lugares condenados



Luciérnaga

ÍNDICE

PORTADA

AGRADECIMIENTOS

1. LA NATURALEZA DE LA MALDICIÓN

2. MUÑECOS DIABÓLICOS. LOS JUGUETES DEL MAL

3. LOS CUADROS MALDITOS

4. LAS JOYAS DEL INFIERNO

5. ASIENTOS PELIGROSOS

6. ARQUEOLOGÍA Y MALDICIÓN

7. DEMONIOS Y SOMBRAS

8. LUGARES QUE MATAN

A MODO DE CONCLUSIÓN

APÉNDICE. MALDICIÓN DE CARLISLE

BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

AGRADECIMIENTOS

A Julita y a Vicente, sin los cuales simplemente nada de esto, ni lo anterior ni lo futuro, hubiera sido posible. A Shelly por acompañarme en la distancia en esta aventura, darme ánimos y su opinión sincera como lectora. A Toñi y Luna, psicólogas y compañeras, que me dieron su opinión como profesionales de algunos aspectos acerca del comportamiento humano hacia ciertos objetos.

A toda la gente, en fin, con la que me he cruzado en la vida, porque de un modo o de otro, de todos he aprendido algo; pero especialmente a aquellos que han aportado aliento y me han instigado a no tener miedo de seguir, de escudriñar, de inquirir, de averiguar.

La lista quedaría definitivamente incompleta si no mencionara además a Lorenzo Fernández Bueno, a Miguel Pedrero y a Enrique de Vicente, que no han dudado en recomendar mi trabajo a los editores en ésta y anteriores obras.

LA NATURALEZA DE LA MALDICIÓN

Tienes en tus manos, amigo lector, un libro por cuyas páginas van a desfilan todo tipo de objetos muy diferentes entre sí, pero todos ellos tienen algo en común. Dicen de ellos que están malditos, que atraen la desgracia, la ruina y toda suerte de infortunios a los que se relacionan con ellos. De algunos se afirma incluso que son instrumentos del diablo, o de la mismísima muerte. Son objetos de fama siniestra que arrastran una historia funesta. Se les atribuyen toda clase de desórdenes, desde simples rachas de mala suerte hasta las más terribles desgracias. Son objetos que se miran con miedo, que parecen poseer vida propia, que tienen un historial cuajado de muertes y de accidentes.

Pero no nos vamos a conformar con una mera enumeración de objetos nefastos. Queremos averiguar de dónde vienen las ideas, los motivos, las emociones profundas que esos objetos despiertan en nosotros. Pretendemos ahondar en sus raíces y en sus motivos, buscar entre los estratos más profundos de nuestros temores, enfrentarnos a ellos y conocerlos en su esencia más íntima. Nos hemos propuesto, en suma, entender la naturaleza de eso que llaman maldición. En este primer capítulo vamos a tratar de averiguar cómo se supone que actúan, por qué nos atemorizan, de dónde proceden esas ideas que hacen que percibamos un objeto inanimado, aparentemente inocente, como algo terrible capaz de hacernos daño. La primera pregunta es obvia: ¿qué es una maldición? ¿A qué nos enfrentamos? No obstante, a veces para responder una pregunta conviene indagar primero en su contrario. La moneda se conoce bien sólo cuando examinamos sus dos caras. Y la cara opuesta de la maldición es la bendición. Si consultamos el diccionario de la RAE, nos encontramos con la siguiente definición del verbo *bendecir*: «Invocar en favor de alguien o de algo la bendición divina».

No nos aclara mucho. Pero algo nos dice... Cuando se bendice algo o a alguien se le pone en contacto con un ente superior, de naturaleza divina. Encontramos más información si acudimos a la etimología, al origen de la palabra. *Bendecir* viene del latín *benedicere*, «decir bien», hablar cosas buenas de alguien, ensalzarlo y desearle lo mejor. Las «buenas palabras» de la bendición no tienen otro propósito que el de poner en contacto al objeto o a la persona bendecidos con la mismísima divinidad, ponerla bajo su advocación y protección con el fin de que prospere y medre. Desde el punto de vista del simbolismo religioso, la bendición que procede de alguien capaz de otorgarla de forma eficaz llena de luz divina, de cierta fuerza y virtud vivificadoras al bendecido, que de esta forma participa de un modo más activo de la naturaleza de lo divino. El bendecidor es un canal, un intermediario entre el objeto de la bendición y la gracia divina, entendida ésta como una «fuerza vivificadora».

Por el contrario, *maldecir* deriva de *maledicere*, «decir mal», hablar cosas malas de alguien, denigrarle, lanzarle imprecaciones, dictar un veredicto contra la persona o el objeto al que se imprecas. Y de forma implícita, invocar a algún poder para que la sentencia se cumpla de forma

inexorable y fatal. En la maldición, y desde el punto de vista mágico y religioso, el maldecidor invoca una fuerza destructiva, terrible, contra el maldecido, ya sea un ser vivo o un objeto inanimado en quien quedará almacenada esa fuerza venenosa, si es que no lo destruye antes. La maldición es tóxica, envenena el alma. Y en este punto la RAE, en su definición de *maldición*, sí es clara y concreta: «Imprecación que se dirige contra alguien o contra algo, manifestando enojo y aversión hacia él o hacia ello, y muy particularmente deseo de que le venga algún daño». Para el que cree en su poder, la maldición es una fuerza lanzada con el único objeto de destruir al maldecido o maldito, que ambos términos son correctos. La maldición es el deseo expreso y contundente de que la adversidad y la desgracia se peguen literalmente a un ser vivo, a un objeto, a un lugar; como si se tratara de una sustancia invisible pero real capaz de adherirse a la víctima, y tan eficaz para el que cree en ella como el hacha de un verdugo.

Antiguo, muy antiguo

Los antropólogos y los psicólogos han estudiado lo que se ha dado en llamar pensamiento mágico y saben que es algo que nos acompaña desde la prehistoria. El pensamiento mágico hace uso de la intuición, más que de la razón, y aplica sus propias leyes, su propia lógica al mundo. Convive en nuestra mente con el pensamiento objetivo, aquel que interpreta las cosas del mundo mediante causas y efectos visibles y mensurables. Pero el pensamiento mágico se expresa a través de símbolos y de pulsiones firmemente instaladas en nuestro inconsciente. Explica el mundo como si éste fuera un ente animado en el que todas las cosas tienen un alma. El pensamiento mágico atiende a sus propias premisas basadas en leyes como la de la analogía, «lo semejante atrae a lo semejante», «lo que es arriba, es abajo», o la imitación entre otras. Así pues, la magia consiste en aplicar conocimiento de esas leyes de lo invisible para, que en determinadas circunstancias, actuar e influir sobre lo visible.

Un ejemplo de magia imitativa es un ritual que se realizaba en Letonia para atraer la lluvia. Tres hombres se subían a un abeto sagrado. Uno de ellos golpeaba una pieza de metal con un martillo, imitando así al trueno; otro imitaba al relámpago arrancando chispas por fricción de hierros; y el tercero esparcía agua sobre la tierra con ramas que introducía previamente en un recipiente lleno del preciado líquido. Pero no es algo meramente cultural, o específico de una región del planeta. Es algo universal, presente en nuestra especie desde que caminamos sobre la tierra. En el otro extremo del mundo, en Nueva Guinea y en Nueva Bretaña, los brujos atraen la lluvia rociando agua sobre la tierra con la rama de un árbol. El mismo principio, y prácticamente el mismo procedimiento.

En el pensamiento mágico, el universo no sólo tiene un componente visible y mensurable, sino que posee un lado invisible accesible para aquel que conoce sus leyes. En esa realidad invisible las cosas están conectadas por una especie de mar psíquico, anímico, en el que todo está sumergido. Es el *Anima Mundi*, el alma del mundo, una sustancia que anima y pone en contacto todas las cosas. Los magos, los hechiceros, aspiran a dominar esa sustancia, ese poder, para obtener resultados palpables. En nuestro caso concreto la maldición moldea ese agente mágico universal para que actúe como un veneno que contagie, que intoxique el alma de personas, animales, cosas o lugares.

Maldiciones bíblicas

No debemos creer, sin embargo, que las maldiciones son sólo cosa del mal, o asuntos exclusivos de magia negra. El que maldice no siempre es un hechicero o alguien aliado con potencias infernales. A veces es la propia divinidad la que maldice, o un sacerdote, o alguien que desea castigar a un malhechor. Hay maldiciones lícitas, culturalmente aceptadas por los miembros de la comunidad y que se convierten en un acto de justicia social. Los propios dioses maldicen. En el Antiguo Testamento, Jehová bendice, pero también maldice. La primera de estas imprecaciones divinas tiene lugar en Génesis 3:14 y siguientes cuando maldice a la Serpiente para que se arrastre por el suelo durante toda su vida. Más adelante maldice a la mismísima tierra, y luego a Caín: «Ahora, pues, ¡maldito serás por parte de la tierra, que abrió su boca para recibir de tus manos la sangre de tu hermano!».

En Génesis 9:25 es Noé el que maldice a Canaán, el más joven de sus hijos, por haberse mofado de él cuando estaba borracho: «Maldito sea Canaán. Será siervo de siervos para sus hermanos». Ésta es una de las reprobaciones más temidas en todos los tiempos y no sólo en el ámbito judeocristiano. La maldición de un padre es considerada como algo temible, letal, eficaz como una máquina de precisión. Muchas historias y mitos se centran en un hijo que ofende a su madre o a su padre hasta tal punto que éstos le maldicen, maldición que suele cumplirse inexorablemente con efectos nefastos. La ofensa a los padres es tenida como un pecado muy grave en la mayoría de las culturas. Es el caso de Edipo, que maldice a sus hijos, Polinices y Eteocles, para que se maten entre sí. Como finalmente ocurre. Al morir Edipo, ambos hermanos se enzarzan en una guerra para hacerse con el trono de Tebas, durante la cual se quitan la vida mutuamente.

Las maldiciones continúan en otros libros del Antiguo Testamento. En el Deuteronomio, en Josué... Pero tampoco faltan maldiciones en el Nuevo Testamento. Y sin duda la más efectiva de todas, como ya puse de relieve en mi libro *El extraño poder de los aojadores*, es la que lanza el mismísimo Jesús a la higuera condenándola a secarse por no haber dado frutos: «Al día siguiente, cuando salieron de Betania, Jesús tuvo hambre. Al ver de lejos una higuera con hojas, fue a ver si hallaba en ella algún higo; pero al llegar no encontró en ella más que hojas, pues no era el tiempo de los higos. Entonces Jesús le dijo a la higuera: “¡Que nadie vuelva a comer fruto de ti!”. Y sus discípulos lo oyeron». Y la higuera se secó hasta la raíz. Más adelante, en otro capítulo, veremos cómo la maldición institucionalizada también ha estado presente entre los cristianos.

La maldición golpea. La maldición libera un poder invisible, y si el que maldice es un sacerdote o alguien que tiene algún tipo de potestad sobre lo invisible, como un mago o un hechicero, ese poder, en la creencia de muchos de sus convecinos, libera esa fuerza capaz de afectar a personas y objetos. Un ejemplo curioso, y reciente, es la maldición que en junio de 2013 el brasileño Edir Macedo Bezerra, fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios y autoproclamado obispo de la misma, dirigió a los teléfonos móviles de sus fieles que no paraban de sonar durante una de sus prédicas. Llevado por la ira, les imprecó del siguiente modo: «¿No tienen consideración? Malditos sean los teléfonos de quienes los trajeron aquí, ahora. Que se estropeen y no puedan repararse. Maldigo, yo maldigo el teléfono. Maldigo esa porquería. Vais a tener que comprar otro teléfono. Os maldigo si lo traéis la próxima semana. Voy a mantener la maldición». Puede parecer una anécdota divertida, pero ilustra a la perfección cómo aún en la actualidad se cree en la eficacia de una maldición.

Cuando se maldice se hace uso de la palabra, y la palabra tiene poder en muchas culturas y tradiciones. La maldición se materializa en la forma de una imprecación cargada de odio o de un deseo muy intenso de que se cumpla. Y a la hora de formularla se siguen reglas estrictas. Se emplean frases desiderativas en las que los verbos se utilizan en modo subjuntivo, el tiempo verbal en el que se expresan los deseos: «Que te ocurra esto o lo otro. Que así sea». En un capítulo posterior conoceremos la historia de la silla de la muerte, de la que se afirma que todo aquel que se ha sentado sobre ella ha muerto, a veces en cuestión de horas. Como veremos más adelante, sentado en ella, el condenado a muerte Thomas Busby profirió una maldición que sigue esta regla: «Que la muerte repentina sobrevenga a todo aquel que se siente en esta silla». Ésa es la fórmula típica para una maldición.

Maldiciones en tierra de faraones

El poder de la palabra actúa como vehículo de una fuerza invisible... Pero muchos pueblos usaban también el poder de la escritura, un modo de fijar en el tiempo la propia palabra. Y, llegados a este punto, seguro que muchos estaremos pensando en la famosa «maldición de los faraones». Es una creencia muy extendida entre el gran público, incluso antes de que se descifrarán los jeroglíficos, que una maldición pesa sobre las momias y tumbas de los faraones, una maldición dirigida a los profanadores y ladrones. La creencia en la maldición faraónica empezó a circular por Europa en el siglo XIX; pero ya nos ocuparemos de ella más adelante.

En tierras egipcias vamos a encontrar no sólo imprecaciones, sino también objetos para maldecir de forma más eficaz, objetos de maldición. Y es que ésta se hace aún más poderosa, se formaliza, si se escribe sobre algo creado con ese fin. Se tiende así a fijarla, como si fuera un contrato con las divinidades a las que se quiere invocar para dañar a alguien. Para ello utilizaban los llamados textos execratorios o listas de proscripción. Se usaban para maldecir a los enemigos del faraón y del Estado, ya fueran o bien personas concretas —gobernadores o reyes—, o bien ciudades o incluso tribus enteras.

Los nombres de los enemigos se escribían sobre estatuas que los representaban, o simplemente en bloques de piedra o de arcilla. Después, en un ritual típico que combinaba la magia simpática con la imitativa, se procedía a destruirlas. Durante el ceremonial se realizaban una o más acciones que simbolizaban la denigración y la total devastación del enemigo. La destrucción de las tablillas con los nombres de los enemigos, vinculadas por tanto de un modo mágico con ellos, provocaría así la aniquilación de los adversarios. El objeto execrado sufría todo tipo de castigos, que iban desde estrellarlo contra el suelo, pisotearlo, apuñalarlo o atravesarlo con lanzas, hasta cortarlo, escupir sobre él, encerrarlo en una caja, quemarlo u orinar sobre él y enterrarlo. Lo habitual era realizar varias acciones de este tipo y repetirlas con cierta regularidad.



Esta muñeca del s. IV encontrada en Egipto y que puede contemplarse en el Museo del Louvre representa a la víctima desnuda, arrodillada y atada. La atraviesan trece clavos de bronce. Estaba en el interior de un jarrón de barro cocido junto a una tablilla de maldición de plomo.

© Marie-Lan Nguyen/Wikimedia Commons

Estas tablillas ya existían en el Imperio Antiguo (entre el año 2686 y el 2181 a. C.), donde tomaban la forma de estatuillas de arcilla sin cocer que se envasaban en tarros de cerámica. Las figuras representan a los enemigos como si fueran prisioneros del mago, con las manos atadas, impedidos, paralizados. Las estatuillas llevaban el nombre de la víctima escrito en el pecho, quedando así ligadas las unas a las otras de modo mágico. Todo lo que se hiciera sobre la estatuilla repercutiría de forma fatal sobre el adversario. Estas figuras siguieron usándose en el Imperio Medio (entre el año 1991 y el 1786 a. C.), pero poco a poco empezaron a ser sustituidas por vasijas de cerámica y por barcos en los que se escribía el nombre de todos los enemigos en una lista, hasta que su uso decayó en el Imperio Nuevo, aunque nunca dejaron de utilizarse.

Sin embargo, como ya dijimos, a veces los magos no se conformaban sólo con representaciones de aquellos a los que querían destruir. En lugar de vincular un objeto inanimado con el enemigo, ¿por qué no vincular a un ser vivo con otro ser humano que lo represente? Ese paso cruel se dio. A veces se utilizaban animales o prisioneros humanos que representaban a la ciudad o las tribus a las que se quería maldecir y el ritual se convertía también en una sangrienta ceremonia de sacrificio. En Avaris se han encontrado restos de animales, pero también de seres humanos; entre ellos cabezas decapitadas, dedos cortados y esqueletos completos. Son la prueba de que se realizaban sacrificios humanos y de que se utilizaban animales en ceremonias de maldición.

En la fortaleza Nubia de Mirgissa, al norte de Sudán, también se han encontrado restos de cera de abeja fundida. Eso significa que a veces las estatuillas se hacían con cera, como las mal llamadas muñecas vudú. Estos muñecos de cera probablemente eran quemados en rituales execratorios para destruir a los enemigos que representaban. Son las muestras más antiguas del uso de muñecas mágicas. Probablemente se usaban en gran cantidad, pero al ser la cera un material perecedero todavía no se han encontrado figuras que hayan sobrevivido al paso de los siglos. Métodos antiguos y que sin embargo perviven a día de hoy. Basta darse un paseo por cualquier tienda de ocultismo para encontrar fácilmente velas en forma de hombre o de mujer que se venden con el mismo propósito con el que eran utilizadas hace miles de años.

De hecho es del antiguo Egipto de donde tenemos una de las primeras descripciones escritas del uso de figuras de cera para maldecir, hechizar y acabar con la vida de alguien. En un papiro llamado «La Conspiración del Harén» se describe un juicio y la subsiguiente condena de los implicados en un complot para asesinar al faraón Ramsés III, que gobernó desde el año 1184 hasta el 1153 a. C. La intriga se inició en el harén del faraón. Fue urdida por su segunda esposa, Tiye, con objeto de derrocarlo y entronizar a su hijo. Oficiales, escribas, mujeres del harén real, cuatro príncipes y personas muy cercanas al rey estaban involucrados. Al acabar el juicio veintiocho acusados fueron condenados a muerte; otros seis fueron obligados a suicidarse en público, y cuatro más, incluido el príncipe que los instigadores querían ver en el trono, fueron condenados a suicidarse en privado. Pero lo curioso de esta conspiración es que los conjurados hicieron uso de la magia en su intento por acabar con la vida del faraón.

El uso de la magia y de los ritos con fines siniestros fueron los cargos presentados contra uno de los implicados, Hui, un alto oficial al que los conjurados pidieron ayuda para hechizar al faraón y darle muerte. Hui se unió a la conjura, y para poder llevar a cabo sus planes se apropió de un libro de ritos y hechizos que encontró en la biblioteca real. Usando el libro, obtuvo «poderes divinos» y practicó varios rituales. Entre ellos la creación de amuletos de amor con los que supuestamente algunas mujeres del harén implicadas en el complot sedujeron a cinco de los jueces en un intento por ser absueltas. No tuvieron éxito: se descubrió que los cinco jueces tenían relaciones con ellas y fueron condenados. Se les arrancaron la nariz y las orejas como escarmiento para el resto de los jueces.

Pero Hui no se había limitado a hechizos de amor, sino que había creado figuras de cera con las cuales paralizaba a los hombres y los dejaba sin voluntad. Sin embargo, el delito más terrible fue el de moldear figuras de cera destinadas a acabar con la vida del faraón. Hallado culpable de querer matar al rey usando ritos impíos y horribles, fue sentenciado a suicidarse. Según investigaciones recientes el complot tuvo éxito. Los conspiradores acabaron con la vida del faraón, pero su crimen fue descubierto. Hasta hace poco no se sabía muy bien cuál fue la causa de su muerte, y el fin del poderoso faraón era un misterio que se resolvió en 2012 tras un examen concienzudo de su momia. El resultado del análisis fue sorprendente. Después de todo, los conspiradores lograron su objetivo de asesinarle, ya que el examen reveló un tajo profundo y mortal en la garganta del monarca. Alguien le cortó el cuello con un instrumento afilado. Ramsés III murió degollado víctima de los conspiradores.

Maldiciones clásicas

Pero la maldición y sus prácticas no eran exclusivas de los egipcios ni de los pueblos del Oriente Próximo. Todo el Mediterráneo sabe mucho de maldiciones. Los etruscos, los romanos y los griegos usaban también objetos similares a las tablas de execración de sus vecinos del sur: las llamadas tablas de maldición. Hasta 1.600 tablillas con maldiciones de todo tipo se han encontrado en diferentes lugares de Europa y Asia. Los griegos las denominaban *katadesmos*; los romanos, *tabella defixionis* (en plural, *tabellae defixionum*), o simplemente *defixio*. Se utilizaban

planchas delgadas de papiro, de cera, de madera, de prácticamente cualquier material que permitiera escribir encima; pero son sobre todo las de plomo las que han llegado hasta nosotros por ser de un material menos frágil.

¿Cómo se empleaban estos instrumentos de odio? El maldecidor escribía en la tablilla de plomo el nombre de la persona que quería que resultara dañada. A menudo se añadían los motivos por los que se la maldecía, las faltas que el sujeto había cometido y por las que se reclamaba venganza. También solía especificarse, con todo lujo de detalles, cuáles debían ser los males, las desgracias y los sufrimientos que debían caer sobre la víctima. Con frecuencia se añadían además invocaciones a ciertas deidades infernales para que se ocuparan de castigar a la persona que era el objeto de la maldición. Las deidades a las que se acudía solían ser dioses infernales o del inframundo, como Hades, dios del mundo de los muertos; Caronte, el barquero que lleva las almas de los difuntos a la otra orilla del río de la muerte; Proserpina, diosa del submundo; Hermes Psicopompo, conductor de muertos; o Hécate, divinidad femenina, terrible, a la que se representaba con tres cabezas y asociada a los cruces de caminos, que a menudo se contemplaban como una puerta al mundo de los muertos. No en vano se la llamaba reina de los fantasmas y enemiga de la humanidad. Son todos dioses relacionados con el mundo subterráneo, de las sombras, y que tienen relación con la muerte y los difuntos.



Tablilla de maldición encontrada en Londres. El texto dice: «Maldigo a Tretia María y toda su vida, su mente y su memoria y su hígado y sus pulmones, que se mezclen, y sus palabras, sus pensamientos y su memoria; de modo que sea incapaz de hablar de cosas que están ocultas, que no pueda». Se conserva en el Museo Británico.

© Marie-Lan Nguyen/Wikimedia Commons

En el Museo Cívico Arqueológico de Bolonia, en Italia, se guardan, por ejemplo, dos tablillas con imprecaciones en griego. En ambas aparece la imagen de Hécate representada del mismo modo: con serpientes saliendo de su cabeza y los brazos cruzados sobre el abdomen. Una de las tablillas va dirigida contra un veterinario llamado Porcello, como se desprende de la imprecación: «Destruye, aplasta, mata y estrangula a Porcello y su esposa Maurilla. Su alma, el corazón, las nalgas, el hígado...». Pero, además, debajo de la imagen de la diosa Hécate, como a sus pies, se muestra a la víctima envuelta en vendas o momificada, con los brazos en la misma posición que la diosa. Se sabe que esa figura representa a Porcello porque su nombre está escrito sobre los brazos cruzados encima del vientre. La otra tablilla, muy parecida, va dirigida contra Fistus, un senador romano, y también contiene palabras terribles. Un fragmento de la maldición menciona su nombre: «Aplasta, mata a Fistus el senador. Que Fistus se diluya, se consuma y se hunda, y que todos sus miembros se disuelvan...». Éste es el lenguaje típico en este tipo de tablillas, donde sin reparo alguno se expresan malos pensamientos y furibundos deseos de venganza.

Una vez escrita la maldición, la plancha era doblada, o bien se enrollaba, y se depositaba en un pozo, en un río, bajo tierra... En otras ocasiones se clavaban en la pared de algún templo como si la víctima fuera ofrendada como un sacrificio a los dioses. Muy a menudo se encargaba la tarea de ejecutar la maldición a los muertos, de modo que se enterraban en una tumba y la tarea de perseguir al maldecido recaía sobre el difunto que yacía en el sepulcro. Por la misma razón también era habitual dejarlas en lugares donde la muerte se hubiera cobrado víctimas. Los lugares donde se habían producido ejecuciones, asesinatos, batallas, eran sitios idóneos, ya que allí los hombres habían perdido la vida entre el miedo y la angustia y no conseguían descanso alguno tras la muerte. Nada más terrible que una sombra errante no pacificada y ofuscada por la sangre y el odio.

Con frecuencia, cuando no se dibujaba a la víctima en la tablilla, ésta iba acompañada de una figura también de plomo o de otros materiales, como cera, bronce o arcilla, que la representara. Se las denominaba *kolossoi* entre los griegos, y se empleaban del mismo modo que las tabillas, dejándolas en sitios similares y bajo la advocación de muertos o dioses infernales. Habitualmente, la estatuilla representaba al maldecido atado de pies y manos, impedido, amarrado como una víctima preparada para ser sacrificada. A menudo se inscribía también el nombre de la víctima sobre ella.

La figura, que representaba evidentemente a la persona maldecida, era también enterrada junto a la tablilla o arrojada a algún lugar oscuro, como si se quisiera arrojar realmente a dicha persona al abismo o a la oscuridad de la tumba. Muchas de ellas pueden contemplarse en los museos. Por ejemplo, en el Museo del Louvre puede verse una muñeca de arcilla que representa con bastante fidelidad a una mujer desnuda, arrodillada y con las manos atadas a la espalda y sobre la que se han clavado hasta trece agujas o clavos finos de bronce. Cada aguja está situada en un punto estratégico y representa una influencia que se quería ejercer sobre el órgano correspondiente de la mujer representada. Se encontró en Egipto, aunque es de factura griega. Es del siglo IV pero sigue la misma tradición que las tablillas de siglos anteriores. Se encontró en el interior de un jarrón de barro cocido junto con una tablilla de plomo. Gracias a la tablilla sabemos que la mujer se llamaba Ptolemis y que quisieron someterla a un conjuro de magia amorosa, lo que popularmente se conoce como un «amarre».

Obsérvese cómo la representación de la víctima atada, paralizada, es algo muy corriente en este tipo de maldiciones que utilizan figuras. Como vimos, era común entre los egipcios, donde los enemigos del Estado, del faraón o del mago eran representados como prisioneros, con las manos atadas en la espalda. F. J. Bliss y R. A. S. MacAlister, arqueólogos británicos que trabajaron en Palestina, encontraron en Maresha, una antigua ciudad israelí situada en un lugar llamado en la actualidad Tell Sandahanna, dieciséis figuritas de plomo antropomorfas con cabeza, piernas y brazos bien definidos. En todas ellas las manos están atadas, por delante o por detrás del cuerpo, con finos hilos de plomo, de hierro o de bronce. A veces también los pies están atados. Eran figuritas del período clásico, con influencia griega.



Figura de plomo para maldecir que representa un hombre con las manos atadas a la espalda, en una cajita de plomo.
Museo Arqueológico de Atenas.

© de Giovanni Dall'Orto/ Wikimedia Commons

La maldición implica dejar a la víctima indefensa, paralizada, como un prisionero al que el hechicero puede hacer impunemente lo que quiera e infligirle los castigos que desee. La víctima así representada no puede hacer nada salvo esperar el golpe de gracia. En la Biblia, concretamente en el Deuteronomio, se cita a los hōber hāber cananeos, cierto hechiceros «ligadores», capaces de maldecir y de paralizar, de ligar a sus víctimas, o liberarlas, desligarlas, a voluntad, utilizando probablemente figuras semejantes. Pero, del mismo modo, las figuras pueden representar también a demonios y divinidades sobre las que el hechicero tiene el poder de liberar o de encadenar para desatarlas cuando lo desee, como si soltara una jauría invisible sobre su presa. Más adelante tendremos ocasión de profundizar en el uso mágico de esfinges y fetiches en un capítulo dedicado a los muñecos malditos.

Como ya dijimos, a menudo la maldición se lanza como venganza contra alguien que ha causado algún tipo de daño al que maldice. Se trata entonces de castigar por un daño recibido, como un robo, por ejemplo. Si no se conoce el nombre del culpable, entonces a la lista de las faltas cometidas se añade alguna fórmula del tipo «quien haya sido culpable de...»; y si se sospecha de alguien en concreto pero no se está seguro, suele emplearse una del tipo «si fulanito es culpable...». A veces la maldición se usa directamente con fines egoístas, como una forma de intentar debilitar a un contrincante. Por ejemplo, entre oradores o en un pleito, uno de los litigantes podía crear una tablilla para pedir que su contrincante se confundiera cuando le tocara hablar, que no encontrara palabras, que no contara con la simpatía del público o de los jueces; o para mermar las fuerzas de un oponente deportivo; o, en definitiva, para que todo fuera favorable al creador de la tablilla y le fuera mal a aquellos que pudieran interponerse en sus deseos de salir victorioso de alguna empresa. En una tablilla encontrada en Londres y expuesta en el Museo Británico se lee la siguiente imprecación: «Maldigo a Tretia Maria y a su vida y a su mente y memoria y que su hígado y sus pulmones se mezclen, y sus palabras, pensamientos y memoria, para que ni pueda ni sea capaz de hablar de las cosas que están ocultas».

Objetos malditos

Como hemos visto, desde el punto de vista del pensamiento mágico además del mundo físico y material existe otra realidad invisible. Entre el mundo físico y el del espíritu puro donde reside la divinidad el hombre imagina un mundo intermedio, invisible, una especie de océano psíquico, el

alma universal en la que están sumergidas a su vez las almas de objetos y seres vivos. La sustancia de ese mundo invisible recibe diferentes nombres. Es el *mana* polinesio, el *chi* o *ki* en Extremo Oriente, el *prana* hindú, o el *heka* del antiguo Egipto. Es una fuerza vital que, para los que creen en ella, es susceptible de ser acumulada y manipulada por sacerdotes, magos, brujos y hechiceros... En el caso de la maldición ese poder se emplea para que resulte perjudicial, y puede residir y almacenarse en objetos, objetos malditos que traen desgracia y todo tipo de infortunios a aquellos que se ponen en contacto con ellos. Es la base del maleficio, del latín *maleficium*, «hacer mal», que no es sino un tipo de maldición ilícita, realizada con fines egoístas o malignos.

A modo de clasificación

En este libro vamos a ver muchos ejemplos de objetos sobre los que supuestamente ha recaído una maldición. Son, por decirlo así, el soporte material y físico donde vive una fuerza destructiva, aniquiladora. En las siguientes páginas, y antes de adentrarnos definitivamente en el mundo de los objetos malditos, vamos a aventurar un intento de clasificación. Por un lado, hay materiales a los que tradicionalmente se les achaca algún efecto pernicioso para los humanos, de los que se dice que traen mala suerte. En realidad, no están asociados a maldición o a ente maléfico alguno. Simplemente se cree que son perjudiciales por su propia naturaleza. No son malos por sí mismos, pero en la creencia popular son sustancias y objetos nocivos para los seres humanos. En la llamada magia talismánica un amuleto es un objeto natural, un mineral, un vegetal, una parte de un animal, algo apenas elaborado, que se supone trae buena suerte a su portador. Pues bien, habría objetos y sustancias que actuarían como «antitalismanes», objetos o materiales que «traen mala suerte».

En el Renacimiento se desarrolló lo que se conocía como Magia Natural, a la que contribuyeron autores como Paracelso o Agrippa. Según los axiomas de la misma, cada objeto, cada material está regido por fuerzas invisibles, aunque naturales, que actúan sobre los organismos vivos, algunos de forma favorable, otros de forma perjudicial. En el caso del mundo mineral, por ejemplo, los lapidarios medievales recogían todo tipo de tradiciones y leyendas asociadas a gemas y minerales. A cada uno se le atribuían determinadas propiedades, incluso medicinales. Pero de otros se recomendaba no usarlos o hacerlo para perjuicio de otros porque se les suponían propiedades peligrosas para el ser humano. Un ejemplo de este tipo de objetos de los que estamos hablando son por ejemplo los ópalos, una gema a la que persigue la mala fama de traer mala suerte a sus portadores. Esmeraldas y perlas también tienen mala fama. Y muchos creen que ejercen una influencia perniciosa.

Pero los objetos que nos interesan en esta obra no son nefastos por su naturaleza ni por sí mismos, sino por haberse convertido en portadores de una fuerza maléfica «depositada» en ellos, puesta allí de forma voluntaria en algunos casos, o de forma involuntaria en otros. Y dentro de esta categoría veremos que hay, por un lado, objetos asociados a una fuerza impersonal, neutra; pero, por otro lado, encontraremos otros que, siempre desde ese punto de vista del pensamiento mágico, se consideran «infestados»; es decir, que se les contempla como el medio sólido donde «reside» una entidad, un ser de carácter maligno o, en el peor de los casos, incluso demoníaco. Examinemos primero estos últimos.

Objetos infestados

Los objetos «infestados» están asociados en mayor o menor medida a una supuesta entidad que los manipula o que «habita» en ellos. El origen de la entidad puede ser de lo más variopinto. Por ejemplo, la entidad puede haberse visto atraída por el objeto por la naturaleza del mismo, afinidad con él, por el lugar donde se encontraba, etcétera. Uno de los casos que examinaremos más adelante y que entrarían dentro de esta categoría es el de la muñeca *Annabelle*, supuestamente manipulada por una entidad demoníaca cuyo objetivo real sería poseer a su dueña, según el famoso matrimonio Warren, bien conocidos por los simpatizantes de lo paranormal y en cuya casa museo reside actualmente este juguete que ha inspirado algún que otro film de terror. Es el caso también, por poner otro ejemplo, de muchas historias que tienen como protagonistas a muñecos o juguetes con los que su dueño, generalmente un niño, crea un fuerte vínculo emocional. Su muñeco es su amigo y su confidente, y en muchas de estas historias, cuando el niño muere, transfiere su alma, su sombra o su psiquismo al muñeco. En el caso de *Annabelle*, siempre según los Warren, la entidad que manipulaba la muñeca intentaba engañar a su dueña haciéndole creer que la muñeca era el juguete preferido de una niña muerta cerca de su casa y que ahora «vivía» dentro del juguete.

En otras ocasiones la presencia de la entidad se achaca a que los objetos han estado presente en ceremonias o rituales de carácter mágico o religioso; o que han estado en templos o lugares de culto y acaban como objetos de decoración, en manos de coleccionistas, etcétera. Ni siquiera tienen por qué haber sido testigos de ritos de carácter maléfico. Es corriente en muchas culturas del planeta pensar que los objetos que participan en rituales y ceremonias se saturan tanto de fuerza psíquica, de poder invisible, que actúan como una batería generando todo tipo de efectos a su alrededor, hasta el punto de que pueden resultar perturbadores no por el carácter de la fuerza que encierran, sino por su intensidad. Por ejemplo, algunos pueblos siberianos creen que los objetos y las vestiduras de los chamanes están tan henchidos de poder que pueden moverlos los espíritus con los que trata el chamán y que rondan dichos objetos. Igualmente creen que de sus herramientas y vestiduras provienen todo tipo de ruidos o de manifestaciones muy similares a las que un parapsicólogo occidental identificaría como un poltergeist.

Es el caso, por poner un ejemplo muy corriente, de ciertas máscaras africanas o asiáticas, que representan a alguna divinidad o a algún ser espiritual invocado en ceremonias tribales o étnicas y que supuestamente son la morada de dicha entidad. Las máscaras son habituales, por ejemplo, en muchas culturas totémicas, en las que a menudo se realizan ceremonias en las que danzantes sagrados interpretan y representan al espíritu totémico de su clan. A menudo emplean para ello máscaras que representan al espíritu animal, a veces vegetal, que es su antepasado mítico y con el que están emparentados. Generalmente las consideran habitadas por el espíritu del tótem, espíritu con el que ellos mismos se identifican dejándose poseer por él cuando se cubren con ellas. Es entonces cuando su personalidad «mundana» desaparece y aflora la del espíritu del clan manifestándose a través del movimiento del danzante. Por tanto, la entidad está ligada a la máscara.

Otras veces se trata de antepasados, en cuyo caso se cree que el espíritu del antepasado muerto mora o deja su impronta en ellas. Son muchas las historias en torno a objetos rituales que alguien compró en un país exótico, o procedentes de algún lugar donde ciertas tradiciones, como

el culto a los antepasados o a los espíritus de la naturaleza, siguen muy vivas y en las que una entidad se manifiesta supuestamente de una u otra forma allí donde se ubiquen. El cine y la literatura de misterio y terror tienen aquí una de sus fuentes de inspiración favoritas. Y más de un comprador de este tipo de objetos, cuando las cosas le han ido mal o se obsesiona con alguno de estos artículos, ha intentado deshacerse de él «por si acaso» o convencido de que algo extraño entró en su vida cuando lo adquirió en aquel viaje o en aquella tienda de objetos exóticos, tribales, etcétera.

Otra subcategoría de objetos infestados son aquellos sobre los que se ha realizado algún ritual intencionado para asociarlos de forma voluntaria a un espíritu, a un demonio, etcétera. De hecho, es algo muy corriente en muchas culturas y una de las principales formas de maldecir y maleficar. En este caso y en última instancia se trata de entregar a la víctima, de cedérsela, a una entidad sobrenatural generalmente aterradora, como el espíritu de algún difunto, un ser demoníaco o una divinidad infernal. Recordemos las tablillas de maldición grecorromanas en las que el maldecido era entregado a Hécate, o a las furias, o a los demonios para que lo torturaran. Con frecuencia, el ceremonial está orientado a ligar alguna de estas entidades al objeto.

El siguiente paso es tratar de que el objeto llegue hasta la víctima y ésta se «infecte» por contacto. Una forma típica de hacerlo, por ejemplo, es enterrarlo en algún sitio sobre el cual se sabe a ciencia cierta que va a pasar el sujeto, ponerlo cerca de la puerta de su casa o hacer que le llegue de alguna manera. No hace mucho tiempo, en la propia Europa, los hechiceros y brujos ofrecían sus servicios a clientes que pagaban a menudo sumas sustanciosas para que hechizaran, hicieran sufrir y perecer a sus enemigos o a aquellos que les estorbaban. Entonces el brujo trataba de hacerse con algo que fuera del adversario de su cliente. Para ello, a menudo sobornaba al servicio para conseguir objetos del mismo. Conseguían así recortes de uñas, cabellos, prendas u otros objetos con los que realizar su conjuro. Después, por el mismo medio, hacían que el objeto maldito se introdujera en la casa y, a menudo, fuera colocado bajo el colchón o bajo la cama de la persona a la que había que dañar. Estos objetos entran con pleno derecho en la categoría de objetos malditos. En uno de los capítulos de esta obra y como ejemplo de este tipo de objetos presentaremos el caso del muñeco *Robert*, que supuestamente habría sido confeccionado para intervenir en un ceremonial ejecutado para ligar al muñeco a un ente maléfico y que después habría sido regalado a su propietario.

Objetos cargados de forma voluntaria

No siempre se liga el objeto a una entidad. En esta categoría se incluyen aquellos objetos que llevan adherida alguna fuerza de carácter maléfico pero impersonal, aunque no por ello menos dañina. ¿Cómo se «condensa» esa fuerza siniestra en un objeto? Pues por una proyección intensa sobre él de pensamientos y emociones fuertes. Odio, ira, miedo, dolor... Ahora bien, esto podría hacerse —como decimos, siempre desde el punto de vista del pensamiento mágico— de forma inconsciente o consciente. Estamos, por tanto, ante dos categorías dentro de la general. Examinemos primero la que corresponde a objetos cargados de forma consciente por alguien que supuestamente sabe cómo hacerlo y lo hace por voluntad propia con el fin de maldecir un objeto para hacer daño a alguien.

A la hora de hacer un maleficio, los hechiceros no siempre recurren a ceremonias en las que se invoca a un difunto o a otra entidad con objeto de ligarla al objeto. En su lugar lo que hacen es proyectar su odio sobre él, «envenenarlo» con su propio poder mágico moldeándolo con intenciones perversas. Mediante el correspondiente ceremonial, el brujo intenta primero cargarse él mismo de ese hipotético poder invisible, ese fluido psíquico que sería la sustancia del mundo intermedio entre este mundo y el del espíritu. Mientras reúne todos los elementos del ceremonial y procede con ellos se concentra intensamente en su objetivo. Todos los pasos de un ritual de hechicería están destinados a focalizar de forma obsesiva la mente del operador, del hechicero, en una sola idea. Desde el primer instante todo lo que el brujo hace durante el ritual le recuerda a su víctima y el sufrimiento que le quiere infligir. Mediante imprecaciones y actos simbólicos, llega a un clímax donde se siente inundado de una ira perversa y violenta. Es en ese momento culminante de la operación cuando «lanza» todo ese amasijo de odio hacia el objeto, dejando que fluya de sus dedos, de sus ojos, de su mente y de su corazón resentido. Se dice entonces que ha «cargado» el objeto. Y ese objeto deberá ser puesto en contacto con la víctima del mismo modo que hemos visto en el apartado anterior.

En realidad, el hechicero también usa este procedimiento de concentrarse en pensamientos de odio y destrucción cuando evoca a alguna entidad para que se «ligue» al objeto maldito, habitualmente un demonio o la sombra de un muerto. Esos pensamientos de odio y destrucción atraerán con más facilidad al tipo de ente que quiere que trabaje para sus propósitos. Quienes creen en el poder de la magia piensan que aun cuando no utilice a ninguna entidad, el ritual, en combinación con el pensamiento y las emociones concentradas de odio, generan una «forma de pensamiento», una especie de entidad artificial sin conciencia propia real pero que tiende a tratar de sobrevivir, de preservarse a sí misma, alimentándose de pensamientos y emociones similares a las que le dieron nacimiento. En la teoría mágica, estos «elementales artificiales» tenderán a obsesionar a la víctima, provocando la aparición de pensamientos y emociones similares con el fin de absorberlos y hacerse cada vez más fuertes. En muchas historias sobre muñecas, su poseedor afirma que no puede dejar de pensar en ella, que parece estar manipulando su pensamiento y su mente, que aparece en sus sueños. El temor, la obsesión, la fascinación por un objeto que a la vez atrae y da miedo..., todo ello alimentaría y daría cada vez más fuerza a la forma de pensamiento que supuestamente habita en él.

En otro de los casos que veremos a lo largo de estas páginas conoceremos a *Amanda*, una muñeca vendida a través del conocido portal de subastas de internet eBay en 2009 y que supuestamente está encantada y maldita. Según dicen, provoca tanto miedo en sus compradores que ha sido vendida y revendida más de veinte veces. Una de sus propietarias aseguraba que, además de otros fenómenos extraños que experimentó cuando la adquirió, la muñeca se adueñaba de su mente, que estaba continuamente en su pensamiento. Tal era la fijación con ella que le hablaba y le contaba sus secretos más íntimos. Consciente de esa obsesión, a veces trataba de olvidarla; pero cuando lo hacía, la asaltaban horribles pesadillas con el diabólico juguete como protagonista. Para algunos será claramente un caso de autosugestión; para otros la obsesión que esta mujer afirmaba tener con *Amanda* sería provocada por una forma de pensamiento que habita en ella y que se alimenta de su temor y de esa fijación.

Pero volvamos a los procedimientos de los maleficiadores. Una vez «cargado» el objeto, el hechicero debe hacer que le llegue a su víctima, ponerlo en contacto con ella. Para ello a menudo recurre al ardid de utilizar como soporte algo de cierto valor que será regalado a la persona que se desea destruir. El objeto en sí es un cebo, una trampa mortal en un envoltorio agradable. Un ejemplo de esta forma de proceder lo encontraremos más adelante. Se trata de un fatídico anillo con un ópalo engarzado que la condesa de Castiglione habría hecho llegar hasta la reina María de las Mercedes como regalo de bodas por sus nupcias con Alfonso XII. Dicen las malas lenguas que la experimentada condesa, célebre por su belleza, tuvo un *affaire* amoroso con el joven rey de España antes de que se decidiera esta boda que convenía a los intereses de la monarquía, y que la condesa, despechada, quiso vengarse del monarca y de su rival, la joven esposa del rey, encerrando una maldición en este regalo literalmente envenenado que habría acabado con la vida de la reina, de su hermana, del propio rey, de su abuela, y de la propia hermana del rey. Lo veremos más detenidamente en su momento.

Objetos cargados de forma involuntaria

Pero ocupémonos ahora de esa otra subcategoría dentro de los objetos que hemos denominado «cargados», la de aquellos cuya carga no se ha producido de forma voluntaria por un operador, un hechicero, un brujo... Y es que, como hemos visto, el pensamiento mágico tiene sus propias leyes. Y del mismo modo que el brujo puede proyectar su pensamiento en un objeto, las personas que viven experiencias intensas, especialmente aquellas que son negativas, que generan emociones intensas de dolor, de ira, de miedo, de odio, de sufrimiento, podrían dejar buena parte de su impronta emocional en algún objeto que esté en contacto con ellas, y más aún si mantienen un lazo afectivo con él.

Existe la creencia de que en los lugares donde se han producido hechos luctuosos, donde ha habido muertes o dolor, como por ejemplo campos de batalla, sanatorios, hospitales, lugares donde se han producido asesinatos, etcétera, la carga emocional de las personas que han sufrido esas emociones intensas se adhiere de alguna forma al lugar y a los objetos que permanecen en él. Esa atmósfera psíquica que supuestamente impregna estos lugares intoxicaría el lugar induciendo de alguna manera a otros para que los hechos se repitan nuevamente, retroalimentándose, y generando cada vez más carga psíquica en el lugar; como un vórtice, como un torbellino que se retroalimenta.

De acuerdo con esa misma creencia, los objetos que permanecen en esos lugares participan de dicha atmósfera y cuando son sacados de allí llevan consigo esa fuerza que envenena a su vez a todo aquel que entra en contacto con ellos. Aunque se disfracen con una terminología diferente, más moderna, todas estas creencias no son nuevas. Al contrario, son universales y atemporales, y las podemos encontrar a lo largo y ancho de todo el planeta, aunque cada cultura las describa en sus propios términos. Forman parte de los estratos más oscuros y recónditos de nuestra psique y afloran más fácilmente de lo que a muchos les gustaría reconocer. Son la base de nuestros miedos a lo que no conocemos, los mismos que emergen cuando cae la oscuridad y el velo de lo racional es más fino.

Los objetos del miedo

Hemos hecho una somera clasificación de los diferentes tipos de objetos que proliferan por el siniestro mundo de lo maldito. Pero una pregunta que surge de inmediato es qué hace alguien que cree estar en presencia o posesión de uno para librarse del mismo. En algunos casos el primer impulso es, si se trata de un objeto decorativo o de cierto valor, intentar venderlo o regalarlo a otra persona. De hecho, el portal de subastas eBay está lleno de objetos puestos a la venta por sus dueños porque, según dicen en el anuncio que describe el artículo del que se quieren deshacer, están hechizados, embrujados o malditos. Algunos lo hacen porque creen que no es ético ocultarlo y para que el comprador sepa a lo que se expone; pero otros lo hacen como una estrategia comercial, porque aunque suene extraño hay muchos coleccionistas de lo insólito dispuestos a pagar importantes sumas de dinero por objetos con fama de estar malditos. Por esa misma razón no faltan tampoco los vendedores espabilados que se inventan auténticas historias de terror en torno a sus objetos en venta para llamar la atención de posibles compradores interesados en lo paranormal. Muchos de los compradores de este tipo de artículos son investigadores de ese campo deseosos de encontrar algún buen material para sus estudios.

En otros casos, los dueños de tales objetos, si como decimos tienen algún valor, intentan deshacerse de ellos regalándolos a amigos, conocidos e incluso familiares; un proceder no demasiado ético, se crea o no en maldiciones. Es la intención lo que cuenta. Uno queda bien y encima se deshace de algo que le inquieta y le da miedo... y se lo endosa a otro. No es desde luego un proceder muy loable, pero resulta ser algo bastante habitual. De todos modos, si hemos de creer lo que se dice, suele ser en balde, porque las historias sobre objetos malditos que se regalan, o que se tiran a la basura, o se arrojan a un río o al mar en un intento por alejarlos para siempre suelen acabar con ese mismo objeto volviendo a su dueño por los cauces más insólitos. Más adelante veremos el caso de los cuadros de los niños llorones y cómo algunos de los poseedores de dichos cuadros trataban de regalarlos, y les eran devueltos. Pero para ejemplo de objeto maldito «que vuelve a casa» ninguno como el llamado zafiro púrpura de Delhi, propiedad de Edward Heron-Allen, que trató de deshacerse de él arrojándolo al Regent's Canal, al norte de Londres. Poco después lo encontró un obrero que estaba dragando en el canal y se lo vendió a un tratante que conocía a Heron-Allen y sabía que la joya era suya. El hombre se presentó con el zafiro en casa de Heron-Allen, para sorpresa de éste. En apenas tres meses había retornado a él.

Por otra parte se supone que tratar de destruirlo mediante el fuego, si no se sabe lo que se hace, tampoco es eficaz, ya que siempre quedan restos y el objeto no desaparece ni se destruye del todo. Además, algunos creen que si el objeto está ligado a una entidad, ésta quedará libre y seguirá haciendo de las suyas. En otro caso que también veremos con más detenimiento en estas páginas, Sean Robinson, propietario del cuadro *El hombre angustiado*, un lienzo pavoroso tanto por su contenido como por la historia que se cuenta sobre él, recibió muchos correos en los que se le advertía de que la pintura no debía ser quemada, ya que el cuadro es, según afirman, una puerta entre este mundo y el otro, y al quemarlo la entidad asociada a él quedaría libre en nuestro mundo.

La cuestión entonces es: ¿se puede despojar a objetos o lugares de una maldición? Pues, en teoría, sí. De hecho existe una expresión, «levantar la maldición», que sería el acto mediante el cual una maldición dejaría de operar. Es la expresión opuesta a «le cayó una maldición», muy gráfica y metafórica, ya que contempla la maldición como si fuera una losa invisible pero pesada

que cae sobre el sujeto, el objeto o el lugar maldito. ¿Quién puede levantar una maldición? En principio el mismo que la ha formulado, retirándola del mismo modo que la impuso. En más de una historia, al maldecidor, una vez capturado, se le obliga a hacerlo.

Limpiando objetos y levantando maldiciones

Otra expresión parecida es la de «romper una maldición». Pero en este caso no es «levantada», sino destruida de forma abrupta. Esta operación se realiza con los rituales pertinentes. Se dice entonces que se procede a «limpiar», a «descargar» o a purificar al objeto, la persona, el lugar, etcétera, sobre los que ha caído la maldición. Y cómo no, los ritos de purificación tampoco son nada nuevo. Entre los hebreos, por ejemplo, la purificación se realiza mediante abluciones, lavados rituales que suelen implicar la inmersión total de la persona o del objeto en agua siguiendo unas reglas muy precisas. Los ritos de purificación con agua están presentes también en el islam, en el hinduismo y en otras muchas tradiciones.

El propio bautismo cristiano conlleva un ritual de purificación, y los antiguos esenios tenían incluso piscinas rituales para las ceremonias de purificación, que se mencionan en los famosos manuscritos del mar Muerto, obra de la comunidad esenia de Qumrán. En algunos ritos del cristianismo primitivo el bautismo incluso iba precedido de exorcismo, el llamado exorcismo bautismal por el que se elimina toda influencia del maligno que hasta el momento poseyera el bautizado. Por otra parte, el agua consagrada y bendecida, mezclada con sal igualmente consagrada, se ha usado desde los primeros tiempos del cristianismo para exorcizar de forma indirecta objetos, casas, etcétera, y para eliminar por tanto todo influjo maligno.

Griegos y romanos usaban las *lustratio*, ceremonias de purificación en las que mediante ramas de olivo o de laurel se esparcía agua sobre terrenos, ganado o personas. En algunos casos llevaban aparejados sacrificios de animales. En Japón se lleva a cabo la ceremonia sintoísta del *harae* para eliminar pecados, impurezas, «malos augurios», fuerzas desequilibradas y cualquier tipo de mal. Es también una especie de exorcismo que a menudo implica a la vez la purificación por agua y sal. En algunos casos la persona que debe purificarse lo hará bajo una cascada de agua celebrando un ritual llamado *misogi*. El agua también se asperja sobre las puertas. En cuanto a la sal a menudo se emplea para espantar el mal y alejar la mala fortuna, como hacen de hecho los luchadores de sumo cuando esparcen sal por el ring para purificar la zona y limpiarla de todo mal.

El uso del agua y de la sal previamente exorcizadas, consagradas y bendecidas es parte casi indispensable en la mayoría de los rituales de purificación. Los seguidores de la magia ceremonial lo saben bien. Al fin y al cabo, cada cultura tiene sus propios ritos de purificación, y dentro de las prácticas mágicas de cada una hay una variedad de técnicas para limpiar los objetos que por una razón u otra se cree que están bajo el influjo de alguna fuerza maléfica. Sin embargo, sus principios, con las consabidas diferencias culturales, es siempre el mismo y está basado en los mismos axiomas y leyes. Y sorprende ver en ellos cómo se emplean los mismos materiales, las mismas ideas, el mismo simbolismo adaptado a sus propios patrones en rincones del planeta tan alejados entre sí.

En el caso de objetos cargados por el poder de la magia, de hechizos, de muñecas de maleficio, etcétera, el primer paso es encontrar el objeto; cuando se ha localizado, se procede a romper el vínculo con la víctima, y una vez que ya no hay ningún nexo entre ambos se procede a destruirlo. Hasta hace poco tiempo era bastante habitual que alguien que creía ser víctima de un maleficio contratara los servicios de algún brujo o mago que se encargaba de localizar el objeto, si aún no había sido encontrado, de descargarlo para convertirlo en un objeto común y de destruirlo con las pertinentes fórmulas rituales. La costumbre de destruir el soporte físico del maleficio se refleja incluso en intrigas palaciegas, como en el caso de Enguerrand de Marigny, guardián del Tesoro del rey francés Felipe IV. Tras la muerte de éste y el ascenso de Luis X, Enguerrand fue condenado a morir en la horca en 1315 por una falsa acusación de brujería por parte de sus enemigos; según éstos, «un nigromante de profesión, a instancias de la mujer y de la hermana del acusado, había hecho varias figuras de cera que representaban al rey, al conde Carlos de Valois y otros barones, a fin de obtener, por medio de un sortilegio, la libertad de Enguerrand y echar un maleficio al rey y a dichos señores, cuyas imágenes malditas estaban construidas de tal suerte que, mientras no se las destruyera, el rey, el conde y los barones hubiesen padecido y languidecido hasta morir».

Ha llegado el momento de explorar el lado más resbaladizo, oscuro y turbador de las cosas; cosas aparentemente inanimadas, a menudo de aspecto inocente, pero a las que se les atribuyen todo tipo de poderes temibles; cosas que aterran; cosas que en la mente del que las contempla con miedo están dotadas de una vida propia y maléfica; que turban, que traen desasosiego, que según algunos son el hogar desde donde nos miran agazapados espíritus, sombras, demonios que observan, que acechan. En las siguientes páginas nos vamos a encontrar cara a cara con algunos de los objetos más temidos del mundo. Muñecas de rostro pueril que parecen empeñadas en seguirnos con su mirada vacía; cuadros estremecedores que parecen ventanas abiertas a dimensiones imposibles por las que entra y sale quién sabe qué; muebles que matan y que parecen no estar solos en sus habitaciones aparentemente vacías; joyas de brillo fascinador, misterioso, con un pasado de sangre y ruina... Son objetos reales, tangibles, que pueden encontrarse en cualquier joyería, en una tienda de juguetes, de muebles, de antigüedades, alguno de los cuales puede estar cerca de nosotros. Ha llegado el momento de que nos acompañes, amigo lector, por esta particular y siniestra galería de objetos malditos.

MUÑECOS DIABÓLICOS. LOS JUGUETES DEL MAL

El contenido de este capítulo sin duda despertará en más de uno algunos de nuestros peores miedos infantiles, y quizá el recuerdo de viejas pesadillas, cuando al caer la noche nuestros juguetes pasaban de ser compañeros de diversión a seres extraños que nos observaban desde un rincón oscuro. Muñecos, títeres, guiñoles... Una relación ambigua y confusa se establece entre nosotros y esos juguetes; compañeros de juegos, confidentes de porcelana y trapo tan parecidos a nosotros que se transforman con extrema facilidad en seres potencialmente malvados animados con vida propia. Parecen quietos y sin vida, y sin embargo cuando nuestro miedo aflora nos asalta la duda. ¿Y si no son nuestros amigos, y si nos observan esperando su momento para convertirse en marionetas del mal, en títeres de algo oscuro, en juguetes del mismísimo diablo?

En parte, ese temor que a muchos inspiran se debe precisamente a eso, a su parecido con nosotros mismos, y al temor o a la vaga pero angustiada sensación de que puedan esconder alguna forma de vida en su interior. El desasosiego que provocan los muñecos es el mismo que causan figuras antropomorfas de cualquier tipo, incluidas estatuas o representaciones humanas de cualquier índole. Ese miedo irracional a los muñecos es el mismo que despiertan en tantas personas desde su más tierna infancia los payasos. Muñecos y payasos que esconden el horror bajo su aspecto inocente son protagonistas indiscutibles de muchas obras de la literatura y del cine de terror; y precisamente por eso, por su vinculación a la infancia, por esa ambigüedad que los caracteriza. Lo terrible bajo la máscara de lo ingenuo... Nada da más pavor que sospechar que algo infantil y cándido oculta algo maligno.

Muñecos y muñecas son algo tan antiguo como el ser humano. Los arqueólogos los han descubierto en Egipto. Entre los restos arqueológicos han aparecido muñecas de madera del siglo XXI a. C., consideradas por algunos como los juguetes más antiguos conocidos. En Roma y en Grecia existían muñecas articuladas que podían cambiar de postura, e incluso títeres con hilos para contribuir al entretenimiento de los más pequeños. Se hacían de los más diversos materiales: de marfil, de madera de boj, de trapo, de cera, de yeso. Y acompañaban a las niñas hasta el día de su boda, momento en el que iban al templo de Venus, donde las colgaban como ofrenda. Las casas de muñecas tampoco son una invención reciente y se pueden rastrear hasta al menos los primeros tiempos del cristianismo.

Pero a menudo las muñecas desempeñan un papel más importante que el del mero entretenimiento. A veces son algo más que juguetes. En algunas ocasiones, la muñeca actúa como recipiente, como receptáculo de espíritus malignos. Así es, por ejemplo, en la fiesta japonesa de *Hina Matsuri*, que literalmente significa «festival de las muñecas». Esta fiesta tiene lugar el 3 de marzo y antiguamente se celebraba en el tercer mes lunar. Una costumbre ancestral para librarse de malos espíritus era depositarlos en muñecas de papel o de otros materiales y desembarazarse de ellas arrojándolas a un río o al mar. Las muñecas son una trampa, una cárcel para atrapar

espíritus dañinos. Vemos ya en este rito un claro ejemplo de cómo a menudo se piensa en estos juguetes como en posibles recipientes donde se pueden cobijar fuerzas, emociones, pensamientos, y, cómo no, entidades, espíritus y demonios.

En todos los continentes existe esta creencia popular. En África ciertas efigies y ciertos muñecos que se crean con ese fin son la morada de espíritus y poderes sobrenaturales. Los *nkisi* en África Central son el receptáculo de muertos. Son figuras de aspecto humano pero también todo tipo de objetos que actúan como moradas de algún poder espiritual. El espíritu del difunto reside en ellos del mismo modo que ronda su tumba. De hecho, en algunos casos se los ha descrito como «tumbas portátiles», que hasta contienen tierra del lugar donde ha sido enterrado su morador. Cuando muere alguien importante, un líder o un poderoso hechicero, por ejemplo, se cree que se convierte en un espíritu poderoso. De esta manera, el poder del muerto anima al objeto. Una categoría temible de estos objetos son los *nkondi* creados con la intención de localizar, perseguir y destruir a alguien, generalmente a delincuentes y malhechores. Son por tanto instrumentos agresivos y mágicos de justicia y venganza, semejantes a las estatuillas para maldecir, a las muñecas para hechizar.

Las muñecas del diablo

Esa visión mágica de la muñeca como cuerpo artificial que sustituye al cuerpo físico, como receptáculo de fuerzas sobrenaturales y sombras de muertos, es la misma que la ha convertido en uno de los instrumentos más populares de la hechicería. Son los objetos malditos más antiguos que se conocen. Popularmente se las llama de forma errónea «muñecas vudú». Ya vimos en el capítulo anterior que no son exclusivas, ni siquiera características, del vudú ni de ninguna otra religión afrocaribeña. Hemos visto que se usaban en el antiguo Egipto, en Grecia, en Roma, en toda Europa. Entre los magos y brujos, las muñecas que se emplean en hechicería se conocen como *dágidas*, palabra derivada del griego *dagos*, «muñeca». También se las denomina *volt*, del latín *vultus*, «rostro», o *voult*, vocablo derivado del francés *envouter*, cuyo significado no es otro que «hechizar».

Durante la fabricación de la dágida el hechicero tratará de hacer que se parezca lo más posible a la persona que quiere representar, incluso vistiéndola de forma parecida. También realizará una serie de ritos para asociar psíquicamente la muñeca a la persona que representa. Si puede, reforzará ese lazo invisible con lo que se denomina un «testigo», algo que procede de la víctima y que está «impregnado» por tanto de sus efluvios personales, de su aura. El testigo puede ser algo procedente de su cuerpo: cabello, fluidos corporales como sangre o saliva, recortes de uñas; algo que haya estado en contacto con él: ropa, una foto, un anillo que emplee con frecuencia, etcétera. El hechicero pretende crear así un vínculo invisible entre el muñeco y el representado, y lo que se le haga a uno repercutirá en el otro a través de ese lazo que los une en el mundo de lo invisible. En realidad, es la misma idea que subyace cuando se quema la efigie de un político o un personaje público contra el que se manifiestan los que realizan una protesta callejera. En otros tiempos incluso se quemaban efigies de criminales condenados a muerte cuando no se les podía atrapar físicamente.

La dágida en realidad también puede utilizarse para hacer el bien, para sanar a la persona a la que representa, para involucrarla en ritos de prosperidad, para protegerla; pero su uso más temible es el que la ha hecho popular: maleficar, maldecir. Estamos acostumbrados a la imagen del brujo pinchando el muñeco con alfileres en determinados órganos para provocar daños, dolores y enfermedades en la persona a la que representa el muñeco; pero también es habitual pasar el muñeco por el fuego, o poner pesadas piedras sobre él para que la víctima sienta una opresión real, cortarla con vidrios rotos, pincharla con espinas envenenadas... Todas las atrocidades que se puedan imaginar contra la persona se ejecutarán mediante su efigie. A veces el muñeco se encierra con animales ponzoñosos o con insectos dentro de una caja que se deposita cerca de la persona a la que se quiere afectar. La torturada víctima sentirá todo lo que le ocurra al muñeco: dolores intensos y agudos, quemaduras, pinchazos como si la estuvieran atravesando de parte a parte, fiebres terribles, consunción, la sensación de estar siendo devorado por dentro, malfuncionamiento de sus órganos...

Con estos precedentes no es raro que haya gente que tema a los muñecos. Por un lado, en la infancia proyectamos en ellos personajes y figuras que viven en nuestra imaginación. Gracias a nuestros muñecos «salen» de nuestra mente nuestros amigos imaginarios para hacerse visibles en los muñecos. Son nuestros amigos y compañeros, pero también nuestros confidentes. Raro es el niño o la niña que no le cuenta sus secretos a su muñeco. Los lazos afectivos que se crean entre el niño y su juguete pueden llegar a ser tan intensos que a veces perduran incluso de adulto. Una conexión emocional intensa se crea también entre las muñecas y los coleccionistas. El mundo de las muñecas fascina a muchos, hasta el punto de que hay un auténtico mercado de admiradores de estos juguetes.

Ésa es la palabra: fascinación; seducción que en algunos se convierte en admiración y en otros en temor. Es la atracción de lo fatídico. Pese a sus rostros ingenuos y su vinculación con el mundo infantil, o quizá precisamente por eso, algo inquietante rodea a nuestros muñecos. Mucha gente se siente incómoda en su presencia. Y de hecho son los protagonistas de una de las fobias más extendidas del mundo, la pediofobia, un terror irracional a las muñecas y a los objetos semejantes. Para psicólogos como Ernst Jentsch, los objetos inanimados cuando se asemejan a un ser vivo empiezan a generarnos dudas acerca de si no estarán vivos, lo cual nos provoca sentimientos de inquietud y de extrañeza. Sigmund Freud observó que los niños tendían a fantasear con la idea de que los muñecos pueden cobrar vida y moverse libremente. En su ensayo *Lo siniestro*, Freud hace hincapié en que nos da miedo todo aquello que parece estar en esa tierra fronteriza entre lo vivo y lo muerto, todo lo que es inerte pero con aspecto de algo vivo.

Una aportación interesante en este sentido es la del experto en robótica Masahiro Mori, que desarrolló a partir sus trabajos y los de Freud una teoría llamada muy apropiadamente hipótesis del valle inquietante. Según Mori, cuando un objeto se nos asemeja un poco tendemos a mirarlo con simpatía, y al aumentar ese parecido también aumenta nuestra sensación de encontrarnos ante algo que nos inspira confianza; sin embargo, al sobrepasar cierto umbral es la parte no humana del objeto la que nos perturba y esa simpatía se convierte en un rechazo brusco y repentino, en temor. Cuando esto se traslada a una gráfica que registra, por un lado, el grado de simpatía y, por otro, el de parecido a lo humano, dicho umbral aparece como un valle con una caída abrupta. Es el llamado «valle inquietante»; aunque una traducción más literal sería «valle espeluznante».

Las muñecas de porcelana y aquellas que se pueden mover o que hablan son generalmente las más temidas, pero hay gente que tiene miedo a los muñecos de peluche; y para algunas personas cualquier tipo de muñeca es un objeto de terror que puede provocarles alteraciones de todo tipo, incluidos verdaderos ataques de pánico y ansiedad. En realidad la pediofobia es una variante de una fobia más amplia, la automatonofobia, la fobia a todo aquello que tiene semejanza con algo vivo. Y esto incluye a las muñecas, pero también a las marionetas, causantes de la llamada pupafobia; y los maniqués, robots, las estatuas de cera, los muñecos de ventrílocuo... Para algunos investigadores, todas estas fobias representan un miedo similar al que pueda inspirarnos un cadáver, algo supuestamente inanimado, con forma humana, pero que siempre nos deja una sombra de duda. ¿Se animará de repente? ¿Se levantará? Y, de hecho, la palidez del rostro de las muñecas de porcelana a muchos les recuerda exactamente a eso, la muerte.

Juguetes que nos causan inquietud, que de lejos o a la luz del día nos parecen entrañables y empatizamos con ellos, pero que cuando están cerca y nos miran en la oscuridad se convierten en algo amenazante. Es el momento en el que las dudas empiezan a asaltarnos. ¿Y si hay algo dentro de él? ¿Y si está fingiendo ser un objeto inanimado mientras me escudriña desde su rincón, observando, planeando...? ¿Y si me doy la vuelta o me quedo dormido y entonces es libre para moverse, para llevar a la práctica Dios —o el demonio— sabe qué malévolo plan? ¿De qué «travesuras» no será capaz si cobra vida? Dentro de los objetos malditos, la de los muñecos es una categoría temida por muchos y de la que no faltan ejemplos. Se trata de muñecos que en la mayoría de los casos se han labrado fama de estar poseídos por alguna entidad maléfica puesta en ellos por artes de la hechicería, o por los espíritus de niños que murieron prematuramente y que transfirieron su alma a su juguete favorito. No faltan incluso muñecas malditas de las que se afirma que están poseídas por varios espíritus pugnando por hacerse con el control total del siniestro muñeco que les sirve de cobijo. Es hora, en fin, de conocer a algunos de los muñecos más terroríficos del planeta.

«Annabelle»

Los amantes del cine de terror probablemente conocerán una cinta de este género titulada *Annabelle*. La protagonista indirecta de este film es una muñeca de inquietante aspecto que alberga el espíritu de una joven satanista que tiempo atrás se había suicidado mientras sostenía a la muñeca. Lo que quizá muchos espectadores no sepan es que la terrorífica muñeca de esta película se basa en una muñeca real, una muñeca encerrada en una urna de madera con cristal a través del cual se la puede contemplar en el Museo Familiar de los Warren, célebre matrimonio de parapsicólogos que se encontraron con ella en 1970 en el transcurso de una investigación que ha llenado páginas de libros, periódicos y revistas desde que en 1980 el caso de *Annabelle* fuera descrito en la obra de Gerald Brittle *The Demonologist: The Extraordinary Career of Ed and Lorraine Warren*, que repasaba la carrera como parapsicólogos de los Warren.

Los estadounidenses Ed y Lorraine Warren fundaron en 1952 la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra y crearon en el sótano de su hogar, en la ciudad de Monroe, en Connecticut, un célebre Museo del Ocultismo, donde los visitantes pueden contemplar todo tipo de objetos que fueron recopilando a lo largo de su carrera. Una sola condición se impone a los

visitantes, la de no tocar nada, porque según la señora Lorraine Warren, pese a que los objetos expuestos han sido sometidos a todo tipo de exorcismos y limpiezas, en algunos de ellos quedan remanentes de fuerzas de naturaleza sombría. Ed Warren, que murió el 23 de agosto de 2006, era escritor y se presentaba a sí mismo como demonólogo. Su mujer, Lorraine, que aún regenta la casa y el museo, afirma ser clarividente, y colaboraba con sus supuestas capacidades como médium en las investigaciones que realizaba con su marido, investigaciones que solían girar en torno a casas encantadas, como la de la célebre Amytville en la que también intervinieron; casos que la pareja describió en numerosa obras.

Un día la pareja de parapsicólogos recibió la llamada de un conocido, el padre Cooke. El sacerdote les había llamado a consecuencia de un encuentro que había tenido poco antes con otro sacerdote de Connecticut, el padre Hegan, quien le había referido una serie de hechos extraños que a su vez le habían relatado dos jóvenes estudiantes de enfermería, Donna y Angie, que estaban viviendo una experiencia anómala y terrorífica.

Ambas compartían piso y su vida transcurría tranquila mientras realizaban sus estudios en la universidad, hasta que Donna cumplió veintiocho años. Era el año 1970. Con ocasión de su cumpleaños, su madre le regaló una muñeca de trapo que compró en una tienda de segunda mano. Era una «Raggedy Ann», un personaje creado en 1920 por el conocido ilustrador Johnny Gruelle y que se convirtió en uno de los personajes infantiles más populares en los años treinta en Estados Unidos. Raggedy Ann incluso tenía su propia serie de cortos de dibujos animados, y todavía gozaba de mucha popularidad entre niños y coleccionistas.



Annabelle tras el cristal de la vitrina donde permanece encerrada. El cartel advierte de que no debe abrirse la puerta bajo ningún concepto.

© Image by Jason Butler/ Creations by Sole's Denounce

Un regalo con vida propia

El regalo de su madre encantó a la joven. Sin embargo, su novio, Lou, sintió desde el primer momento un temor y un rechazo inexplicables hacia la muñeca. Pronto empezaron a observar ciertos hechos curiosos. Al parecer fue Angie la primera que notó que a veces la muñeca tenía los brazos y las piernas cruzados cuando nadie la había dejado en esa postura. Pero esos movimientos

apenas perceptibles pronto empezaron a convertirse en auténticos desplazamientos. A menudo Donna dejaba el juguete encima de su cama, pero se dio cuenta de que al volver de sus clases y entrar en casa no se encontraba en la misma posición en que la había dejado. A veces incluso aparecía en otra estancia. En otras ocasiones la dejaban tumbada en el sofá y al volver la encontraban sobre la cama de Donna con la puerta de la habitación cerrada cuando debía estar abierta.

Los «desplazamientos» de la muñeca por la casa se hubieran quedado en algo anecdótico si no fuera porque poco tiempo después, más o menos un mes, empezaron a aparecer unos inquietantes mensajes en pergamino por la casa que parecían escritos a lápiz con la caligrafía de un niño pequeño. Los mensajes repetían una y otra vez los mismos mensajes: «Ayúdanos» y «Ayuda a Lou». Lo primero que pensaron es que alguien con intenciones desconocidas tenía acceso a la casa, quizá algún delincuente, algún estudiante bromista o alguien trastornado. Empezaron a sentir miedo y auténtica preocupación. En días sucesivos las cosas empeoraron. Una noche Donna entró en su cuarto y halló la muñeca encima de la cama, con las manos y el pecho manchados de un líquido que parecía sangre. Empezaron a sospechar que lo que había detrás de todo aquello quizá no fuera físico. Y decidieron acudir a una médium y realizar una sesión de espiritismo en la casa.

Y lo que les dijo la médium fue aún más inquietante. Según lo que había sentido al escudriñar la muñeca, ésta era la morada del espíritu de Annabelle Higgins, una niña de siete años cuyo cuerpo, decía, fue encontrado sin vida. ¿Dónde? Justo en el solar sobre el que se había construido la casa en la que vivían las jóvenes y que anteriormente era un campo donde la niña solía jugar. Según la médium, Annabelle estaba a gusto en compañía de Donna y de Angie y lo único que buscaba era protección, amor y compañía, como cualquier niña pequeña. Llevadas por la compasión, ambas transigieron y decidieron aceptar, y en cierto modo a adoptar a *Annabelle*, nombre por el que pronto empezaron a llamar a la muñeca. El único que no estaba de acuerdo era Lou, el novio de Donna. Para él todo aquello era un disparate. La muñeca le había provocado un profundo rechazo desde el primer momento en que la vio, había algo siniestro y maléfico en ella que no sabía explicar. Lo que había que hacer, en su opinión, era deshacerse de ella de inmediato. Pronto, además, empezó a soñar repetidamente con ella; eran pesadillas más bien. En una de ellas se sintió como paralizado y creyó ver a la muñeca a los pies de su cama. Acto seguido el juguete malvado saltó sobre su pierna y, reptando lentamente sobre su cuerpo paralizado, trató de ahogarlo.

Al día siguiente Donna y Lou se disponían a emprender un viaje. Se encontraban en el salón de la casa de las estudiantes discutiendo la ruta que debían seguir cuando oyeron ruidos extraños y susurros que procedían del cuarto de Donna, como si alguien hubiera entrado en la casa. Lou fue a ver qué pasaba, pero la habitación estaba en orden. Sin embargo, la muñeca no se encontraba sobre la cama, donde la había dejado Donna. Estaba en una esquina de la habitación, sentada, como si estuviera esperándola, como si hubiera adivinado sus intenciones de deshacerse de ella. Lou se acercó a la muñeca y le pareció sentir una presencia a su espalda, y en ese mismo momento sintió un dolor agudo en el pecho y en el abdomen y su propia sangre empezó a manchar la camiseta que llevaba puesta. Siete tajos que más bien parecían quemaduras le atravesaban el

pecho y el estómago, tres en horizontal y cuatro en vertical, como si le hubiera atacado una garra invisible. Ni siquiera las heridas eran normales. Cicatizaron rápidamente y en un par de días habían desaparecido.

Los Warren entran en acción

Y así fue como, llevados por el terror y la desesperación, se pusieron en contacto con el padre Hegan, quien a su vez le comentó el caso al padre Cooke, poniéndolo este último en conocimiento del matrimonio Warren. Los Warren se desplazaron hasta el lugar y Lorraine Warren utilizó sus dotes como médium. Según la pareja de parapsicólogos, la muñeca no estaba poseída. Ed Warren afirmaba que la posesión sólo puede producirse en personas, no sobre objetos; de modo que concluyó que la muñeca estaba embrujada, y que una entidad diabólica que habitaba la casa utilizaba la muñeca, moviéndola para engañar a los adolescentes haciéndoles creer que tenía voluntad propia y que estaba «habitada» por una tal Annabelle.

La muñeca era una trampa para llamar la atención de los chicos. El verdadero objetivo de aquella entidad era Donna. Era a ella a la que quería poseer. Y al llamar a la primera médium le habían abierto la puerta, dado un nombre e invitado a entrar en la casa y en sus vidas convenciéndoles de que era una niña inocente, para que se compadecieran y le otorgaran poder sobre sus vidas. Y como Lou quería deshacerse de la muñeca, le atacó porque veía en él a aquel que podía desbaratar su siniestro plan, dejando además sobre él la marca de la bestia, según la interpretación del matrimonio. Aquel espíritu maligno estaba en una fase de infestación de la casa, la fase previa a la posesión, que podría haber tenido lugar en dos o tres semanas y que podría haber terminado incluso con la muerte de alguno de los tres jóvenes. Ésas fueron las asombrosas y terroríficas conclusiones de los Warren.

Con la ayuda del padre Cooke, el matrimonio realizó un exorcismo en la casa para liberar todas sus estancias de la oscura presencia que los amenazaba. A petición de Donna, la pareja de parapsicólogos decidió llevarse a la muñeca consigo, y la dejaron en el asiento trasero del coche. De hecho, sospechaban que el espíritu no se había desligado de la muñeca, de modo que para evitar accidentes fueron por carreteras comarcales en vez de por la interestatal. Pero de camino a casa los frenos y la dirección del coche fallaron en varias ocasiones hasta que Ed Warren se detuvo, abrió la puerta trasera, asperjó a la muñeca con agua bendita y la persignó. Según afirmaban, una vez en casa, Ed Warren la puso en una silla en su despacho, donde pareció levitar para caer desplomada después. En las semanas siguientes *Annabelle* aparecía en los lugares y las habitaciones más insospechados, aunque la mayoría de las veces la hallaban en la silla del despacho del señor Warren. En alguna ocasión incluso se la encontraron sentada en las escaleras frente a la puerta principal.

Annabelle siguió haciendo de las suyas en casa de los parapsicólogos. En una ocasión recibieron la visita de Jason Bradford, un joven sacerdote católico al que conocían bien. Bradford les había ayudado realizando varios exorcismos en otros casos que el matrimonio había investigado. El cura estaba intrigado por la historia de la muñeca y quería verla. Cuando la tuvo entre las manos, no se le ocurrió otra cosa que zarandearla mientras le decía que jamás volvería a hacer daño a alguien. Los parapsicólogos se mostraron preocupados. El señor Warren afirmó que

no tendría que haber dicho eso y su esposa conminó al sacerdote a que tuviera cuidado de regreso a casa y llamara cuando llegara. Estaba preocupada por él. Al finalizar su visita y tras despedirse, Bradford se subió al coche y emprendió el regreso casa. En la autopista, de repente fallaron los frenos del automóvil y sufrió un accidente que dejó su coche totalmente destrozado y del que salvó la vida de manera casi milagrosa.

El demonio tras el cristal

Fue a raíz de aquel incidente cuando el matrimonio decidió encerrar a *Annabelle* en la urna que los visitantes del Museo pueden contemplar hoy en día en una visita guiada que atrae anualmente a curiosos de todas las nacionalidades. Está cerrada con llave, y la muñeca nunca ha aparecido más en otro lugar de la casa; pero con todo aún protagonizó un suceso terrible, que durante la visita se cuenta siempre a los curiosos que se acercan a ver a *Annabelle* como advertencia para que no hagan comentarios jocosos ni chistes a costa de la muñeca. Y es que, al parecer, en una ocasión entre los visitantes del museo se encontraba una pareja de jóvenes. Cuando llegaron delante de la urna en que está encerrada, él empezó a golpearla mientras se burlaba de la muñeca y la desafiaba a hacerle daño. Montó tal escándalo que Ed Warren lo invitó a marcharse. Los adolescentes se fueron en la moto con la que habían llegado al museo, sin que en ningún momento el joven dejara de burlarse de la muñeca. Tres horas después, el chico perdió el control de la moto y se empotraron contra un árbol. Él murió en el acto. Su novia, que fue la que relató el suceso, salvó la vida, pero estuvo casi un año ingresada en un hospital.

Otra anécdota la protagonizó el productor y parapsicólogo estadounidense Ryan Daniel Buell, fundador de la Paranormal Research Society. Según relata, con ocasión de una visita al museo de los Warren, en su presencia la muñeca movió la cabeza arriba y abajo, como si supiera que estaba ante ella.

No está de más decir que *Annabelle* es la protagonista indiscutible del museo y del *merchandising* que se ha creado en torno al mismo. Y en 2015 la página web de los Warren anunciaba que la siniestra muñeca sería mostrada en un lugar secreto a los curiosos que quisieran pagar por verla tras firmar un documento que exime a la señora Warren de cualquier responsabilidad por lo que pudiera ocurrirles. El evento incluye el pase de un vídeo en un restaurante de Connecticut que narra la historia de la muñeca fatídica y de los demás objetos malditos del museo. Tanto los libros del famoso matrimonio como las camisetas y los carteles de *Annabelle* autografiados por Lorraine Warren estarán disponibles y a la venta. Por último, la muñeca será expuesta a la vista de los participantes y se les permitirá fotografiarse junto a ella.

Así que por primera vez en muchos años *Annabelle* saldrá de su prisión de vidrio; aunque se anuncian medidas extremas de seguridad para transportarla. Las manos de los que la lleven estarán empapadas en agua bendita mientras llevan a la diabólica muñeca envuelta en una gruesa tela para no tocarla directamente, al tiempo que un sacerdote ordenado recita oraciones para conjurar el mal. Una oportunidad única, como anuncian en la página, «de ver en persona uno de los objetos más infames y diabólicos del reino oculto». En fin, ni los juguetes del demonio escapan a las oscuras redes del marketing.

Sea como fuere, allí, encerrada en su vitrina del museo, sigue *Annabelle*, detrás del cristal a través del cual la contemplan los visitantes del museo, no muy seguros sobre quién observa a quién. No faltan los visitantes que aseguran que la han visto mover la cabeza. La urna está rematada con un tejadito de madera sobre el que hay una cruz, y sobre la puerta que la mantiene encerrada hay un letrero en el que se advierte muy seriamente de que no debe abrirse bajo ningún concepto, y el Arcano número XV de una baraja del tarot de las que diseñara el ocultista británico Arthur Edward Waite, la carta de «El Diablo».

«Robert», el muñeco maldito

Los amantes de eso que algunos han dado en llamar «turismo paranormal» que llegan a Florida no dejarán de visitar el East Martello Museum en Key West, donde los tours de fantasmas están a la orden del día. ¿Por qué? Pues porque en ese museo emplazado en un lugar histórico que alberga colecciones de arte y de la historia local habita un muñeco que en realidad es la pieza más visitada, un extraño juguete que perteneció al pintor Robert Eugene Otto; un muñeco hechizado o poseído, según dicen, y que habría servido de inspiración para la creación uno de los personajes más famosos del cine de terror... Charles Lee Ray, más conocido como *Chucky*, el muñeco diabólico. Y desde luego, la historia que vamos a relatar ahora es digna de una vieja película de suspense y horror.

El doctor Thomas Otto compró en 1898 una casa en Key West para su familia. La mansión se conoce como «La casa del artista», en honor a Robert Eugene Otto, su hijo pequeño, nacido en 1900, y que con el tiempo llegaría a ser un pintor de cierto renombre al que curiosamente se conoce más por el misterioso juguete que le acompañó toda su vida que por sus obras. Pues bien, entre el personal de servicio de los Otto se encontraba la niñera de Robert Eugene, una mujer de color cuya familia procedía de las Bahamas, o de Jamaica según otras versiones. La niñera y el pequeño Robert Eugene desarrollaron un lazo afectivo muy intenso. Ella tenía verdadero cariño por el niño. Pero, al parecer, los Otto eran demasiado severos con el servicio. No en vano la esclavitud y las plantaciones al estilo sureño fueron la base social y económica de las Bahamas durante mucho tiempo.

En 1904, o en 1906, según otras versiones, cuando el pequeño Robert Eugene tenía cuatro o seis años, la niñera y la señora Otto tuvieron alguna desavenencia importante y la familia decidió prescindir de sus servicios. Según algunos, el motivo era que de algún modo la sirvienta había sido descubierta practicando ritos religiosos propios de su Caribe natal. Otros dicen que el verdadero motivo eran los celos exacerbados que la familia sentía al ver el gran cariño que el niño mostraba por la niñera. Sea como fuere, fue tratada de forma dura y despedida de la casa. Pero antes de irse fabricó un muñeco con sus propias manos y se lo entregó al pequeño como regalo de despedida. Pero no era un muñeco cualquiera ni un simple juguete. Según decían, la mujer conocía bien los secretos de la magia caribeña propios del vudú, de la santería o quizá del *obeah* jamaicano. Fabricó el muñeco maldito con la intención de hacer daño a la familia, del mismo modo que se hacen los muñecos hudú, la variante de vudú que se practica en la actualidad en Nueva Orleans.

Lo creó a imagen y semejanza del pequeño; un muñeco que parece un niño de cinco años como él, de algo más de un metro de alto, le puso pelo, pelo que muchos creen era humano, obtenido del propio niño y hábilmente guardado cuando se lo cortaban, aunque hoy se sabe que es sintético. Cosió dos botones en el lugar de los ojos. Y lo relleno de lana de madera... y de otras cosas, según los que creen que el juguete en realidad es un enorme muñeco vudú. En su interior habría depositado huesos de animales pequeños; pero sobre todo, a modo de corazón diabólico, la mujer habría depositado un cristal hechizado, maldito, que alojaba a un ente demoníaco, a un espíritu invocado según las reglas de los ritos afroamericanos que practicaba.

Por fin, la mujer se despidió de Robert Eugene y le entregó el muñeco. Desde el primer instante el niño quedó fascinado, encantado con su nuevo juguete. Era un niño como él, igual a él, y tenía que ponerle un nombre. Y decidió darle, cederle, su primer nombre, Robert. Desde ese mismo momento el pequeño de los Otto no volvió a responder cuando le llamaban por ese nombre, porque, según decía, ése era el nombre de su compañero de juegos. A partir de entonces él sólo respondería cuando le llamaran Eugene, o más concretamente Gene, el diminutivo por el que se le conoció durante toda su vida.

El muñeco se convirtió enseguida en el inseparable compañero de juegos de Gene. Lo vestía con su propia ropa, comía junto a él sentado en su silla del comedor y dormía con él en su cama. Pronto sus padres y el servicio lo sorprendieron hablándole al muñeco. Y sus padres oían una segunda voz, diferente a la de Gene, que le contestaba. Según creían, el pequeño impostaba la voz y se respondía a sí mismo como si le hablara el muñeco. Las murmuraciones no se hicieron esperar entre los criados, personas supersticiosas que empezaban a sospechar que la antigua niñera había lanzado una maldición sobre el juguete.

Pronto el comportamiento del niño cambió de forma inquietante. Parecía que alguien hacía todo tipo de trastadas en la casa. Los objetos y los juguetes desaparecían y aparecían rotos en otra parte. Los padres de Otto pensaron que era Gene el que se dedicaba a hacer todo tipo de tropelías. Cada vez que le reprochaban lo que ellos creían que eran travesuras del niño, Gene respondía con un inquietante «No lo hice yo, ¡lo hizo *Robert!*».

«No lo hice yo, ¡lo hizo *Robert!*»

En una ocasión, cuando todo el mundo dormía, se oyó el grito de Gene en mitad de la noche. Sus padres se precipitaron alarmados a la habitación para ver qué le pasaba al pequeño. Cuando entraron en la habitación del chico, se encontraron con una escena que los dejó paralizados y boquiabiertos. Los muebles estaban tirados por el suelo de la habitación. El niño estaba sentado sobre su cama, mirándolos con los ojos muy abiertos, terriblemente asustado. Cuando le preguntaron por qué había provocado aquel desastre, Gene contestó como ya era habitual que no había sido él. ¡Lo hizo *Robert!* Al principio las muchas travesuras de Gene eran interpretadas por parte de la familia como los síntomas claros de un niño hiperactivo, pero los criados comenzaron a mirar al muñeco cada vez con más temor y preocupación, como si *Robert* tuviera algo que ver con la forma de comportarse del muchacho.

El miedo de los sirvientes hacia el muñeco crecía día a día. A altas horas de la noche oían pasos infantiles y carreras. Y cuando ocurría era inevitable pensar en el siniestro juguete. Cuando el muñeco estaba solo en el cuarto de juegos, creían oír extraños susurros y cánticos procedentes de la habitación. Al limpiar la habitación del niño nadie quería darle la espalda a *Robert*. Incluso algunos visitantes afirmaban haber visto al muñeco cambiar de expresión e incluso parpadear. Aunque esto último no es creíble, porque difícilmente podría parpadear un muñeco cuyos ojos son botones, pero sea como sea la fama siniestra del muñeco se fue afianzando día tras día... y noche tras noche.

Gene creció, como era de esperar. Se hizo adulto. Estudió en Chicago y en Nueva York, y viajó a París, donde conoció a la que sería su mujer, Annette Parker, una bella concertista de piano de Boston con la que se casó en 1930 en la capital francesa. El joven matrimonio permaneció en París hasta que Anne terminó sus estudios de música. Luego se mudaron a Nueva York hasta que por fin regresaron a Key West, a la casa que Gene heredó de sus padres, donde vivieron los cuarenta años siguientes, hasta la muerte del pintor. Y allí, en el ático de aquella casa, fue donde Gene se reencontró con el muñeco de su infancia y retomó la curiosa y estrecha relación que había compartido con él cuando era niño.

Incluso se lo presentó a su esposa y empezó de nuevo a llevarlo a todas partes, a hablar con él, a pintar con él al lado. A Anne aquello al principio le pareció sólo una excentricidad de artista, pero pronto empezó a preocuparla; especialmente cuando Gene insistió en crear una habitación para *Robert*, con muebles en miniatura, como finalmente hizo. Se puso manos a la obra, construyéndola en el tercer piso de la torre de la mansión, donde *Robert*, según aseguraba Gene, estaría más cómodo y tendría ventanas que le permitirían contemplar la calle. Muchos vecinos veían sentado frente a la ventana al muñeco que parecía seguirlos con la mirada. Algunos incluso creían haber visto de noche al juguete correr de una ventana a otra cuando el matrimonio no estaba en casa. Pronto comenzaron las habladurías en el vecindario y la gente empezó a tener miedo de pasear cerca de la casa y de encontrarse con aquel muñeco que les miraba fijamente a través del cristal; especialmente los niños que venían de la escuela y a muchos de los cuales les había parecido ver cómo el muñeco les hacía muecas desagradables desde su ventana.

Al final Gene Otto desarrolló tal obsesión por el muñeco que realmente llegó a preocupar a su mujer hasta el punto de que empezó a temer por la salud mental de su marido. Con el paso del tiempo el comportamiento del pintor devino cada vez más inestable y errático. Y en consecuencia también su matrimonio se vio afectado. Hay quien afirma que en sus últimos años, ya enfermo, el pintor pagaba su mal genio y su sufrimiento con Anne, quien padeció agravios y gritos cada vez con más asiduidad. Se dice que en una ocasión incluso llegó a encerrarla en un armario.

Gene murió el 24 de junio de 1974, y su mujer Anne se fue a Boston, donde murió poco después, en 1976, dejando a *Robert* en el desván. Los que creían que al morir Gene se detendrían las actividades siniestras de *Robert* se equivocaron. Algún vecino afirmaba que durante la noche había oído cantar en el interior de la casa. Al parecer en una ocasión un fontanero fue a realizar un trabajo a la mansión y tuvo una inquietante experiencia con el muñeco como protagonista. Según contó en una entrevista, en la casa querían hacer una nueva habitación y él se encargaba del nuevo cuarto de baño. Mientras trabajaba, *Robert* permanecía sentado en una silla de juguete. Pero cada vez que el fontanero subía de nuevo a la habitación después de haber bajado al piso inferior a por alguna cosa, el muñeco había cambiado de posición. Aquello era chocante, pero lo que ocurrió

después le alarmó. En sus propias palabras: «Cuando acabé el trabajo y empezaba a bajar las escaleras, escuché una risa de niño a mi espalda. Me di la vuelta y el muñeco estaba al otro lado de la habitación. Busqué a algún niño con la mirada, pero no había ninguno. No es que tuviera miedo, pero todo aquello era tan raro que me apresuré a bajar las escaleras sin recoger mis herramientas».

No lo dejéis solo con la niña...

Anne puso a la venta la casa al morir su marido, y ese mismo año de 1974 se realizó la compra. Pero en este punto hemos encontrado dos versiones contradictorias. Empecemos con la más rocambolesca, según la cual la casa habría sido adquirida por una nueva familia. Cuando descubrieron a *Robert* en el ático, se lo dieron a la menor de sus hijas, una niña de diez años. Un regalo fatídico, porque desde ese mismo momento la chiquilla empezó a tener horribles pesadillas. Gritaba por la noche y les decía a sus padres que *Robert* se movía por su cuarto, saltando de un lado a otro, y que la atacaba. Por la mañana, decía la chiquilla, se despertaba con el muñeco sobre su cuello, como si tuviera la intención de asfixiarla. Por último, el muñeco la tomó con el perro de la familia, al que un buen día encontraron enredado entre las cuerdas de una persiana del cuarto de los juegos. Hay quien afirma que treinta años después aquella niña, ya una mujer adulta de cuarenta años, aseguraba que aquel muñeco no la quería, que la odiaba, que estaba vivo y quería matarla. No obstante, no hemos podido encontrar testimonio o pruebas que permitan verificar esta historia.

La otra versión parece más creíble, ya que procede del propio museo donde se encuentra *Robert* en la actualidad, aunque no por menos terrorífica deja de ser inquietante. La casa se habría vendido, efectivamente; pero la compradora habría sido Murtle Otto Reuter, quien habría vivido en ella durante seis años, hasta que decidió mudarse a la calle Von Phister, en la misma ciudad. El muñeco la acompañó en todo momento, hasta que en 1994 lo donó al museo, asegurando que se movía por toda la casa y que estaba embrujado. Murtle murió poco después.

Poco a poco el muñeco atrajo la atención de los medios. Malcolm Ross, un reportero del *Solares Hill*, fue a ver al muñeco y dijo de él: «Me recorrió un escalofrío por la espalda. Al principio, cuando entramos por la puerta, tenía la expresión de un niño al que hubieran castigado. Era como si estuviera pensando: “¿Qué hace esta gente en mi cuarto y qué quieren hacerme?”». Un amigo de Ross le contó la historia de *Robert* y, al contemplar de nuevo al muñeco, Ross creyó ver un cambio en la expresión de éste. Parecía como si estuviera siguiendo la conversación. Alguien dijo que Gene debía de estar un poco mal de la cabeza y, según Ross, entonces el muñeco mostró una expresión de desdén: «Había alguna clase de inteligencia allí. El muñeco nos estaba escuchando», dijo.

Como ya hemos visto, desde 1994 *Robert* está en el East Martello Museum, donde no sólo forma parte de la colección, sino que de hecho muchos de sus visitantes van en realidad a verle a él. Y allí parece que sigue haciendo de las suyas. Nada más llegar al museo el personal empezó a informar de hechos anómalos y extraños. Uno de ellos salió por la noche del museo tras haberlo limpiado, apagando como siempre las luces. Al día siguiente se encontró algunas de las luces encendidas, entre ellas la que iluminaba a *Robert*. Por otra parte, el inquieto muñeco estaba

colocado en una posición diferente a aquella en que lo había dejado la noche anterior. Lo más extraño es que en las suelas de sus pequeños zapatos había una capa de polvo, como si hubiera estado correteando por el museo. A raíz de aquello pusieron a *Robert* en el interior de la urna de cristal tras la cual se le puede ver aún hoy en día, vestido con un traje blanco de marinero que perteneció a Robert Eugene Otto y aferrando un león de peluche, juguete del juguete. Pero ni aun así deja de hacer travesuras tras el cristal. Empleados del museo afirman que muchas veces al pasar a su lado oyen un sonido como el de alguien golpeando el cristal con los nudillos, y algunos incluso afirman que al darse la vuelta lo han sorprendido abalanzado sobre el cristal.



El muñeco Robert, que fue propiedad del pintor Gene Otto y que inspiró el personaje de Chucky, el muñeco diabólico.
© «Robert The Doll», Cayobo de Key West, The Conch Republic, subida por LongLiveRock, publicada bajo licencia CC BY 2.0 vía Wikimedia Commons

The Artist House y el Museo

Hoy por hoy la casa de los Otto, situada en el 534 de Eaton Street, se conoce como The Artist House, la Casa del artista. Está abierta al público y es un pequeño hotel. Algunos visitantes que han pernoctado en las habitaciones de la torreta del ático afirman haber oído ruidos extraños y pisadas al lado de sus camas. Y es que dicen que ronda por allí el fantasma de Annette Otto, la esposa del artista. El famoso canal de televisión Discovery Channel dedicó a este singular inmueble un programa de su serie «Would you Believe It», que recogía el testimonio de uno de los guías de un tour que lleva a los turistas a ver la casa. Dicho guía afirmaba haber visto en varias ocasiones el fantasma de una bella mujer vestida de novia bajando por las escaleras del torreón y que esa planta de la torre, donde permaneció *Robert* tanto tiempo, está hechizada. Los más imaginativos y románticos incluso afirman que Anne permanece en la casa dispuesta a defenderla el día que *Robert* regrese.

Una vez al año, en octubre, *Robert* es trasladado al Historic Custom House, a unos pocos metros del museo, y dicen que es en ese momento cuando se muestra más activo y juguetón. Muchos de los turistas que lo visitan allí se sorprenden al ver a su lado caramelos de menta. Pero

aún es más sorprendente la explicación que les dan los trabajadores del museo. Y es que al parecer *Robert* adora los caramelos de menta, y si se le deja un buen puñado, no abandonará su puesto por la noche para vagar libremente por ahí. Y aún más sorprendidos se muestran cuando les aseguran que cada mañana se encuentran el envoltorio de algunos de los caramelos a sus pies.

Cómo no, tampoco faltan historias extrañas narradas por los propios visitantes. Según algunos, el león de peluche aparece tanto sobre una rodilla como sobre la otra. No faltan los que aseguran haber visto cómo su expresión cambiaba y su sonrisa aparentemente inocente se transformaba en otra abiertamente amenazante y sádica. Uno de ellos incluso salió corriendo del lugar afirmando que había oído una risita perversa procedente del muñeco. Pero sin duda la travesura que más fama le ha dado en estos últimos tiempos es la de impedir que le fotografien a no ser que aquellos que quieran hacerlo se presenten ante él de forma educada pidiéndole permiso. Según dicen, las fotos que se le hacen sin tomar estas precauciones salen en blanco, o totalmente negras, o desenfocadas, borrosas, defectuosas; o las cámaras fallan cuando se usan para fotografiar a *Robert* y vuelven a funcionar fuera del museo.

Pero eso no es lo peor, porque cuentan que, además, *Robert* maldice a todos los que le graban o fotografian sin pedirle permiso. El propio museo se hace eco de estas historias. Detrás de él se ven cartas y fotografías defectuosas de *Robert*, y sobre ellas están escritas las peticiones y disculpas de sus víctimas, rogándole a *Robert* que retire la maldición que lanzó sobre ellos. Aún hoy la expresión «Lo hizo *Robert*» es muy popular entre los habitantes de Key West.

Robert sólo ha salido de Key West en una ocasión, en mayo de 2008, cuando fue llevado a Clearwater, en el estado de Florida, para ser exhibido en el Taps CON, una convención de parapsicología, donde por cierto uno de los asistentes, Sandy Duveau, le hizo una foto con una cámara Kirlian, con la que se supone que se puede fotografiar el aura. La foto muestra al muñeco con un halo azul de cintura para arriba, y otro púrpura en la parte inferior de su cuerpo. *Robert* ha cumplido ya más de un siglo y sigue gozando de su fama de muñeco siniestro.

Otra cosa que muchos comentan es que *Robert* se está deteriorando. El paso del tiempo hace mella en él. Su pelo está prácticamente blanco y ha perdido color, igual que la pintura que cubría sus labios y cejas, que se va desvaneciendo lenta pero inexorablemente. Una de sus orejas está rota, y en su cara pueden apreciarse diferentes cortes y orificios causados por las polillas. Un psíquico que fue a ver al muñeco al museo afirmó que el espíritu que habitaba en *Robert* estaba muriendo en la misma medida que el muñeco envejecía y se deterioraba.

Viejo o no, y tiene ya más de cien años, *Robert* no pierde popularidad, hasta el punto de que en 2004 el alcalde de Key West proclamó el 24 de octubre como Día del Muñeco Encantado *Robert*. Conscientes de su tremenda popularidad, el personal del East Martello Museum vende reproducciones del muñeco, camisetas y libros. *Robert* tiene incluso su propia página web, una dirección de correo a la que se le puede escribir y su propia cuenta en Facebook y en Twitter. De hecho, muchos creen que la historia del muñeco maldito la alimenta el propio museo para mantener la gran afluencia de visitantes que van a verle. Muchos de estos visitantes se apuntan a tours promocionados desde el propio museo; visitas guiadas en las que los aficionados al turismo paranormal pueden recorrer los lugares encantados de Key West con parada obligatoria, cómo no, para visitar y ver al muñeco poseído y fotografiarlo... si es que se deja y les da permiso.

¿Quién mueve los hilos?

Ésta es una historia en la que resulta difícil dilucidar qué elementos son reales y cuáles han sido añadidos o exagerados. En muchos casos los relatos sobre el muñeco maldito *Robert* incluyen datos erróneos, como la muerte de Gene Otto, que tuvo lugar en 1974 y que a menudo sitúan en 1972. En otras ocasiones se dice que Anne, la mujer de Gene, murió antes que él y a manos de *Robert*, cuando lo cierto es que murió en 1976; o que Gene siempre vivió en la casa de sus padres, cosa totalmente falsa, ya que estudió lejos de Florida, viajó a París y vivió en Nueva York antes de regresar al hogar de su infancia. También hemos leído que Gene Otto era hijo único, lo cual tampoco es cierto. Era el más pequeño de tres hermanos.

Lo que sí parece cierto es que *Robert* se convirtió en una especie de álgter ego de Gene Otto. Construido a su imagen y semejanza, bautizado por el propio Gene con el primero de sus dos nombres, como si le hubiera cedido la «mitad» de sí mismo, y vestido con su propia ropa... Parece que el pintor desarrolló un lazo afectivo muy intenso con su juguete, proyectando sobre él una segunda personalidad que era una sombra de sí mismo. Gene parece haber impregnado a su muñeco con su parte más negativa. Es *Robert* el que hace las travesuras y las maldades y de este modo Gene puede verse a sí mismo como el niño bueno, y liberarse de la culpa.

Según dicen, su carácter era excéntrico y al final de su vida se comportaba de forma desagradable y agresiva con su esposa. Quizá la personalidad que proyectó en su juguete era la que reunía ese lado caprichoso, dado a enfados infantiles y a travesuras de todo tipo. Desde el punto de vista de la psicología, quizá era el propio Gene el que actuaba moviendo su juguete, fingiendo que hablaba y realizando travesuras que luego achacaba a ese «otro yo» que había provocado en él en una especie de disociación. La imaginación y el temor de sirvientes y vecinos habrían hecho el resto. Algunos psicólogos consultados estaban de acuerdo con estas apreciaciones. Si tuvieran que dar un diagnóstico, se decantan por que el pintor podría haber padecido algún tipo de trastorno disociativo. El detonante del mismo pudo ser el hecho de verse separado de forma abrupta de su niñera, con la que había desarrollado una intensa relación afectiva. Quizá su madre no sólo fuera estricta con el servicio, tal vez se mostrara demasiado rigurosa con el propio Gene y esa carencia afectiva fuera la causa de su comportamiento disociativo; como un mecanismo de defensa. Por supuesto, carecemos de los datos suficientes como para poder afirmarlo rotundamente, pero es una posibilidad que debe tenerse en cuenta.

¿Y desde el punto de vista del pensamiento mágico? Para los sirvientes de los Otto, acostumbrados seguramente a las concepciones mágicas del mundo propias de las religiones afroamericanas, el muñeco era realmente un doble del pequeño Gene, animado gracias a las fuerzas puestas en juego durante su confección y a lo que supuestamente escondió su niñera en su interior. El hipotético espíritu que quedó asociado al muñeco se alimentaría a su vez por la personalidad del propio Gene, del mismo modo que según ciertas doctrinas se crean los egrégores y los «elementales artificiales», formas invisibles, astrales, que se generan a partir de un pensamiento concentrado y una emoción fuerte, y que crecen alimentando esas mismas emociones que a su vez los hacen cada vez más consistentes. Para otros, el muñeco ya llevaba incorporada una entidad que se iría alimentando a base de la intensa afectividad del lazo emocional que el niño creó con su juguete.

Mientras, cada vez más deteriorado, *Robert* observa desfilar delante de él a centenares de curiosos empeñados en fotografiarle o en volverse de manera rápida para ver si ha cambiado de postura o de expresión, al tiempo que las cartas pidiendo perdón para que les levante la maldición siguen llegando al museo.

«Mandy»

Mandy es una muñeca de porcelana fabricada entre 1910 y 1920, quizá en Inglaterra o en Alemania; no se ha podido determinar de manera exacta su origen. En 1991 fue donada al Museo Quesnel de Canadá, en la Columbia Británica. Según informa el propio museo, la muñeca ya les llegó en mal estado, con la cabeza agrietada, desperfectos en el cuerpo y la ropa sucia. La historia de cómo *Mandy* llegó al museo se popularizó en la localidad gracias a un artículo aparecido el 25 de enero de 1995 en el *Quesnel Advocate*, un diario local. A raíz de aquel artículo, un centenar de personas fueron a visitar a la muñeca, y a partir de entonces su fama ha ido creciendo día tras día.

Según la encargada del museo, Ruth Stubbs, la mujer que se la entregó quería deshacerse de ella a toda costa, y mostraba una repulsa hacia la muñeca que le llamó la atención. En un primer momento dijo que la muñeca pertenecía a su abuela, y que la entregaba porque no quería que su hija jugara con una muñeca tan deteriorada. La propia Ruth no podía dejar de sentir cierta repulsa, que achacó al aspecto del juguete. Pero la donación fue recibida de buen grado y se clasificó con el número 19203 en el catálogo de artículos de su colección.

No en vano la muñeca tiene más de cien años y el deterioro físico le ha conferido con el paso del tiempo un aspecto macabro que impacta a todos los que la ven. Pensando que quizá el interior pudiera albergar insectos, la señora Stubbs metió a *Mandy* en una bolsa de plástico y la depositó en el taller del museo. Dos días después una de las investigadoras del museo se acercó a examinarla y lo primero que dijo fue: «Esta muñeca me pone los pelos de punta». Todos los que la veían sentían inquietud al estar delante del juguete. Además, los trabajadores del museo empezaron a informar de sucesos extraños. Desaparecían todo tipo de objetos; incluso el almuerzo que el personal de la institución guardaba en la nevera. Algunos objetos y alimentos que se habían esfumado reaparecían en los sitios más insospechados; del resto nunca más se supo. En ocasiones también se oían pasos y no se veía a nadie. Y muchos decían que sus ojos de cristal los seguían mientras caminaban por la estancia. La historia más rocambolesca la protagonizó alguien que afirmaba que, tras caerse la muñeca, había visto cómo brotaba sangre de las grietas de su cabeza.

Uno de los sucesos más inquietantes lo protagonizó la fotógrafa del museo, que junto a su novio se dispuso a fotografiar la muñeca igual que hacía con todos los objetos del museo. Se sintieron incómodos pero hicieron las fotos sin que ocurriera ningún incidente. Pero al día siguiente, al entrar en el laboratorio de fotografía, se encontraron la mayoría de los objetos desperdigados por el suelo, como si un niño presa de una rabieta la hubiera emprendido con todo lo que había allí. Fue aún peor cuando la fotógrafa reveló las fotografías. La vieron salir del cuarto oscuro pálida y muerta de miedo. Según dijo, mientras estaba revelándolas había oído un profundo suspiro a su espalda y el ruido de algún objeto que caía al suelo.

En otra ocasión un reportero del *Cariboo Observer*, otro periódico local, fue invitado por Ruth Stubbs para que tomara fotos de *Mandy*. Le fue imposible... un extraño problema técnico con la cámara le impidió realizarlas. El propio fotógrafo del *Quesnel Advocate*, donde se relataban todos estos incidentes, tuvo problemas a la hora de fotografiar a la muñeca: «Cuando fotografié a *Mandy* para este artículo, juraría que volvió la cabeza y la sacó del encuadre de modo que no pude filmarla. Cuando la sacamos de la caja de cristal y la sentamos en la cama, parecía sonreírme en el momento en el que el flash iluminó su cara», escribió.

Según contaba en el artículo, un antiguo encargado del museo que tenía fama de sentir las «vibraciones» de los objetos, lo que los parapsicólogos llaman psicometría, tomó entre sus manos a *Mandy*. Al parecer el hombre sintió escalofríos y afirmó que *Mandy* había presenciado muchos abusos a lo largo de su existencia como juguete. Todas esas circunstancias animaron a Ruth Stubbs a indagar en la historia de la muñeca; de modo que se entrevistó de nuevo con la mujer que había entregado a *Mandy* al museo.

En la entrevista, la mujer le explicó la verdadera razón por la que quería deshacerse con tanta premura de la muñeca. Una noche oyó llorar tan claramente a un niño en el sótano donde estaba *Mandy* que se levantó para buscar al niño que se lamentaba de aquella forma, pero tras recorrer el sótano sólo encontró una ventana abierta por donde entraba la brisa que movía las cortinas. La señora Stubbs dijo que ella no creía que el muñeco estuviera maldito, pero sí confesó al periódico que la aversión inicial que sentía hacia la destartada muñeca era algo muy real; y que esa aversión se iba haciendo más tolerable desde que *Mandy* parecía más «feliz» en el museo.

También en este caso hemos podido comprobar cómo a partir de la historia que acabamos de describir se han añadido aditivos y «leyendas» difícilmente comprobables. Leíamos, por ejemplo, en un documento referente a *Mandy* que el origen de la maldición era la muerte de una niña pequeña, y que la muñeca fue encontrada en un sótano llorando sangre; lo cual, como hemos visto, es falso. Aditivos, exageraciones y tergiversaciones son habituales en este tipo de casos, donde la amplia difusión que permite internet hace que la bola de nieve ya de por sí bastante inquietante crezca hasta el punto de que a menudo sea muy difícil separar lo real de lo falso.

La propia Ruth Stubbs, conservadora del Museo Quesnel donde *Mandy* recibe las visitas de los curiosos que quieren verla, observó en la entrevista que concedió al periódico local donde expuso la historia de la muñeca que insistía mucho en que el testimonio de la mujer que donó el juguete era simplemente eso, un testimonio difícilmente comprobable. Con todo, no niega que la muñeca genera inquietud en todos los trabajadores del museo y las experiencias que éstos relatan resultan como poco turbadoras. Sea como sea, como en los casos anteriores, *Mandy* es la estrella del museo, y recibe visitantes que van principalmente a verla a ella. Y cómo no, las autoridades del museo tampoco se resisten a la publicidad que les ha dado. En la web del museo afirman que «una vez que la hayas visto, jamás volverás a ser el mismo».

El miedo no conoce fronteras

Vamos a trasladarnos al otro lado del mundo. Viajamos ahora a la ciudad de Singapur, en Malasia. Y vamos hasta allí a raíz de una noticia sorprendente publicada por el *Daily Mail*, el segundo periódico más leído del Reino Unido, el 13 de junio de 2014. El titular no tenía desperdicio:

«Muñeca “poseída” aterroriza Singapur tras haber sido hallada al lado de la carretera». Efectivamente, en una calle muy concurrida de la ciudad y apoyada sobre un árbol, algunos transeúntes encontraron una muñeca que los dejó intrigados, y a más de uno le provocó pesadillas. Era una muñeca antigua, vestida con un vistoso y colorido traje de seda y encaje. Parecía que alguien se la había dejado olvidada y que volvería a buscarla; pero no, un detalle importante hacía sospechar que la habían abandonado allí adrede durante la noche.

La muñeca tenía los ojos vendados con un pañuelo delicado sobre el que había escrita una palabra en árabe: *Bismillah*, «En el nombre de Alá». Conocida también como la Basmala, es una fórmula ritual con la que comienzan 113 de las 114 *asuras*, o capítulos del Corán. Es una forma abreviada de «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso». A menudo se encuentra en todo el mundo islámico dibujada de forma ornamental con exquisita caligrafía en objetos que se cuelgan en las casas, las tiendas, los comercios, los lugares de trabajo, los vehículos... Tiene por lo tanto también una indudable función protectora. Uno de esos transeúntes tomó varias fotos y las subió a internet, concretamente a la red social Twitter, donde rápidamente se extendieron por todo el planeta. Según decía, la expresión podría estar allí como una forma de contener a un espíritu diabólico que habitaba en la muñeca, e impedir que saliera en pos de la persona que la había abandonado.

Al parecer algunos de los viandantes, residentes de la zona, la reconocieron como propiedad de un vecino, probablemente malayo, porque es la etnia que practica el islam en Singapur. Lo que dijeron añadió todavía más misterio al caso. Comentaron que la muñeca estaba poseída realmente por algún espíritu impuro; que cuando su propietario no estaba, se movía sola por la casa. Afirmaron que en dicha casa ocurrían todo tipo de fenómenos extraños y que se oían ruidos anómalos. La muñeca se dejaba en una determinada postura y al rato su cabeza estaba girada mirando en otra dirección. Se la había oído hablar cuando no había nadie más en la casa. Según les contó el propietario, hablaba en malayo y con voz de mujer adulta. Al final el dueño de la temible muñeca decidió llevarla lejos de su hogar, le vendó los ojos para que no supiera regresar y la depositó en la calle con la esperanza de que el espíritu no volviera a él jamás.

Cuando la encontraron apoyada en el árbol, alguien le quitó la venda y ahora todos sospechan que esa persona es la que de forma inadvertida se ha llevado consigo la maldición y al espíritu perturbador que habitaba en la muñeca, la cual por cierto ha desaparecido. Para añadir más leña al fuego, el mismo día que la encontraron un joven se suicidó en los bloques de apartamentos que hay al otro lado de la calle y se registró un caso de asesinato. ¿Qué ha sido de la muñeca? ¿Han continuado los supuestos hechos inexplicables en el hogar en el que se encuentra ahora? ¿Qué ha ocurrido con la persona que le quitó la venda? No sabemos nada de momento; pero no sería de extrañar que la muñeca reapareciera en el momento menos pensado y volviéramos a saber de ella por alguno de los muchos canales de internet.



Imagen de una muñeca supuestamente poseída encontrada en Singapur el 13 de junio de 2014. La muñeca es obra de una conocida artesana, Christie Creepydolls, que se dedica a manufacturar todo tipo de juguetes de aspecto siniestro. El propietario de la muñeca, que se identificó en las redes sociales con el nick Narcosis, afirma que se deshizo de ella porque en torno a la muñeca se generaban todo tipo de fenómenos aterradores.

Los que nos miran en silencio

Hemos visto varios casos en lugares muy apartados. Pero tampoco en España faltan casos de muñecos que protagonizan hechos extraños. En 2005, en el gaditano pueblo de Arcos de la Frontera, un supuesto caso de poltergeist saltó a los medios de comunicación. En una vivienda de la calle Jesús Nazareno de dicha localidad, en julio de 2004, la familia de María Josefa Tejada y su esposo Cristóbal habría vivido una serie de terroríficas experiencias que parecían centrarse alrededor de Elena, su hija de dieciséis años. Visiones espectrales; agresiones por parte de algún agente invisible que los golpeaba, pellizcaba, empujaba, o que incluso trataba de asfixiarlos; electrodomésticos que se encendían solos o se comportaban de modo extraño; luces que se encendían y apagaban solas; frío súbito; y, en definitiva, mucha de la fenomenología asociada a un caso típico de poltergeist que podemos leer en la literatura parapsicológica.

Pero uno de los momentos más terroríficos se habría producido cuando Elena y José Manuel, su hermano pequeño, oyeron hablar súbitamente a una de las muñecas que tenían colgadas en la pared en el piso superior de la vivienda. La joven salió corriendo para decírselo a su padre. Cristóbal subió inmediatamente. Lo que se encontró al entrar, según dijo, era un espectáculo surrealista y extraño como pocos. Según afirmó, la muñeca movía los ojos mientras hablaba. Al arrancarla de la pared le recriminó diciéndole que no la maltratase al tiempo que agitaba las manos. A su lado otra muñeca movía igualmente los ojos y las manos. Metió a ambas en una bolsa y las arrojó a un barranco.

Algunos de los investigadores que se desplazaron para realizar mediciones en el inmueble, como José M. García Bautista, concluyeron que probablemente todo se debía a una sugestión colectiva causada por las condiciones de humedad, infrasonidos y frío constante en una de las zonas de la casa por culpa de una gruta que se extiende por la calle, en la que por cierto los habitantes de otras casas declaran haber tenido experiencias semejantes. Dichas condiciones de humedad pueden dar lugar a condensaciones bruscas capaces de generar ruidos, pero también ráfagas de aire que pueden dar la impresión de que algo invisible nos golpea. La acción continuada de los infrasonidos puede dar lugar por otra parte, según los investigadores, a cambios extraños en la percepción sensorial y el humor de las personas que se exponen a ellos. Ahí queda... En cualquier caso, amigo lector, si pasas por la bella localidad de Arcos de la Frontera y te encuentras dos muñecas abandonadas en una bolsa, yo me lo pensaría muy mucho antes de traerlas a casa.

Y aún estamos muy lejos de agotar la lista de muñecos a los que se les atribuye una maldición o de los que se dice que son el hogar de una entidad maléfica que nos mira a través de sus ojos muertos. En eBay no es raro encontrar un curioso mercado de muñecos de reputación siniestra. En este famoso portal de subastas de la red de redes se ofrecen y se adquieren juguetes alrededor de los cuales se han tejido historias extrañas, a veces macabras. El vendedor generalmente quiere deshacerse de ellos y expone su historia a los compradores, habitualmente coleccionistas de lo extraño e investigadores deseosos de hacerse con algún objeto que les permita estudiar de primera mano la fenomenología paranormal supuestamente asociada a él.

Tal es la demanda y oferta de objetos malditos y encantados que se habla ya de una verdadera moda, y hasta han surgido guías publicadas en eBay, elaboradas por algunos de sus usuarios, para orientar a los posibles compradores. Una de ellas advierte acerca de las muchas formas de retocar fotografías y de cómo ciertos anuncios hacen referencia a tópicos dudosos del tipo «objeto encantado de mi abuela centenaria que era bruja» u «objeto maldecido por gitanos». Titulares de este último tipo, por cierto, han suscitado las protestas de algún que otro usuario de esta etnia por lo peyorativo de este tipo de mensajes, sustentados en la creencia popular acerca del poder y la infalibilidad de una maldición gitana.

Otra de estas guías hace hincapié en que el que compre este tipo de artículos debe ser consciente y responsable de lo que está comprando, y de que ese artículo puede afectar a su vida. Y advierte: «Asegúrese de que tiene sal marina y aceite o agua bendita para bendecir su casa con ellos en caso de que las cosas se pongan feas con su artículo». Y entre los posibles fenómenos que pueden experimentarse en la casa una vez que llegue el ansiado artículo, tras la compra, y para que a nadie le pille por sorpresa, la guía da la siguiente lista: «golpes en las paredes, ruidos como de arañazos, sonidos, gemidos que se desplazan, golpes, susurros, objetos que se mueven, movimientos y temblores de camas, olores, ectoplasmas...». ¡Alentador!

Te recuerdo, Amanda

Uno de estos juguetes diabólicos vendidos a través de eBay en 2009 y cuya historia se ha hecho popular entre los amantes de lo paranormal en 2009 es *Amanda*, muñeca perteneciente a una línea diseñada por Heinrich Handwerck en 1884. Pues bien, antes de que acabara el año el comprador

la volvía a poner a la venta en dicho portal alegando que desde que estaba en su casa, en ella pasaban cosas extrañas.

A partir de entonces ha sido subastada más de veinte veces, según dicen, por la misma razón. Sus antiguos dueños afirmaban que se movía libremente por la casa cometiendo todo tipo de maldades y que la mala suerte se convierte en una compañera habitual de aquellos que la dejan entrar en su vida y en sus casas. Una de las antiguas propietarias afirmaba que la muñeca se apoderaba de su mente, que *Amanda* estaba continuamente en su pensamiento y que cuando intentaba olvidarla la asaltaban terribles pesadillas. Llegó a crear un vínculo tan estrecho con la muñeca que, según decía, hablaba con ella y compartían pensamientos y secretos íntimos. Afirma esta mujer que en una ocasión se despertó una noche con los pies helados. Se los miró y estaban azules y agrietados. Pensó en llamar de inmediato a una ambulancia, pero al volver a mirar estaban en perfecto estado. En ese momento miró a *Amanda* y la sorprendió con una sonrisa diabólica que mantuvo durante un segundo antes de que volviera a mostrar su rostro normal.

La sensación de que *Amanda* controlaba la mente de esta compradora ¿podría ser una autosugestión casi obsesiva? ¿Y esa visión horrible mientras estaba en la cama? Muchos la explicarían como una alucinación hipnopómpica, esas alucinaciones de un realismo abrumador que suelen estar asociadas a la parálisis del sueño y que se producen en determinadas circunstancias cuando estamos experimentando el paso desde el estado de sueño al de vigilia. Estas alucinaciones son tan intensas que quien las sufre no las distingue de una experiencia vivida cuando se está absolutamente despierto. Quien ha vivido alguna lo sabe. Lo último que sabemos de *Amanda* es que está en una vitrina en algún lugar de Atlanta, en el estado norteamericano de Georgia, y aseguran que a veces se oyen extraños sonidos, como si se arañara un cristal.

Pero *Amanda* no es un caso aislado. La lista de muñecas hechizadas a la venta es interminable y la red abunda en historias acerca de estos juguetes del infierno que pasan de mano en mano. Nada falta en este mundo de las muñecas poseídas ni de los juguetes malditos. Ni siquiera webcams apuntándolas continuamente en internet para que los usuarios puedan detectar presencias, movimientos o manifestaciones de los juguetes del diablo. Tal es el caso de la webcam instalada por Knight Paranormal, que se definen a sí mismos como un grupo de investigación paranormal ubicado en las Endless Mountains, un sistema montañoso al noreste de Pennsylvania, en Estados Unidos. En la web de este grupo puede verse una cámara apuntando a varias muñecos cuyos nombres son *Chrystal, True, Monika, Sharla, Isaac, Ashley* y *Cameron*, muñecos supuestamente encantados que el grupo ha ido comprando a sus anteriores dueños tras ser informados de diferentes sucesos extraños en que estaban involucrados los juguetes.

Coleccionando maldiciones

Una coleccionista de muñecos diabólicos que se ha hecho muy popular es la escocesa Katrin Reedick, a la que muchos consideran una de las mejores expertas en muñecas poseídas del Reino Unido. Katrin Reedick se ha hecho famosa en su país después de varias apariciones en televisión y tras conceder algunas entrevistas en los principales diarios británicos. Esta mujer de treinta y cinco años es poseedora de hasta trece muñecas malditas alojadas en su mansión de Glasgow, donde vive con sus dos niños pequeños. ¡Trece! Mejor número, imposible. Según cuenta ella

misma, su afición comenzó en 2008 mientras vivía en Estonia, donde experimentó ciertos fenómenos asociados a una presencia, un caballero de mediana edad que se había suicidado en la parte posterior de una bodega y al que empezó a ver en la casa que ella habitaba. En una entrevista declaró que la experiencia fue terrorífica y que el supuesto espíritu atacó a su hijo Christopher, dejándole marcas de dedos en las manos.

De vuelta en Glasgow, adquirió un medallón que había pertenecido a una niña de once años apuñalada por un niño de doce después de que ella se negara a jugar con él. Un medallón que la muchacha llevaba puesto en ese fatídico momento. En su opinión, el espíritu de ambos chicos estaba asociado al colgante. A partir de ese momento se interesó cada vez más por lo paranormal hasta que esa pasión derivó en este peculiar modo de coleccionismo. Si nos atenemos a lo que esta mujer dice, no son espíritus benévolos los que aloja en casa, más bien les gusta cometer todo tipo de tropelías: abren y cierran grifos, ocultan objetos de la casa, cambian los canales de televisión e incluso en alguna ocasión han provocado un pequeño incendio. Eso al menos afirma Katrin.

¿Cómo consigue Katrin sus muñecas? Busca anuncios de muñecas supuestamente malditas, indaga para conocer su historia, pregunta para ver si han estado envueltas en sucesos extraños; si considera que la muñeca en cuestión está embrujada, puede pagar hasta 600 euros por ella. Una vez que las tiene en su poder las deja en una habitación junto a una grabadora para poder recoger psicofonías o voces que le den alguna pista sobre el «habitante» del juguete. Y según ella, recoge de este modo palabras, frases procedentes de las entidades que emplean a las muñecas para manifestarse.

La primera de sus adquisiciones se llama *Mystical* y es una muñeca estadounidense por la que pagó tan sólo doce euros en 2008. Desde la primera noche, nos dice, empezó a experimentar que la muñeca cobijaba a un espíritu. El televisor se encendió solo, las luces parpadearon, oyó pasos en la habitación donde se hallaba la muñeca. Según Katrin, el espíritu quería comunicarse con ella, y resultó ser el de una anciana que había muerto a los ciento tres años y muy sabia, por lo decía ella misma. Después llegaron otras. El segundo fue *Michael*, adquirido en junio de 2011 y habitado por el espíritu de un niño de ocho meses asesinado en su cuna por su madre en 1980 y que quiere que jueguen con él y le presten atención. Katrin afirma que gira la cabeza, cambia la expresión de su cara, y cuando la ve jugar con sus hijos, exclama: «¡Mamá! ¡Juega conmigo!». Luego llegaron *Pearl*, morada de una joven suicida de veinte años; *Ashley*, en la que reside un mujer fallecida en un accidente de tráfico y que le esconde a menudo las llaves del coche; *Treena*, habitada por una mujer de treinta años que murió quemada en la hoguera acusada de ser bruja; *Agatha*, morada de tres espíritus...

«Peggy», una muñeca maldita de última hora

Antes de dejar el Reino Unido vamos a examinar el último caso del que he tenido noticia mientras escribía estas páginas. El 17 de abril de 2015 algunos medios de comunicación británicos se hacían eco de los supuestos y perniciosos efectos de *Peggy*, una muñeca rubia de ojos azules y de angelical aspecto. Pese a su dulce semblante, su actual propietaria, Jayne Harris, asegura que está poseída por un espíritu maligno. La señora Harris se presenta a sí misma como una investigadora

psíquica y afirma haber recibido decenas de correos electrónicos de gente afectada por diferentes dolencias tras ver el material gráfico protagonizado por *Peggy* y que ella misma se ha encargado de subir a internet. Asimismo, Harris es la propietaria de una empresa que lleva el muy conveniente nombre de Haunted Dolls (Muñecas Encantadas), con sede en la ciudad británica de Shrewsbury. La empresa ofrece una serie de servicios en torno a lo paranormal, incluidos asesoramiento y sesiones de mediumnidad.

Jayne Harris asegura en sus declaraciones a los medios británicos que los vídeos e imágenes de la muñeca siembran el pánico entre aquellos que se atreven a verlos. Al parecer *Peggy* tiene la mala costumbre de provocar enfermedades y dolencias a sus víctimas. ¿Cómo ha llegado la muñeca a sus manos? Su antigua dueña contactó con ella buscando su ayuda profesional para lidiar con la funesta muñeca, ya que era la responsable, según ella, de unas pesadillas terroríficas, de las que despertaba angustiada y con fiebre. Daba igual en qué lugar de la casa la dejara, las pesadillas no la abandonaban. Según relata la señora Harris, su clienta buscó la ayuda de un sacerdote local que la visitó dos veces sin resultado alguno hasta que en septiembre cayó enferma con una fiebre tan alta que empezó a sufrir delirios y alucinaciones.

Convencida de que todos sus males procedían de la funesta muñeca, decidió deshacerse de ella en cuanto se sintió un poco mejor. Y de ese modo acabó en manos de la directora de Haunted Dolls. Según la señora Harris, hasta ochenta personas se han puesto en comunicación con ella relatando sus experiencias y el modo en que se han sentido afectadas cuando han visto imágenes o vídeos de *Peggy*. Sus comunicantes aseguran haber sufrido todo tipo de molestias, desde dolores en el pecho y náuseas, hasta ansiedad o visiones tipo «flashback» de instituciones mentales en las que se realizaban prácticas abusivas. Según Jayne Harris, la mayoría de las experiencias que le refieren son pequeñas contrariedades como, citando sus propias palabras, «pantallas de ordenador bloqueadas, dolores agudos de cabeza o sensación de pánico»; pero otras, afirma, son más preocupantes. Eso parece, a juzgar por una experiencia que dice haber compartido con una de sus informantes. Al parecer estaba conversando con ella mediante el servicio de mensajería de la red social Facebook cuando de repente le hizo partícipe de una experiencia terrorífica que estaba viviendo en ese momento. Dejemos que sea la propia Jayne Harris la que narre lo ocurrido: «La mujer comentó que al abrir una fotografía de *Peggy* en su ordenador se había quedado su imagen fija en la pantalla y que la habitación se enfrió de repente. A continuación afirmaba que había alguien en la habitación con ella y que le oía moverse». La señora Harris tomó cartas en el asunto: «Agarré a *Peggy* y la llevé abajo, a un área de aislamiento, y le pedí que dejara de atormentar a la mujer. Al parecer todo volvió a la normalidad».

Otra mujer que se ha puesto en contacto con ella afirma que tras ver algunas de las imágenes de *Peggy* las bombillas de su casa empezaron a estallar sin motivo aparente y que notaba una presencia en la casa. Pero sin duda la experiencia más terrorífica la vivió el 17 de abril una mujer que desea permanecer en el anonimato y que sufrió un ataque al corazón después de ver uno de los vídeos en los que aparece la psíquica junto a la muñeca. A otra de sus comunicantes *Peggy* la visitó en sueños para advertirle acerca de la mala salud de uno de sus gatos. Por la mañana encontró al felino enfermo. Murió ese mismo día. La propia Jayne Harris dice haber experimentado migrañas y un profundo agotamiento tras realizar experimentos psíquicos y rituales con *Peggy*. De hecho dice que es el caso más intenso que ha experimentado desde que empezó a investigar lo paranormal, allá por el año 2000, tras la muerte de un familiar, su prima Kelly.

Según la señora Harris, cuatro psíquicos que han «explorado» a la muñeca afirman que hay algo dentro de ella. Sienten que está «inquieta, frustrada, y que fue perseguida en vida». Afirman que el espíritu que se esconde en la muñeca es el de una mujer judía nacida en 1940 en Holland Park, en Londres, y víctima del holocausto nazi. Jayne Harris confiesa que en sesiones de escritura automática centradas en la muñeca han aparecido además las palabras «estrella» y «David», reforzando así su hipótesis de que el espíritu maléfico dentro de la muñeca es judío. Otros experimentos psíquicos realizados por su equipo de colaboradores certificaron que el espíritu de la mujer muestra una profunda animadversión hacia los payasos y los crucifijos, otro indicio más, siempre según la señora Harris, de que no era de religión cristiana. Además, la mujer que habita el cuerpo de *Peggy* murió por problemas respiratorios, quizá por un ataque de asma.

Dice Harris que otros psíquicos le han ofrecido su ayuda para tratar de liberar a *Peggy* del espíritu que la posee, pero según sus declaraciones serán ella y sus colaboradores directos los que se dedicarán a investigar el caso. Y aunque ha recibido ofertas para investigar sucesos paranormales y lugares embrujados, de momento prefiere trabajar únicamente con el equipo de su empresa. Una de las médiums de su equipo, Lindy, afirma haber tenido también una estremecedora experiencia con *Peggy*. En una ocasión en la que estaba escribiendo en Facebook sobre *Peggy*, sus comentarios, y sólo los de ella, se duplicaban. Se cambiaba a otro hilo de conversación y sus comentarios se publicaban normalmente, pero al regresar al hilo en el que hablaba de *Peggy* volvieron a producirse las repeticiones. En ese momento su perro comenzó a ladrar y ella sintió un calor y enrojecimiento inusitados en su cara. También sentía que no estaba sola. «Acabé pidiendo disculpas a *Peggy* cuando sentí que tal vez no le agradaba que charláramos sobre ella y los síntomas cesaron», reconoce.

Tres días más tarde Lindy vio un vídeo de *Peggy* que le inspiró para tener una larga conversación con su hija, que padece algún tipo de trastorno mental desde hace algunos meses. La conversación entre madre e hija sirvió para que ambas expresaran muchas cosas que tenían guardadas. Según ella, *Peggy* le había ayudado. En ese mismo momento, y sin su conocimiento, Jayne Harris estaba en mitad de una sesión de escritura automática con *Peggy* como protagonista. La señora Harris colgó imágenes de *Peggy* con los supuestos mensajes que había recibido en la sesión de escritura automática. Cuando Lindy vio uno de los textos, se quedó perpleja. El mensaje constaba de cuatro líneas: LINDY, GIRL (chica), EXPLANATION (explicación) y DRAW A LINE (traza una línea). Lindy está segura de que se refiere a la charla que tuvo con su hija y que el mensaje está claramente dirigido a ella.

De momento Jayne Harris ya ha anunciado que en junio de este año saldrá a la luz un libro titulado *What Dwells Within* («Lo que vive ahí dentro»), donde narrará algunas de sus vivencias y encuentros con lo paranormal. Los más suspicaces dirán, no sin cierta razón, que la historia de *Peggy* parece encajar como anillo al dedo para promocionar tanto el futuro libro de la señora Harris como los servicios de su empresa *Haunted Dolls*. En cualquier caso, lo que es evidente es que las muñecas malditas están a la orden del día y llaman siempre nuestra atención. Pero quizá no nos haga falta buscar muy lejos para encontrar casos de muñecos malditos.

Los que hemos visto son casos célebres, debido a su presencia en museos, en portales como eBay, o porque sus historias se han propagado como la pólvora por la red de redes. Pero sean fruto del miedo, de la autosugestión o de esa rara fascinación que ejercen sobre niños y adultos, las historias que involucran a muñecas son mucho más corrientes de lo que pensamos. Si uno

indaga en su propio círculo de conocidos, en el seno de la propia familia o de los amigos, no será difícil que tras vencer un primer momento de prudente silencio algunos de nuestros familiares o conocidos nos acabe confesando que cuando era niño había en casa una muñeca que...

LOS CUADROS MALDITOS

Conversando una vez con una buena amiga, salió el tema de la aversión que muchas personas tienen hacia los muñecos. En un momento dado de la charla me comentó que efectivamente ella conocía a gente que mostraba un temor fóbico a los muñecos, pero que ella siempre había tenido muñecas, incluso ahora, y que jamás había experimentado miedo. Al contrario, incluso el propio muñeco *Robert* le caía simpático. Y sin embargo, me confesó, había cuadros que sí le daban miedo, la atemorizaban. Una imagen tridimensional que nos imita, una muñeca, no le causaba inquietud, pero las figuras bidimensionales pintadas en los cuadros... eso era otra cosa. Y no es la única. Hay personas que cuando deben dormir en una habitación donde hay algún cuadro que por la razón que sea les resulta turbador, tendrán que sacarlo fuera o darle la vuelta si quieren dormir. Personajes que nos miran desde la pared, desde mundos y paisajes que no son los del entorno... como si ese rectángulo colgado en el muro fuera una especie de ventana a otra realidad a la que uno puede asomarse. O aún peor, ventanas a una realidad desde la que esas figuras que nos miran pueden escaparse. Temores infundados que nos parecen absurdos a plena luz del día, pero que se tornan obsesivos cuando cae la noche y el frágil velo de nuestra vigilia racional cae con el peso de las sombras... Ventanas, puertas por las que se puede entrar... o salir.

No es de extrañar que este miedo, que como todo miedo a lo desconocido nace de las profundidades de nuestro inconsciente, se haya plasmado en clásicos del terror como «El modelo de Pickman», relato del maestro Howard Phillips Lovecraft, o la novela *El Retrato de Dorian Gray*, del genial Oscar Wilde. En «El modelo de Pickman», los cuadros pintados por Pickman, un artista extravagante y siniestro, muestran horrores que ponen los pelos de punta a todos los que lo ven, como ese «Vampiro alimentándose» que se menciona a lo largo de la narración y de cuyo aspecto y lo que representa ya lo dice todo el propio título. ¿Qué está captando el pintor? El horror en el relato se va dibujando conforme nos damos cuenta de que los modelos que usa el artista quizá no sean tan imaginarios como pueda parecer. Pickman está pintando horrores que parecen surgidos de una mente enferma, pero la pregunta que suscita es si esos horrores plasmados en un lienzo no serán reales. La sospecha es que Pickman tiene algún tipo de acceso a una realidad horrible que está negada al resto de los mortales, pero que él consigue plasmar en sus lienzos. Pickman pinta nuestros demonios con una objetividad escalofriante que espanta a los que lo miran.

En el relato de Wilde, Dorian Gray es un joven atractivo, un hombre narcisista enamorado de su propia belleza y con un único y obsesivo deseo: permanecer siempre joven para gozar de todos los excesos sin cortapisas morales. Su amigo el pintor Basil Hallward le regala un magnífico retrato en el que Gray posa en todo su esplendor y juventud. Gray expresa su deseo de no envejecer jamás, que lo haga el cuadro por él. Hombre sin escrúpulos, vive una vida de vicio y desórdenes sin atisbo de la más mínima moral, donde el resto de los seres humanos son sólo

juguets de su placer. Su cuerpo no envejece; pero el cuadro es un retrato de su alma y con cada fechoría del protagonista su imagen en el cuadro se va afeando, mostrando así todos sus defectos y acciones nefastas.

Al final el retrato deviene el de un ser espantoso, un monstruo horripilante que refleja todas las miserias morales del modelo. En este relato se recoge una idea antigua, perturbadora, muy semejante a la que anima a las dágidas o muñecas de hechiceros. Los personajes en el cuadro tienen algo de los seres vivos a los que representan, atrapan parte de su alma en el lienzo. Ésa es la sensación profunda e inconsciente que tienen muchos al mirar un retrato, la impresión de que las figuras del cuadro están impregnadas con algo del alma de quien está allí representado. En el relato de Dorian Gray esta idea queda expuesta de forma magnífica. El cuadro muestra lo invisible, lo que no se puede ver de Dorian Gray, su interior, su alma.

Por lo tanto, en el imaginario popular, los cuadros reflejan los sentimientos, la personalidad, las sensaciones, lo que vivió el personaje representado en ellos, como si toda esa fuerza anímica y de pensamiento hubiera quedado plasmada, «encerrada» en ellos. En cierto foro de internet nos encontramos las siguientes declaraciones de una mujer joven que comentaba acerca de una de las historias que veremos en este capítulo: «Los retratos que en su momento fueron de una persona que vivió esa soledad, esa penumbra, ese sufrimiento, son energías encerradas que cobran vida». Nada expresa mejor que esas palabras lo que algunas personas sienten frente a ciertos retratos.

El artista, por otra parte, a veces es visto como un brujo del pincel, alguien dotado del poder de atrapar lo que ve y lo que siente en un trozo de tela, en una cárcel de trazos y colores. Los artistas en general, los artesanos, los herreros, por poner un ejemplo que los antropólogos conocen bien, son, a ojos de sus coetáneos, pequeños demiurgos, espíritus creadores en contacto con una realidad que al resto de los mortales se les escapa. No es infrecuente, de hecho, que en torno a ellos se tejan leyendas que intenten explicar el origen de su don, esa capacidad para extraernos sentimientos y estados del alma.

En algunos casos ese poder procede directamente de las fuerzas oscuras, telúricas, ctónicas, cuando no del mismísimo Satanás. Tal es el caso de Paganini, «el violinista del diablo», de quien la leyenda dice que su genio, su forma de improvisar, las notas llenas de magia que salían de su violín sólo podían proceder, así lo creían sus contemporáneos, del mismísimo diablo. Pactos con el diablo en cruces de caminos son también leyendas corrientes asociadas a los músicos de jazz y de blues, como Robert Johnson, y pacto con el diablo se le ha atribuido al pintor que va a protagonizar la primera de nuestras historias. En este capítulo vamos a sumergirnos, querido lector, en el siniestro mundo de los cuadros malditos.

Los niños llorones

En la década de los setenta y a principios de los ochenta en los hogares humildes de muchos países se puso de moda tener una reproducción impresa de alguno de los cuadros que componían una serie llamada «Los niños llorones». Se trataba de cuadros que mostraban primeros planos de diferentes niños y niñas de edades comprendidas entre los cuatro y los diez años y que fueron retratados todos ellos con una expresión de silenciosa tristeza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas desde unos ojos cargados de una pena profunda. En la mayoría de las casas se podía

ver una o más de estas copias que se comercializaban por aquel entonces con mucho éxito, adornando las salas de miles de hogares de España, Chile, Brasil, Turquía, Holanda, Alemania, Suecia, Polonia, Inglaterra y en otros muchos países.

Aquella fiebre no es que remitiera poco a poco, como las cosas que lentamente se pasan de moda, sino que cesó de forma brusca, abrupta e inesperada. De golpe ya no sólo no se compraron más reproducciones, lo que obligó a cerrar a más de una empresa dedicada a comercializar las copias impresas, sino que además, y de forma sorprendente, casi todo el mundo que tenía uno los descolgó, arrinconándolos en buhardillas y sótanos. Los más expeditivos directamente se deshicieron de ellos arrojándolos a la basura o intentaron destruirlos, generalmente quemándolos. Aunque, según decían, que ardieran era algo harto difícil. ¡Ni regalados los querían! ¿La razón? ¡Estaban malditos!

O al menos eso es lo que afirmaba una leyenda que empezó a forjarse en torno a las intrigantes pinturas y que se expandió como la pólvora, como el fuego sería mejor decir dado lo que contaremos en breve. Aún hoy, en lugares muy dispersos, se cuenta la historia de los niños llorones y su maldición, y hay tantos añadidos, tantas versiones en esta historia, que resulta difícil dilucidar de dónde vino esta extraña leyenda de una maldición asociada a unas aparentemente inocentes imágenes que habrían llevado, según creía mucha gente, la desgracia y la ruina a centenares de hogares.

Pero como suele ocurrir en estos casos, si se tira del hilo acaba uno por encontrar el ovillo. El origen de la leyenda no hay que rastrearlo ni en Italia, patria del autor de los cuadros, ni en España, donde probablemente empezó a pintarlos. El origen nos lleva hasta Gran Bretaña, donde los cuadros de niños llorando, *The Crying Boys*, que en principio movían a ternura y conmiseración, pero que acabaron infundiendo temor, se hicieron también muy populares; aunque hay quien dice que ciertas historias sobre los cuadros se escuchaban ya en Dinamarca en 1975. No obstante, la primera noticia publicada y bien documentada sobre la maldición asociada a los niños llorones a la que hemos tenido acceso procede del Reino Unido.

Y el momento exacto en el que aparece la historia es el día 4 de septiembre de 1985. A partir de entonces se inicia una verdadera epopeya protagonizada por periódicos, público y autoridades que el investigador David Clarke reflejó en un artículo publicado en abril de 2008, en el número 234 de la revista *Fortean Times*. Buena parte de lo que sigue se basa en los datos aportados en el mismo y que pueden seguirse perfectamente en las publicaciones implicadas de la época. Vamos a ver cómo se desarrollaron los acontecimientos; hechos y datos que adquieren mayor relevancia cuando uno se da cuenta de que constituyen una auténtica crónica de cómo nace una leyenda.

Aquel 4 de septiembre de 1985 un periódico sensacionalista británico, *The Sun*, publicaba en la página 13, número ya de por sí fatídico para los supersticiosos, un artículo titulado «Blazing Curse of the Crying Boy», «Maldición ardiente del niño llorón». Impactante título para un texto en el que se afirmaba que un tal Peter Hall, bombero de la ciudad inglesa de Rotherham había estado comentando algo sorprendente con sus compañeros de trabajo. Se trataba de un rumor que corría entre los miembros del cuerpo de bomberos y que acabó haciéndose público. Se oía en los cuarteles de bomberos que en los últimos tiempos, tras apagar algún incendio, entre las cenizas de las casas incendiadas se encontraban con frecuencia los cuadros de los populares niños, intactos

en medio de la destrucción... Aunque proclamaran a los cuatro vientos que no creían en fantasmas ni en maldiciones, lo cierto es que ninguno dejaba que uno de aquellos cuadros entrara en sus hogares.



El 4 de septiembre de 1985 el diario inglés The Sun se hizo eco por primera vez de la supuesta maldición de los niños llorones, desatando una tormenta mediática que duró meses.

© The Sun

Según declaraba el propio Hall al periódico, su hermano Peter y la mujer de éste, May, que vivían en la misma ciudad que él, no hicieron caso de la advertencia y su casa había sufrido un accidente que afortunadamente no tuvo mayores consecuencias. La cocina y el salón se quemaron; pero misteriosamente uno de aquellos cuadros de un niño llorando que estaba colgado en la pared de la sala había sobrevivido al incendio de manera extraña. Aunque se demostró que el fuego lo había provocado una sartén encendida en la cocina, las miradas del matrimonio se volvieron inmediatamente hacia el cuadro. Lo destruyeron ellos después por miedo a que de alguna forma misteriosa provocara otro desastre en cualquier momento. Según el periódico unas 50.000 copias de aquel cuadro fatídico firmadas por un tal G. Bragolin estaban repartidas por toda Gran Bretaña, sobre todo en hogares de clase trabajadora, que los adquirían a bajo precio en los grandes almacenes. Otras fuentes apuntaban que la cifra ascendía realmente a 250.000 réplicas vendidas.

¡El efecto que la noticia tuvo en los lectores de *The Sun* fue inmediato! Al día siguiente las llamadas colapsaron las líneas de teléfono del periódico y se recibió una enorme cantidad de cartas en la redacción. La mayoría eran casos de gente que decía haber tenido una experiencia funesta con el cuadro del niño llorón. Dora Man, una mujer de Mitcham, en Londres, refería que su casa había quedado totalmente arrasada por las llamas apenas seis meses después de comprar una de aquellas reproducciones. La mujer estaba realmente intrigada porque era la única pieza de su colección de cuadros que se había salvado del fuego. El resto de pinturas había quedado reducido a cenizas. No sólo ella había adquirido un ejemplar en su entorno. Su cuñada, Sandra Craske, de Kilburn, y un amigo también habían comprado uno y a su vez habían sufrido incendios en sus respectivos hogares. Otros lectores del periódico informaron de incendios similares, como Linda Fleming, de Leeds, y Jane McCutcheon, de Nottingham. En todos los casos la misma historia... el fuego había acabado con todo, y en medio de la devastación sólo quedaba el cuadro de los niños llorones. Las llamadas para contar casos semejantes prosiguieron. La semilla del miedo cayó en terreno bien abonado.

La fiebre de la maldición

A raíz de aquello muchos lectores manifestaban haber intentado quemar sus cuadros para deshacerse de ellos, pero sin conseguirlo. Cuatro días después, el 9 de septiembre, *The Sun* volvía a la carga con una noticia en la que se hacía eco del caso de Brian Parks, de Boughton, cuya vivienda había sufrido un incendio que se saldó con su esposa y sus tres hijos ingresados en el hospital intoxicados por inhalación de humo y que dejó a la familia sin hogar. Como siempre, la pintura del niño había salido incólume y seguía allí, colgada en la pared ennegrecida de la sala hasta que él mismo se encargó de destruirla. El periódico mencionaba también que Grace Murray, de Oxford, tuvo que ser hospitalizada con quemaduras muy graves tras un incendio en su domicilio, donde por supuesto había una reproducción del niño llorón que apenas sufrió desperfectos. Este último caso apareció también en otro periódico de formato similar a *The Sun*, el *The Daily Star*. Otros periódicos comenzaban a hacerse eco de la fiebre de los cuadros incendiarios.

De hecho, no habían pasado ni dos meses desde la publicación de la primera noticia y aquello seguía creciendo de una forma y a una velocidad que realmente le deja a uno perplejo. El 21 de octubre, *The Sun* informaba de que un restaurante de Great Yarmouth, The Parillo Pizza Palace, había sufrido un incendio y, adivinemos... ¡Exacto! En el interior había una reproducción del niño llorón que había salido ilesa. Pero lo más sorprendente es el anuncio que hizo el propio periódico animando a los lectores a que les enviaran a la redacción las copias de los cuadros que tenían en sus casas para organizar una hoguera con objeto de destruirlos. A partir de entonces los cuadros empezaron a llegar de todas partes del Reino Unido a la dirección del periódico.



El 24 de octubre de 1985 *The Sun* publica otro nuevo caso de incendio supuestamente provocado por la maldición de los niños llorones. En este caso el cuadro que aparece no pertenece en realidad a la serie de los niños llorones de Bruno Amadio, sino a la serie «Infancia» de la pintora escocesa Anna Zinisen, que también fueron considerados como malditos.

© The Sun

Otros diarios se sumaron a *The Sun* y al *The Daily Star*. Tres días después de esta última noticia, el *Daily Mail* publicaba el caso de Kevin Godber, de Herringthorpe, que se había quedado sin hogar debido a un incendio que para variar había respetado la copia que poseía del cuadro maldito. A ambos lados del cuadro había otras obras que sin embargo habían acabado

reducidas a cenizas. Al día siguiente *The Sun* contraatacaba contando a sus lectores cómo una explosión había dejado sin hogar a un tal señor Amos, en Heswall. Pero el fuego había dejado intactas dos copias que estaban respectivamente en el salón y en el comedor de su casa. El señor Amos se encargó personalmente de destruir ambas reproducciones, asustado por la maldición. No estaba dispuesto a pasar de nuevo por aquel infierno.

Aquello parecía que no iba a acabar nunca. Las noticias se sucedían... El 26 de octubre, otro periódico local, el *Shropshire Star*, publicaba que un exbombero de Telford llamado Fred Trower había sufrido un incendio en su vivienda, aunque sin consecuencias. Tenía uno de los cuadros en casa pero, obstinado, lo mantuvo allí porque, según había declarado, no creía en maldiciones; salvo que sufriera un segundo incendio, dijo. En ese caso se encargaría de destruir el funesto cuadro. Otro periódico, el *Western Morning News*, informaba de sucesos parecidos y *The Sun* además publicaba ese día un informe que resumía los incidentes de los que habían tenido conocimiento hasta la fecha. Empezó a recabarse la opinión de expertos en diversas materias. El doctor Peter Baldry, de la Universidad de Londres, aseguraba que no encontraba ninguna explicación lógica al hecho de que esos cuadros y no otros sobrevivieran a los incendios.

Pero las declaraciones más asombrosas las protagonizó Roy Vickery, secretario de la Folklore Society, a quien no se le ocurrió otra cosa que tratar de explicar los hechos alegando que quizá el pintor había maltratado al niño del cuadro y que de ahí la vengativa maldición que provocaba los incendios en los que la pintura no se quemaba. Era, en su opinión, la forma en que el niño se vengaba. El 30 de octubre el *Portsmouth News*, periódico de Portsmouth, menciona que Stella Brown, una residente de aquella localidad, había quemado dos cuadros de los niños que estaban en su posesión, ya que según ella habían sido los culpables de una racha de mala suerte que tuvo en vilo a su familia. Al día siguiente era el diario *West Briton* el que afirmaba que un tal Richard Reynolds y su esposa, de Falmouth, habían lanzado dos cuadros que estaban en su poder a una hoguera para destruirlos. Habían intentado deshacerse de ellos regalándoselos a dos amigos, pero éstos se los habían devuelto. Nadie quería saber nada de los dichos cuadros.

Arded, malditos, arded...

El miedo era tal que se había desatado una fiebre por deshacerse de las copias de los niños llorones. Y por fin llegó el momento en que *The Sun*, como había anunciado, quemó en una hoguera varios centenares de cuadros que sus lectores les habían ido enviando para que se deshicieran de ellos. Esto ocurrió el 31 de octubre de 1985. El local del periódico en la calle Bouverie estaba desbordado. En la redacción había pilas de cuatro metros, se salían de los armarios y ocupaban buena parte de la sala de entrevistas. Hasta 2.500 copias fueron quemadas en la hoguera. Al día siguiente el periódico *The Guardian*, un diario de gran tirada, describía la hoguera organizada por *The Sun* con cierto toque de ironía.

Entre las anécdotas que recogía la crónica había una bastante curiosa. Por entonces, el editor de *The Sun* era Kelvin McKenzie, al que muchos consideran el padrino de toda esta historia, ya que fue él el que animó a sus periodistas para que escribieran artículos sobre la maldición. A él se le considera el alma máter de la leyenda o, en todo caso, el que supo darle difusión. Pues bien, los periodistas decidieron comprobar hasta qué punto su jefe creía en la maldición o sólo era para él

una historia para vender periódicos. Ni cortos ni perezosos enviaron a un bromista de entre ellos que cambió la foto de Winston Churchill que estaba colgada en la pared de su oficina por uno de los cuadros malditos. Como siempre acostumbraba, McKenzie entró de forma precipitada y enérgica en la redacción. Luego, al ver el cuadro, se quedó pálido y espetó: «¡Quitad eso de ahí! ¡No me gusta! ¡Trae mala suerte!».

McKenzie convirtió la quema en todo un espectáculo mediático. Aquello iba a ser un auténtico exorcismo de la maldición. No podía haber escogido mejor fecha, el 31 de octubre, Halloween, el festival de difuntos. La atmósfera era perfecta. Su idea inicial era hacer la hoguera en la parte superior del edificio del periódico pero las brigadas de bomberos de Londres y de Thames Valley le denegaron el permiso. Al final los cuadros se metieron en un remolque y fueron transportados hasta una pira que a tal efecto montaron rápidamente cerca de Ridey. A la cabeza de la expedición incendiaria iba Paul Hopper, fotógrafo de *The Sun*, acompañado de tres bellas modelos ligeras de ropa a las que fotografió alimentando la hoguera.



El 31 de octubre de 1985 el periódico británico *The Sun* publicaba este artículo sensacionalista con la quema de todos los cuadros de los niños llorones que habían llegado a la redacción procedentes de los hogares de lectores asustados por la supuesta maldición.

© The Sun

Los bomberos que no querían intervenir en aquello parecían tener algo de razón cuando decían que todo aquel montaje era un truco publicitario y un *show*. Además, estaban inquietos porque habían recibido muchas cartas y visitas de ciudadanos preocupados por todo aquel asunto. De hecho, hubo un comunicado del Servicio de Bomberos de South Yorkshire para tratar de calmar a la población asegurando que no había relación entre los cuadros y los incendios. Mick Riley, jefe del departamento de bomberos, fue el encargado de explicar: «Los incendios no se inician por imágenes o por casualidad, sino por actos negligentes y omisiones. La razón por la que estas imágenes no siempre se destruyen en los incendios es que se imprimen en panel duro de alta densidad, que arde con mucha dificultad». Sin embargo, el pragmático Riley protagonizó otra escena humorística cuando al ser preguntado si querría uno de regalo dijo que no, que mejor no porque a su esposa no le gustaba y no tenía sitio. Una de cal y otra de arena.

The Sun había predicho que la hoguera acabaría por fin con la maldición, pero no fue así, y el periódico volvía al ataque el 12 de noviembre con nuevos casos, como el de Malcolm Vaughn, de Churchdown. El salón de su casa acabó ardiendo casualmente poco después de haber destruido el cuadro de un amigo cuya vivienda se había incendiado a su vez poco antes. El niño llorón se había vengado de él. Pero lo cierto es que sí, que la fiebre remitió y el número de casos disminuyó. Y así pasaron los días y todo se relajó con las fiestas de Año Nuevo. Llegó el nuevo año, 1986, transcurrió enero, y febrero, y las cosas parecían seguir en calma. Pero el 24 de febrero el periódico publicó otra noticia alarmante, y dramática, de hecho. En un incendio que había tenido lugar en Weston-super-Mare, los bomberos habían hecho un macabro descubrimiento. En la habitación quemada encontraron el cuerpo de William Armitage, un pensionista de sesenta y un años. Cerca de él, o mejor dicho, de sus restos mortales, hallaron uno de aquellos siniestros cuadros absolutamente indemne.

Entonces surgieron más informes de incendios relacionados con los cuadros. Una tal Rose Farrington, de Preston, afirmaba que había perdido a su esposo y sus tres hijos y lo achacaba a una reproducción de la pintura que había comprado en 1959. En Paignton una mujer se lamentaba de que su hijo se había dañado accidentalmente los genitales con un gancho poco después de que ella comprara uno de aquellos cuadros. Y seguían llegando informes de gente que intentaba deshacerse de ellos mediante el fuego sin conseguirlo o tras esfuerzos titánicos, como el de Paul Collier, un guardia de seguridad que observaba absorto cómo después de transcurrida una hora desde que había echado a una hoguera las dos copias que estaban en su posesión todavía no se habían quemado. Según le confesó a *The Sun*: «Fue aterrador; el fuego ni siquiera los tocaba. Realmente, creo que están gafados. Nos sentimos doblemente en riesgo con dos de ellos en la casa. Estamos decididos a deshacernos de ellos». Hasta hubo un testimonio de un lector de Londres que afirmaba haber visto cómo el cuadro que tenía en el salón oscilaba sin la intervención de nadie..., al menos visible.

Además, es esa ocasión *The Sun* se servía el testimonio de otro bombero, un oficial de la estación en Rotherham, Alan Wilkinson, que tenía contados hasta cincuenta «incendios TCB» desde 1973. Incendios TCB, «incendios The Crying Boy», así llamaban entonces a los incendios tras los que se encontraba, entre las cenizas, algún cuadro de la serie. Con todo, Wilkinson decía que era escéptico en lo que a la maldición se refería y que desde su punto de vista los incendios se debían a descuidos humanos, aunque no tenía explicación para el hecho de que los cuadros sobrevivieran a fuegos que hacían que hasta el yeso se desprendiera de las paredes. Sin embargo, resulta reveladora su reacción cuando en la celebración de su retirada del servicio activo sus compañeros le regalaron una reproducción enmarcada de un niño llorón. Se lo devolvió a sus compañeros diciendo: «¡No, gracias! ¡Prefiero que lo guardéis vosotros!». Asimismo, Wilkinson contó a un periódico local que en una ocasión una mujer preocupada le había llevado un ejemplar de un cuadro que ella tenía en casa. Por gastar una broma, se lo quedó y lo colgó en la oficina del cuartel de bomberos. Sus superiores, por lo que parece bastante más supersticiosos que él, le ordenaron que lo retirara. Ese mismo día un horno en el piso superior se sobrecalentó y la cena de los bomberos se quemó.

Los informes continuaron a lo largo del mes de marzo, pero de repente a finales de mes la leyenda de la maldición dio un giro inesperado. Empezaron a aparecer informes de casos en los que rescatar un cuadro traía... ¡buena suerte! El primero de estos relatos aparece, cómo no, en *The*

Sun, en el número que se publicó el 20 de marzo. Al parecer, Bob Bherry, un hombre de Glasgow, fue bendecido con una inesperada racha de buena suerte cuando se encontró casualmente uno de los cuadros tirado en un cubo de basura. El cubo estaba en una estación de servicio en la que tuvo que detenerse debido a una avería de su vehículo. Se lo llevó y, nada más dejar el cuadro en el interior del coche, éste arrancó a la primera y, según afirmaba, no había vuelto a tener problemas con él. La cosa no quedaba ahí, una semana después ganó veinte libras en el bingo, cuatro libros en las quinielas (tampoco es como para tirar cohetes, como suele decirse), y once libras en una máquina tragaperras. Más adelante, en los años noventa, comenzó a decirse que los cuadros no traían mala suerte si se colocaban por pares, uno de niño y otro de niña. Sin embargo, otros decían que por el contrario eso era aún peor, y que las consecuencias todavía eran más nefastas que si se dejaba uno solo. Como ocurre siempre en estos casos, todo el mundo aportaba su granito de arena para hacer crecer la leyenda y darle una nueva vuelta de tuerca.

El pintor maldito

En aquel año de 1986 la leyenda de la maldición salta las fronteras del Reino Unido y empieza a circular en periódicos y medios de otros países en los que los cuadros de los niños que lloran también se habían hecho muy populares. Pero ¿qué sabemos realmente de los originales de los que se realizaron tantas copias impresas? ¿Quién los pintó? ¿Con qué fin? No hay mucha información al respecto, ya que su autor no era un pintor que en vida gozara de mucha fama. El hombre que los pintó, al que algunos han denominado «el pintor maldito», fue un artista italiano, veneciano para más señas, nacido el 15 de enero de 1911.

Su nombre era Bruno Amadio y estudió artes plásticas en su Venecia natal para dedicarse a la pintura, ocupación que ejerció durante toda su vida. Todo parece indicar que en su juventud coqueteó con el fascismo italiano. De hecho, era un ferviente admirador de Benito Mussolini. Durante la segunda guerra mundial fue alistado en el ejército italiano y fue en tan duras circunstancias cuando fue testigo el sufrimiento de los niños que más tarde inspirarían sus cuadros. Al acabar la guerra viajó a España, y se afincó primero en Sevilla y más tarde en Madrid. Fue en la capital española donde comenzó a pintar la serie de los niños llorones que acabaría haciéndole famoso. Pero en lugar de firmar con su nombre real como había hecho siempre, firmó aquella serie con un seudónimo, un nombre artístico que es el que le ha hecho popular, Giovanni Bragolin.

Amadio regresó a Italia en los años setenta y se instaló cerca de Padua, donde falleció el 22 de septiembre de 1981 aquejado de un cáncer de esófago, apenas cuatro años antes de que sus cuadros protagonizaran la extraña leyenda acerca de fuegos y maldiciones que los haría famosos. Y aunque pintó bodegones y otro tipo de cuadros, fue la serie de los niños la que tuvo un éxito comercial insospechado. Bruno Amadio pintó hasta 27 retratos reconocidos. Como ya sabemos, las reproducciones de los mismos se comercializaron con tanto éxito que surgieron en el mercado otros cuadros de otros artistas e ilustradores imitando en mayor o menor medida el estilo del pintor. De hecho, en el Reino Unido se han contabilizado hasta 65.

Entre estos cuadros «añadidos» a los que pintó el artista italiano hay que sumar por ejemplo otra serie de pinturas de niños titulada *Infancia* de la artista escocesa Anna Zinkeisen (1901-1976). Los cuadros de esta pintora también estaban asociados a la maldición. Uno de estos cuadros de niños de Anna Zinkeisen aparecía por ejemplo reproducido en la portada de *The Sun* del 24 de octubre de 1985. Otro pintor que tiene una serie de cuadros probablemente inspirados en los niños llorones de Bragolin es Carlo Parisi. Otros cuadros similares mostraban a un par de niños recogiendo flores, pero siempre con un trasfondo triste o melancólico. Todos estos cuadros tienen en común el ser reproducciones baratas destinadas a venderse en grandes almacenes, y la gente los metía a todos en el mismo saco sin distinguir estilos ni autores.

Encontrar datos fidedignos de Bruno Amadio no resultó nada fácil para los investigadores serios que querían llegar al fondo de este asunto. Y es que, como comentamos anteriormente, no había biografías del artista disponibles. Märta Holkers, historiadora del arte sueca que andaba tras su pista, dio con un estudiante de arte que quiso saber más sobre el autor de los niños llorones, encontró al pintor en Padua en 1979 y llegó a conocerlo personalmente. Por otra parte, Massimo Polidoro, fundador del CICAP, un grupo italiano que se dedica a la investigación de lo paranormal desde un punto de vista escéptico, fue contactado en 2009 por Antonio Casellato, un habitante de Trebaseleghe, cerca de Padua, donde Amadio pasó sus últimos años. Casellato conocía bien al artista, ya que había sido vecino suyo durante los últimos diez años de la vida del pintor y a su muerte se había quedado con la casa del artista y todo lo que contenía.

Casellato confirmó los datos biográficos que se conocían de Amadio. Y añadía: «Era un verdadero artista y profesor de la Academia de Venecia. Su estilo de pintura era de muy alta calidad. Soy dueño de muchas de sus pinturas y son muy hermosas. Por eso lamento tanto que sea recordado sólo por «Los niños llorones». Eso fue algo que él pintó sólo porque se vendía bien... Así que, ya que le pedían esos cuadros de todas partes del mundo, se sintió obligado a pintarlos. Pero lo hizo de mala gana, por eso utilizó un seudónimo, Bragolin. ¿Quieres saber de dónde procedía ese nombre? Su tío, que había trabajado en el vodevil, lo había utilizado antes y le había dado permiso para adoptarlo». Por lo menos, como bien dice Polidoro, estamos seguros de que existió, lo cual no es poco en una historia tan enrevesada como la que estamos desentrañando en estas páginas. Entre otras cosas, le contó que el pintor recibió poco antes de morir la visita de un sueco que quería entrevistarle y conocer la historia de los niños llorones. Probablemente este visitante sueco era el mismo personaje del que hablaba la historiadora del arte Märta Holkers, y al que contó que la idea de vender reproducciones y láminas a partir de óleos de los niños partió de un marchante de arte, que evidentemente tenía buena visión comercial.

Yo, por mi parte, buscando más información sobre Amadio que confirmara sus datos biográficos para esta obra, acabé dando con un libro titulado *Italian Fascism and the Female Body: Sport, Submissive Women and Strong Mothers*, escrito por Gigliola Gori; una obra en que se estudia el impacto del deporte femenino en la Italia fascista. Y tanto en la cubierta como en la página 179 me encontré con un óleo pintado por Amadio y titulado *Artemide Mussoliniana*, que recibió un premio en Cremona. Esto confirma, por un lado, que al menos en su juventud era afín a las ideas de Benito Mussolini, y por otro, que era un pintor reconocido, con cierto prestigio. Los críticos de arte que han estudiado la obra del pintor italiano reconocen que su trazo es bueno y lleno de fuerza. Tanto es así que en la actualidad un original de la serie de los niños llorones fue puesto a la venta por la nada desdeñable cifra de 3.800 dólares.

Don Bonillo y cómo evoluciona una leyenda

Cuando la noticia de la maldición salió de los medios locales del Reino Unido pronto encontró difusión mundial gracias, cómo no, a la red de redes. En 2006, el brasileño Rodrigo Faria hablaba de los cuadros afirmando que estaban malditos y que traían todo tipo de desgracias y enfermedades. En Brasil la leyenda adquirió tintes terroríficos e incluso se relacionó a los cuadros y a su autor con el satanismo. Fue allí donde empezó a decirse que Amadio, cansado de no tener el éxito que deseaba, habría realizado un pacto con el mismísimo diablo. Y habría sido a partir de ese momento y de ese fatídico pacto cuando empezó a pintar los niños que tanto éxito comercial tuvieron. Aparecían todo tipo de historias que trataban de explicar el origen de la maldición. En los países del norte de Europa había quien afirmaba que el niño era gitano y que había sido su familia la que había lanzado la maldición. En cualquier caso, la historia del niño romaní, dio lugar a que algunos conocieran la serie como «Los niños gitanos». Ya hemos visto antes que es recurrente que muchos objetos malditos sean atribuidos a los poderes mágicos de la etnia romaní.

En otra versión más elaborada se decía que un tal George Mallory, un maestro de escuela retirado de Devon y adepto del ocultismo, había dado con la verdadera historia del pintor y de sus cuadros. Mallory habría investigado el asunto hasta que averiguó que el autor de las pinturas fue un retratista español que vivía en Madrid (si bien hemos visto que, aunque vivió en España, era italiano), que se llamaba Franchot Seville añadían otros (totalmente falso, como sabemos). Pues bien, en una ocasión el pintor retrató a un niño de aspecto triste y taciturno cuyos padres habían muerto en un incendio y que deambulaba por las calles de Madrid. Al ver el retrato, un sacerdote católico habría reconocido al muchacho. El nombre del niño, le dijo al pintor, era Don Bonillo. Según el sacerdote, allí donde estuviera el muchacho solían producirse incendios inexplicables y por eso le habían apodado los vecinos con el mote de Diablo. Por último, aconsejó al pintor que evitara su compañía. Seville no hizo caso, adoptó al niño y lo utilizó como modelo para sus cuadros, de los que vendió muchos.

Al final, un incendio acabó arrasando el estudio del artista, reduciendo a cenizas todas sus obras y dejándolo en la más absoluta ruina. Sospechando del muchacho, el pintor acabó acusándole de haber provocado el fuego y el niño huyó llorando de allí con grandes lagrimones resbalando por su rostro infantil y triste. A partir de aquel momento la mala suerte se hizo compañera perpetua de Seville, y las pinturas que retrataban a Bonillo estaban infaliblemente malditas. Allí donde estuvieran era cuestión de tiempo que un fuego diabólico hiciera acto de presencia y lo arrasara todo. Más adelante, en 1976, un coche se estrelló en Barcelona y se convirtió en una enorme bola de fuego tras chocar contra un muro. En su interior encontraron el carnet de identidad de su ocupante, un muchacho de diecinueve años que no sobrevivió a la devastación del fuego y cuyo cuerpo quedó irreconocible. El nombre que rezaba en aquel DNI era... Don Bonillo.

Muchos investigadores han subrayado el hecho de que no hay evidencias ni de la existencia de George Mallory de Devon ni de Don Bonillo. Por otra parte, el nombre Don parece poco apropiado para un niño español y uno está tentado de pensar que toda esta trama siniestra y trágica fue la invención de alguien que confundía el tratamiento de cortesía que en español se da por respeto a personas adultas con un nombre de pila; un error que bien podría cometer alguien que no

esté familiarizado ni con la cultura ni con el idioma españoles. Pero, en cualquier caso, la historia se popularizó rápidamente y ha sido repetida hasta la saciedad en una infinidad de foros, blogs y páginas web.

A partir de este punto las interpretaciones y las habladurías se dispararon. De este modo, la leyenda pasó de ser noticia de periódicos más o menos sensacionalistas a acabar en manos de «profesionales» de lo paranormal, territorio en el que hay investigadores serios, pero también campo abonado para todo tipo de delirios y afirmaciones sin fundamento. Y a todo ello hay que añadir la facilidad con la que cualquiera puede opinar en internet, agregando elementos de su propia cosecha o tergiversando la información, del mismo modo que una noticia que pasa de boca en boca puede acabar siendo algo que se parece muy poco o nada al relato original. Es el poder de internet, donde cualquiera puede decir lo que quiera. Otra cosa es la validez que le demos.

Veamos algunas de las cosas que se han dicho porque son un claro ejemplo de cómo a partir de una noticia cada cual va aportando su granito de arena hasta que a veces resulta casi imposible distinguir entre lo real y lo imaginario. Una de estas historias, totalmente infundada, afirma que el primer cuadro era el de un niño que Bruno Amadio habría retratado en un orfanato. Dicho cuadro se quedó allí; pero a los pocos días el edificio habría ardido hasta los cimientos y todos los niños, incluido el chiquillo del retrato, habrían muerto entre las llamas. En medio de las cenizas, lo único intacto era el cuadro.

El espíritu del pobre niño habría quedado atrapado en el cuadro dando origen a la maldición. Alguien adornó más esta leyenda urbana añadiendo que el espíritu del niño invocaba el fuego desde el interior del cuadro para provocar incendios de modo que el cuadro se destruyera y el espíritu del chico pudiera escapar libre, al fin, de él. Ya vimos que incluso hay quien vinculaba los cuadros con el satanismo. Por un lado, algunos afirmaban que Amadio había hecho un pacto con el diablo para conseguir la fama que tanto anhelaba. Pues bien, tampoco ha faltado quien ha dicho que los cuadros son una especie de portal que permite a aquellos que tienen una copia ponerse en contacto con el mismísimo Satanás y realizar ellos mismos un pacto con el Príncipe de las Tinieblas. Para ello, uno debe situarse en ciertas fechas del año delante del cuadro del niño. El diablo, según dicen, te mirará entonces desde el fondo de los ojos pintados del niño. Y tendrá lugar el contacto.

En una interpretación que excede lo ya de por sí rocambolesco hay quien ha sugerido que si se da la vuelta noventa grados hacia la derecha a los cuadros se puede apreciar que un demonio está devorando a los niños. En esta interpretación la ropa de los niños o el cuello de la camisa son vistos como la boca de un demonio que los devora. Y, añaden, tal vez por eso lloran. Catalogan el monstruo que engulle al niño como un demonio, un pez o incluso un gorila. Uno de los cuadros de la serie en especial se ha prestado a este tipo de interpretaciones en las que un pez-demonio devora la cabeza del niño. En cierto programa muy popular de la televisión chilena incluso mostraron una reproducción del cuadro y llegaron afirmar que parecía haber llorado, después de reparar en un líquido, más bien unas gotas de lo que parecía agua, que habían aparecido donde estaban pintadas las lágrimas del niño.

En ese mismo programa una parapsicóloga, o eso decía el titular, afirmaba lo siguiente: «Lo que se puede percibir claramente es la forma de un pez tragándose al niño; o sea, esto no es una imagen positiva... puede atraer energías negativas, indudablemente». ¿Indudablemente? Caramba... Más adelante afirmaba que en el hombro derecho del niño estaba dibujada una pata de cabra,

«algo demoníaco», y en el cuello «se ve clarito una serpiente..., eso tampoco es positivo», y en el hombro izquierdo veía igualmente otra cabeza de un animal negativo comiéndose al niño. Usando ese método, creo que cualquiera de nosotros sería capaz de encontrar un completo zoológico satánico hasta en la mismísima Gioconda.

El pez-demonio devoraniños oculto en la pintura probaría el carácter demoníaco de los cuadros, según las interpretaciones más delirantes. En cierta página evangelista brasileña se recalca continuamente el carácter satánico de Amadio y de su obra, y hasta creían haber identificado en un bodegón que pintó el artista dieciséis rostros ocultos, subliminales, según afirmaban, que ellos identifican, cómo no, con rostros demoníacos que nos miran camuflados en el cuadro. Y es que para ellos no había ninguna duda de que Amadio es, no ya un «pintor maldito», sino un «autor satánico». Personalmente, me parece triste que se calumnie a alguien con tanta facilidad e impunidad sin fundamento alguno. Otros añadidos espurios a la leyenda inicial afirman que los niños atraen todo tipo de fenómenos poltergeist, que en las casas donde se encuentran se oyen lamentos infantiles y que por las noches el niño sale del cuadro, sube a tu habitación y, tras asesinararte, incendia la casa para no dejar huellas del crimen.

Resumiendo, y tratando de separar el polvo de la paja...: poseemos datos verídicos sobre la obra de Bruno Amadio, y por el testimonio de alguien que le conoció personalmente parece que era una persona amable y un artista con talento que vivió tranquilo, contento y de forma desahogada hasta su muerte en una finca rural cerca de Turín. Algo que parece muy alejado de la imagen de pintor arruinado, desgraciado y celoso de su arte hasta el punto de pactar con el mismísimo Satanás. Sabemos que todo lo que apareció después de la controversia que se desató en Inglaterra son falacias, noticias falsas e incongruentes, sin ningún fundamento y que contradicen los datos reales; historias añadidas que crecieron como la espuma en internet. Sabemos que lo que sí está bien documentado son los incendios en el Reino Unido, y que lo que realmente dio lugar a la controversia, aprovechada por otra parte por algunos medios de comunicación para aumentar las ventas, es que en los incendios de hogares y locales en los que había cuadros éstos no sufrieron o sufrieron muy pocos daños. El resto son sido añadidos posteriores, algunos sin fundamento y otros claramente falsos, y que chocan con los pocos datos reales que conocemos.

Una posible explicación de por qué los cuadros no arden ya la dio, como vimos anteriormente, el jefe de bomberos Mick Riley en 1985: «La razón por la que estas imágenes no siempre se destruyen en los incendios es que se imprimen en panel duro de alta densidad, que arde con mucha dificultad». Pues bien, el 24 de septiembre de 2011 Steve Punt, cómico y escritor británico que dirige el programa *Punt Pi* de la BBC Radio 4, retomó el tema de forma seria, pese a que el programa toca diferentes temáticas en clave de humor. Para ello, realizó pruebas con cuadros de niños llorones en el Building Research Establishment, un organismo dependiente del gobierno británico que realiza investigaciones y test relacionados con entornos y materiales de construcción en el Reino Unido.

Del análisis de los cuadros se dedujo que habían sido tratados con un barniz ignífugo y que al caer de los muros la parte impresa quedaba bocabajo, lo que los protegía del fuego. Con todo, hay quien dice que esto no explica por qué otras pinturas no habían aparecido intactas en los incendios, ya que también deberían haber caído bocabajo. Pero la cuestión es si el material de esas otras pinturas que sí arden o desaparecen en el fuego es ignífugo o no, porque aunque caigan

bocabajo, si el material del que están fabricadas es combustible, acabarán ardiendo. El vídeo de una de las pruebas se puede ver en internet y puede apreciarse que al someter la pintura a la acción del fuego éste se acaba apagando mientras que el cuadro no llega nunca a arder.

Ahí queda el misterio de los cuadros de los niños llorones. Para muchos, el hecho de haber sido preparados con un barniz ignífugo muy resistente al fuego, como demostró Steve Punt, explica por qué las copias aparecen incólumes en medio de las cenizas. Para otros... para otros, tener una reproducción de un «niño llorón» es hacer puntos para que a nuestro hogar lo visite el fuego del infierno.

«The Hands Resist Him»

*Él es de los que ven visiones
Sus trazos lo revelan
En una ráfaga de color, de la locura
de los místicos.*

*Y su cabeza es el centro más elevado
Debe enfrentarse a su enemigo,
Las manos le resisten,
como el secreto de su nacimiento.*

*Su presencia es el latido del corazón sagrado
Siente en la oscuridad y en la pasión
Su sonido único de este silencio.*

The Hands Resist Him, las manos lo resisten; éste es el verdadero nombre de un cuadro que ha llegado a ser más conocido como «el cuadro hechizado», un óleo sobre lienzo envuelto en un aura de tenebroso misterio. Se trata de un cuadro surrealista y, por lo tanto, cargado de simbolismo onírico, de un extraño e inquietante simbolismo onírico, deberíamos puntualizar. En esta obra de 61 cm de ancho por 91 cm de alto vemos una puerta de madera con cristales. Detrás de los cristales, la oscuridad, y en la parte superior, algo parecido a una luna. En la parte inferior, surgiendo de la tenebrosa negrura del lado de detrás, más de una decena de manos empujan o se aproximan a la puerta. Delante de la puerta, a la izquierda, y esto nos remite al capítulo anterior, una muñeca del tamaño de un niño, articulada, con un vestido azul y un gesto realmente turbador y triste. Los ojos son como pozos negros y la boca parece la de un muñeco de ventrílocuo, como si realmente pudiera hablar.

Al lado de la muñeca, y delante de la puerta, a la derecha, un niño rubio en pantalón corto nos mira de frente. Según el autor, el niño es él, es su propia imagen pintada a partir de una fotografía de cuando tenía cinco años. Se trata del estadounidense Bill Stoneham, de Oakland, en el Estado de California, nacido en 1946. Stoneham pintó el cuadro en 1972, y según explica él mismo, la puerta representa el paso entre el mundo de la vigilia y el mundo de los sueños, de la fantasía. Lo que hay tras la puerta es el otro lado, más allá de la realidad que percibimos cuando

estamos despiertos. En palabras del propio artista: «Cuando pinté *The Hands Resist Him* en 1972, usé una vieja foto mía a los cinco años, en un apartamento de Chicago. Las manos son las “otras vidas”. La puerta de cristal es el fino velo entre la vigilia y el sueño. La niña-muñeca es el compañero imaginario, el guía a través de este reino». Pero lo que inmediatamente llama la atención es lo que Stoneham escribe a continuación en su página web: «Tanto el propietario de la galería donde se expuso *Hands* como el crítico de arte del *Los Angeles Times* que inspeccionaron mi trabajo murieron en el mismo año de la exposición».

Un comentario inquietante para un cuadro que desde luego llama la atención a primera vista. Profundicemos en él; conozcamos los detalles de su creación, porque a este cuadro se le atribuyen hechos terroríficos; muchos de los que lo miran enferman o sienten ataques de angustia, otros reciben visitas nocturnas y sus propietarios afirman que algo sale de él y se pasea por sus habitaciones. Tenemos que remontarnos a 1972, cuando Stoneham y su primera esposa, Rhoann Ponsetti, vivían en California. Rhoann había escrito el año anterior un poema cuyo título sería el mismo que adoptaría él para su cuadro, y que trataba sobre la experiencia del pintor como niño adoptado que no conoce a sus hermanos biológicos. El poema es el que encabeza este apartado. En aquel tiempo el artista tenía un contrato con el galerista Charles Feingarten por el que se comprometía a pintar dos cuadros al mes. Por el conjunto de los dos cuadros, recibía un total de 400 dólares. Inspirado por el emotivo poema de su esposa y por aquella foto suya de cuando con cinco años de edad vivía en una casa en Chicago tan pequeña que tenía que dormir en un armario, Stoneham pintó el cuadro. Al finalizar el contrato en 1974, las obras fueron expuestas en la Galería Feingarten en Beverly Hills y el cuadro fue comprado por el actor John Marley, que moriría diez años después. Muchos recordarán a John Marley por su papel de Jack Woltz en la película *El Padrino* (1972), y sobre todo por la escena en la que Woltz despierta en su cama y descubre horrorizado la cabeza de su caballo favorito entre las sábanas, decapitado por uno de los hombres de don Vito Corleone. Antes de morir, Marley había vendido el cuadro.

La pintura hechizada de eBay

No obstante, el cuadro se hizo realmente famoso cuando en febrero del año 2000 fue puesto a subasta en eBay, con el título de «la pintura hechizada», acompañado del siguiente texto: «Cuando recibimos esta pintura pensamos que era realmente buena. Fue encontrada por un anticuario detrás de una vieja fábrica de cerveza. En aquel momento nos preguntamos por qué una pintura aparentemente perfecta habría sido descartada de esa manera (¡hoy no!). Una mañana nuestra hija de cuatro años y medio aseguraba que los niños de la imagen se estaban peleando y que entraban en la habitación durante la noche. Yo no creo en ovnis ni en que Elvis siga vivo, pero mi marido se quedó preocupado. Para mi regocijo, colocó una cámara nocturna que se activaba con el movimiento. Pasadas tres noches, tuvimos fotos. Las dos últimas me hicieron replantearme el asunto. Después de ver cómo el niño parecía estar siendo amenazado y salir de la pintura decidimos que el cuadro tenía que irse».

Esta sorprendente declaración venía seguida de una advertencia: «No haga una oferta por esta pintura si es usted sensible al estrés por enfermedad, si es una persona temerosa o no está familiarizada con eventos sobrenaturales. Al hacer una oferta por esta pintura, accede a eximir a

los propietarios de toda responsabilidad en relación con la venta o cualquier acontecimiento que pueda sobrevenir una vez efectuada... Esta pintura puede que posea o no poderes sobrenaturales que pueden afectar o cambiar su vida». El mensaje acababa con una petición sorprendente: «Queremos que nuestra casa sea bendecida después de que la pintura la abandone. ¿Conocen a alguien cualificado para ello?».

El impacto en la red no se hizo esperar. En una de las fotografías que se mostraban en el anuncio, tomada por la cámara, y por un efecto de la luz, el niño aparecía con una luminosidad que no tenía el resto del cuadro y la muñeca parecía apuntarle con un arma. Muchos creyeron ver a la muñeca amenazando con una pistola al niño para obligarle a salir del cuadro. De hecho, para muchos, la fotografía había captado el momento preciso en que el niño abandonaba el lienzo. Pero además de estas interpretaciones, la vendedora recibió todo tipo de correos electrónicos en los que muchos de los que habían visto las fotos decían haber experimentado todo tipo de sensaciones angustiosas.

La vendedora reaccionó añadiendo un comentario a su anuncio en eBay donde contestaba algunas de las preguntas que le habían hecho en relación al cuadro: «Como me han mandado varias preguntas, las respondo a continuación. No había olores extraños en la sala. No se escuchan voces ni se percibía olor a pólvora, ni hay huellas o fluidos extraños en la pared. Para terminar con este tipo de preguntas, no existen los fantasmas ni hay ningún poder sobrenatural; se trata sólo de una pintura y la mayoría de estas cosas tienen una explicación, en este caso probablemente sea un efecto de la luz. Os animo a realizar ofertas por la obra y considerar las dos últimas fotos como algo anecdótico. Por favor, no las toméis en consideración a la hora de realizar una oferta. Como aún pensamos que es buena idea el hecho de bendecir una casa, seguimos abiertos a la posibilidad de hacerlo».

Y por último, la vendedora finalizó con estas palabras en su anuncio de eBay: «Esta subasta está llegando a su fin. Quiero agradecer a las más de 13.000 personas que tuvieron un momento para ver esta imagen en eBay. Agradezco las más de treinta sugerencias que he recibido con respecto a la bendición, exorcismo y limpieza de la casa. Siete correos electrónicos informaron de eventos extraños o anómalos que experimentaron al contemplar la imagen. Y voy a dejar aquí dos sugerencias hechas por los remitentes. La primera, no usar esta imagen como fondo de pantalla; y la segunda, que no se muestre esta imagen a menores o a niños. Por último, y no por ello menos importante, gracias por saber apreciar el arte».

Si era una operación de marketing, desde luego les salió redonda porque de los 199 dólares con los que empezó la puja en treinta días se llegó a una oferta de 1.025 dólares. Por fin, el 7 de marzo se realizó la venta; y el 12 de marzo de 2000, el nuevo comprador concedió una entrevista a la web *Surfing the Apocalypse*, dedicada a lo paranormal. Deseoso de permanecer en el anonimato, utilizó el seudónimo de «el postor afortunado». Después se ha sabido que el misterioso comprador era en realidad la estadounidense Kim Smith, propietaria de Perceptions Gallery, galería de arte de la ciudad de Grand Rapids, en el estado de Michigan. Según afirmó en la entrevista, no había sido protagonista de ningún hecho extraño; sin embargo, había recibido hasta el momento una decena de correos electrónicos de gente verdaderamente asustada que afirmaba haber caído enferma o sufrir extraños trastornos tras haber visto el cuadro.

Un cuadro viral

La fama del llamado «cuadro maldito de eBay» ha ido creciendo hasta el punto que de la BBC publicó un artículo sobre el maléfico lienzo. Todo tipo de habladurías empezaron a surgir en torno al cuadro que se hizo viral en internet. Desde que salió publicado el anuncio en eBay más de 3.000 personas vieron las fotos y gran parte de ellas empezó a contar que al ver el cuadro había enfermado de forma grave y repentina; otros incluso se habían desmayado; los niños gritaban aterrados al verlo; muchos afirmaban que se habían sentido paralizados por una entidad invisible; y otros afirmaban haber recibido la visita de extraños visitantes nocturnos.

Todo tipo de interpretaciones extrañas comenzaron a llenar foros y páginas de internet. Los testimonios acerca del miedo que inspira este cuadro, del que por cierto se venden reproducciones, hablan de sensación de agobio, de desasosiego, de ansiedad. Por ejemplo, un usuario de reddit, una web de marcadores sociales y noticias, recogía este testimonio: «De hecho, me compré una copia de esta pintura desde su página web. Lo colgué en mi sala de estar y todo el que lo veía se sentía incómodo. A causa de la pintura la gente incluso decidía no venir a casa. Acabé descolgándolo a petición de todos y ahora permanece oculto bajo una tela en mi local de ensayo. Es una pintura espeluznante, pero deduzco que existe otra pintura de lo que hay al otro lado de la puerta...».

El que realmente quedó sorprendido fue su autor, Bill Stoneham, quien en agosto de 2001 recibió un correo electrónico de la nueva propietaria, con la que había llegado a un acuerdo para vender, como hemos visto, reproducciones en varios tamaños. En aquel correo le avisaba del revuelo que el cuadro había generado en internet, del que él no sabía nada hasta ese momento. Stoneham se quedó de piedra al comprobar el tremendo lío que se había formado alrededor de una pintura con su propio rostro y que estaba dando la vuelta al mundo gracias a la red de redes. Cuando lo pintó, según confesó más tarde, utilizó el simbolismo metafísico y algunos de los conceptos del psicólogo Carl Gustav Jung, pero nunca había querido crear algo terrorífico ni que diera lugar a las reacciones que estaba leyendo en la web. Fue él quien advirtió que la muñeca no empuñaba un arma, sino una pila seca de las que él utilizaba cuando era niño para sus aviones de juguete, y se mostró realmente sorprendido al leer más de una interpretación excesivamente libre sobre los personajes del cuadro, como la de alguien que afirmaba que el niño era un muchacho maltratado por unos padres borrachos.

A finales de octubre de 2013, el cineasta Gregg Gibbs estuvo en Grand Rapids, la ciudad donde se encuentra el lienzo en la actualidad, para filmar un documental sobre el mismo. Por otra parte, el director Darren Kyle O'Neill estuvo grabando escenas para un largometraje de terror basado en el cuadro que aún no ha sido estrenado, pero del que existe un tráiler que puede verse en internet. Kim Smith, la propietaria actual del cuadro, que lo compró en eBay, tiene sesenta y tres años y lo ha mostrado públicamente sólo en seis ocasiones. Una de esas ocasiones fue en 2007, cuando pudieron verlo una docena de hombres de edades comprendidas entre los catorce y los sesenta. En palabras de la dueña del cuadro: «Pasaron veinte segundos y sólo había silencio. Y entonces alguien dijo, “esto es espeluznante”».

El impacto mediático del cuadro encantado sobre Stoneham ha sido tremendo. El cuadro que pintó hace años y que en la actualidad se encuentra en un pequeño almacén en la Perceptions Gallery de Grand Rapids, Michigan, le ha cambiado la vida. De hecho, había dejado de pintar y,

después de todo lo que ha ocurrido, retomó la pintura y ahora goza de una fama conseguida de un modo un tanto extraño, no tanto por la calidad de su obra como por el tenebroso misterio que se ha forjado en torno a un cuadro cargado, eso sí, de un rico simbolismo y un tanto turbador... Las manos llamando y alzándose tras el cristal de la puerta, el fino velo entre la vigilia y el sueño, sugieren la existencia de un mundo extraño y siniestro que se asoma de forma turbadora a través del «cuadro hechizado de eBay».

«El hombre angustiado»

«Mi abuela tuvo esta pintura en su ático durante veinticinco años. Ella decía que la pintura era maligna. Nos contó que veía la oscura figura de un hombre rondando por la casa, y que por la noche oía ruidos extraños, como si alguien llorara. Me dijo que el pintor se suicidó poco después de haber acabado el cuadro, y que usó su propia sangre mezclada en los óleos para realizarlo. Al morir mi abuela, heredamos la pintura. Poco después, varios miembros de la familia empezaron a ver la silueta oscura de un hombre. Comenzamos a oír ruidos durante la noche y hace poco oímos llantos y quejidos. La pintura sigue en la casa. Yo nunca he creído en lo sobrenatural. Pero ahora estoy convencido de que hay algo perverso en esta pintura...»

Este texto aparecía en un vídeo de internet que mostraba un cuadro siniestro conocido como *The Anguished Man* (*El hombre angustiado*), que a muchos les recuerda el famoso *El grito* de Edvard Munch, pero con un toque mucho más siniestro y cruento. Ése es el título ya de por sí inquietante de esta pintura que ha dado mucho que hablar en internet desde que apareció por primera vez en un canal de YouTube. Después se sumaron otros vídeos en los que supuestamente se habían grabado sonidos y apariciones súbitas. El canal de YouTube al que fueron subidas las grabaciones pertenece a un hombre llamado Sean Robinson, un escocés de cuarenta y nueve años que vive en Lawson Street, en Edimburgo. Desde entonces Robinson, a través de sus vídeos en internet, ha contado la historia del cuadro y espera encontrar de este modo a alguien que haya conocido al autor del lienzo para intentar averiguar más sobre él. Pero de momento la autoría de *El hombre angustiado* sigue siendo un misterio.

Según relata Robinson, el cuadro fue un regalo que le hizo a su abuela un amigo treinta años atrás. Al entregárselo, le aseguró a la mujer que era un autorretrato y que el artista que lo había pintado lo había hecho con su propia sangre mezclada con óleo, y que después de terminarlo se había suicidado. Asimismo, como hemos visto, le contó cómo desde que lo tenía veía la sombra de un hombre y en la casa se oían ruidos, llantos y lamentos. Como él mismo explicaba en uno de los vídeos, al morir su abuela heredó el cuadro. Por entonces Sean Robinson y su esposa vivían en Ellenborough. A Robinson le hizo mucha ilusión hacerse con el cuadro; pero no tanta a su mujer, a quien la pintura le daba miedo, hasta el punto de que la angustiaba verlo. Para evitarle el mal trago, Robinson le hizo caso y guardó el cuadro en el sótano. Nada raro ocurrió, salvo que el perro de la familia se negaba a entrar allí y se quedaba gruñendo fuera. Y allí quedó olvidado hasta que el sótano se inundó debido a una sucesión de tormentas y hubo que limpiarlo. Todo lo que contenía tuvo que ser empaquetado y llevado al garaje de sus padres para que el agua no lo

estropear. Cuando el agua fue extraída y el sótano quedó limpio, lo almacenaron todo otra vez, y fue entonces cuando Robinson reparó de nuevo en el cuadro. Ni corto ni perezoso, lo subió y lo colgó en la habitación de los invitados.

A partir de entonces empezó todo... El perro se negaba ahora a subir a la planta donde estaba la habitación de los invitados. Por la noche se empezaron a escuchar susurros, lamentos y como si alguien llorara en el piso de arriba, en el dormitorio de invitados. Asimismo, se escuchaban golpes violentos, como los que en la literatura parapsicológica se denominan «raps». Y alguien invisible parecía rascar la tela del cuadro; o eso creían oír en la casa. Al principio Robinson, escéptico por naturaleza, era de la opinión de que se habían dejado sugestionar por la historia de la pintura; hasta que él mismo empezó a atisbar visiones de alguien, una sombra, una figura de un hombre alto que se paseaba por la casa; apenas destellos fugaces que veía de refilón. Lejos de remitir, los fenómenos se intensificaron...

La angustia es contagiosa

Como es habitual en este tipo de fenomenologías, los Robinson creían detectar en ciertos lugares de la casa lo que se denominan «puntos fríos», zonas localizadas donde la temperatura desciende de manera brusca con respecto al entorno, y que a menudo se asocian con actividad paranormal. Se sentían vigilados por una extraña presencia en la casa. En palabras de Robinson: «Hemos escuchado un llanto que viene de la esquina de nuestro dormitorio. Empezamos a ver la oscura figura a los pies de la cama, en apariencia tan sólo mirándonos. Parece ser un hombre de mediana edad, pero no lo hemos visto con claridad». Robinson a menudo tenía la sensación de que lo vigilaban y oía murmullos a sus espaldas. Sin embargo, en aquel momento, más que miedo, según aseguraba, empezó a sentir curiosidad por todos aquellos fenómenos.

Sin embargo, la cosa se puso realmente seria cuando, mientras permanecía en la planta baja de la casa, oyó un grito desgarrador de su mujer que dormía en el piso de arriba. Subió las escaleras a trompicones y cuando entró en el dormitorio su mujer estaba totalmente aterrorizada. Según ella, mientras dormía notó que alguien se metía en la cama. Pensando que era su marido, se dio la vuelta y se encontró de frente con una sombra irreconocible, con unos ojos extraños que la miraban. ¿Lo había soñado? Para ella había sido real y estaba aterrada. Aquello fue la gota que colmó el vaso y la pintura volvió al sótano. Y por la razón que sea los fenómenos desaparecieron, como si el exilio en el sótano le quitara todo su poder; aunque no para el perro, que de nuevo se negó a entrar en aquella parte de la casa.

Según Robinson, había pasado mucho miedo mientras estuvieron experimentando los raros fenómenos que ocurrieron en su hogar durante el tiempo en que la pintura estuvo en el piso de arriba... y le quedó la duda; de modo que hizo caso de los consejos que le dieron algunos internautas a través de correos electrónicos y realizó un experimento: instaló una cámara delante del cuadro y la puso a grabar. Sin que la familia se percatara, devolvió el cuadro a la habitación de los invitados y aprovechó para ponerlo delante de la cámara y grabar alguno de los vídeos que han hecho famosa la pintura en internet. Una de las noches, durante la grabación, que subió a su canal de YouTube, se podía ver cómo se cerraba la puerta de la habitación sin que aparentemente nadie la moviera. En los días siguientes los sucesos extraños continuaron: «Decidí dejar la pintura

en el dormitorio superior por el momento, y en las siguientes semanas mi esposa sintió que alguien le acariciaba el pelo cuando estaba en el baño; y una noche, cuando me iba a la cama, vi un extraño humo, como niebla, en la parte superior de las escaleras, la atravesé y era extremadamente fría; me sentía como si estuviera de pie en medio de un montón de hielo seco, mi visión se hizo borrosa y me sentí muy mareado, y de pronto se desvaneció tan rápido como llegó».

Pero la curiosidad inicial se fue convirtiendo en auténtico miedo: «También empecé a experimentar sentimientos intensos de ansiedad y miedo, y sufrí terribles pesadillas; en una ocasión sentí como si me hubieran levantado de forma violenta varias veces de la cama para dejarme caer de nuevo. Asimismo, empecé a soñar con la pintura y seguí soñando con el mismo hombre alto, de mediana edad, del que nunca pude ver de manera clara el rostro». Y de nuevo realizó una serie de grabaciones en las que aparecían extrañas luces que, según él, no debían estar ahí, porque la habitación tiene cortinas opacas. A los pocos días su hijo pequeño se cayó cuando bajaba la escalera que conducía desde el piso de arriba hasta la primera planta. El niño no llegó a hacerse daño, pero se quedó callado y no comentaba nada del incidente. Robinson consiguió hacerle hablar y el muchacho le confesó que había sentido que alguien le empujaba por la espalda escaleras abajo tan fuerte que no pudo hacer nada por impedir la caída. Para Robinson, aquello daba respuesta definitiva a sus dudas y no estaba dispuesto a poner en peligro a su familia. El cuadro volvió de nuevo al sótano.

«El hombre angustiado» sale de casa

Pero la cosa no acabó ahí. No hace mucho Robinson anunció que se había ido unos días a casa de sus padres y se había llevado el cuadro consigo. Y de nuevo, ahora en el hogar de sus padres, empezaron a oírse los mismos sonidos extraños que él y su familia oyeron en su casa. La tercera noche su padre se cayó por las escaleras de manera muy similar a como le había ocurrido a su hijo en su propia casa. Y de nuevo el cuadro fue bajado al sótano, en este caso el del hogar paterno.

Robinson explica que el cuadro ha estado en manos de diferentes investigadores de lo paranormal que lo han estudiado y analizado. Entre ellos, Ian Lawman y John Blackburn, de Mysteria Paranormal Events, un famoso grupo británico de investigación con los que asegura estar colaborando. El grupo habría viajado a algunos de los lugares embrujados más famosos del Reino Unido llevando consigo el cuadro con el fin de realizar experimentos con éste y averiguar cuál era la reacción de los supuestos habitantes invisibles de dichas mansiones cuando se encontraban aquel objeto maldito en su hábitat. Robinson relató una de estas experiencias a otro investigador, Stephen Wagner, para su web Paranormal Phenomena. En dicha entrevista afirma que había vivido una experiencia terrorífica con los susodichos investigadores de Mysteria Paranormal Events y una veintena más de testigos que presenciaron lo que ocurrió durante una sesión de espiritismo en torno al cuadro en el castillo de Chillingham, en Northumberland, supuestamente uno de los lugares más encantados del Reino Unido. Una descripción de lo ocurrido puede encontrarse en la web de Mysteria Paranormal Events, relatada por John Blackburn: «El 18 de mayo 2013 tomé la pintura embrujada *The Anguished Man* y la llevamos al lugar más embrujado de toda Gran Bretaña: ¡el castillo de Chillingham! ¡Los resultados del experimento fueron increíbles! Doce personas mantuvimos una vigilia de unos cinco minutos a solas con la pintura en una pequeña

mazmorra y solicitamos a todos que no se hablara de ello hasta que pasara la noche. Las doce personas tuvieron experiencias similares, vieron orbes azules de luz, tuvieron la sensación de no estar solos y un hombre fue golpeado ligeramente en la cabeza. ¡Lo mejor estaba por venir! Al final de la noche realicé una sesión de espiritismo con todo el grupo en una de las salas más frecuentadas del castillo de Chillingham, una habitación en la parte superior del mismo ubicada sobre el apartamento del propietario (sir Humphry), el cuarto más cálido del castillo. Solicité a todos los invitados que formaran un círculo. Coloqué la pintura en el centro del círculo, apoyada en vertical. Sentí un fuerte impulso y solicité a dos señoras de entre los invitados que se colocaran junto a la pintura, una en la parte de delante, y la otra en la parte de atrás. Seguí con el experimento pidiendo a la entidad conectada con la pintura que respondiera preguntas que yo conocía sobre ella para ver si conseguíamos obtener algún tipo de respuesta. Los acontecimientos que tuvieron lugar esa noche fueron los más extraños que he experimentado, y ninguno de los invitados estaba preparado para ellos».



Exterior y mazmorra del castillo de Chillingham, en Northumberland, Inglaterra, que tiene fama de ser uno de los lugares más encantados de Gran Bretaña.

© Gail Johnson/Shutterstock

Blackburn continúa su relato sobre la improvisada sesión de espiritismo: «En la parte trasera del círculo había un banco de madera de metro y medio, aproximadamente. Tomados de la mano, formamos un círculo, y más alejados del banco de madera había un par de personas más pertenecientes al servicio del castillo. Mi primera pregunta fue: “¿Puedo hablar con la entidad conectada con la pintura?”. Para la sorpresa de todos nosotros, el banco se levantó y golpeó con fuerza una única vez. Mi siguiente pregunta fue cuál era la respuesta para “no”. El banco esta vez golpeó dos veces con la misma energía. “¿Eres tú el artista?”, pregunté. Para mi sorpresa, el banco respondió: “No”. La esposa del dueño siempre creyó que detrás de la pintura había maldad en estado puro. Ésa tenía que ser mi siguiente pregunta. “¿Te consideras pura maldad?”. “¡Sí!”, fue la respuesta... La temperatura cambió drásticamente; hacía tal frío en la habitación que era como si

alguien se hubiera dejado la puerta del congelador abierta. ¡Uno no se esperaba lo que iba a ocurrir a continuación! Una gran figura negra apareció en el centro del círculo y se detuvo frente a una joven llamada Abbie, que estaba un poco asustada, aunque lo suficientemente tranquila como para continuar. “¿Tienes una conexión conmigo ahora?”, le pregunté. “¡Sí!”, respondió. Entonces la entidad oscura cambió de lugar, del centro del círculo pasó a estar de pie detrás de mí y pude sentir un hormigueo de energía cuando se me acercó. ¡Hubo otro cambio drástico y la entidad se había ido! Sin embargo, era obvio que ahora estábamos conectados a una entidad diferente, igual de potente... ¡y no estaba contenta! El banco se dio la vuelta, como si la entidad estuviera diciendo “¡éste es mi espacio!”».

Después de este relato, Blackburn expone los comentarios de algunos de los participantes que ratifican lo que había ocurrido durante la sesión. John Blackburn vivió varias experiencias con el cuadro. Organizó un evento en el Wasdale Hall, un hotel ubicado en el Parque Nacional del Lake District, una zona rural y turística al noroeste de Inglaterra, en el condado de Cumbria. Lo que se proponía era hacer un experimento de psicometría parapsicológica. Psicometría es un término que describe las supuestas sensaciones e imágenes que personas dotadas de esta facultad perciben en determinados objetos que supuestamente están impregnados con algún tipo de huella síquica en relación con su pasado. En teoría un psicómetra sería capaz de, por ejemplo, al tocar un anillo, recibir impresiones o imágenes del portador de dicho anillo. Pues bien, la intención del investigador era poner en contacto el cuadro con algunas personas para ver qué sensaciones les producía. Y así lo hizo. Algunos de los asistentes al evento informaron de extrañas experiencias: «Un grupo de cuatro mujeres dijo que podían oír ruidos de arañazos procedentes del interior de la pintura; otros sintieron tristeza...». Otra de las asistentes, Lesley Goodbourn, se quedó a solas con el cuadro en la bodega del hotel y afirmaba que había oído pasos. Blackburn asegura que nada más entrar en el hotel con la pintura a cuestas la atmósfera del lugar cambió. Como pensaba que podía ser una percepción suya, preguntó a otras seis personas si habían notado algo y, según él, las seis ratificaron que habían tenido la misma sensación.

Después de aquello llevó el cuadro a tres eventos más, pero el propio Blackburn destaca uno llevado a cabo en el hotel Fleece en la ciudad de Ashton-in-Makerfield. En el evento estaban presentes Stephen Griffiths e Ian Lawman, copresentadores de los programas de televisión «Living TV's» y «Living with the Dead». Según Blackburn, Griffiths, que tiene fama de escéptico, se vio en un apuro para poder explicar la diferencia de temperatura de hasta dieciséis grados centígrados entre una zona de la pintura y otra. Si tenemos en cuenta que eran grados Fahrenheit, entonces la diferencia sería de unos nueve grados centígrados. Blackburn cuenta que la sorpresa de Griffiths fue mayúscula al darle la vuelta al cuadro para comprobar que allí se veía el dibujo de una calavera y que parecían haber pintado el cuadro encima, y que además la misma diferencia de temperatura se observaba en la parte trasera del cuadro. Justo donde se veía la calavera era donde se percibía la temperatura más alta.

¿Qué hay de cierto en todo este asunto? Los vídeos a los que nos hemos referido y los supuestos efectos que contienen, en particular, son fácilmente reproducibles: puertas que se cierran solas; luces que parecen reflejos sobre la cámara; movimientos que parecen provocados por alguien sólido que atraviesa rápidamente el campo de visión y que proyecta sombra sobre la pared; ruidos, susurros... Hay quien se plantea si no habrá sido el propio Robinson, su dueño, quien ha pintado el cuadro. Para otros, todo podría ser un invento para hacerse famoso o una

operación de marketing. Robinson confiesa haber recibido sustanciosas ofertas para vender el cuadro, aunque él se niega a venderlo, porque, según explica, el cuadro parece querer decirles algo y debe averiguar qué es.

Algo que nos ha llamado inmediatamente la atención es que los eventos promovidos por Mysteria Paranormal Events, el grupo de investigación paranormal con el que colabora Robinson prestándoles el cuadro, se llevan a cabo con público que paga por asistir a ellos. Así, en la sesión de espiritismo que tuvo lugar en el castillo de Chillingham, como hemos visto participó una joven de nombre Abby, que después de la experiencia comentaba entre otras cosas: «Además, los espíritus se mostraron como una figura lo suficientemente clara como para poder ser vista. Chillingham es un lugar interesante para visitar, no puedo esperar a la segunda parte que tendrá lugar en septiembre; este lugar definitivamente vale el dinero que pagamos, porque conseguimos experimentar lo que deseábamos y verlo con nuestros ojos». Este testimonio puede leerse junto al de otros participantes en la web de Mysteria Paranormal Events. Tampoco deja de ser inquietante el que gente que ha pagado y por lo tanto espera resultados afirme haber visto la sombra de la que hablaba Blackburn, aunque como una especie de bosquejo. ¿Sugestión colectiva? ¿Un escenario trucado? No podemos negar ni afirmar nada. Lo único de lo que disponemos realmente son los testimonios de los presentes y del propio Blackburn.

Como ya dijimos antes, muchos creen que Sean Robinson, el dueño de la pintura, que desde el año 2012 colabora con Mysteria Paranormal Events, y quizá reciba una parte de lo que se recauda en los eventos, habría creado un bulo, o bien con la intención de conseguir fama a través de internet, o bien como una operación de marketing. Él dice no estar dispuesto a deshacerse del cuadro vendiéndolo, pero muchos se preguntan si no es más rentable lo que está haciendo; es decir, conservar la pintura y convertirla en protagonista de eventos como los que promueve el grupo de Blackburn. Como ya apuntamos, en la página web de la sociedad de investigadores se anuncian diferentes eventos para 2015. El último se programó el 3 de mayo de 2015, en Saltmarshe Hall, un edificio de Yorkshire. Por 15 libras esterlinas, unos 21 euros, más una aportación para una casa de caridad que se dedica a organizar salidas vacacionales para niños y adolescentes enfermos, los asistentes participarán en un experimento que formará parte de un libro titulado *Lifting the Veil* (levantando el velo), acerca de *El hombre angustiado* y de los eventos organizados desde el año 2012 por Blackburn con el cuadro como protagonista.

La polémica está servida y son muchos los foros de internet donde se le hacen todo tipo de preguntas a Sean Robinson sobre sus vídeos. Muchos creen que la historia del Hombre angustiado es real, mientras que para otros es un montaje, al igual que los vídeos. Blackburn y otros investigadores parecen estar convencidos de que asociada al cuadro hay alguna entidad maligna, y los comentarios en internet crecen como la espuma. Mientras tanto el misterio de su autoría sigue sin resolverse. ¿Fue Robinson? ¿O realmente existió un artista tan inmerso en la locura, la angustia y el sufrimiento como para pintar un autorretrato con su propia sangre antes de quitarse la vida?

Son sólo algunos ejemplos. Son muchos los cuadros y las obras de arte que llevan asociada una leyenda, una historia que habla de vida en su interior, de cómo sus figuras nos miran, nos siguen, nos observan desde su balcón a otro mundo, a otro tiempo. El autor recuerda, por ejemplo, como si fuera ayer cierta visita cuando era un niño al Real Monasterio de Santa María de Guadalupe en la provincia de Cáceres. En una de las paredes de la Sacristía del monasterio está colgado cierto retrato pintado por el genial Francisco de Zurbarán. Es un cuadro de 1639, de y

grandes proporciones, 235 cm de ancho por 290 cm de alto. El personaje que contempla a los visitantes desde el lienzo es fray Gonzalo de Illescas, el que fuera obispo de Córdoba. Pero la gente sencilla le conoce de otro modo. Le llaman «el guardián de la Sacristía», porque allá donde te muevas fray Gonzalo te sigue con la mirada y no te deja, atento a cada uno de tus pasos y de tus movimientos. Y no hay visitante al que no se le explique la historia y que, al igual que el niño que fui, no haga amagos para moverse de un lado a otro de la sacristía para tratar de escapar de la vigilante mirada del guardián... sin éxito. A muchos les da la sensación de que algo del fraile está allí, en el cuadro. Y el gesto, la mirada fija de fray Gonzalo es seria, austera, adusta y sobria, reprendedora como la de un maestro de gesto severo y riguroso, pero al menos no te maldice... creo.



Fray Gonzalo de Illescas, cuadro de Zurbarán en la Sacristía del Monasterio de Guadalupe. Los visitantes lo llaman «el guardián de la Sacristía» porque se dice que la figura de Fray Gonzalo te sigue con la mirada allá donde vayas en el interior de la sala.

LAS JOYAS DEL INFIERNO

Si hay alguna clase de objeto natural al que se le han otorgado todo tipo de virtudes y de influencias son los minerales y las gemas. En la Edad Media se escribieron los famosos lapidarios, libros que recogían las maravillosas propiedades más o menos fantásticas de gemas y minerales. En estas obras cada joya, cada gema, cada mineral se asocia a un signo zodiacal, a un influjo planetario, y se le atribuyen influencias positivas o nefastas según la cualidad de la piedra y de los influjos astrales que las rigen. Cada una posee sus propias virtudes medicinales, y sus propios usos como amuletos y talismanes, aparte de otras virtudes curiosas. Ojeando obras como el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio o el *De las Virtudes y Propiedades Maravillosas de las Piedras Preciosas* de Gaspar de Morales uno se sumerge en un mundo de extrañas y raras leyendas, atribuciones y tradiciones que se remontan a griegos, babilonios, egipcios... La magia talismánica ha utilizado las gemas en todas sus formas y colores valiéndose de los atributos específicos asociados a cada una de ellas. En el pensamiento mágico un mineral es una masa sólida que, de manera invisible pero perceptible, emana una cualidad astral, a veces benéfica..., otras no tanto.

Y es que hay gemas y minerales que tienen una fama siniestra, como si en ellos residiera una sombra maligna capaz de atraer todo tipo de desgracias a aquellos que tienen la mala fortuna de tropezar con ellas. En el imaginario popular y mágico estas gemas actúan como fetiches naturales donde reside, invisible, una fuerza tan tóxica para la parte invisible del ser humano como el veneno de una cobra para el cuerpo. Y a menudo estas joyas, a las que la tradición atribuye esa esencia maligna capaz de traer discordia, ruina e incluso muerte, son gemas especialmente hermosas, como si esa belleza fuera una trampa mortal capaz de encantar a los que la miran. Tal es el caso de las perlas, aunque éstas, a decir verdad, no son minerales, sino excrescencias de origen animal; o los ópalos; o las hermosas y fascinantes esmeraldas que brillan con esa deslumbrante luz verde, y a la que muchos atribuyen todo tipo de tragedias y desgracias.

Pero hay joyas con nombre y apellidos que, además de ser de tal o de cual tipo de mineral, han nacido con fama de arrastrar una maldición consigo que ha consumido a aquellos que las han poseído o han estado de una u otra forma en contacto con ellas. En algunos casos la maldición es la consecuencia de un robo sacrílego. Esto es común en la mayoría de los diamantes procedentes de la India, por ejemplo, que a menudo son arrebatados de ídolos que representan a deidades hindúes; robo blasfemo que da comienzo a una serie de desgracias. En otros casos, como en del ópalo de Alfonso XII, la piedra ha sido maldecida adrede con el fin de matar a los que la lleven.

A algunas se les atribuyen pérdidas de fortuna y ruina económica, desgracias que rompen matrimonios, muertes inesperadas y a menudo trágicas y violentas, e incluso la caída de imperios y reinos. Son piedras admiradas, muchas de ellas exhibidas en museos, desde donde miran con su frío y distante fulgor a sus visitantes; gemas que a menudo tienen un valor incalculable, siempre en

el punto de mira de coleccionistas que darían lo que fuera, literalmente lo que fuera, por poseerlas, atraídos irremediablemente por su belleza fatal, fascinados a veces por su siniestra reputación. El brillo maléfico de las joyas malditas atrae a muchos como polillas a la luz. Son muchas, tantas, y con tan extraordinarias historias, que bien merecerían un volumen aparte. En las siguientes páginas conoceremos algunas de las más famosas... y temidas.

El diamante de la Esperanza

Ningún visitante del prestigioso Smithsonian Institute de Washington, D.C., con su impresionante colección de objetos repartidos entre los diferentes museos del complejo, se va sin ver uno de los objetos más preciados de la misma. Irse de allí sin hacerlo es equivalente a visitar el parisino Museo del Louvre sin detenerse ante la Gioconda. Y de hecho se trata del segundo objeto expuesto en museos más visitado después de la obra maestra de Leonardo. Recibe cada año nada menos que seis millones de visitantes y curiosos que se detienen fascinados y a veces con cierto reverente temor ante una joya a la que rodea un aura de misterio mortal y maléfico... Nos referimos al Diamante Azul, el diamante Hope, que ostenta orgulloso el título de «el diamante más famoso del mundo».

La belleza de esta joya es directamente proporcional a la siniestra fama que le precede. A lo largo del tiempo ha recibido diferentes nombres, todos ellos muy sugerentes, todos ellos muy alejados de su siniestra reputación, hasta rayar en una ironía macabra... Diamante Azul, joya de la esperanza, joya del mar... Son casi 46 quilates, 45,52 para ser exactos; algo más de nueve gramos de diamante teñidos de un azul marino espectacular debido a sus impurezas de boro; y que bajo luz ultravioleta despide una extraña fosforescencia de tonos rojizos que asombra a los expertos que lo han estudiado. Este trozo de roca, del que se afirma que es el mayor diamante del mundo hasta la fecha, es de un tamaño abrumador. Y sin embargo, en realidad es una parte cortada de un diamante que era aún mayor, el Tavernier Blue, una pieza triangular de 115 quilates, lo cual equivale nada menos que a unos 22,44 gramos.

El Tavernier Blue, la piedra original, fue hallado en una mina mítica de la que se han extraído muchos de los diamantes más grandes del mundo, la llamada mina Kollur en el centro de la India, en la margen derecha del río Krishna. Procede del mismo lugar del que han salido otros colosos diamantinos también rodeados de un halo de misterio a menudo pernicioso, como el Gran Mogol, el diamante más grande de la India, o el Koh-i-Noor, la Montaña de Luz, otra gema asesina de la que hablaremos más adelante. Se decía que esta rara gema de color celeste fue tallada ni más ni menos que por un antiguo dios del Sol hindú y que fue hallada en el río Krishna por un minero, el cual lo depositó sobre una estatua ceremonial que representaba a la diosa Sita, la esposa del dios Rama, protagonistas ambos de una de las epopeyas más famosas de la India, el Ramayana. Y allí estuvo, adornando el rostro de la diosa como si de un ojo celestial se tratara, hasta que un sacerdote se encaprichó de ella y la robó. Aquél fue un robo sacrilego a una de las divinidades más queridas de los devotos hindúes, y fatal... porque éste daría, de hacer caso a la leyenda, origen a la maldición que acompaña a la joya. Y el sacerdote ladrón fue su primera víctima, ya que al parecer fue descubierto, y torturado cruelmente hasta la muerte. No será la única...

El caso es que en entre 1640 y 1667 el comerciante y aventurero parisiense Jean-Baptiste Tavernier, precursor del comercio occidental con la India, adquirió la joya que por su color todos tomaban por un zafiro, pero cuya naturaleza de diamante no escapó al ojo experto y observador del comerciante. La adquirió, o la robó, no se sabe a ciencia cierta. Y a partir de entonces la gema llevó su nombre... «Tavernier Blue», «Bleu de Tavernier», el Diamante Azul de Tavenier. El comerciante y aventurero francés regresó a París en diciembre de 1668 con su flamante compra y con otros ejemplares de menor tamaño que había adquirido también en la India. En la capital francesa fue donde, pocos días después, Luis XIV, el Rey Sol, pudo admirar la belleza de la gema que el mercader no tardó en mostrarle. El monarca quedó inmediatamente fascinado por la belleza de la piedra y pagó una buena suma por ella, además de un título nobiliario. El Diamante Azul se convirtió así en propiedad de la corona francesa.



Jean Baptiste Tavernier, comerciante francés que dio nombre al diamante Tavernier, la piedra original a partir de la cual fue tallado el Hope.

Más tarde, en algún momento entre 1672 y 1673, el Rey Sol lo puso en manos de un famoso joyero de la corte real, Jean Pittan, el cual tardó nada menos que dos años en cortarlo y tallarlo para darle forma de corazón, reduciéndolo a una pieza de poco más de 67 quilates. La hermosa joya, engarzada en una base de oro, empezó a ser conocida como el Diamante Azul de la Corona de Francia, el Azul de Francia o el Azul de Tavernier. Y por cierto que el propio Tavernier es para muchos la segunda víctima conocida de la maldición que acompaña a esta misteriosa joya, porque comenzó a ser víctima de todo tipo de desgracias. De hecho, se afirma, aunque algunos historiadores lo ponen en duda, que Tavernier, la primera víctima, pasó cierto tiempo en la prisión de la Bastilla por su condición de protestante; y que acabó arruinado debido a las deudas de juego de su hijo. Viéndose obligado a vender todas sus posesiones, intentó realizar nuevos viajes con los que tratar de reconstruir su fortuna, pero ya no levantó cabeza. Habría muerto en Moscú en 1689, y algunos afirman que en la miseria, devorado por una jauría de perros o de lobos en el transcurso de un viaje cuyos motivos son un misterio.

Pero volvamos a Francia para seguir a nuestro diamante... En la corte, Luis XIV, orgulloso de su adquisición, expuso el «Azul de Francia» en su gabinete de curiosidades en el castillo de Saint-Germain-en-Laye. Además, lo lucía asido a un broche en un pañuelo que anudaba a su cuello en contadas ocasiones y en ceremonias de especial relevancia. La forma en la que fue tallado, en 72 facetas que deslumbraban con sus tonalidades azules, representaba al rey como una manifestación de Apolo, el Sol en el cielo azul, brillando como el astro rey con siete rayos, número bíblico y cargado de simbolismo. Un símbolo de la gloria del propio rey. Pero, para muchos, el propio

monarca también fue víctima del maleficio de la gema, ya que acabó sus días enfermo, muerto por gangrena, mientras el poderoso imperio que había construido se derrumbaba ante sus ojos. Para colmo de males, ninguno de sus hijos, muertos todos de forma prematura, sobrevivió para llevar la corona.

Al morir el Rey Sol, será su bisnieto, que le sucedió en el trono como Luis XV, quien lo llevará prendido en sus galas. El monarca fue nombrado caballero de la Orden del Toisón de Oro, la prestigiosa orden ligada a las coronas austriaca y española. Luis XV lucía con orgullo su colgante como miembro de la orden e hizo que le añadieran el Azul Francés para resaltar con su belleza la gloria de la insignia. Y de este modo el Diamante Azul fue un emblema de la corona francesa hasta la muerte de este último monarca, que lo dejó en herencia a Luis XVI. Su mujer, María Antonieta, usó con frecuencia las joyas reales como adornos personales, aunque pese a lo que digan muchos no queda constancia de que hiciera uso del Diamante Azul de la Corona.

Bien conocida es la desgracia de Luis XVI y de María Antonieta, que perdieron la vida en la guillotina condenados por el tribunal revolucionario. El 11 de septiembre de 1792, los monarcas fueron confinados en el palacio de Tullerías, cerca de la plaza de la Concordia. En aquella misma plaza se encontraba el Hôtel du Garde-Meuble, el actual edificio de la Marina, donde se guardaba el siniestro diamante junto con otras joyas de la corona. En los mismos días en los que el matrimonio real era retenido en las Tullerías, el edificio de la Marina fue asaltado. Durante cinco días una banda organizada de una treintena de ladrones, que sabía perfectamente lo que hacía y lo que iba a buscar, saqueó y se llevó 9.000 gemas y objetos con un valor equivalente en total al de siete toneladas de oro. Entre los objetos robados se encontraba el Toisón de Oro en el que lucía con orgullo el Diamante Azul de la Corona. Algunos de los saqueadores fueron denunciados y acabaron en la guillotina; más víctimas para el diamante. Buena parte del tesoro real consiguió ser recuperado, pero las joyas que adornaban al Toisón de Oro no aparecieron. En enero del año siguiente Luis XVI fue conducido al cadalso y guillotinado, y María Antonieta le siguió en octubre. Para muchos, la desgracia de la pareja real está íntimamente ligada a la maldición del Azul de Tavernier.

Todo parece indicar que uno de los ladrones, un cadete llamado Guillot, habría huido con el diamante. Primero se dirigió a El Havre, ciudad en la costa del norte de Francia, desde donde habría continuado hasta Inglaterra. Allí habría mandado que cortaran el diamante en dos piezas, y la pieza mayor habría sido tallada de nuevo para evitar que fuera reconocida. De hecho, en 2005, científicos y expertos del Smithsonian Institute realizaron una serie de pruebas para determinar si el diamante Hope era la misma piedra, pero tallada, que el Azul Francés. Y efectivamente, los resultados demostraron que ambas joyas eran la misma piedra. Cuatro años después de que se cometiera el robo, Guillot acabaría con sus huesos en la cárcel, y su nombre se sumaría a la lista de víctimas de la fatídica gema azul.



El diamante Hope tal y como puede verse hoy en día en el Museo Nacional de Historia Natural, en el Smithsonian Institute. Fotografía tomada en 1974.

El período inglés

La escurridiza joya habría permanecido en la clandestinidad en la capital del Imperio británico hasta 1812, cuando John Francillon, famoso joyero y lapidario londinense, consiguió el permiso para realizar unos dibujos, en planta y alzado, de una joya en posesión del comerciante de diamantes de Londres Daniel Eliason. Por la descripción de su color, dimensiones, forma, etcétera, la gema no parece ser otra que aquella que fuera tallada a partir del Azul Francés. Y es que, además, los dibujos de Francillon fueron firmados justo cuando habían transcurrido veinte años y dos días desde el robo del Toisón de Oro. Veinte años era precisamente la fecha en la que prescribía el delito por robo del orgullo de la corona francesa. Merece la pena reproducir el texto que acompaña a los dibujos: «El dibujo de arriba es del tamaño y forma exactos de un diamante de un curioso y superfino azul profundo semejante a un fino zafiro de azul intenso. Posee una belleza y perfección plenas sin manchas ni defectos, y la coloración del diamante es perfecta y uniforme. El color del dibujo se ajusta tanto como es posible al color del diamante. Fecha: 19 de septiembre de 1812».

Así reaparece de nuevo nuestra enigmática piedra en manos del tratante Daniel Eliason, como ya hemos visto. Y todo apunta a que su siguiente propietario fue el propio rey Jorge IV, quien se la habría comprado al comerciante londinense. No hay registros de dicha propiedad en los Archivos Reales de Windsor; sin embargo, muchos indicios apuntan a que la gema fue propiedad del rey Jorge hasta que o bien su última amante, lady Conyngham, la robó, o bien el propio rey lo vendió de forma privada para pagar sus muchas deudas. En cualquier caso todo parece indicar que fueron pocos los años durante los cuales fue propiedad de la corona inglesa. Y vistos sus antecedentes, quizá fue lo mejor para los monarcas ingleses que sucedieron al rey Jorge.

Según se dice, el diamante fue adquirido en 1824 por Thomas Hope, un rico banquero londinense, escritor al que algunos equiparan con el mismísimo Lord Byron y coleccionista de arte. Él fue quien, con su apellido, bautizó a la gema con el nombre por el que se conoce ahora, el diamante Hope. Thomas Hope murió en 1831, y la gema pasó a ser propiedad de su hermano Henry Phillip Hope, quien en ocasiones se lo prestaba a la viuda de su hermano para que lo

luciera en bailes de sociedad. En 1839 muere a su vez Henry Phillip y el diamante aparece en un catálogo de gemas de su propiedad. En dicho catálogo vemos dibujada la misteriosa piedra engarzada en un medallón de factura muy sencilla rodeada de otros diamantes blancos más pequeños.

Al morir Henry Phillip tuvo lugar una dura batalla legal entre sus tres sobrinos para hacerse con la herencia. Al final el Hope y otras siete joyas acabaron en manos de uno de ellos, Henry Thomas Hope. A raíz de las duras y amargas disputas y batallas legales que mantuvieron los primos para hacerse con la herencia, muchos recordaron cómo la muerte, pero también la discordia, parecen los inevitables e inseparables compañeros de la escurridiza y misteriosa joya. Para muchos, la tormentosa riña entre familiares directos es otro de los notorios efectos nefastos del Hope. El diamante fue guardado bajo la bóveda de un banco y estuvo allí de manera permanente, salvo en dos ocasiones durante las cuales fue expuesto a los ojos del mundo. Una de ellas acaeció durante la Gran Exposición Universal de 1851 que tuvo lugar en el Hyde Park de Londres, auspiciada por el propio Henry Thomas; la otra fue con motivo de la Gran Exposición Universal de 1855 que se celebró en París.

Henry Thomas Hope y su esposa Anne Adele Bichat tuvieron una única hija llamada Henrietta. Ésta se casó en 1861 con Henry Pelham-Clinton, conde de Lincoln. Desgraciadamente, el marido de Henrietta era un libertino de tal magnitud que a la muerte de Henry Thomas su madre temió por las propiedades que había heredado de su marido, incluido el Diamante Azul. Tanto temía que la fortuna de los Hope acabara vendida para pagar las facturas de su yerno, que al morir en 1884 dejó en herencia la finca y el diamante al hijo menor de Henrietta, Henry Francis Pelham-Clinton, pero con la condición de que al llegar a la mayoría de edad añadiera el apellido Hope al suyo. Y, además, lo heredaba en forma de una especie de seguro de vida que le impedía vender nada de su herencia en vida sin un permiso judicial.

En 1887, Francis Pelham-Clinton cambió su nombre por el de lord Francis Hope y de este modo pudo recibir la herencia de su familia materna. En 1894, Francis se casó con la cantante May Yohé, célebre actriz de musicales de quien se asegura que llevó el diamante al menos en una ocasión. Pero la mala suerte perseguía a lord Francis. Al igual que su padre, llevó una vida disoluta que ocasionó multitud de problemas matrimoniales y financieros hasta que se vio obligado a vender el diamante. Pero no podía hacerlo hasta que obtuviera el consabido permiso judicial que le autorizara a ello, como había establecido su abuela en el testamento. Al final se declaró en bancarrota y sólo la ayuda económica de su mujer lo mantuvo a flote. Después de muchos problemas y dificultades, y tras arduas luchas legales, por fin consiguió que en 1901 le concedieran permiso para vender la gema y poder pagar sus múltiples deudas. Pero sus calamidades no habían acabado; para muchos, el Diamante Azul proyectó sobre él su insano influjo, y su mujer acabó por abandonarle fugándose con un amante y divorciándose de él al año siguiente.

La maldición cruza el océano

Lord Francis al menos consiguió vender el diamante Hope a un comerciante de joyas londinense, Adolphe Weil, quien a su vez, en 1901, se lo vendió a Simon Frankel, un comerciante de diamantes estadounidense que operaba tanto en Londres como en Nueva York. Y así es como el Hope comienza una nueva andadura en América, adonde se lo llevó Simon Frankel. Una vez allí, intentó venderlo a clientes ricos del país. Pero parece que Frankel no hizo un buen negocio, y por si fuera poco, la depresión económica de 1907 trajo muchas dificultades económicas a la firma. En Estados Unidos muchos empezaron a mirar con recelo aquella joya venida desde Inglaterra y que no había traído nada bueno a la compañía de Frankel. De hecho, fue a partir de los crecientes problemas económicos que empezó a sufrir el negocio de Frankel cuando empezó a conocerse como el «*hoodoo diamond*», el diamante gafe.

Finalmente, en 1908, Simon Frankel consigue vender la siniestra gema a un coleccionista turco, Selim Habib. Algunos pensaban que lo había comprado en nombre del sultán Abdul Hamid II; pero lo cierto es que el fatídico diamante tuvo que ser puesto a subasta junto con los bienes de su nuevo comprador porque éste se arruinó y tenía que pagar sus deudas. Parece que la ruina económica persigue a los poseedores de la que ya por entonces tenía fama de ser una gema fatídica. Aquel mismo año el diario *The Washington Post* publicó un artículo que rezaba en su titular: «El diamante Hope ha traído la desgracia a todos sus poseedores». La fama del Hope empezaba a saltar de los círculos de joyeros, tratantes de diamantes y magnates al gran público. Éste y los periódicos comenzaban a interesarse por su siniestra historia.



El joyero Pierre Cartier, junto a su esposa e hija en una fotografía tomada el 8 de junio de 1926. Cartier compró el Hope en 1910.

© *George Grantham Bain Collection, Library of Congress*

Y de nuevo la joya cambió de manos. Selim Habib la vendió en París, en 1909, al comerciante en joyas Simon Rosenau por la suma de 400.000 francos; y éste a su vez la revendió al año siguiente al joyero y compatriota suyo Pierre Camille Cartier por 550.000 francos. Ese mismo año Cartier intentó vendérselo a Evalyn Walsh McLean y a su marido, una pareja de jóvenes estadounidenses acostumbrados al lujo y las fiestas muy populares en los ambientes adinerados de Washington, D.C. Mientras tanto la fama siniestra del diamante había ido creciendo gracias sobre todo a artículos periodísticos que hablaban de la maldición del Diamante Azul.

Cartier preparó toda una puesta en escena para impresionar a Evalyn. Le ocultó el diamante hasta el último momento contándole como había pertenecido a la casa real francesa, su origen hindú, etcétera. *The New York Times* se hizo eco de la compra. Según Evalyn: «Si la piedra traía mala suerte a los demás, a mí me traerá buena fortuna». Su marido, Edward B. McLean, por fin compró el diamante en la casa Cartier de París el 28 de enero de 1911. Pero pese a las frívolas

declaraciones de la multimillonaria, ésta no debía de tener tanto valor como aparentaba, ya que el contrato de compra contenía una cláusula según la cual «En caso de que cualquier fatalidad le ocurriera a la familia de Edward B. McLean en el plazo de seis meses, el citado diamante Hope será cambiado por una joya de valor equivalente».

Sea como fuere, el caso es que en marzo la joven pareja todavía no había pagado a Cartier y la firma acabó contratando los servicios de un abogado y demandándolos. Evalyn y Edward alegaban que en realidad no se trataba de una compra formalizada todavía, sino que el joyero se lo había dejado en préstamo durante un tiempo para comprobar que no ocurriría ninguna desgracia. Al final todo se resolvió y la compra se llevó a cabo, pero la fama de «la piedra de siniestra reputación» creció alimentada por crónicas y artículos en periódicos como los del *The New York Times* que se hacían eco de todo lo que tuviera que ver con el diamante Hope y la multimillonaria pareja. Una vez en propiedad de la pareja, el diamante fue engarzado en platino y rodeado de una fila de dieciséis diamantes más pequeños. Durante los locos años veinte, Evalyn Walsh McLean lo lució en el cuello en muchos de los eventos sociales y fiestas que tanto le gustaba organizar.

Según se dice, en algunas ocasiones se iba de forma inesperada de alguna fiesta y entonces comenzaba un juego que ella llamaba «buscando el Hope». En otras ocasiones escondía el diamante en alguna parte de la casa y los invitados tenían que encontrarlo. Pese a estas muestras de comportamiento temerario, lo cierto es que el diamante se hallaba protegido por medidas de seguridad que incluían los servicios de William Schindele, exagente del servicio secreto que a su vez contaba con dos detectives privados que le servían de guardaespaldas. Durante el día el diamante permanecía en la casa de los McLean; pero durante la noche era transportado en un coche preparado a tal efecto hasta una cámara de seguridad. Por otra parte, durante las recepciones y fiestas se tomaban medidas de seguridad extra, y se acordonaba el perímetro del lugar donde se celebraban los lujosos eventos patrocinados por Evalyn.

Dada la siniestra fama de la gema, todo el mundo estaba a la espera de que la desgracia se cebara en cualquier momento con los McLean. Aunque pasaron los años y no ocurría nada digno de mención. Pero finalmente, cuando nadie lo esperaba, la desgracia llamó a la puerta de los McLean. El 18 de mayo de 1919, el hijo mayor, Vinson, de apenas nueve años de edad, murió atropellado por un coche mientras intentaba atravesar la avenida Wisconsin frente a su casa. De inmediato las miradas y las sospechas se volvieron hacia el maléfico Diamante Azul. Su propio matrimonio empezó a hacer aguas, y en octubre de 1931 Evalyn McLean inició un sonoro y duro proceso de divorcio contra su marido Edward a causa de la infidelidad de éste. El propio Edward pidió el divorcio en un tribunal mexicano, y más tarde se instaló en Riga, la capital de Letonia, donde volvió a pedir el divorcio, el cual le fue concedido el 13 de diciembre de 1932. De nuevo muchos se acordaron del diamante. Pero las desgracias y las disputas no habían hecho más que empezar.

La hija de ambos, Evalyn, se casó el 9 de octubre de 1941, cuando tenía diecinueve años, con el senador Robert Rice Reynolds, un hombre de cincuenta y siete años que ya había tenido cuatro esposas. No había terminado el quinto año de matrimonio cuando Evalyn madre encontró muerta a su hija por una sobredosis accidental de somníferos. Eso fue lo que determinó el forense; otros decían que se había suicidado. Ningún matrimonio de la familia parecía acabar bien. De hecho, su nieta, Mamie Spears Reynolds, fruto del matrimonio de su hija Evalyn con el senador Robert Reynolds, se divorció apenas dos años después de casarse con el piloto de carreras italiano Luigi

Chinetti en 1963. El segundo hijo de los McLean, Edward Beale, se casó en mayo de 1938 con Ann Carroll Meem. De nuevo la cosa acabó en divorcio en julio de 1943. Se casó después con la actriz Gloria Hatrick, con la que tuvo dos hijos, uno de los cuales, Ronald, murió en la guerra de Vietnam. Y de nuevo sobrevino el divorcio en 1948. En octubre de ese mismo año se casó de nuevo, esta vez con Manuela *Mollie* Hudson, de la que se divorció en 1973. Para muchos, y observando las vidas de sus distintos propietarios, el Hope traía desde hacía siglos tres tipos de desastre muy concretos: muerte, ruina económica y problemas matrimoniales.



Edward B. McLean y su esposa Evalyn Walsh compraron el Hope al banquero Pierre Cartier en 1911, en medio de un gran revuelo mediático. Años después, una serie de desgracias en el seno de la familia fue atribuida a la maldición del Hope.

© *Library of Congress Prints and Photographs Division*

Sin embargo, en el caso de Edward McLean no sólo su vida conyugal había fracasado, sino su propia salud mental se vio afectada y comenzó a dar muestras de un comportamiento extravagante. Como otros tantos que poseyeron el Hope antes que él, empezó a tener problemas financieros debido a gastos sin sentido hasta que un tribunal lo obligó a vender el famoso diario *The Washington Post*, del que era propietario desde 1916. El largo proceso de divorcio en Estados Unidos acabó definitivamente cuando en un juicio que tuvo lugar en Maryland el jurado declaró a Edward McLean demente e incapaz de llevar sus asuntos legales, y ordenó que se le internara de forma indefinida en un hospital psiquiátrico. Edward McLean acabó sus días en 1941 a causa de un ataque al corazón en el Sheppard Pratt, un hospital psiquiátrico de Towson, en Maryland. Triste y dramático fin para el ufano comprador del Hope, que vio cómo su vida pasó de la abundancia, el boato más desenfrenado y las fiestas de lujo, a la desgracia, la ruina, la muerte de un hijo, el fracaso matrimonial... y, en definitiva, a perderlo todo, incluso la cordura.

Evalyn, quien por cierto mientras estaba en el proceso de divorcio fue estafada y perdió 100.000 dólares, murió de una neumonía en 1947. Ella nunca creyó que las desgracias que le habían ocurrido tuvieran que ver con el Diamante Azul, pero no pudo evitar que la fama siniestra del Hope creciera gracias a las desdichas que empezó a sufrir el matrimonio a los pocos años de haberlo adquirido. Evalyn legó el Hope a sus nietos, pero con la condición de que no se pudiera vender hasta que el mayor cumpliera los veinticinco años. No obstante, los administradores de la

herencia consiguieron evitar esta cláusula y consiguieron vender el fatídico diamante para poder hacer frente a las deudas; algo que, vista la historia del diamante, ya parece un tópico. De nuevo la sombra de la ruina planeando sobre los nuevos dueños de la gema.

La venta se realizó en 1949 a Harry Winston, un comerciante de diamantes neoyorquino que compró todas las joyas de los McLean en un lote que exhibió en diferentes eventos de carácter benéfico y en una exposición itinerante por todo Estados Unidos titulada «La Corte de las Joyas», que permitió presentar el diamante, ya muy popular, al gran público. Winston hizo tallar el fondo del diamante para aumentar todavía más su brillo. El Hope se hizo cada vez más famoso e incluso fue mostrado en un concurso televisivo, «The Name's the Same», el 16 de agosto de 1955. Otra sonada aparición tuvo lugar en 1958, en la Exhibición Nacional de Canadá.

En el Smithsonian. El letargo de la maldición

Por entonces el Smithsonian Institute tenía intención de crear una colección de joyas que pudiera exhibirse públicamente en el Museo Nacional de Historia Natural regido por la Institución. George Switzer, mineralogista del Smithsonian, convenció a su nuevo propietario, Harry Winston, para que donara el Hope a la colección de gemas del museo. El 10 de noviembre de 1958, Winston envió el Diamante Azul en una simple caja envuelta en papel marrón por correo ordinario certificado y el Hope se convirtió en el artículo número 217868 de la colección. El diamante cambiaba otra vez de dueño, y pasaba ahora a las manos del que es su actual propietario, el Smithsonian Institute.

Allí ha permanecido, salvo unas pocas excursiones, entre las que se cuenta la exposición en el Louvre de 1962, la Feria Rand Show de Johannesburgo en Sudáfrica de 1965 y, por último, las instalaciones que su anterior propietario, Harry Winston, tenía en Nueva York, en 1984 y en 1996. Como anécdota, se cuenta que para la exposición del Louvre, Switzer, el hombre que convenció a Winston para que donara la gema, la llevó envuelta en una bolsita de terciopelo confeccionada por su propia esposa y que iba cosida al bolsillo interior de sus pantalones durante el vuelo a París. Hasta aquí lo que se sabe del diamante y que puede ser documentado. En la actualidad el Hope, engarzado desde 2010 en un nuevo diseño llamado «el abrazo de la esperanza», se exhibe como una de las piezas más populares y visitadas del Smithsonian.

El halo de la misteriosa maldición atrae a los visitantes del Smithsonian que acuden a ver la joya y quedan fascinados por sus raros brillos azules. Además de lo que hemos visto a lo largo de la truculenta historia del diamante, la prensa se ha ocupado de alimentar la fama siniestra del Hope. Curiosamente, al día siguiente de la venta del diamante al multimillonario matrimonio McLean que lo llevaría a América apareció un artículo anónimo en el *The Washington Post* que recordaba el origen maléfico de la joya, tallada a partir del ojo de un ídolo hindú, y relataba las desgracias asociadas a la maldición del Hope sufridas por aquellos que han estado en contacto con él, aunque muchas de ellas no han podido ser corroboradas por otras fuentes y son, como poco, dudosas. Aunque, sea como sea, ya figuran como las víctimas en el mito del Hope.

Entre las víctimas francesas, además del propio Tavernier, se suele citar a Madame de Montespan, amante y favorita de Luis XIV, como la primera en la corte del Rey Sol. La Montespan habría pedido al rey que le regalara la joya y poco después perdió el favor del monarca. Otra de

las víctimas que se mencionan en la larga lista habría sido Nicolas Fouquet, superintendente de Finanzas. Se dice que el rey le dejó el Diamante Azul de la Corona para una ocasión especial, y que a consecuencia de aquello poco después cayó en desgracia tras ser acusado de desfalco y acabó sus días encerrado en la fortaleza de Pignerol, donde murió quince años después en extrañas circunstancias. Del propio Rey Sol se dice que, con ocasión de una visita que le prodigara en 1717 el embajador del sha de Persia, le mostró el Azul de Francia para demostrarle que la maldición que rodeaba al mismo no tenía fundamento. El monarca falleció el 1 de septiembre de ese mismo año a consecuencia de una gangrena.

Especialmente funesto habría sido el diamante para María Teresa, princesa de Lamballe, amiga y confidente de la reina María Antonieta, esposa de Luis XVI, que como él acabaría guillotinado en tiempos de la revolución. La princesa de Lamballe terminó sus días de forma espantosa, asesinada por una turba revolucionaria que se cebó con ella y con su cuerpo. Fue desnudada, humillada de la forma más violenta, golpeada con un martillo y su cuerpo destripado, vejado y decapitado. La chusma enloquecida colocó su cabeza en una pica para que la viera María Antonieta desde su prisión. La reina no llegó a ver el horrendo espectáculo, pero cuando le explicaron que la algarabía que había fuera era porque querían mostrarle la cabeza de la princesa, perdió el sentido. Son hechos históricos, lo que no puede comprobarse es que la princesa haya tenido algo que ver con la piedra salvo la estrecha relación de amistad que mantenía con su dueña, la reina.

Algunos autores mencionan que el joyero encargado de cortar el Azul Francés en dos piezas una vez robado del Tesoro Real de Francia fue un holandés llamado Wilhelm Fals, del que se dice que murió arruinado. Su propio hijo, Hendrik, habría robado la gema a su padre y se la habría vendido a un tal Francis Beaulieu, y poco después se suicidó. Mientras tanto, Beaulieu habría llevado el diamante desde Marsella hasta Inglaterra y habría sido él quien se lo vendió a Daniel Eliason, aquel joyero inglés que habría actuado en nombre del rey Jorge IV para comprar la joya. Beaulieu cayó enfermo en prisión y acabó muriendo de mala manera en una habitación cochambrosa. Para cuando el dinero de la compra llegó, ya había muerto. Dicen también que el propio Eliason acabó suicidándose. Eso es al menos lo que afirma Susanne Steinem Patch en su obra *Blue Mystery: The Story of the Hope Diamond*, editada por el Smithsonian Institute. En cualquier caso..., más nombres para la larga lista negra del Diamante Azul.

Se afirma también que Simon Frankel, el comerciante que se llevó el Hope a Estados Unidos, se lo vendió a un francés, un tal Jacques Colet, que acabó enloqueciendo y suicidándose. A su vez, a Colet se lo habría comprado un aristócrata ruso, el príncipe Iván Kanitowski, que habría acabado sus días asesinado por los revolucionarios rusos. Este príncipe ruso le habría prestado la joya a Mademoiselle Lorens Ladue, una vedette parisiense que habría sido asesinada por su amante, que según algunos autores era el propio príncipe Iván. Otros afirman, sin embargo, que era la amante del príncipe y que murió en el escenario bajo los disparos de partidarios de la Revolución rusa que acabaron también con la vida del aristócrata. Ninguna evidencia documental hemos encontrado ni de dicho príncipe ni de la vedette. Incluso hay quien llega a afirmar que la muerte por apoplejía de la zarina rusa Catalina la Grande se debe a que poco antes de fallecer llevaba puesto el diamante. De nuevo no hay constancia histórica de esto.

El diamante también habría cometido macabras fechorías durante su estancia en Turquía. Como vimos antes, en 1908 también estuvo en manos de un coleccionista turco, Selim Habib, del que se decía que había actuado como comprador en nombre del sultán Abdul Hamid II. Lo que sí es cierto y comprobable es que Habib fue obligado a venderlo junto con sus propiedades para pagar sus numerosas deudas. Pero no falta quien afirma que la historia del Hope en Turquía va más allá; y aseguran que el sultán se lo ofreció como señal de amor a su favorita, Surbaya, quien habría de suicidarse poco después disparándose en la cabeza. Según otros, fue el propio sultán quien poco después de regalárselo apuñaló a su favorita. El derrocamiento del sultán a manos de los insurgentes del movimiento conocido como los Jóvenes Turcos un año después, éste sí un hecho real, histórico y constatado, también habría sido obra de la maldición del Hope. Dicen también que el sultán habría comprado la joya a Simon Montharides, un mercader griego cuyo carruaje cayó por un precipicio, accidente en el que murieron él, su mujer y su hijo pequeño. El sultán, por otra parte, le habría confiado la gema a un tal Abu Sabir para que la puliera con el fin de que brillara más y el artesano habría sido encarcelado y torturado. Y el guardián de la gema, un tal Kulub Bey, habría sido ahorcado por turbas de disidentes. Igualmente, se menciona a un tal Hehver Agha, que habría sido poseedor de la piedra en Turquía y habría perecido ahorcado; pero, nuevamente, no hay evidencias documentales de que el diamante haya estado en posesión del sultán.

Los aficionados a hacer listas de víctimas del Hope afirman que ni siquiera el cartero que entregó el diamante enviado por correo como donación por Harry Winston al Smithsonian se libró de la maldición del Hope. James Todd, como aseguran que se llamaba, sufrió un accidente en el que su pierna resultó aplastada por un camión; en otro accidente sufrió una lesión craneal; y, por último, su casa se quemó.

Como vemos, la historia y la leyenda se entretajan alrededor de esta piedra única. Junto con los datos históricos y verificables aparecen otros dudosos o difícilmente comprobables. La fama siniestra acompaña a la gema desde que Tavernier la trajera a París procedente de la India; y desde luego el trágico fin de Luis XVI y María Antonieta, los últimos reyes de Francia que poseyeron el Azul de Francia, contribuyó a rodear la joya de la corona de un halo de maléfico misterio. El robo y la posterior desaparición de la insignia de la corona francesa y sus peripecias hasta su reaparición veinte años después alimentaron aún más a la leyenda. También contribuyó a ello el hecho de que durante su estancia en Inglaterra la joya acabara en manos de familias en las que la ruina económica planeaba como una sombra constante; a menudo a causa de personajes acosados por las deudas, generalmente de juego, y que llevaban una vida disoluta y por encima de sus posibilidades pese a disponer de grandes fortunas. Muerte y ruina acabaron unidas a la leyenda del Hope.

Otro momento clave en la difusión de la supuesta naturaleza maligna del diamante es su compra por parte de los multimillonarios McLean al joyero francés Pierre C. Cartier. Debido a su fastuosa vida social, los McLean eran una pareja muy popular en Estados Unidos. Hoy en día hubieran sido personajes habituales de las revistas del corazón y las crónicas de sociedad. Debido a dicha popularidad, la noticia de la compra del diamante «maldito» hizo correr ríos de tinta en los principales periódicos. Se escribieron todo tipo de artículos, y muchos de estos diarios incluyeron textos en los que claramente se añadían todo tipo de historias poco corroborables, o exageradas, con la intención de vender más ejemplares. El hecho de que los

McLean sufrieran varias desgracias familiares y que ellos mismos, especialmente él, no acabaran bien evidentemente oscureció aún más el aura que rodea al «diamante de la esperanza», el «Azul Francés», cuya maldición para muchos permanece dormida ahora que la joya reposa en el Smithsonian. Y es que se cree que la maldición está aletargada gracias a que ahora el infausto diamante no pertenece a ninguna persona en concreto... de momento.

La montaña de luz

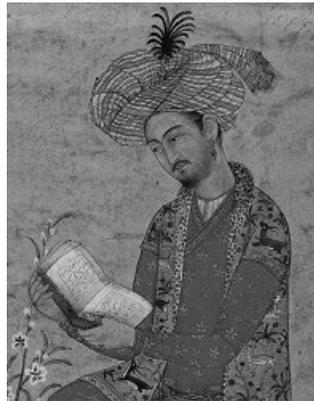
Koh-i-Noor, o más exactamente, Kōh-i-Nūr, Montaña de Luz, bello nombre persa, idioma de poetas insignes, para un diamante que hace honor a su nombre. Ciento ocho quilates, 21,6 gramos de diamante, que a fuerza de ser tallado ha perdido peso y tamaño, pero que en su momento fue uno de los más grandes del mundo. De hecho, cuando estaba sin cortar su peso era de 793 quilates (158,6 gramos). Esta pieza, como el Hope, procede según algunos de las minas de Golkonda, o de la mina Kollur, una de las más antiguas del mundo, que ha gestado tesoros como el Darya-ye Noor, la «Luz del Mar», el diamante Hope o la joya que ahora nos ocupa, gema que ha sido propiedad de reyes y emperadores que se la han disputado por la fuerza, arrebatándosela de forma codiciosa unos a otros, a menudo con sangre, mucha sangre de por medio. La Montaña de Luz, exhibida con demasiada frecuencia como un trofeo de guerra, está unida al destino de muchos, de pueblos enteros, en una historia llena de ambiciones, crueldad, crímenes y luchas feroces con objeto de despojar, robar y saquear.

Se dice que la primera referencia escrita acerca del Koh-i-Noor se encuentra en un texto hindú de 1306. En él se le describe del tamaño y la forma de un huevo de gallina. Su peso era de 186 quilates, y el rey de Kakatiya se lo arrebató al monarca (rajá) del reino hindú de Malwa, cuya familia lo había poseído durante muchos años. Pero sin duda lo más inquietante de este texto sería la descripción de una maldición que acompañaría a la joya desde tiempos inmemoriales: «El dueño de este diamante poseerá el mundo, pero también conocerá todas las desgracias. Sólo Dios o una mujer pueden llevarlo impunemente». Y los acontecimientos futuros, según el parecer de muchos, le habrían dado la razón, y con creces; porque la historia de la Montaña de Luz es una historia de violencia, saqueos, asesinatos y sangre...

El diamante perteneció durante mucho tiempo a diferentes reyes de la dinastía Kakatiya, que como ya hemos visto lo habrían obtenido mediante el pillaje y el saqueo del reino de su legítimo y primer propietario, y habría sido el objeto que hacía las funciones de ojo en algún ídolo de alguna deidad femenina, hasta que Ghiyas ud din Tughluq Shah I subió al trono del sultanato de Delhi y decidió atacar el reino. En el año 1323. el sultán envió un ejército al reino de los Kakatiya. Tras ser rechazado en un primer intento de invadir y apoderarse del reino, el comandante de las tropas del sultán, Ulugh Khan, volvió un mes después con un ejército muy superior al primero y mejor preparado, y esta vez arrasaron al ejército Kakatiya y consiguieron asaltar Oruigallu, la capital. Tantas riquezas y tesoros encontraron que el pillaje duró meses.

El diamante de Babur

Entre el oro, las perlas y el marfil no faltaban los diamantes procedentes de la legendaria mina de Kollur, y entre ellos... la misteriosa y seductora gema. El diamante entró a formar parte del tesoro de los sucesivos sultanes de Delhi, hasta que éstos fueron derrotados por los mogoles de Babur, descendiente de Tamerlán, que se enfrentó con sus doce mil hombres a un ejército de cien mil soldados y cien elefantes. Y así es como el diamante, asociado ya a las guerras y el derramamiento de sangre, acabó en manos del primer emperador mogol de la India. Corre el año 1526. De hecho, una de las primeras referencias históricas en las que aparece es un escrito que recoge las memorias del emperador mogol, el *Baburnama*, en el que describe la historia de la gema, el «diamante de Babur», y cómo había pasado de unos sultanes a otros. De su valía decía Babur: «Con lo que vale se podría dar de comer a todo el mundo durante un día».



El emperador Babur fundó el imperio mogol de la India. Entre los tesoros que pasaron a sus manos tras invadir la India está el Koh-i-Noor, llamado entonces «el diamante de Babur», del que afirmaba que «con lo que vale se podría dar de comer a todo el mundo durante un día».

Babur murió de forma prematura, a los cuarenta y ocho años, en 1530, y el diamante pasó a ser propiedad del nuevo emperador, su hijo Humayun, en quien según algunos la maldición de la gema comienza a hacerse patente, porque al decir de las crónicas la mala suerte no le abandonó desde el momento en que tuvo la gema hasta el día de su muerte. Antes de eso, una serie de desastres militares que algunos interpretan como una racha de adversidades y «casualidades» fatales hicieron que perdiera su reino. Pero no sólo Humayun parecía ser presa de la mala suerte; porque quien le arrebató el trono, un soldado de su padre, su mayor enemigo tras hacerse con el trono y por tanto con el diamante, no acabó sus días de la mejor manera. Su nombre era Sher Shah Suri, y era conocido como Sher Khan (el rey León). Se decía de él que en una ocasión mató un tigre adulto con sus propias manos. Su valor no le sirvió para evitar una muerte horrible. Murió quemado en el sitio del fuerte Kalinjar, en 1545. Quince años estuvo Humayun en el exilio hasta que consiguió recuperar el trono. Pero, como ya hemos comentado, la fatalidad le acompañó hasta su muerte, en 1556, cuando un absurdo accidente, una caída de la escalera de su biblioteca, le arrebató la vida de forma prematura a la misma edad a la que había muerto su padre, cuarenta y ocho años. Su esposa, Hamida Begun, levantó en su honor un mausoleo en Delhi, una belleza arquitectónica declarada en 1993 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.



Humayun, segundo emperador mogol de la India. La pérdida de su reino, y su muerte prematura en un accidente fueron atribuidas a la maléfica influencia del Koh-i-Noor.

El hijo de Humayun, Akbar el Grande, jamás empleó el diamante, quizá por miedo a la nefasta influencia que para muchos había traído la desgracia de los monarcas que habían hecho algún uso de él. Y quizá por eso rompió la funesta tradición de morir prematuramente que habían instaurado de forma involuntaria sus antecesores y murió a los sesenta y tres años de edad, dejando un imperio sólido en el que se protegía la cultura y la tolerancia entre religiones, especialmente entre hindúes y musulmanes. No se puede decir lo mismo de Shahbuddin Mohammed Shah Jahan, o Shah Jahan, que en persa quiere decir «rey del mundo». Este emperador, famoso por ser el que mandó construir del Taj Mahal, el impresionante mausoleo que dedicó a su favorita, cuya muerte le dejó sumido en la tristeza y en una decrepitud prematura que asombró a todos los que le conocían, sacó la Montaña de Luz de su largo encierro en la tesorería y lo puso en su trono, el Trono del Pavo Real, emblema del poder del Imperio mogol, desde donde él y sus sucesores gobernaban el vasto imperio. Y sin duda fue un hombre muy poderoso que acabó perdiéndolo todo en una sucesión de desgracias que muchos atribuyen a la siniestra piedra.

Repasemos su historia, porque da que pensar... En 1657, poco después de fallecer su esposa, Sha Jahan cayó enfermo. El poderoso monarca que gobernaba con mano de hierro, al morir su favorita, cayó en la más estrepitosa decrepitud física y moral de la noche a la mañana. Uno de sus hijos, Aurangzeb, aprovechó la debilidad del monarca para atacar a su hermano mayor y legítimo heredero. El resto de los hermanos, que ocupaban cargos de gobernadores en diferentes regiones del imperio, se autoproclamaron independientes y lucharon entre sí. Aurangzeb ordenó torturar y ejecutar a dos de sus hermanos y sus familias, mientras que un tercero consiguió escapar a la jungla birmana, donde se perdió su pista. Por último, Aurangzeb encerró a su padre enfermo en el fuerte de Agra, donde permaneció recluido hasta su muerte, y le arrebató el trono. El orgulloso poseedor de la Montaña de Luz, soberano de un imperio extenso y poderoso, lo perdió todo, a su esposa amada, a su confidente más leal, su salud, su reino, incluso su libertad..., todo ello se lo arrebató su propio hijo, al tiempo que mandaba ejecutar a sus hermanos.

Corría el año 1658 cuando la piedra le fue confiada a un lapidario veneciano, Hortensio Borgia, para que la tallara de nuevo. Pero parece que el artesano no era muy hábil y al final la gema quedó reducida a 186 quilates. En el año 1665, nuestro viejo conocido, el mercader francés Jean-Baptiste Tavernier, el mismo que se hizo con el Azul Francés y lo llevó a París, realizó en su libro de viajes una descripción de la gema. Él la llamó el «Gran Mogol» y afirmaba que era el diamante más grande del mundo.



Las muchas desgracias y tragedias que sufrió el emperador mogol Shah Jahan, famoso por haber construido el Taj Mahal, se atribuyen a menudo al poder maléfico de la Montaña de Luz.

Cuenta una leyenda que el cruel Aurangzeb hizo poner el diamante en una ventana en el fuerte de Agra de modo que su desgraciado padre pudiera ver el mausoleo donde reposaban los restos de su amada únicamente mediante el reflejo que éste producía en la piedra. Transcurrido un tiempo, se lo habría llevado a Lahore, la capital, donde habría mandado que se colocara en la mezquita personal donde iba a orar. En cuanto a Aurangzeb, se vio toda su vida envuelto en guerras que costaron demasiadas vidas humanas y mermaron la economía imperial. Su imperio se fue debilitando hasta entrar en una decadencia de la que ya no se repondría.

«¡Koh-i-Noor!»

Allí, en aquel imperio desgastado y desangrado, habría permanecido la terrible gema hasta que Nader Qoli Beig, Nader Sha, rey de Persia, invadió la India y saqueó Delhi en 1739. De nuevo el diamante quedó irremediabilmente asociado a la crueldad, la guerra, la sangre y la desgracia. En Delhi, el temible Nader Sha, al que algunos han denominado el Napoleón persa, mandó ejecutar a 30.000 de sus habitantes. Cuando vio el diamante y lo tuvo en su poder, dicen las crónicas que exclamó admirado: «¡Koh-i-Noor!» (¡Montaña de Luz!), dándole de este modo el nombre por el que se conoce en la actualidad. Se dice también que una de sus consortes dijo de él: «Si un hombre fuerte tomara cinco piedras, y lanzara una hacia el norte, otra al sur, otra al este y otra al oeste, y lanzara la última al aire y el espacio entre ellas se llenara de oro y gemas, ése sería el valor del Koh-i-Noor».

Ni corto ni perezoso, el Sha tomó el diamante y el Trono del Pavo Real como trofeos de guerra y símbolo de su victoria, y se los llevó a Persia. Además de los tesoros saqueados, se llevó con él las joyas bibliográficas de la biblioteca mogol, miles de mujeres, una enorme cantidad de jóvenes esclavos y miles de elefantes, camellos y caballos que transportaron hasta Persia el inmenso botín que había robado de la India. Todo ello constituía tal cantidad de riquezas que durante tres años eximió a todo Irán de pagar impuestos. Y parece que con la Montaña de Luz, que él mismo había bautizado para la posteridad, también se llevó su legado de muerte y sangre, porque en menos de tres años sufrió un intento de asesinato. Sospechando que el más joven de sus

hijos era el instigador del atentado, hizo que le sacaran los ojos, pena que se aplicaba a los traidores. Con todo, no pudo evitar perder la vida en 1747 víctima de un asesinato que esta vez no pudo detener. A su muerte, como ya es costumbre en los reinos en los que se asienta la Montaña de Luz, el imperio que había levantado se vino prácticamente abajo.



El emperador persa Nader Sha invadió la India y se hizo con el Koh-i-Noor. Fue él quien, impresionado por su belleza, lo bautizó con ese nombre, que en persa significa «montaña de luz».

La gema acabó en manos de un comandante de Nader Sha, que se convertiría en emir y fundador del Imperio durrani en la actual Afganistán. Su nombre era Ahmed Sah Abdali y murió a la prematura edad de cincuenta años en 1772. Existe una miniatura de 1757 en la que podemos ver un retrato de perfil del emir portando la Montaña de Luz engarzada en su corona, justo sobre la frente. La gema fue propiedad de sus descendientes hasta que en Lahore el marajá Ranjit Singh exigió que le fuera entregada la funesta joya, que fuera devuelta a la India. Este marajá, o Gran Rey, fundó el Reino sij al Sur de la India, en el inmenso territorio conocido como el Punjab. En el año 1839, Ranjit Singh, personaje clave para los seguidores de la religión sij, dejaba el mundo. En su lecho de muerte expresó la voluntad de que la joya fuera donada al templo de Jagannāth, en la ciudad de Puri, en el actual Estado de Orissa.

Merece la pena detenerse en este exótico nombre, Jagannāth o Jaganatha, palabra sánscrita que significa «Señor del Universo», uno de los nombres que se le dan al dios Krishna. En el templo de Puri, uno de los más venerados de la India, se guarda una curiosa estatua de Krishna, mostrado como Jagannāth, un bloque enorme de madera burdamente tallado a semejanza de un tótem, que representa el rostro muy esquematizado de la divinidad, apenas unos ojos, una sonrisa y unos brazos que surgen a ambos lados del rostro y se proyectan hacia delante. La estatua está pintada de negro, porque el significado de Krishna es exactamente ese, «negro». Muchas y muy extrañas leyendas se cuentan sobre cómo fueron talladas tanto esta estatua como otras dos igual de toscas que representan a su hermano Baladeva y a su hermana Subhadrā.

Estas tres estatuas son conducidas en enormes carrozas de madera en una procesión anual, tiradas por los millones de peregrinos que acuden al festival sagrado. La imagen de Krishna es el centro de un culto centrado en la devoción absoluta al «Señor del Universo» del que no han faltado fanáticos extremos que, para librarse de la rueda de las innumerables reencarnaciones y sufrimientos, se arrojaban durante el festival bajo las dieciséis ruedas de los enormes y pesados carros que una vez puestos en marcha no puede detenerse.

Este hecho fue aprovechado por los ingleses que colonizaron la India para crear una leyenda negra en torno a la brutalidad de los hindúes, urdiendo descripciones dantescas probablemente exageradas en las que se afirmaba que las madres arrojaban a sus bebés voluntariamente bajo las ruedas del carro del «Juggernaut» (palabra inglesa resultante de traducir fonéticamente el nombre Jagannātha) como sacrificio al inexorable ídolo. Algunos afirman que en realidad se trataba de accidentes y no de suicidios, dada la gran cantidad de peregrinos que se agolpaban y se arremolinaban sin orden ni concierto para ver las carrozas. No es de extrañar, sin embargo, que algún fanático se arrojara voluntariamente, aunque no de modo sistemático como decían los ingleses, ya que en algún texto hindú el gurú recrimina a su discípulo por desear inmolarse en el festival. Aquél, además, le reprocha a su discípulo y le advierte de que pretender agradar a Dios mediante el suicidio es un acto de ignorancia. Ello parece indicar que sí existían fanáticos que practicaban esta forma de suicidio ritual, pero que no era bien visto por la ortodoxia hinduista.

A la mayor gloria de su majestad

Pero volvamos a nuestra gema... Nunca llegó a alojarse en el Templo de Jagannāth porque los oficiales británicos tenían otros planes para ella. Y es que en 1849 los británicos declararon el Punjab parte del Imperio británico, poniendo fin al Reino sij. Para muchos, el imperio de los sij también fue víctima del pernicioso poder de la gema. El gobernador general británico, lord Dalhousie, tenía una misión específica: debía «requisar» los tesoros de la India para la British East India Company. Y lo hizo de un modo tan entusiasta que incluso en Inglaterra se alzaron voces contra la rapiña sistemática. La Montaña de Luz era uno de los objetivos principales de lord Dalhousie, que quería darle el tratamiento de trofeo de guerra, como tantos otros conquistadores y saqueadores hicieron antes que él.

El expolio del diamante y su exhibición en manos del conquistador representarían el total sometimiento de la India ante la reina Victoria. Y para resaltar este papel del diamante como ofrenda de una nación vencida a otra que la conquista, lord Dalhousie se negó a que la gema le fuera entregada por un simple asalariado de la British East India Company. No. La joya arrebatada, símbolo de todos los bienes conquistados, debía serle entregada por un príncipe del país conquistado. Humillación infamante del vencido a la mayor gloria del vencedor y de la rapiña institucionalizada por la fuerza de la conquista y la violencia de las armas. Éstos son, a lo que parece, los eternos compañeros del pernicioso diamante, que entonces cambiaba de continente para ir a parar al Tesoro Real Británico. Da igual si el conquistador es hindú, turco, mogol o anglosajón. La sombra de la rapiña, de la conquista violenta y por la fuerza parece apropiarse de todos los que entran en contacto con la Montaña de Luz.

Y así se hizo. Lord Dalhousie embarcó al príncipe sucesor de Ranjit Singh, Duleep Singh, apenas un muchacho de quince años. El príncipe se había convertido al cristianismo renegando de la fe sij en circunstancias poco claras. De hecho, cuando logró escapar muchos años después del cerco de vigilancia al que se le había sometido, volvió a abrazar la fe de sus antepasados. El joven príncipe fue separado de su madre, que fue encarcelada, y llevado a Inglaterra como un ilustre trofeo. Por fin, el 3 de julio de 1850, el joven marajá le entregó la piedra a la reina Victoria. Pero incluso la travesía fue accidentada. El barco en el que viajaba el diamante, el *HMS Medea*, que partió de Bengala el 6 de abril de 1850, sufrió un brote de cólera frente a las costas de la islas Mauricio y los isleños exigieron que se alejara de inmediato e incluso instaron a las autoridades de la isla para que se abriera fuego contra él si no respondía a la petición. Poco después una enorme tormenta que duró doce horas mantuvo en vilo a toda la tripulación. Por supuesto no falta quien pensó de inmediato en la joya y en su maléfico poder.

El caso es que, desde la ceremonia de entrega, la Montaña de Luz forma parte del Tesoro Real británico. En la Exposición Universal de 1851 que tuvo lugar en Londres, aquella misma en la que se exhibió el Hope, se mostró al público el Koh-i-Noor. Los periódicos de la época se hicieron eco de la expectación que el diamante, y sobre todo la leyenda que le precedía, suscitaron entre el gran público que se daba codazos para verlo. Al año siguiente fue tallado de nuevo con objeto de hacerlo todavía más brillante, ya que buena parte del público que asistió a la exposición quedó decepcionado y esperaba ver algo aún más grandioso. El consorte de la reina Victoria, el príncipe Alberto, dirigió personalmente los trabajos. Después de treinta y dos días el diamante quedó reducido a los 108 quilates actuales. Había perdido en este tallado hasta un cuarenta y tres por ciento de su peso. Fue montado al fin en un broche que la reina Victoria llevaba frecuentemente. En 1853 se montó junto a otros 2.000 diamantes pequeños en una tiara para la reina Victoria, quien ordenó que se construyera otra cinco años más tarde. En 1902 la reina Alejandra lo llevó en su corona; en 1911 se colocó en la corona que llevó la reina María durante su coronación; y por último, fue reubicado en la corona que llevaba la reina Isabel, madre de la actual reina.



La reina Alejandra de Inglaterra portando el Koh-i-Noor en su corona el día de su coronación el 9 de agosto de 1902.

Como vemos, el diamante siempre adorna las coronas de las consortes femeninas de los futuros monarcas del Reino Unido, y no de los reyes masculinos. Y es que es evidente que la familia real británica se toma muy en serio la maldición y la leyenda según la cual la joya, para evitar que esparza su maleficio sobre el reino y sus gobernantes, debe ser regalada por los reyes varones a sus esposas, ya que sólo las mujeres y Dios pueden llevarla sin peligro ni temor a su maléfico poder. En 1947, la India reclamó la propiedad del diamante con la intención de llevarlo al templo de Jagannāth; poco después también lo reclamó Pakistán, e incluso un importante periódico iraní lo reclamó para Irán.

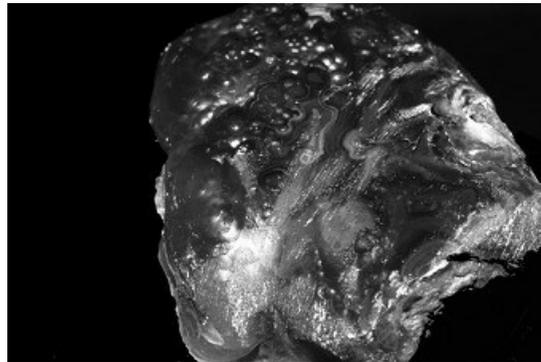
Mientras tanto, la Montaña de Luz sigue siendo propiedad de la corona británica y se exhibe en la Torre de Londres, donde está expuesto a la curiosidad de una multitud de visitantes, fascinados tanto por su belleza como por su enigmática y cruenta leyenda. Si bien en el caso del diamante Hope muchas de las desgracias que se le atribuyen son exageradas o no están suficientemente documentadas, la historia del Koh-i-Noor es fácilmente rastreable, y desde luego resulta turbadora, cuando no escalofriante. Tampoco falta quien, examinando la historia del Reino Unido desde la llegada de la piedra, halle signos de decadencia que asocian, como no podría ser de otra manera, a la llegada de la piedra a suelo inglés. Por un lado, Inglaterra perdió su imperio y ha visto reducido su territorio de forma drástica, se vio envuelta en la guerra de las Malvinas y sufrió la pérdida de Hong Kong, restituida a China en 1997... Por otro lado, la familia real británica no pasa por sus mejores momentos tras la muerte de Diana de Gales, las desavenencias familiares o el polémico matrimonio del príncipe heredero con Camila... Para muchos, el Reino Unido y la familia real dan muestras de haber entrado en una decadencia similar a la de tantos reinos sobre los que el diamante ha esparcido su fatídica luz. El tiempo dirá...

El ópalo maldito de la familia real española

El ópalo es una de las piedras preciosas más antiguas que se conocen y muy estimada por parte de joyeros y gemólogos. Existen ópalos de diferentes colores, pero quizá los más llamativos sean aquellos que brillan con todas las tonalidades del arcoíris, con irisaciones cambiantes que suponen una auténtica sinfonía de colores para la vista. Su nombre al parecer deriva del latín *opalus*, que a su vez procede del griego *opallios*, «cambio de color», y éste derivaría a su vez del sánscrito *úpalah*, «piedra preciosa». Muchas y extrañas propiedades se han atribuido a esta joya, desde el don de la invisibilidad y de la clarividencia hasta propiedades curativas para mejorar la visión y paliar las enfermedades de la vista, como las cataratas. Tanto es así que algunos lapidarios del siglo XIV la llaman *Opthalmius*, la «Piedra del Ojo». Aunque no falta quien la asocia a los ojos de los animales que acompañan a las brujas, serpientes, gatos, sapos... y al mal de ojo. Se la utilizaba para protegerse de la peste, de la lepra y de otras epidemias. Asimismo, se dice que cambia de color según el estado de ánimo de su portador, anunciándole con sus variaciones de luz y tono si su vida atraviesa por un buen o un mal momento.

Se dice también que rige sobre el signo de Libra y que favorece únicamente a los nacidos bajo este signo, pero que trae mala suerte al resto. Una característica propia del ópalo es su baja dureza y su fragilidad. Un golpe, un cambio brusco de temperatura o simplemente la evaporación del agua que contiene en su interior pueden fracturarlo y dejarlo sin su característico «fuego de

colores», como si hubiera perdido su «vida». Es lo que se conoce entre los joyeros como «locura del ópalo». Esto ha dado lugar a la creencia de que su pérdida, cambio de color o fractura no presagia nada bueno. Se dice que su mala fama empezó a extenderse tras la peste que asoló Venecia en 1348, puesto que la piedra refulgía cuando se la ponía en contacto con los enfermos y se apagaba en el momento en el que éstos espiraban. Con el tiempo, la fama de portadores de mala suerte de los ópalos ha ido creciendo y ya casi nadie recuerda la virtudes benéficas que antaño se le atribuían.



La llamada «locura del ópalo», que hace que éste pierda su intenso brillo, es posiblemente la raíz de la mala fama que tiene esta joya.

Pues bien, uno de los ópalos más valiosos habría sido propiedad de la monarquía española, hasta que tras un cúmulo de inexplicables desgracias habría sido donado por fin a la Virgen de la Almudena, o a la de Atocha, para que en manos de la madre de Dios la piedra maldita no pudiera seguir matando. Vamos a indagar en esta curiosa y misteriosa historia. Se cuenta que el rey Alfonso XII, que reinó en España entre 1874 y 1885, tuvo en su juventud, y antes de casarse, un devaneo con Virginia Oldoni, condesa de Castiglione, famosa por su belleza y a quien apodaban La Perla d'Italia.

Esta ex amante de Napoleón III de Francia habría conocido al futuro rey de España cuando él apenas tenía diecisiete años. Ella era veinte años mayor que él, y seguía siendo hermosa y, no cabe duda, mucho más experimentada que el joven heredero al trono español. La leyenda quiere, en fin, que ambos tuvieran un *affaire*, y que incluso la condesa llegara a soñar en algún momento con reinar en España. Pero su romance estaba destinado a acabar bruscamente. Cuando el joven Alfonso decidió casarse con su prima María de las Mercedes de Orleans, la condesa se llevó una gran decepción. La boda entre Alfonso y María de las Mercedes tuvo lugar el 23 de enero de 1878, cuando la joven contaba tan sólo diecisiete años.

La condesa, llevada por la sed de venganza y con taimadas y nefastas intenciones, les habría ofrecido un funesto regalo de bodas. Se trataba de un anillo de oro en el que estaba engarzado un ópalo sobre el que pesaba una maldición mortal de la amante despechada. El ópalo maldito llegó al Palacio de Oriente desde París pocos días antes de la boda. Al ver el regalo de bodas, la reina María de las Mercedes se habría encaprichado de él y se habría puesto en el dedo el fatídico anillo. Como es bien sabido, murió apenas cinco meses después, el 26 de junio, aquejada de tífus. Así pues, según la leyenda, ella habría sido la primera víctima de la maldición del ópalo.

Alfonso XII, abatido por el dolor, habría donado entonces el anillo a su abuela María Cristina de Borbón-Dos Sicilias; aunque es bien sabido que nieto y abuela no tenían mucho trato ya que no tenía una buena relación. Alfonso XII reprochó siempre a María Cristina sus segundas nupcias con alguien que no era de su condición social. No obstante, María Cristina murió en agosto de ese mismo año, convirtiéndose supuestamente en la segunda víctima. La joya habría pasado entonces a pertenecer a la hermana menor del rey, que según parece se encaprichó con ella. María del Pilar, que así se llamaba, murió de forma fulminante el 5 de agosto de 1879, apenas un año después que su abuela María Cristina. La muerte, causada según dijeron por una meningitis tuberculosa, la sorprendió mientras veraneaba en el balneario de Escoraza, en Guipúzcoa.

Y las desgracias no acaban ahí. Tras la muerte de la joven reina María de las Mercedes, Alfonso XII necesitaba una consorte con la que asegurar la sucesión de la corona y dedicó sus atenciones a María Cristina, la hermana de su mujer fallecida. Y quiere de nuevo la leyenda que María Cristina, encaprichada del funesto anillo, lo recibiera como regalo. La desdichada murió de tuberculosis el 28 de septiembre de 1879 en su Sevilla natal cuando sólo contaba con veintiséis años, convirtiéndose así, siempre según la leyenda, en la tercera víctima del ópalo asesino.

Alfonso XII se casó de nuevo en 1879, esta vez con María Cristina de Habsburgo-Lorena. Tanta muerte no había pasado inadvertida al rey, que decidió que nadie de la familia debía llevarlo. Para asegurarse de ello, decidió ponérselo él. El rey murió de tuberculosis el 25 de noviembre de 1885, cuando sólo contaba con veintisiete años. Cinco víctimas se habría cobrado la nefasta gema. La reina, al enviudar, temerosa de la maldición de la piedra, mandó engazarla en una cadena de oro y, tras hacer que la bendijeran, la donó a la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, según algunos, o a la Virgen de Atocha, que era patrona de Madrid antes que la de la Almudena, y a la que en 1643 Felipe IV proclamó como «protectora de la familia real y de la monarquía española».

La gema fue prendida al cuello de la imagen de la virgen para anular la maldición de la infausta joya. Se dice, sin embargo, que la legendaria joya habría desaparecido en torno a 1885 y que nada más se ha sabido de ella. Uno se pregunta si el ópalo maldito no habría sido tratado con algún tipo de veneno que actuara lentamente sobre el que lo llevó. Puede que en realidad todo sea leyenda, porque aún no hemos constatado históricamente su existencia, o puede que haya algo de verdad en esta historia y el ópalo maldito de la corona española siga matando impunemente...

El zafiro púrpura de Delhi

La historia de esta gema era prácticamente desconocida, salvo para unos pocos, hasta la publicación de un artículo firmado por Steve Farrar en el diario inglés *The Sunday Times* el 25 de noviembre de 2007. Para empezar, como se comentaba en aquel artículo, ni siquiera se trataba de un zafiro. Durante mucho tiempo se lo tuvo como tal, pero en realidad es una amatista. No es una joya especialmente llamativa si la comparamos con las que hemos visto hasta ahora salvo por ciertas figuras y signos que acompañan a un medallón que pende de ella, y que suelen describirse como alquímicos y astrológicos. Por nuestra parte, hemos reconocido en él la palabra *Tetragrammaton*, nombre griego usado en magia ceremonial que significa literalmente «hecho de

cuatro letras» y que alude a las cuatro letras del nombre de Dios en hebreo, יהוה, correspondiente, de derecha a izquierda, a las letras IHVH. Es el nombre sagrado de la divinidad, pronunciado Jehová o Yahvé, pero cuya pronunciación exacta se desconoce.

Además, la piedra se acompaña de otras dos piezas más pequeñas talladas en forma de escarabeo, el talismánico escarabajo egipcio que representa la inmortalidad. El conjunto no ha sido especialmente famoso hasta que en 1973 Peter Tandy, conservador del Museo de Historia Natural de Londres, mientras estaba ocupado en un inventario en el que recogía los muchos minerales sin clasificar del museo, se encontró con esta gema. Pero lo realmente inquietante era una nota que acompañaba a la joya firmada por su último propietario, el escritor y científico Edward Heron-Allen, amigo personal de Oscar Wilde. En dicha nota, el reputado científico advertía de que la joya estaba «triplemente maldita y teñida con la sangre y el deshonor de todos los que la han poseído», y describía la historia truculenta de la misma.

La joya, según se desprendía de la nota, fue robada en 1857 de un templo hindú en Delhi dedicado a Indra, dios del rayo y de la guerra durante la sangrienta sublevación que tuvo lugar en la India aquel año. El coronel de caballería W. Ferris la llevó consigo a Gran Bretaña y, citando literalmente lo que se decía en el texto: «Desde el día que fue suya, se convirtió en un desgraciado y perdió salud y dinero». El hijo del coronel heredó el «zafiro» y sufrió la misma suerte. Para muchos, la ruina económica del coronel y la de su hijo se debían a una serie de malas inversiones. La cosa se tornó preocupante cuando la fatídica gema acabó en manos de un amigo de la familia que se suicidó poco después. Posteriormente, en 1890, acabó en manos de Edward Heron-Allen, el autor de la nota, quien afirmaba en la misma que desde entonces todo tipo de desgracias se cebaron en él. Como un amigo suyo se mostraba escéptico del poder de la gema, se la regaló después de que insistiera en que se la entregara. Pero se la devolvió poco después «abrumado por todo desastre imaginable». Entonces se la regaló a una amiga cantante, y según dice en sus notas, ésta «perdió la voz y jamás volvió a cantar».

Una vez convencido de que la joya despedía una maléfica influencia, la arrojó al Regent's Canal convencido de que de esa manera no volvería a verla. Pero tres meses más tarde un tratante llamó a su puerta; se trataba de un comerciante conocido suyo que sabía que la joya era de su propiedad y se la había comprado a un dragador que la halló en el fondo del canal. Se obsesionó con la joya de tal forma que empezó a pensar que su poder estaba afectando a su hija recién nacida. Fue entonces cuando la engastó con los signos protectores que se ven ahora a fin de contener su maléfica influencia. Para más seguridad, la colocó en el interior de siete cajas selladas que depositó en su banco con orden expresa de que la guardaran mientras él viviera. La nota concluía con una tajante exhortación: «Quienquiera que abra las cajas debe leer primero esta advertencia, y después que haga con la gema lo que le plazca. Mi consejo para él o para ella es que la arroje al mar».



El zafiro púrpura de Delhi fue propiedad del escritor y científico Edward Heron-Allen, quien afirmaba haber experimentado todo tipos de rachas de mala suerte desde que llegó hasta él, razón por la que lo rodeó de inscripciones talismánicas.

En 1921, Edward Heron-Allen publicó una historia de terror titulada *El zafiro púrpura*, inspirada en sus propias vivencias como propietario de la gema. Cuando murió en 1943, su hija Mair Jones heredó la joya y, conocedora de su funesta influencia, la donó al Museo de Historia Natural de Londres. Ni ella ni su hijo, Ivor Jones, se atrevieron jamás a tocar la piedra. El propio Ivor recalcó en más de una ocasión que su madre le prohibió tocarla bajo ningún concepto.

Mientras permaneció en el museo de forma anónima no ocurrió nada relevante. Pero en el año 2000, el responsable del departamento de micropaleontología del museo, John Whittaker, acudió junto con su esposa a la reunión de la Heron-Allen Society. Aquella era la primera de las muchas convenciones que la sociedad tenía planeadas realizar cada año. Whittaker pensó que aquella era una ocasión ideal para enseñarles la rara joya a los componentes de la sociedad. De manera que exhibió la gema durante la reunión atrayendo la curiosidad de los asistentes. Nada ocurrió durante la misma. Pero al volver a casa, él y su esposa fueron sorprendidos por una tormenta de tal magnitud que les obligó a dejar el coche y huir para refugiarse en alguna parte. Su mujer le reprochó el haber llevado la maléfica joya a la convención.

Al año siguiente, la víspera de la segunda reunión de la sociedad, una grave infección intestinal le impidió acudir. Y la víspera de la tercera de las reuniones no pudo acudir debido a un cólico renal. Quizá fueran extrañas coincidencias, pero por si acaso la siguiente reunión se celebró en el museo y ya no tuvo que llevar la piedra encima. En 2007 la gema fue exhibida en público y, ante las cámaras del famoso canal de televisión History Channel, un colaborador habló sobre el simbolismo oculto del anillo que pende de la piedra. Aunque le insistieron, el colaborador se negó a tocarla. Nunca se sabe...

El anillo del destino

Vamos a terminar este capítulo con la historia de una gema que forma parte de la amplia mitología que rodea a las estrellas de Hollywood. Se trata del llamado anillo del destino, que fue propiedad, según se dice, del famoso actor Rodolfo Valentino, el galán del cine mudo que murió de forma prematura a los treinta y un años.

En 1920, Valentino compró en una joyería de San Francisco un anillo de plata en el que estaba engarzado un «ojo de tigre», una hermosa gema de colores pardos y amarillentos. Al parecer, le comentaron que la piedra había traído mala suerte al propietario anterior, pero

Valentino no era supersticioso y se encaprichó de la joya. Llevaba el anillo puesto mientras realizaba el rodaje del que fue su primer fracaso en la gran pantalla, la película *El rajah de Dharmagar* (1922). Sospechando que el anillo tuviera algo que ver, lo alejó de él hasta que volvió a Nueva York después de su película *El hijo del caído* (1926). Entonces volvió a lucirlo; pero no tardó ni dos semanas en morir de una peritonitis, el 23 de agosto de 1926. Su novia, la actriz Pola Negri, se quedó el anillo y enfermó hasta el punto de que tuvo que abandonar su carrera.

La actriz donó el anillo al cantante Russ Columbo, que tenía un gran parecido con Valentino. «De un Valentino a otro», le dijo la actriz mientras le entregaba el anillo, impresionada por el parecido físico entre ambos. Columbo se puso el anillo y murió pocos días después, el 2 de septiembre de 1934, en un controvertido accidente en casa de un amigo suyo que tenía una colección de armas de fuego. El arma que manipulaba se disparó y la bala rebotó golpeándole en la sien e incrustándose en su cerebro. Intentaron extraer el proyectil, pero murió seis horas después.

Un primo de Columbo le entregó el anillo a su amigo, el artista Joe Casino. Éste conocía la fama de la gema y guardó el anillo en una urna de cristal. Recibió una solicitud de un museo que coleccionaba reliquias de Valentino para que lo donara, pero no accedió a ello. Finalmente, cayó en la tentación de ponérselo. De hecho, lo llevaba puesto cuando fue atropellado por un camionero que perdió el control de su vehículo. Entonces el anillo pasó a ser propiedad de su hermano, Del Casino, que no creía en maldiciones y lo llevó puesto sin que le acaeciera nada malo. También se lo prestó a un coleccionista de objetos de Valentino que tampoco experimentó nada extraño. Una noche un ladrón llamado James Willis irrumpió en la casa de Del Casino y robó el anillo. Murió abatido por los disparos de la policía cuando intentaba huir corriendo con el botín. La siguiente víctima fue Jack Dunn, un actor de veintinueve años que tuvo que ponerse el anillo y un vestido de Valentino durante una prueba de audición para una película sobre el actor a cargo del productor Edward Small. Dunn murió diez días después a consecuencia de una rara enfermedad de la sangre.

Casino decidió entonces guardar el anillo en la cámara de seguridad de un banco en Los Ángeles. El banco fue asaltado por unos ladrones que se llevaron hasta 200.000 dólares. Dos integrantes de la banda fueron capturados y tres viandantes resultaron heridos. Alfred Hahn, el jefe de la banda, fue condenado a cadena perpetua. Durante el juicio afirmó: «Si hubiera sabido lo que había en la cámara de seguridad de ese banco, aparte del dinero, habría escogido otro banco». Se refería al anillo de Valentino. Tras la muerte de Casino, el banco aún conservó el anillo durante otros cinco años en los que sufrió un robo de 50.000 dólares, un incendio y una huelga de cajeros que duró tres semanas. Desde finales de 1960 nada se sabe de la malhadada joya. Aunque hay quien afirma que está en posesión de un barbero de Brooklyn, en Nueva York, que lo habría ganado en un concurso celebrado por una emisora de radio local.

¿De dónde surgió esta historia? Brad Steiger, escritor estadounidense que ha publicado, además de biografías y obras sobre criminología, varios ensayos relacionados con lo paranormal, los ovnis, etcétera, se entrevistó con Chow Mank, presidente del club de fans de Valentino. Según Steiger, Mank le habló del anillo, se lo enseñó y le relató cómo había tenido una premonición sobre la muerte de Valentino cuando tuvo una visión de una sombra que se movía en su rostro. Fue Mank quien le contó que, tras la muerte del actor, el anillo había pasado a manos de la actriz Pola Negri, quien a su vez se lo habría entregado a Russ Columbo. Mank afirmaba haber advertido a

Columbo sobre el anillo, pero éste no le había hecho caso. Mank y Steiger escribieron en 1966 una biografía sobre Valentino que lleva por título *Valentino, an Intimate Expose of the Sheik* y que fue llevada a la gran pantalla en 1977.



La actriz Pola Negri habría sido la siguiente poseedora del anillo del destino tras la muerte de Rodolfo Valentino.

¿Qué credibilidad podemos darle a esta historia? Algunos personajes evidentemente existieron, como la actriz Pola Negri o el actor y cantante Russ Columbo, aunque no he encontrado indicios fiables de que hayan llevado un anillo como el descrito. De otros personajes como Alfred Hahn, que supuestamente robó con su banda 200.000 dólares en el banco que custodiaba el anillo, no he encontrado otras referencias que las de la propia leyenda, pero ninguna reseña del robo, que supuestamente tendría que haber sido noticia en los periódicos.

Un punto inconsistente en el relato es que el anillo supuestamente está desaparecido desde los años sesenta. Sin embargo, Steiger afirma que Mank le enseñó el anillo, y ambos publicaron la biografía de Valentino en 1966. Lo que sí he encontrado es la mención a un artículo publicado el 13 de noviembre de 1940 en el periódico *Los Angeles Times* con el siguiente titular: «Mystery of Valentino ring partly solved by publicist» (El misterio del anillo de Valentino parcialmente resuelto por un publicista), pero de momento no he conseguido dar con el texto del mismo.

Éstos son, en resumidas cuentas, sólo algunos ejemplos de joyas sobre las que se ha dicho que pende alguna maldición. El mundo de las joyas está plagado de anécdotas sobre gemas que traen desgracias y mala suerte a sus poseedores. En ocasiones estas historias son alimentadas por los propios tratantes y comerciantes para dotarlas un aura de misterio que les dé un valor añadido. Pero de nuevo invitamos al lector a que indague en sus propios círculos, entre sus amigos, entre sus familiares; porque en muchas familias hay joyas que pasan de mano en mano, herencias tanto más preciadas por su valor simbólico y sentimental que por el monetario. Y a menudo les acompaña alguna historia que merece ser escuchada y rescatada del olvido.

ASIENTOS PELIGROSOS

Muchos objetos a los que se atribuyen maldiciones históricas son muebles que han estado en contacto directo con personas que de algún modo u otro han protagonizado algún hecho luctuoso. Cuanto más personal ha sido ese mueble, cuanto más íntimo ha sido el contacto entre él y su dueño, más intenso es, en el imaginario colectivo, el lazo psíquico, invisible, que cada ser humano establece con sus pertenencias. Y a menudo sillas, sillones y asientos de todo tipo son parte del mobiliario que asociamos a una persona en concreto.

Así, por ejemplo, es habitual que a la hora de sentarse cada uno tenga un sitio, un sillón, una silla favorita. Es habitual oír en nuestras casas: «Ahí se sienta fulano». En las comidas cada cual tiene su puesto y su silla. A la hora de ver la televisión, escribir o descansar, cada uno tiene su sitio, su asiento particular. Y como vamos a ver en este capítulo, por esa misma razón existen sillas con fama de cargar con algo del alma de aquellos que descansaban en ellas. Por lo que si esa persona tuvo un final dramático, no es raro que su silla o su sillón se vean rodeados de un halo de misterio y temor que recuerda a las personas que se sentaban en ellas.

Muchas leyendas asociadas con sillas y sillones que arrastran alguna maldición parecen reflejar la idea de que después de la muerte de su propietario, de aquel que las consideraba su asiento favorito, éste sigue «poseyéndolas» de alguna forma. De hecho, ninguna película de terror psicológico prescindirá de esas mecedoras que se mueven solas como si la persona que las usaba en vida siguiera haciéndolo tras su muerte. Simplemente explotan esa idea, la de que cuando nuestra imaginación se dispara, una silla vacía no nos parezca tan vacía como aparenta. Quizá sea el asiento de algo invisible, de la sombra de algo que fue.

En definitiva, sentarse en uno de estos asientos tan vinculados a alguien es para nuestro inconsciente como retar al objeto y a su antiguo propietario. Es como tratar de invadir, de apoderarse del espacio vital de otro. Y en muchos casos se convierten en un objeto peligroso que parece estar ahí precisamente para medir nuestro valor, para retornos. Cuando un grupo de personas se encuentra frente a uno de estos asientos, no faltará quien rete a otro para que demuestre que se atreve a usarlo, y cualquier cosa mala que le ocurra al valiente que recoge el guante será atribuida irremediabilmente a esa acción. Entonces su acción ya no será vista como un acto de valentía, sino de temeridad.

No es una idea nueva, ni mucho menos, ni una simple superstición popular. No todo el mundo puede sentarse en ciertos asientos que no son suyos, que no le pertenecen, y las consecuencias de hacerlo son fatales y a menudo mortales. En la literatura artúrica hay un ejemplo que demuestra de manera rotunda cómo esta idea forma parte de nuestro acervo cultural y de nuestro inconsciente más profundo. Se trata del *Siege Perilous* o *Siège Périlleux*, palabras del francés medieval para designar al «Asiento Peligroso», una silla de la Mesa Redonda, a la derecha de la del rey Arturo, la única vacía en los banquetes de los caballeros. Se trata del asiento que Merlín proclamó como

reservado para aquel caballero que estaba predestinado, el único lo suficientemente puro como para encontrar el Santo Grial. Cada asiento tenía el nombre del caballero que le correspondía, menos éste, que no tenía ninguno. Aquel que desobedeciera y osara sentarse en él encontraría la muerte de un modo u otro.

El asiento peligroso era el reservado para el más perfecto de los caballeros, y el único que pudo sentarse en él sin pagar las consecuencias, su legítimo dueño, fue sir Galahad, hijo de Lanzarote, el único que merecía encontrar el más sagrado de los objetos sagrados. La pena y el castigo para aquellos que tienen la osadía de usarlo sin merecerlo son la desgracia fatal y la aniquilación. La muerte es el galardón que obtiene aquel que ose usurpar el asiento peligroso. Uno de los caballeros que osó sentarse en dicho asiento fue Brumante el Orgullosa. Pese a que el propio Lanzarote le advirtió de lo contrario, se sentó en él y quedó reducido a cenizas delante del resto de los caballeros.

Pero si hay leyendas sobre maldiciones en torno a sillas que han sido usadas con asiduidad por personajes con vidas dramáticas, con más razón las habrá en torno a las sillas en las que alguien ha muerto, especialmente de forma violenta. En el pensamiento mágico el dolor, el miedo y las emociones intensas se adhieren a los objetos del mismo modo que si los empapara un fluido. Las sillas utilizadas en ejecuciones son precisamente un elemento temido, alrededor del que se han entretejido muchas historias espeluznantes. Sillas eléctricas en las que el reo muere por una descarga mortal y que han servido como excusa para más de una película de terror; sillas como las de las cámaras de gas; sillas en las que se sienta al reo y se le inmoviliza mientras se dispara sobre él, se le aplica garrote vil... No pocas historias circulan en torno a ellas.

En las páginas siguientes conoceremos algunas de las sillas encantadas y malditas más conocidas y temidas, los propietarios de las cuales fueron personas que murieron, indefectiblemente, de forma trágica y violenta. Es hora de tomar asiento, eso sí, en algún sitio seguro, y de conocer sus historias. Quizá cuando acabemos nos dé por preguntarnos cuál es la historia del mueble sobre el que reposamos.

La silla de la muerte

Acompáñanos, amigo lector, hasta el condado inglés de Yorkshire del Norte, al noroeste de Inglaterra. Nos dirigimos a una ciudad pequeña pero con encanto. Se llama Thirsk. Está en una región histórica y no es mala idea darse un paseo por el pequeño museo de la ciudad. En medio de los objetos antiguos puede que te asombre ver una silla, una silla que pende del techo mediante unas cadenas. No es una silla cualquiera. En toda Inglaterra esa silla es conocida como la silla de Busby o, de un modo más genérico, la silla de la muerte. Si hablas con alguien del lugar, te contará que cuelga de ese modo para que nadie pueda sentarse en ella, porque todo aquel que se sienta en ella acaba muriendo poco después de forma violenta. Y seguramente te cuente que hasta hace no tanto la condenada silla estaba colgada en la pared de una taberna, de un típico pub inglés, cuyo nombre era The Busby Stoop Inn, una posada que estuvo abierta hasta el año 2012; un local curioso a cuya puerta había un patíbulo con una horca.

El dueño de la posada decidió donar la silla al museo en 1978, convencido de que aquel mueble estaba maldito y era el causante de demasiadas muertes. Y si sigues indagando, te dirán que dicho local era en realidad el lugar donde se hospedaba Thomas Busby. Lógicamente, te preguntarás: bien, pero ¿quién era el dichoso Thomas Busby? Y, sobre todo, ¿qué tiene de especial esa silla? ¿Por qué tiene fama de matar a todo el que se atreve a descansar en ella? Pues vamos a averiguarlo. Y para empezar vamos a hacer un repaso de lo que se dice y de lo que sabemos del tal Tom.

Thomas Busby era alguien con el que no nos hubiera gustado encontrarnos. No era lo que se dice buena compañía. Vivió a finales del siglo XVII subsistiendo del hurto y de la estafa. Pasaba más tiempo borracho en la taberna que en cualquier otro lugar. Pese a la mala fama que le precedía, consiguió enamorar a Elizabeth Awety, una hermosa muchacha de la vecina aldea de Kirby Wiske, a apenas unos cinco kilómetros de donde vivía Busby y de su inseparable cantina. Contrajeron matrimonio pese a la oposición del padre de la joven, Daniel Auty, que como es natural no quería ver a su hija casada con un borracho empedernido. La pareja se fue a vivir a casa de Busby. No está claro si vivía en casa propia o en una habitación en aquella posada en la que solía pasar bebiendo la mayor parte del tiempo.

Con todo, su suegro tampoco es que fuera una joya ni un dechado de virtudes. Daniel Auty se dedicaba a falsificar moneda. Todo lo necesario para practicar su negocio ilegal estaba en una casa que había comprado a las afueras de Kirby Wiske, y que él renombró como Danotty Hall (Dan Auty Hall). Allí había vivido junto con su hija antes de que ésta acabara desposada en manos de Busby, quien por cierto se acabaría convirtiéndose en su socio y cómplice. La casa aún sigue en pie, situada encima de una colina desde la cual los falsificadores podían ver venir a todo el mundo, cosa muy conveniente para poder huir en caso necesario, o para esconder todo lo que pudiera delatarles si llegaba alguna visita inesperada. Para tenerlo todo previsto, el viejo Awety había hecho construir una habitación secreta en el sótano.

Aunque fueran socios, Daniel Awety seguía sin soportar ver a su hija abocada a vivir con un truhán como Busby; y como era de esperar, su yerno no cambió de vida tras su matrimonio. Un día fue a casa de la pareja con la intención de llevarse a su hija de vuelta al hogar paterno. Entró, se sentó en la silla favorita de Busby, una buena silla de madera de roble con respaldo alto, y esperó a que llegara su yerno, que para variar estaba en la taberna. Cuando regresó estaba ebrio, como era su costumbre. El anciano y Busby se enzarzaron en una violenta discusión. Busby se enfureció, agarró a su suegro de la solapa y lo echó sin miramientos de allí. Awety se fue amenazando con volver para llevarse a su hija con él.

Pero el asunto no quedó ahí. Busby empezó a darle vueltas a la idea de que su suegro haría todo lo que estuviera en su mano para arrebatarse a su mujer y, furioso, animado y malaconsejado por el alcohol, decidió impedirlo del peor de los modos posibles. Fue a la casa de su suegro, irrumpió en ella, puso las manos alrededor del cuello de su suegro y apretó hasta que le arrebató la vida. En otra versión se asegura sin embargo que acabó con la vida de su suegro con un martillo de los que utilizaban para tratar las monedas falsificadas. Y a golpe de martillo le arrebató la vida. Tras acabar con su suegro se llevó el cadáver para ocultarlo en el bosque cercano. Cuando hacía mucho desde que alguien había visto a Auty, se organizó una búsqueda que terminó con el descubrimiento del cuerpo. Todas las sospechas recayeron entonces sobre su socio Busby y procedieron a detenerle.

Muerte y maldición

Busby fue apresado. Se le encontró culpable del asesinato de su suegro y fue condenado a morir ahorcado. Como última voluntad pidió que le llevaran a la posada para tomarse una última cena, o una última cerveza, antes de ser ejecutado. Se sentó en la silla que había ocupado tantas veces, su favorita, y cuando acabó se levantó y profirió una maldición: que la muerte repentina sobreviniera a todo el que se sentara en su silla. Tras ahorcarlo, su cuerpo fue sumergido en brea para preservarlo, se lo encadenó a un marco de hierro y fue colgado de un patíbulo frente a la taberna, en el cruce de caminos entre Thirsk y Ripon, donde debía permanecer como ejemplo a la vista de todos. Esta visión aterraba a los delincuentes más que la propia horca, porque se pensaba que el alma de los que eran tratados de este modo quedaba apresada en esa jaula de hierro que contenía el cuerpo del ajusticiado. Corría el año 1702, y a partir de ese momento la taberna lleva el nombre que ha tenido hasta hace poco, Busby Stoop Inn.

Dicen que su fantasma pasea por la taberna y fuera de ella, en el lugar en el que fue ejecutado, y que se deja ver aún con la soga colgada al cuello. Y según la leyenda, todos los que desde entonces se han sentado en la fatídica silla han muerto de forma brusca. De hecho, se le atribuyen más de sesenta víctimas. Así lo afirmaba Karen Rowley, dueña de la Busby Stoop Inn, la famosa taberna donde estuvo la silla hasta hace poco. La señora Rowley afirmaba haber visto el espectro de Busby penando por el local: «He estado aquí durante los últimos siete años y la gente todavía tiene miedo de la silla y de su maldición. Vi una figura en el rellano de arriba, que era un como una figura humana muy alta, sin brazos ni rostro definidos. Se movió hacia un lado y luego desapareció por una pared. Estaba absolutamente aterrorizada». La señora Rowley también reconocía que, pese al miedo que pasaba allí, la historia de la maldición y de la ejecución de Busby siempre ha resultado rentable para el local, que recibía la visita de los curiosos: «Gente de todo el mundo visita nuestro bar y todos preguntan por la silla y la maldición».

En cualquier caso, en Thirsk la mayoría de sus habitantes sienten un temor supersticioso hacia la silla. Corre el rumor de que aquellos que se sientan en ella, además de verse abocados a una muerte súbita, antes de encontrarse con la parca son presa de intensos y raros hormigueos y escozores, les asaltan ideas paranoicas, sus objetos se mueven como activados por algún tipo de poltergeist, oyen voces, y encuentran mensajes de advertencia en paredes y espejos. Todo tipo de historias circulan sobre su funesta maldición. Se dice, por ejemplo, que en 1894 un deshollinador de Thirsk estuvo bebiendo en la taberna con un conocido y que se sentó en la aciaga silla de Busby. Salieron tarde del local y el deshollinador se quedó dormido al lado de la carretera, imaginamos que por la gran cantidad de alcohol que habría ingerido. A la mañana siguiente lo encontraron ahorcado, colgando de una verja al lado de donde se había levantado el patíbulo en el que Busby fue ejecutado. Los que investigaron el caso lo archivaron catalogándolo como suicidio. Sin embargo, el misterio se resolvió poco después, en 1914, cuando en un asilo para pobres el hombre que había acompañado al deshollinador en el pub confesó en su lecho de muerte que había atado al deshollinador a la valla para robarle. El pobre hombre apenas llevaba nada. Murió por dos miserables peniques.

Pero la fama de la silla habría empezado a crecer ya en tiempos de la segunda guerra mundial. Cerca del pub se encuentra el aeródromo de Skipton-on-Swale, donde estuvieron destinados cuatro escuadrones de la Real Fuerza Aérea Canadiense durante la citada guerra. A

menudo eran enviados a misiones de bombardeo en Alemania. Los pilotos iban con frecuencia al pub para beber y pasar el tiempo cuando no estaban en el frente. Los lugareños empezaron a darse cuenta de que aquellos pilotos canadienses que se sentaban en la silla no volvían del frente.

Años después, en 1968, la taberna pasó a ser propiedad de Anthony Earnshaw. Hombre poco dado a las supersticiones y muy escéptico, Earnshaw no les dio ninguna credibilidad a las historias macabras que le habían contado sobre la famosa silla del pub que ahora regentaba. Sin embargo, con el tiempo fue recopilando anécdotas, incidentes que acabaron de la peor manera y que terminaron por inquietarle hasta el punto de querer asegurarse de que nadie se sentaría más en ella. Una noche de 1967, el año anterior a la adquisición del local, había presenciado cómo dos pilotos bromeaban y se retaban entre sí para ver quién tenía el valor de sentarse en la silla. Ambos lo hicieron y ese mismo día la furgoneta en la que viajaban se salió de la carretera y se empotró contra un árbol. Los dos murieron de camino al hospital. Ni que decir tiene que todo el mundo achacó el horrible accidente a la maldición del ahorcado.

Descanso mortal

Otra supuesta muerte que se achaca a la mortífera silla de Busby habría sido la de un conductor de camión que recogió a dos pilotos en la carretera. Se detuvieron para hacer un descanso en el pub y mientras los aviadores estaban en el baño el camionero se sentó en la silla sin saber nada de su fama siniestra. Como los soldados no salían del cuarto de baño, se levantó y se fue sin ellos. Más tarde parece ser que el camionero y los pilotos se encontraron y uno de ellos lo mató, suponemos que en el transcurso de una pelea en la que los militares le pedirían explicaciones de por qué se los había abandonado.

Tres años después, en 1970, un grupo de obreros entró en el pub para desayunar antes de ir al trabajo y retaron a un joven albañil a que se sentara en la silla de la muerte. El muchacho aceptó al tiempo que se burlaba de la maldición. Ese mismo día, por la tarde, sufrió un accidente en el trabajo que le costó la vida cuando el techo de hormigón sobre el que estaba trabajando se hundió y se precipitó al vacío. Se dice también que una empleada de la limpieza del pub tropezó y se sentó de forma accidental en la silla y que murió dos horas después aquejada de un tumor cerebral.

El dueño del pub decidió que ya era suficiente, y guardó la silla en el sótano para evitar más accidentes. Pero ni aun así cesó la cadena de muertes. En 1978, según cuenta Earnshaw, un repartidor que estaba bajando cerveza al almacén se tomó un descanso y acabó sentándose en la maléfica silla. Incluso comentó lo cómoda que era y le dijo al dueño que era una pena que una silla tan buena estuviera echándose a perder allí metida en el almacén. Según decía, debería estar arriba, donde todo el mundo pudiera disfrutar de ella. Ese mismo día el vehículo en el que viajaban los repartidores para realizar su trabajo se salió de la carretera y el hombre perdió la vida en el acto.

Harto de tanta muerte «accidental» Earnshaw, después de que un vicario local declarara que la silla era maligna, la donó al museo de la ciudad con la condición de que nadie la usara. Desde entonces nadie se ha sentado en la silla de la muerte. Y eso que algunos lo han intentado. Cooper Harding, gerente del museo al que han entrevistado en diferentes ocasiones a raíz de la

popularidad creciente del siniestro asiento, hizo en su día las siguientes declaraciones: «Tenemos el deber de respetar los deseos de nuestros benefactores. A lo largo de estos años me han pedido en numerosas ocasiones que se permitiera a los visitantes sentarse en la silla de Busby. En 2004, un equipo de filmación japonés se molestó tanto cuando se les negó permiso para sentarse en la silla que se quejaron al jefe de servicios jurídicos de la Cámara del Condado en Northallerton y luego preguntaron cuál era la pena en la que se incurría si desobedecían nuestras reglas. Se les contestó que la pena es “la muerte”. Podríamos haber recaudado mucho dinero para el museo si permitiéramos que los visitantes se puedan sentar en la silla, pero una promesa es una promesa».

Por supuesto que hay gente que cree en la maldición de la silla y otros que la consideran una leyenda sin fundamento, o una estrategia de marketing por parte de los dueños del pub primero, y del museo en la actualidad, para atraer a una clientela curiosa y ávida de sensaciones y de historias extraordinarias. El doctor Adam Bowett, un reconocido y respetado historiador de muebles que goza de una beca de investigación en el Museo de Victoria y Alberto, tras observar la silla llegó a la siguiente conclusión: «La silla de Busby Stoop es de un tipo que ahora se conoce como silla “Caistor”, debido a su asociación con el fabricante de sillas John Shadford. Éste trabajó en la ciudad de Caistor, al norte de Lincolnshire, entre 1843 y 1881. Es poco probable que su antigüedad vaya más allá de 1840 y podría haber sido construida en una fecha tan tardía como 1900». Si es así, la silla difícilmente podría haber existido en tiempos de Busby. De modo que la supuesta maldición no habría nacido con él.

Evidentemente, hay quien dirá que, bueno, la silla podría no haber sido la de Busby, pero, visto lo visto, está maldita igualmente. Cabría preguntarse, además, si los personajes de la leyenda existieron realmente. La respuesta en este caso es que sí, existieron y fueron historia. En una obra de 1858 titulada *Historia de York* se menciona el asesinato de Daniel Auty en 1702. Asimismo, en los registros de la parroquia se encuentra una entrada dedicada a un tal Christopher Shaws, quien muy probablemente fue cómplice de Tom Busby. Shaws fue colgado por el asesinato de un tal D. Notty; y se sabe que su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Thirsk el 4 de agosto de 1702. En 1859 el historiador William Grainge escribía: «Los huesos del pobre desgraciado que había cometido homicidio fueron colgados para que se pudrieran al sol y al aire hasta que cayeran poco a poco sobre la tierra y la tradición todavía hoy habla de cuentos acerca de vagabundos nocturnos que pasan aterrorizados por este temido lugar».

De modo que los personajes de la historia parecen haber existido; sin embargo, no hay referencias a la silla anteriores al siglo XX, y de hecho ya hemos visto que no se remontaría más allá del siglo XIX. Todo parece indicar que la silla de Busby no era de éste. Con todo, las historias sobre muertes desde la segunda guerra mundial siguen ahí.

Sea como sea, la silla de la muerte es uno de los objetos más visitados por aquellos que gustan de leyendas, de historias truculentas y de todo lo que tiene que ver con el mundo de lo paranormal. Muchos investigadores han pedido tener acceso a la silla, pero han fracasado. Las autoridades del museo se niegan. Incluso han recibido una sustanciosa oferta de un coleccionista estadounidense que les ofrecía por ella un millón de dólares, una suculenta cantidad, sin duda. Pero no han aceptado. Mientras, la silla sigue allí, colgada de una pared en el museo, donde de momento están firmemente empeñados en respetar la voluntad del dueño del pub de que nadie se siente jamás en ella. ¿Por cuánto tiempo seguirá siendo así? Quién sabe...



Artículo del periódico inglés Weekly World News publicado el 17 de enero de 1989 acerca de la silla de la muerte, de Thomas Busby.
© Weekly World News

El sillón del diablo

No sólo en Inglaterra hay sillas cuyo uso acarrea la muerte. No hay que irse muy lejos. En territorio español hay no ya una silla, sino un sillón, y si hacemos caso de la leyenda también sentarnos en él nos puede acarrear graves consecuencias, las peores, de hecho. Incluso tiene peor reputación que la silla de la muerte, ya que este sillón de factura artesanal está vinculado al mismísimo demonio. Es el sillón del diablo, un objeto mefistofélico. De hecho, forma parte de una historia con cierto parentesco temático y regustillo a la leyenda del doctor Fausto. Y es que, al igual que el doctor que vendió su alma al diablo, el dueño de este sillón, licenciado y aspirante a doctor en medicina, vendió su alma a Satanás a cambio de conocimientos prohibidos, de los arcanos de la ciencia médica, en su caso.

El sillón en cuestión está en Valladolid, más concretamente, en el Museo Arqueológico de esta hermosa ciudad castellana, situado en lo que antes fuera el palacio de Fabio Nelli. Este sillón de brazos desmontables es más antiguo que la silla de la muerte, bastante más. De hecho, se remonta a la segunda mitad del siglo XVI, según la historiadora y conservadora de museos Eloísa García de Wattenberg. Pero es hora de viajemos en el tiempo para conocer la historia de este mueble maldito.

Estamos en pleno Renacimiento, y nuevas ideas soplan desde Europa como un viento fresco. Como otras muchas cosas, también la medicina está cambiando, y los doctores ya no se conforman con estudiar su ciencia en viejos libros escritos por médicos que vivieron hace siglos. Quieren ver, quieren experimentar, quieren aprender de primera mano, conocer el cuerpo humano y poder estudiarlo en sus facultades rompiendo antiguos prejuicios medievales. Y para eso tienen que hacerse con cuerpos humanos, para poder diseccionarlos y familiarizarse con el funcionamiento de esa máquina maravillosa y compleja. En la Edad Media diseccionar cadáveres era un

sacrilegio prohibido por la bula de Bonifacio VIII. Era creencia generalizada que los cuerpos debían ser preservados para cuando tuviera lugar la resurrección de los muertos en el Juicio Final.

Pero los tiempos cambian y en el siglo XVI se está imponiendo una nueva visión de las cosas, y dentro de esa nueva visión, la revolución llega tanto a las artes como a las ciencias, y concretamente a la ciencia médica, en el caso que nos ocupa. En 1550, Alfonso Rodríguez de Guevara, médico granadino que había estudiado anatomía en la ciudad italiana de Bolonia, obtuvo permiso del emperador Carlos I para fundar en territorio español la primera cátedra de anatomía humana en la Universidad de Valladolid. Alfonso Rodríguez realizará allí, en Valladolid, las primeras disecciones de cuerpos humanos que se han llevado a cabo en la Península.

La cátedra atrae a estudiantes de toda España, futuros médicos que viajan entusiasmados hasta suelo vallisoletano para aprender anatomía y medicina de modo empírico. No sólo de España, porque estudiar anatomía sólo podía hacerse en tres lugares en toda Europa: Valladolid, gracias a la creación de la reciente cátedra; Montpellier, en Francia; o Bolonia, en Italia. No es de extrañar, entonces, que vengan también estudiantes de la vecina Portugal con la ilusión de doctorarse. Y entre estos estudiantes llega un joven entusiasta de veintidós años de edad. Su nombre es Andrés de Proaza y tiene un interés desmedido por estudiar anatomía, un deseo rayano en la obsesión.

Se afincó nuestro Fausto peninsular en una vivienda de la calle Esgueva de Valladolid, frente al hospital del mismo nombre, y por donde pasaba hasta el siglo XIX uno de los dos ramales del río Esgueva que atraviesan la ciudad. Parece que no era bien visto por sus colegas y vecinos, probablemente porque era judío y ya se sabe los hondos prejuicios religiosos que había entonces contra los hebreos, a los que se acusaba con prontitud de todo tipo de crímenes y de prácticas oscuras y demoníacas. De hecho, decían de él que se dedicaba a la práctica de la nigromancia. Pero, en cualquier caso, se dice que era uno de los alumnos más aventajados del doctor Alfonso Rodríguez y más de uno creía que incluso llegaría a superar a su maestro con el tiempo, pues ya destacaba siendo tan joven.

El médico que diseccionaba niños vivos

Poco tiempo después, en aquel mismo año de 1550, desapareció un niño de apenas nueve años en la ciudad y se abrió una investigación para encontrar al chico y averiguar qué le había pasado. Pasaba el tiempo y no aparecía, pero la denuncia de unos vecinos de la calle Esgueva puso en alerta a las autoridades de la ciudad. Decían las buenas gentes de aquella calle que habían escuchado todo tipo de sonidos y ruidos extraños, incluidos llantos y gemidos que procedían del sótano del estudiante portugués. Lo peor era que por el desagüe que iba a parar a las aguas del Esgueva veían bajar hilos de sangre y las aguas corrían teñidas de un rojo más que sospechoso. Además, el niño había sido visto por última vez cerca de su domicilio.

Las peores previsiones se cumplieron cuando la milicia se presentó en el domicilio de Andrés de Proaza. Bajaron al sótano y, cuando abrieron la puerta del mismo, se encontraron con un espectáculo espantoso. Allí, sobre una mesa de madera, estaba el cuerpo despedazado del pobre niño acompañado de cadáveres igualmente cuarteados de animales pequeños, perros y

gatos. El licenciado, obsesionado con la anatomía, les había practicado la autopsia mientras estaban vivos; es decir, los había viviseccionado. Quizá buscara el secreto de la vida y por eso no esperaba a matarlos para practicar en ellos sus incisiones. Quizá diseccionar cadáveres, y por lo tanto cuerpos muertos, le parecía insuficiente, porque precisamente ese misterio vital los había abandonado ya. Quizá pensara que ese secreto podría encontrarlo en alguna parte del cuerpo mientras éste se mantiene aún vivo.

Apresaron, por tanto al estudiante, y sometido a interrogatorio confesó que no era la primera vez que realizaba ese tipo de autopsias, y también que Satanás mismo se comunicaba con él gracias a una silla que guardaba en su cuarto delante de su escritorio. Cuando se sentaba allí, el demonio le hablaba, le infundía conocimientos de medicina y hacía brotar en él todo tipo de ideas y sapiencia prohibidas que se apresuraba a escribir mientras recibía la diabólica inspiración. A tenor de estas declaraciones, las autoridades ordenaron el registro de la casa y, efectivamente, frente al escritorio del estudiante encontraron una silla de madera de cedro con respaldo y reposabrazos de cuero marrón fijado con grandes clavos a la madera. Era el sillón del diablo, donde según la confesión de Proaza recibía los conocimientos que le inspiraba el demonio cuando se sentaba en él.

Se dice que durante el interrogatorio confesó que aquella silla era un regalo de un brujo navarro. El hechicero se la había regalado en agradecimiento por haberlo ocultado en su casa. No era un asiento cualquiera, era un sillón maldito fabricado por el propio Satanás. Según decía, todo aquel que se sentase tres veces en el sillón sin ser médico moriría sin remedio, igual que cualquiera que se atreviera a destruirlo. Otros dicen que el número tres no corresponde a las veces que has de sentarte para morir, sino a los días que te quedan después de haberlo hecho una única vez. Puesto que además del asesinato del niño se le acusaba de pacto con el diablo, Proaza pasó a manos de la Inquisición. Se le encontró culpable de asesinato, de nigromancia y de trato con el diablo y fue condenado a morir en la hoguera o en la horca. Y así acabó aquel joven estudiante tan ávido de conocimientos que no tenía escrúpulos en matar a un inocente niño haciéndole sufrir lo indecible mientras le abría para estudiar su anatomía y sus órganos.

Todas las pertenencias de Prouza, incluido el sillón, fueron puestas a subasta pública. Pero ¿quién iba a querer los objetos de un nigromante? La silla, según decían, mataría a todo aquel que se sentara en ella; o bien le proporcionaría ciencia infusa y conocimientos procedentes del mismo infierno. O una cosa o la otra. Ninguna de las dos alternativas resulta muy atrayente para la mayoría. Una vez que te sientas en ella si el diablo no acepta darte el conocimiento prohibido, te quedan dos o tres días como mucho de vida. ¿Quién se arriesgaría?

Así que pese a que se hicieron tres intentonas de subasta nadie quiso aquel artilugio del demonio y al final se quedó en la universidad. Quedó colgado del techo de la capilla con las patas hacia arriba para impedir que alguien se sentara en él hasta que el edificio histórico de la universidad fue derribado en 1909. La silla fue trasladada entonces al museo de la ciudad, donde aún permanece, con un hilo rojo atado entre sus reposabrazos para impedir que alguien se siente en ella. Una única vez ha salido de allí en todo este tiempo. Fue en el año 2006, para ser exhibida, dentro de una urna de cristal, entre las piezas de la exposición conmemorativa que tuvo lugar en el museo de la universidad con motivo del sexto centenario de la creación de la Facultad de Medicina en la universidad vallisoletana.

Anastasio Rojo, historiador de la Universidad de Valladolid, a instancias de la directora de los archivos Histórico Provincial y Universitario, intentó recabar datos y referencias acerca del estudiante sacrílego, aquel joven portugués que diseccionaba animales y niños vivos, pero no encontró nada. Sin embargo, Rojo apunta la posibilidad de que la silla sea en realidad la del genovés fray Nicolás Ricardi, a quien apodaban «el monstruo». Este dominico del convento de San Pablo fue catedrático de teología de Prima de Santo Tomás en la universidad de la ciudad. Y armó no poco revuelo porque negaba el dogma de la Purísima Concepción. La universidad acabó encontrándole culpable y le condenó al destierro y a la pérdida de su cátedra. Con todo, y tras ser preguntado por la maldición, Anastasio Rojo contaba de forma anecdótica que le habían hablado de gente que por hacer la inevitable gracia se había sentado en el sillón y que no había muerto, pero que desde entonces no le habían ido muy bien las cosas. Además, según el historiador, fuera de quien fuese el sillón, el hecho de que se colgara bocabajo en una capilla como se hacía con los sambenitos de los penitentes confirma que está relacionado con algún asunto turbio.

El sillón del descanso... eterno

A estas alturas surge una pregunta: ¿ha habido realmente alguna víctima del sillón aparte de su propio dueño? Pues si hacemos caso de lo que se dice, eso parece; o eso cuentan... Antes de estar colgado en el techo de la capilla el sillón habría reposado en el trastero de la universidad, donde un bedel lo encontró entre otros muchos trastos acumulados allí. Un sillón de madera con aspecto de ser confortable..., la tentación era demasiado fuerte y el bedel rescató la silla para utilizarla durante las largas clases. Tres días después lo encontraron muerto. Al principio pensaron que se había quedado dormido sentado en su nueva silla, hasta que advirtieron que el sueño que le había visitado era el último y definitivo.

La cosa quedó ahí hasta que el bedel que lo sustituyó también usó el sillón y lo encontraron como a su predecesor tres días después. También se dice que entre las víctimas del sillón se encuentran dos mujeres que estudiaban medicina en la universidad. Ambas se sentaron en el sillón demoníaco. Una de ellas murió en un accidente de tráfico, mientras que a la otra la persiguió la desgracia durante toda su vida. Fue entonces cuando alguien recordó todo aquel asunto del sillón y de su origen diabólico y así fue como habrían decidido colgarlo del techo de la sacristía, lugar sagrado y por lo tanto quizá capaz de contener su influjo demoníaco. Lo colgaron patas arriba, sujeto con dos argollas de hierro a una altura suficiente como para evitar que alguien tuviera la tentación de volver a utilizarlo.

Como hemos visto, el sillón del diablo aún puede verse en el Museo Arqueológico de Valladolid, junto a mobiliario de la época. La capilla donde estuvo colgado bocabajo el sillón es hoy el edificio del rector Fernando Tejerina. La calle de Esgueva, por otra parte, sigue figurando en el callejero de Valladolid. Es allí donde supuestamente se encontraba la casa del licenciado Andrés de Proaza, en el número 16, donde está emplazada en la actualidad una cervecería y coctelería con el llamativo nombre de El Niño Perdido, en una clara alusión al niño que habría sido víctima del infame estudiante de medicina. Cualquier motivo es bueno para visitar la bella

ciudad de Pucela, como sus habitantes llaman de forma cariñosa a Valladolid; pero tenga el visitante cuidado con donde se sienta, que algunas sillas, y ya hemos visto dos, las «carga» el diablo...



El sillón del diablo, en el palacio de Fabio Nelli (Valladolid). Se dice que sentado en él el diablo inspiraba al licenciado Andrés de Proaza, detenido por viviseccionar a un niño de la ciudad.

© Javier Arries

Los bancos de Satán

El tema de la silla vinculada al diablo es en realidad un tópico. Los amantes del cine de terror recordarán una película titulada precisamente *La sentencia del diablo* (*The Devil's Chair*), un film británico del año 2007 en el que el protagonista encuentra junto a su novia una silla de forma extraña en un asilo abandonado. La chica muere sentada en la silla atacada por alguna entidad sobrenatural, un demonio vinculado al asiento que es en realidad una especie de portal a un mundo de pesadilla. La silla del diablo es una puerta al infierno, y como siempre el cine, lo mismo que la literatura, sólo recoge nuestros miedos más arcaicos.

La de Valladolid no es ni mucho menos la única silla que se vincula con Satanás. En el siglo XIX era corriente incluir en los cementerios estadounidenses sillas talladas en piedra, algunas de ellas muy adornadas y labradas, a modo de esculturas que encajaban en la decoración del camposanto. Algunas de estas sillas, las llamadas sillas de luto, eran colocadas allí para los visitantes, para que pudieran sentarse mientras visitaban las tumbas de familiares y amigos. Otras eran meramente monumentos conmemorativos sin una finalidad concreta. Con el tiempo estas sillas pétreas fueron sustituidas por bancos más funcionales y poco a poco las originales perdieron su significado original y se convirtieron en un ornamento extraño. Pronto estas sillas de piedra comenzaron a entrar en el imaginario colectivo como sillas del diablo o sillas embrujadas.

Así es como en torno a cada uno de estos asientos decimonónicos en los diferentes cementerios estadounidenses comenzaron a surgir todo tipo de leyendas que los convertían en asientos peligrosos. En la mayoría de estas historias, aquel que se sienta en los sillones embrujados o bien recibe algún premio por su coraje, seguramente algún «don» demoníaco, o bien

es castigado por su imprudencia, a menudo con la muerte. Y cómo no, es típico que unos reten a otros a sentarse en ellas. Entre los jóvenes este tipo de retos suele llevarse a cabo en la medianoche de fechas señaladas como Halloween o Año Nuevo. En todas partes las mismas pulsiones, los mismos arquetipos.

Un ejemplo de este tipo de asientos es la silla del diablo de Cassadaga, en Florida; una ciudad, por cierto, donde abundan los médiums y los espiritistas, hasta el punto de que algunos la conocen como «la capital psíquica del mundo». La silla maldita de este cementerio es en realidad un banco de ladrillo erigido al lado de una tumba en el cementerio situado en el límite entre la ciudad y el lago Helen. Cuenta una leyenda local que si se deja una lata de cerveza en la silla, ésta aparecerá vacía por la mañana; o aparecerá vacía pero sin que haya sido abierta, como si la materia no fuera un obstáculo para el improvisado bebedor que se encarga de dar cuenta de tales ofrendas. ¿Quién es ese misterioso amante de la cerveza? Suponemos que el mismo que dicen se le aparece a uno si tiene el valor de sentarse en la silla a medianoche el diablo. Louis Gates, un historiador local, dice que el origen de la silla se debe a cierto habitante de la ciudad cuya esposa murió de forma repentina. El hombre iba a ver su tumba cada día, pero sufría de artritis y el paseo era un suplicio para sus pobres huesos, de modo que mandó construir aquella silla grande de ladrillo en la que poder descansar cuando visitaba la tumba de su querida esposa.

A partir de ese momento comenzaron las historias en torno a la silla. Hay quien refiere que al sentarse a medianoche en ella empezó a oír voces en su cabeza, y que las voces desaparecían una vez que se levantaba del asiento. Otros aseguran haber visto figuras sombrías y extrañas que se movían en las proximidades, aunque como veremos esto no es de extrañar dada la gran cantidad de curiosos que saltaban al cementerio de noche atraídos por la fama del asiento del diablo. Incluso hay quien dice que se ha sentado en la silla para comprobar que luego, durante un tiempo breve que a él se le antojaba una eternidad, era retenido allí por una fuerza invisible, convirtiendo la experiencia en una pesadilla aterradora.

La silla se hizo tan popular a partir de los años ochenta que el cementerio se llenaba por la noche de personas que entraban con latas de cerveza para tratar de mantener una conversación con su satánica majestad entre trago y trago; especialmente en las fechas próximas a Halloween. En un principio la ciudad tomó medidas para evitar a aquella caterva de visitantes empeñados en tomarse una cerveza con Satanás y en beberse ellos solos más de la cuenta. Además, muchos de estos curiosos realizaban actos satánicos o ritos de brujería que empezaron a asustar a los locales. Al final la ciudad decidió hacer tours durante el día para visitar el cementerio y ver la dichosa silla en un intento por evitar que los curiosos lo invadieran al caer la tarde. En fin, con un cementerio tan concurrido por la noche no es de extrañar que las cervezas dejadas en la silla aparezcan vacías por la mañana ni que se vieran sombras extrañas merodeando en torno al sillón infernal.

Otras sillas del diablo, hechas de piedra imitando un tronco de árbol que hubiera sido tallado en forma de asiento, se encuentran en el cementerio de Greenwood, en Decatur, Illinois. Dicen de esta necrópolis que es uno de los diez cementerios más hechizados de Estados Unidos. A partir del año 1920 empezaron a circular todo tipo de historias siniestras sobre fantasmas, luces extrañas y actividad paranormal entre las lápidas de este camposanto. Según una de las tradiciones más antiguas de la localidad, si uno se sienta en una de estas sillas del cementerio en ciertos momentos del año se puede hacer un pacto con el demonio, quien nos concederá todo lo

que deseemos durante siete años. Al cabo de ese tiempo Satanás vendrá a cobrar el alma del temerario que haya pactado con él: el pago por sus servicios. Sin embargo, en los últimos tiempos está cobrando fuerza una versión según la cual aquel que se siente allí no encontrará a Satán, sino a la muerte, que lo visitará en menos de un año.

Otra silla del diablo muy popular la encontramos en Iowa, en el Cementerio de la Unión, en la ciudad de Guthrie Center. Se trata de un asiento hecho de cemento y sin inscripción alguna. Se encuentra camuflada entre dos tumbas cuyas lápidas llevan los nombres de Peterson y Miller respectivamente; pero no se sabe a cuál de las dos tumbas pertenece, si es que pertenece a alguna. Las historias en torno a esta silla surgieron hace unos treinta y cinco años, cuando se empezó a decir que todos los que se sentaban en ella se veían perseguidos por inexplicables rachas de mala suerte. Se dice que a veces de allí surge un olor nauseabundo, manifestación de la presencia cercana del demonio, que aparece sentado en la silla a las tres de la mañana de los viernes 13 y los viernes 17. Al fin y al cabo es su silla.

Y por poner un último ejemplo de la larga lista de asientos del diablo mencionaremos la silla del diablo que adorna la tumba de Anna y David Bair en el Cementerio de High Park en la ciudad de Kirksville, en el estado de Misuri. El monumento funerario en forma de asiento fue erigido por el banquero William Baird, y por ello se la llama también la silla de Baird. Se dice, como es habitual, que algo terrible le ocurrirá al temerario que se sienta en ella en la medianoche de fechas como Halloween. Pero, además, su muerte será digna de un poema de terror gótico, porque se afirma que una mano saldrá de la tumba para llevarse al incauto al mismísimo infierno. O por el contrario, su osadía será recompensada, aunque nadie dice cómo, puesto que suponemos que el premio lo concede el mismísimo diablo, quien al parecer se aparece por allí al menos una vez al año. ¿Qué tipo de recompensa es ésta? Viniendo de quien viene, mejor no saberlo.



Silla del diablo. Cementerio de Kirksville (Misuri).

© *Wikimedia Commons*

La lista de sillones diabólicos es larga y cubre también países como Francia o Italia. En este último país existe un curioso y burdo sillón tallado en mármol en Torcello, una de las islas de la laguna veneciana, concretamente frente a la catedral bizantina de Santa María de la Asunción. Pero en esta ocasión no es al diablo a quien se adjudica su propiedad. Se le denomina el Trono de Atila, y probablemente fue el sillón de algún obispo o de magistrados y jueces encargados de impartir justicia en la isla. Y, curiosamente, la leyenda aquí no es agorera ni nefasta, pues cuenta que si una mujer se sienta en la silla se casará en menos de un año. Eso sí, muy cerca de allí hay un Ponte del Diavolo, un puente del diablo, que es el eje sobre el que gira la típica leyenda en la que el diablo es engañado para que construya el puente por una recompensa que al final nunca obtiene.

Otros asientos malditos

Otras muchas sillas y sillones por todo el mundo son el centro de historias y leyendas en torno a supuestas maldiciones asociadas en este caso a espíritus y espectros. Ya comentábamos al principio de este capítulo cómo parece inevitable que un asiento donde ha muerto alguien se convierta con facilidad en uno de estos objetos malditos. Y en Estados Unidos cierto sillón se hizo célebre gracias a una historia que conmocionó a los habitantes de Nueva York a finales de los años cuarenta. Se trata de un sillón conocido hoy en día como el «Collyer Death Chair», y que fue exhibido públicamente durante muchos años. Perteneció a un personaje que junto a su hermano son uno de los iconos más famosos de la cultura popular norteamericana y que protagonizaron una vida y una muerte surcadas por la extravagancia y la tragedia. Sentado en él, Homer Collyer, ciego y paralítico, condenado a perecer de inanición, encontró una muerte cruel y en parte absurda a pocos metros del cadáver de su hermano Langley. Ésta es la aciaga historia de los hermanos Collyer y de su silla de la muerte.

Homer Collyer nació el 6 de noviembre de 1881, y su hermano pequeño, Langley, el 3 de octubre de 1885. Descendían de una familia muy rica y tenían una excelente formación académica. Langley era ingeniero, y Homer, abogado. Vivían en el barrio de Harlem, Manhattan, en el 2078 de la Quinta Avenida, en una casa enorme de cuatro pisos que heredaron de su madre. Al morir su padre heredaron una gran fortuna y ambos hermanos vivieron solos haciéndose compañía mutua. Homer ejercía como abogado mientras que Langley trabajaba como comerciante de pianos. Tras la depresión económica de 1929, el barrio había dejado de ser una zona residencial de gente acomodada para pasar a ser todo lo contrario, un barrio marginal y con un alto índice de delincuencia. Los hermanos, que ya de por sí eran famosos por sus excentricidades, se fueron atrincherando paulatinamente en su casa y se convirtieron en la comidilla de sus vecinos. Para colmo de males, en 1933 Homer perdió la vista y su hermano decidió dejar de trabajar para dedicarse a cuidarle. Tenían suficiente dinero como para permitírselo.

La silla de la muerte de los Collyer

Debido a su fama de excéntricos, la gente se arremolinaba alrededor de la casa. Eso contribuyó a alimentar el miedo de los Collyer, que se aislaron más si cabe. Los adolescentes les arrojaban piedras a las ventanas y acabaron tapiándolas. Para evitar que les robaran, Langley había diseñado una serie de trampas explosivas que había colocado por toda la casa. También sufrían de un síndrome parecido al de Diógenes y que de hecho lleva su nombre en la actualidad, el síndrome de los hermanos Collyer. A lo largo de décadas acumularon de forma compulsiva 130 toneladas de objetos repartidos entre los cuatro pisos de su casa. Había tantos que toda la casa era un intrincado sistema de túneles en medio de un laberinto de cajas y objetos de todo tipo sujetos con alambre. Aparte de la ceguera, un reumatismo inflamatorio dejó paralítico a Homer, que quedó postrado en su sillón sin otra ayuda que la de su hermano Langley. Éste se negaba a que nadie lo viera y cuidaba de él leyéndole, tocando el piano y diseñando todo tipo de dietas absurdas que según él le curarían la ceguera. Además, decía que ellos eran hijos de un médico y que tenían más de quince mil obras de medicina en la casa y que por lo tanto no necesitaban a ninguno. Otra prueba más de su comportamiento excéntrico.

La situación fue degenerando, y sus extravagancias, acentuándose. Dejaron de pagar impuestos y deudas y poco a poco empezaron a carecer de los servicios básicos. Se quedaron sin teléfono en 1917, y sin luz y sin agua en 1928. Su único contacto con el exterior era una radio que Langley había construido. Y cómo no, la desgracia acabó por llamar a su puerta. Ocurrió en 1947. El 21 de marzo un informante que se identificó como Charles Smith llamó a una comisaría asegurando que había un cadáver en la casa. Lo afirmaba por el mal olor que se desprendía de ella.

La policía se personó en el domicilio, pero tras conseguir abrir la puerta les fue imposible acceder al interior debido a la gran cantidad de periódicos acumulados. Llamaron a los bomberos, que intentaron entrar por las ventanas, pero tampoco hubo forma. Efectivamente, un olor nauseabundo emanaba del interior de la casa. Tuvieron que pedir refuerzos y empezar a sacar todos los trastos que impedían el paso. Un policía llamado William Barker consiguió entrar a través de una ventana del segundo piso, y tras dos horas de búsqueda entre los pasillos entre los muros de objetos encontró el cuerpo de Homer sentado en su silla con la cabeza sobre las rodillas. El forense dictaminó que había muerto hacía unas diez horas de un paro cardíaco tras haber padecido hambre y sed. Langley no aparecía, por lo que sospecharon en un principio que había huido.

Mientras tanto siguieron sacando las cosas más dispares de la casa hasta que por fin el 8 de abril un obrero llamado Artie Matthews encontró el cuerpo del hermano menor a apenas unos 60 centímetros de donde había aparecido el cuerpo de Homer. Era el olor de su cuerpo, en parte devorado por las ratas, el que había alertado al vecino. Según el forense, su muerte se produjo el 9 de marzo. Seguramente se estaba arrastrando para dar de comer a su hermano en medio de aquel laberinto cuando cayó inadvertidamente en una de sus trampas explosivas. La explosión provocó el desprendimiento de toda una maraña de objetos que cayó sobre el desdichado, aplastándolo y asfixiándolo. Su pobre hermano, paralítico y ciego, sin poder moverse de su sillón, permaneció allí los once días siguientes hasta que murió de inanición. Sin duda es una historia triste y trágica como pocas, que conmocionó a la opinión pública estadounidense.

La cantidad de objetos que se sacaron de la casa era abrumadora. Se extrajeron de allí toneladas. No sólo sorprendió la cantidad de cosas acumuladas, sino también la variedad: pianos de cola, órganos, trompetas, miles de libros y periódicos, coches de bebés, partes de carruajes y de coches, e incluso órganos humanos conservados en frascos llenos de vinagre, una máquina de rayos X junto al material médico de su padre; y otros muchos objetos, a cada cual más pintoresco. Muchos de los más extraños se expusieron en el Museo Dime.

Pero la pieza central era el sillón en el que había vivido sus últimos años Homer Collyer, el sillón en el que también había muerto. Era un sillón viejo y desvencijado que pronto fue contemplado por todos como un objeto maldito en el que, sentado, sin poder moverse, en la oscuridad de su ceguera, sometido a una agonía atroz, había expirado el mayor de los hermanos Collyer; una agonía que en la mente de todos ha quedado irremediabilmente ligada al sillón, que fue bautizado como el asiento de la muerte de los Collyer.

Fue exhibido de forma pública durante muchos años, hasta 1956, fecha en la que fue adquirido por coleccionistas. En la actualidad se sabe que es propiedad de Babette Bombshell, un personaje bastante peculiar y no menos extravagante que los hermanos Collyer y que ha actuado en películas como *Spaced Out* (2006), *CockHammer* (2009) y *Return to Nuke 'Em High Volume 1* (2013), cintas que son una peculiar mezcla de comedia, horror y ciencia ficción. Babette Bombshell es célebre también por ser coleccionista de objetos extraños relacionados con asesinatos, el mundo de lo paranormal, etcétera. La silla se encuentra ahora en Orlando, en el estado de Florida. Y no hemos tenido noticias de que la supuesta maldición que arrastra se haya cobrado otra víctima; de momento.

El sillón de la muerte azul

Otra «silla de la muerte» se encuentra en la mansión Baleroy, en el barrio de Chestnut Hill, en la ciudad estadounidense de Filadelfia. Fue propiedad del millonario, filántropo y coleccionista de obras de arte George Meade Easby hasta la muerte de éste en 2005. Se dice de esta mansión que es una de las más encantadas de Estados Unidos. En ella, según cuentan, se dan cita espectros, demonios, ángeles y todo tipo de seres sobrenaturales. Allí, en un lugar tan concurrido por los habitantes de lo sobrenatural, y más concretamente en el llamado Salón Azul, puede contemplarse un sillón de orejas tapizado de azul, del que se dice que tiene doscientos años de antigüedad y que perteneció al mismísimo Napoleón Bonaparte. Esto último podría ser una confusión debida a que en la mansión había muchos objetos del emperador francés, entre ellos un sillón construido especialmente para él y que habría sido el favorito del militar corso. Pero no se trata del mismo asiento, porque entre otras cosas dicho sillón napoleónico es de terciopelo rojo.

El caso es que hay quien afirma que el Salón Azul donde reposa el sillón de la muerte no está deshabitado, aunque su ocupante no es de carne y hueso. Por el contrario, es el lugar de la casa donde se muestra más activo un espíritu llamado Amanda o Amelia. El espíritu de Amanda fue visto por primera vez en una escalera como una niebla de color azul, la misma forma en la que se habría dejado ver en ocasiones posteriores. Lloyd Gross, coleccionista de arte y amigo de Meade, era muy escéptico sobre las historias de fantasmas que le contaba Meade, hasta que él mismo vivió alguna que otra experiencia que le hizo cambiar de opinión. Fue uno de los testigos de la

aparición de la misteriosa niebla azul que, a decir de algunos, revela la presencia de Amanda: «Miré a través de las puertas del salón azul y vi lo que parecía una niebla azul. Le dije a Meade: “Mira qué frío hace. Se palpa en el ambiente”. Y él contestó: “¡Oh, no, eso no es niebla, es ectoplasma”». Según Meade, aquello asustó mucho a su amigo y cuando le acompañó al coche le dijo de repente: «¿Por qué me golpeas?». Meade le respondió que él no había sido. Para Meade estaba claro que el espectro seguía a su amigo. En cuanto a Lloyd, nada más llegar a casa creyó ver que el vestíbulo estaba ardiendo, pero resultó una ilusión. Se convenció entonces de que algo le había seguido desde la mansión Baleroy hasta la suya. Después de aquello se cuenta que la neblina azul ha sido registrada en tres vídeos.

Según Meade, Amanda, cuya niebla azul a veces invade la sala, se dedicaría a atraer hacia el sillón de la muerte a los incautos visitantes, y los que se sientan allí mueren. Cuatro personas habrían sido sus víctimas, entre ellas un ama de llaves, su primo George y Paul Kimmons. Este último trabajó en la mansión en calidad de conservador de las innumerables piezas históricas y colecciones de arte que contenía hasta que fueron subastadas tras la muerte de Meade. Kimmons había trabajado durante años en la casa y nunca había visto nada extraño. No creía en las historias que se contaban sobre ella y bromeaba al respecto. En una ocasión una psíquica llamada Judith Richardson Haines visitó la mansión y Meade instó a Kimmons para que les acompañara mientras recorrían las salas. Paul Kimmons manifestó a la vidente y al propio Meade que él no creía en ninguna de las historias que se contaban sobre la mansión. Poco después vieron cómo Amanda hacía su aparición bajando por unas escaleras. En palabras de la vidente: «Paul estaba bastante asustado. Me dijo: “Veo a esa mujer. Está aquí”».

Algunas semanas después la mujer recibió una llamada de un Kimmons muy alterado: «No soy una persona histérica, pero Amanda me está siguiendo. Miro por el retrovisor y ella está allí. Me despierto en casa y ella está allí. Camino por la calle y la veo con el rabillo del ojo. Me va a matar de un susto. Creo que me estoy volviendo loco». Poco después de eso dicen que Paul Kimmons se sentó en el sillón azul para descansar un momento y un mes después murió. Judith Richardson, sin embargo, afirma que Amanda no es un espíritu maligno. En unas declaraciones sostenía que, pese a que algunos creyeran que Amanda mató a Paul Kimmons, ella no creía que eso fuera cierto: «Creo que Amanda estaba allí porque le amaba. He percibido a Paul varias veces en Baleroy. He sentido esa maravillosa energía cálida que emite».

Si hacer que alguien muera para que esté cerca de uno y obligarle a formar parte de la colección de espectros de una mansión es amor, yo particularmente preferiría que no me quisieran tanto... Prefiero escoger por mí mismo dónde quiero pasar la eternidad. Sea como fuere, el sillón de la muerte del Salón Azul de la mansión Baleroy es uno de esos asientos en los que, por cansado que se esté, uno se lo pensaría dos veces antes de decidirse a reposar en él.

Los sillones de la sal

Nos vamos ahora a otro de esos lugares con fama de encantados en busca de dos sillas embrujadas; dos asientos que forman parte del mobiliario gótico de un palacio estadounidense famoso también por sus fantasmas, el castillo de Belcourt en Newport, en el estado de Rhode

Island. Hoy día es un museo abierto al público en el que se pueden apreciar gran cantidad de antigüedades y joyas arquitectónicas. Y por supuesto, también tiene fama de ser un lugar encantado y es destino obligado para los amantes de los *ghost tours*.



Vista del Castillo de Bekourt en Newport (Rhode Island).

Como decíamos, hay dos sillas en el llamado salón gótico, un salón de baile de estilo neogótico. Las dos sillas de respaldo alto son en realidad dos tronos. Una de ellas es francesa, construida con madera oscura de roble y supuestamente del siglo XIV. La otra es inglesa. Las denominan sillas de la sal porque bajo el respaldo contienen una especie de cajón en el que se guardaban especias valiosas o sal, que ahora es un producto en el que ni reparamos pero que en su momento era un bien escaso y muy caro.

Muchos visitantes afirman haber sentido escalofríos y sensaciones extrañas cuando se aproximan a cualquiera de las dos sillas. Se dice que estas dos sillas malditas están ligadas a sendos espíritus. Tanto es así que algunos de los que se han sentado en ellas afirman haber sentido como si en realidad lo hicieran sobre alguien en lugar de sobre un mueble. Otros afirman que al tocarlas les recorre un frío espectral, o que sienten náuseas, se sienten incómodos, sienten hormigueos, o que se les retuercen las manos como atravesadas por una corriente eléctrica súbita. Pero sin duda los testimonios que más asombran son los de aquellos que, al intentar sentarse en ellas, afirman haber salido expulsados como si hubieran sido empujados por alguien que estuviera sentado allí.

Por supuesto, no han faltado psíquicos y supuestos videntes que afirman haber visto a los fantasmas que rondan las sillas. El castillo organiza *ghost tours* los fines de semana, y durante los mismos una mujer llamada Virginia Smith que dice ser psíquica y ser capaz de percibir fantasmas, revela al público que ha pagado su entrada la existencia de entidades que rondan alrededor de tales o cuales objetos. De acuerdo con lo que sugiere la señora Smith, a veces las entidades asociadas a las sillas se sientan en ellas, por lo que la gente que acerca las manos a éstas o intenta sentarse experimenta cierta resistencia y extrañas sensaciones.

Según cuenta la autora Harle H. Tinny en su obra sobre los fantasmas del castillo, en la se hace eco de las teorías de señora Smith, en la silla inglesa se sientan «un joven rubio de diez años de edad y una dama del siglo XVII, con un vestido rojo y una corona en la cabeza». En el trono francés, por el contrario, se sentaría una «dama francesa». ¿Una puesta en escena para atraer a un público sediento de nuevas sensaciones? Harle H. Tinny, la autora que acabamos de mencionar, es

escéptica. Lo cierto es que los populares *ghost tours* que se organizan en muchas ciudades de Estados Unidos y cada vez más en otras ciudades de todo el mundo son un sustancioso negocio. A raíz de una leyenda o de una historia local pronto aparece un mercado dispuesto a sacar partido de la misma y se hace difícil separar la leyenda original de todo lo que se le añade después para hacerla más atractiva al turista.

En este capítulo hemos hecho un repaso de asientos malditos, muebles que se han hecho famosos y se exponen en museos, pero, como siempre, te animo, amigo lector, a que indagues entre familiares y amigos, porque no son pocos los muebles que en muchas familias tienen su propia leyenda oculta, historias que se transmiten en voz baja. Bancos, sillas, sillones, mecedoras, objetos que se han ido heredando de padres, de abuelos, de los padres de éstos. Alrededor de ellas se tejen muchas historias, que a menudo se acaban perdiendo o que se transmiten en momentos muy puntuales, al calor del hogar. Son objetos que aúnan historia, artesanía, y sobre todo vivencias de aquellos que las usaron, que son ecos de vidas. Seguro que si indagamos, si preguntamos a nuestros mayores, nos llevaremos alguna que otra sorpresa.

ARQUEOLOGÍA Y MALDICIÓN

Si hay un campo abonado para las historias sobre objetos malditos ése es el de la arqueología y la historia. Muchos objetos antiguos suelen ir ligados a relatos y leyendas que se han ido forjando a lo largo del tiempo. Todo lo que viene de un pasado remoto está rodeado de una atmósfera de misterio, como si los objetos antiguos se nos antojaran depositarios de las vivencias, de las experiencias de los que nos precedieron. Y si hablamos de arqueología en una obra como ésta, seguro que muchos inconscientemente pensarán en el joven faraón Tutankamón y el controvertido descubrimiento de su cámara funeraria, de su tesoro, de sus restos. Y, llevados por la asociación de ideas, seguro que irrumpe en nuestra mente la tan temida maldición de los faraones, y la creencia alentada por esa visión romántica y decimonónica del antiguo y misterioso Egipto que en toda Europa se forjó en los primeros años de esa ciencia fascinante que es la egiptología, que se ha abierto paso entre el mito y la leyenda.

Los egipcios, sin embargo, no son los únicos que escribían terribles maldiciones contra los impíos violadores de sepulturas. En la tumba de la reina asiria Yaba se encontró una tablilla con la siguiente maldición escrita contra aquellos que interrumpieran su descanso eterno: «Que el espíritu de todo aquel que ponga las manos sobre mis joyas con mala intención o rompa el sello de esta tumba vague siempre sediento». Los egipcios, como los asirios, creían en el poder de la escritura. La escritura procede de los dioses; es el receptáculo de la palabra y de su poder. Una maldición escrita perdura en el tiempo. Así, en la llamada estela de donación de Mendes, que pertenece a la vigésimo segunda dinastía, del Tercer Período Intermedio (1070-650 a. C.) leemos que se donan ciertas tierras a un templo y al mismo tiempo se invoca una maldición para cualquiera que quiera apropiarse de ellas. La donación de tierras se hace simbólicamente en la estela ante la presencia de los dioses, que actúan como garantes y testigos, y son también los que maldicen y castigan a todo aquel que incumpla o se adueñe de la tierra de forma inapropiada.



La apertura de la tumba de Tutankamón y su descubrimiento por Howard Carter, al que vemos aquí abriendo el último sarcófago del faraón, fue el punto de partida de una de las leyendas sobre maldiciones más populares entre el gran público.

Con todo, pese a lo que se piensa, no era una costumbre habitual dejar escritas imprecaciones en las tumbas egipcias. No son muchas, sino más bien raras, pero las hay. Se encuentran en tumbas privadas del Imperio Antiguo, como en la tumba de Ankhtifi, que advierte muy seriamente a los gobernantes que deseen hacer daño al ataúd de las consecuencias nefastas de ese acto; o la de Khentika Ikheki, en la que el difunto amenaza con atemorizar y perseguir al que pase por su tumba de modo «impuro». Las maldiciones posteriores son aún más raras aunque más terribles en sus advertencias. Zahi Hawass, uno de los egiptólogos más célebres del mundo, daba un ejemplo de una de ellas en su libro *Valley of the Golden Mummies*: «Malditos sean aquellos que perturban el descanso de un faraón. Los que rompan el sello de esta tumba morirán por una enfermedad que ningún médico podrá diagnosticar».



La estela de donación de Mendes incluye en el texto una maldición para todo aquel que se apropie de las tierras y bienes donados por el faraón a un templo.

© «*Donation stele with curse inscription*» de *One dead president*, publicada bajo licencia CC BY-SA 3.0 vía *Wikimedia Commons*

Otro ejemplo es la maldición que encontró en Guiza, según relata en la obra citada, en la tumba de Peteti, uno de los artesanos que trabajaron en la gran pirámide: «Que el cocodrilo se revuelva en el agua contra todos los que entren en esta tumba, y la dañen y la destruyan, y que las serpientes se revuelvan contra ellos en tierra. Que el hipopótamo se revuelva contra ellos en el agua, que el escorpión haga lo mismo sobre la tierra». Algo que por cierto sí que intrigó al arqueólogo y que también narra en su obra es lo que le ocurrió después de que se llevara las momias de dos niños a un museo. Los niños aparecían en sus sueños de manera obsesiva y aquello, que le impresionó mucho, no cesó hasta que la momia del padre de las criaturas se reunió con las momias de sus hijos en el mismo museo. Ni la mente sensata y racional de los más avezados arqueólogos puede frenar nuestros miedos atávicos. Nuestra mente consciente puede relegarlos al inconsciente, pero ahí están, ocultos en los estratos más profundos de nuestra sique.

A lo largo de las siguientes páginas nos sumergiremos en maldiciones asociadas a tesoros arqueológicos egipcios; a una figurilla del neolítico a la que algunos denominan «la diosa de la muerte»; a un jarrón del Renacimiento en cuyo interior parece esconderse la mismísima muerte.

Veremos también cómo incluso la propia Iglesia ha hecho uso del poder de la maldición para combatir a sus enemigos. Éste es un viaje fascinante a través de parte de nuestro pasado y de nuestra historia, y de esos fantasmas milenarios que a veces se empeñan en irrumpir en nuestro presente. Y ahora... ahora tenemos una cita en la arena del desierto.

La venganza del faraón niño

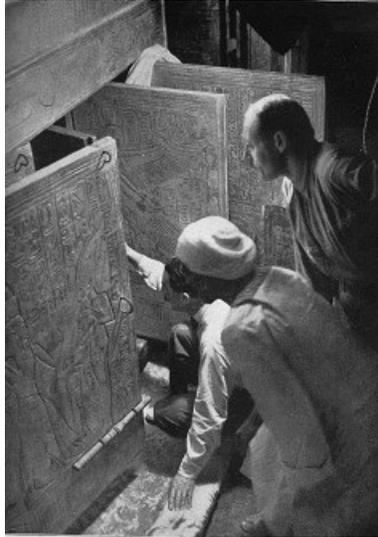
—¿Puede usted ver algo?

—Sí. ¡Cosas maravillosas!

Este diálogo que tuvo lugar el 26 de noviembre de 1922 ha quedado grabado en los anales de la historia de la egiptología. Lo protagonizan dos personajes clave en la historia de la arqueología. Por un lado, el egiptólogo Howard Carter, en el momento en que se asomó por un agujero a través del que introdujo una vela y pudo contemplar maravillado los tesoros que rodeaban la tumba del faraón niño, Tutankamón; y por otro, lord Carnarvon, que financió la expedición de Carter que culminó en el descubrimiento de la tumba.

Más adelante la prensa comentaría que malos augurios habían precedido a la apertura de la tumba. Por ejemplo, el día anterior al descubrimiento de la misma un escorpión picó a Carter causándole serias molestias. El mismo día del descubrimiento una cobra se comió un canario que Carter poseía en la casa donde pernoctaba y al que tenía mucho afecto. El incidente fue publicado por *The New York Times* el 22 de diciembre de 1922. Además, algunos trabajadores vieron un halcón sobrevolando la tumba en dirección oeste, hacia donde los antiguos egipcios situaban el Amenti, el otro mundo. Asimismo, la escritora Marie Corelli había declarado en el *New York World* que tenía en su poder un manuscrito árabe que hablaba de la maldición de los faraones y no auguraba nada bueno a los expedicionarios, porque la tumba, la momia y los tesoros del faraón eran objetos malditos. La semilla de la tormenta mediática que siguió estaba sembrada.

Dos semanas después de que la carta de Marie Corelli fuera publicada ocurrió la repentina muerte de lord Carnarvon. Habían transcurrido apenas cuatro meses del hallazgo. Era el mes de marzo de 1923. Carnarvon sufrió una picadura de mosquito que resultaría fatal. Afeitándose, se cortó en la picadura y fue víctima de una infección que se extendió por todo su cuerpo provocándoles una neumonía que acabó con su vida en El Cairo el 4 de abril, cuando contaba cincuenta y siete años, una muerte horrible tras una dolorosa agonía en la que se le deformó el rostro y se le cayeron los dientes. Cuentan que murió delirando y diciendo: «He escuchado su llamada y le sigo». Y también que en Londres su perra *Susie* aulló de forma lastimera en aquel mismo momento y murió. Además, al mismo tiempo que Carnarvon fallecía, un apagón dejó sin luz la capital egipcia. A los periódicos ingleses les faltó tiempo para empezar a hablar de la maldición de los faraones.



Momento en el que Carter abre la tumba de Tutankamón.

Pronto aquello se extendió como un reguero de pólvora. Algunos periódicos afirmaban que antes de descubrir la entrada a la tumba Carter había encontrado en la antecámara un ostracón, un trozo de arcilla, con la inscripción «La muerte golpeará con sus alas a aquel que turbe el reposo del faraón» («*Death to subdue their wings who disturb the sleep of the Pharaoh*»). Sin embargo, este objeto jamás ha sido hallado. Los partidarios de la existencia de dicha maldición arguyen que Carter ocultó su existencia para que no cundiera el pánico en el campamento y que estaba escrita en una pared que fue destruida.

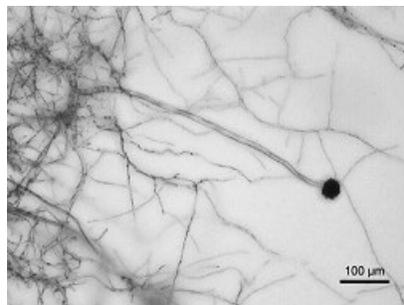
Poco después de morir lord Carnarvon, los medios atribuyeron a la maldición una serie de muertes. El 16 de mayo de 1923, murió George Jay Gould I de una neumonía tras contraer unas fiebres durante su visita a la tumba. El príncipe egipcio Ali Kamel Fahmy Bey, que también visitó la tumba, murió en Londres el 10 de julio por un disparo de revólver a manos de su mujer, a la que al parecer maltrataba. El hermanastro de lord Carnarvon, el coronel Aubrey Herbert, que estuvo presente cuando abrieron la tumba, murió el 26 de septiembre por una septicemia a raíz de una operación dental.

Al año siguiente, 1925, el 15 de enero, murió sir Archibald Douglas Reid, el radiólogo que radiografió la momia del faraón. Los médicos no supieron dar con la enfermedad que se lo llevó a la tumba. El 19 de noviembre moría asesinado mientras conducía en El Cairo sir Lee Stack, gobernador de Sudán. Tres años después, en 1928, moría un miembro del equipo de Carter llamado A. C. Mace por envenenamiento con arsénico. El 26 de mayo de 1929 moría Mervyn Herbert, otro hermanastro de lord Carnarvon, que falleció por neumonía. El 15 de noviembre de ese mismo año, encontraron el cuerpo de Richard Bethell, el secretario personal de Carter, muerto por asfixia en la cama de su habitación en el Bath Club. Los médicos lo achacaron a una embolia. Al enterarse de la muerte de Bethell, su padre se suicidó arrojándose desde un séptimo piso el 20 de febrero de 1930. Sus biógrafos afirmaban que en su cuarto había una jarra de alabastro procedente de la tumba, y que el coche fúnebre que lo llevaba al cementerio atropelló a un niño de ocho años que murió en el accidente.

La maldición que nunca muere

Durante un tiempo la prensa empezó a perder interés en el asunto y las historias sobre la maldición quedaron relegadas al olvido, hasta que en las décadas de los sesenta y de los setenta las piezas de la tumba que albergaba el Museo de El Cairo formaron parte de una exposición itinerante que involucraba a diferentes museos europeos. De nuevo ciertas muertes y ciertos accidentes de personas asociadas a los museos y al transporte de las piezas fueron atribuidas por la prensa inglesa a la maldición, que volvió a cobrar protagonismo mediático. Y de nuevo se fue marchitando poco a poco hasta que en 1992 un equipo londinense de la BBC realizó un documental en la tumba. Al parecer la grabación se vio interrumpida continuamente por diversos problemas técnicos y algunos integrantes del equipo sufrieron diferentes accidentes que en algún caso casi se saldaron con la muerte. Parece que en aquel accidentado rodaje el equipo pasó bastante miedo.

Carter nunca creyó en la maldición. Murió el 2 de marzo de 1939 a consecuencia de un linfoma cuando tenía sesenta y cuatro años, una década después de la apertura de la Cámara Real. Los escépticos han argüido siempre que en realidad de las cincuenta y ocho personas que estaban presentes cuando se abrió la Cámara Real sólo murieron ocho y en un plazo de doce años. Con todo, hay quien piensa que algunas muertes son sospechosas, pero que se deben a causas naturales y no a la maldición. En 1962, el doctor Ezz Eldin Taha, de la Universidad de El Cairo, hizo público un importante descubrimiento. En la momia de Tutankamón, y en otras, se habían encontrado muestras de un hongo del género *Aspergillus* que causa problemas en las vías respiratorias, y que en personas con un sistema inmunitario debilitado pueden causar la muerte. Y de hecho, buena parte de las muertes asociadas a la maldición se debían a neumonías y respondían a los síntomas esperados en una intoxicación por este tipo de hongos. Ésta es una de las explicaciones más razonables y plausibles para algunas de las muertes atribuidas a la maldición de Tutankamón.



Aspergillus niger. Este pequeño hongo podría ser el causante de las muertes atribuidas a la maldición del faraón.

© «*Aspergillus niger Micrograph*», publicado bajo licencia CC BY-SA 3.0 vía Wikimedia Commons

Tras salir de la conferencia, el doctor Eldin condujo su coche desde El Cairo hasta Suez, pero chocó frontalmente con otro vehículo y murió. La autopsia determinó que había sufrido un ataque cardíaco pocos segundos antes del accidente. Más coincidencias para alimentar la sombra de una de las supuestas maldiciones más famosas y populares del mundo; una maldición que ha hecho correr ríos de tinta, y que todavía da mucho que hablar. Sin embargo, la maldición de los faraones no sólo involucra al tesoro de Tutankamón. La fantasía, el hálito de romántico y místico

misterio que desde el siglo XIX rodea a todo lo que tiene que ver con la egiptología y la prensa ávida de titulares impactantes han forjado toda una mitología contemporánea, repleta de leyendas y de terroríficos relatos en torno a los objetos malditos desenterrados de las arenas seculares de Egipto. En el siguiente caso vamos a ver cómo nace una de estas leyendas en torno a un objeto egipcio supuestamente maldito que habría sido la causa nada menos que del hundimiento del *Titanic*.

La momia de la mala suerte

Viajemos hasta el Museo Británico y entremos en la sala 62 para hallarnos frente a un objeto que ha dado mucho que hablar. La llaman la momia de la mala suerte, pero ni siquiera es una momia. En realidad, se trata de la tapa de un sarcófago de 162 cm de largo de madera y yeso pintado que nos muestra un rostro femenino del que no se conocemos nada. El objeto fue donado al Museo Británico por Arthur Wheeler a través de la señora Warwick Hunt, de Holland Park, Londres, en julio de 1889. Allí está expuesta y aún puede visitarse. Está catalogada como el objeto número EA 22542, y algunos le atribuyen todo tipo de rocambolescas desgracias. Lo que sabemos a ciencia cierta de ella es que fue descubierta en Tebas y que pertenecería a la vigésima primera o vigésima segunda dinastía; aproximadamente, del 950 al 900 a. C. La calidad de los materiales y las pinturas parecen indicar que era alguien de alto rango. Y lo cierto es que es un objeto bello y espectacular. Es probable que fuera una sacerdotisa de Amón-Ra, pero no hay indicios que lo confirmen.

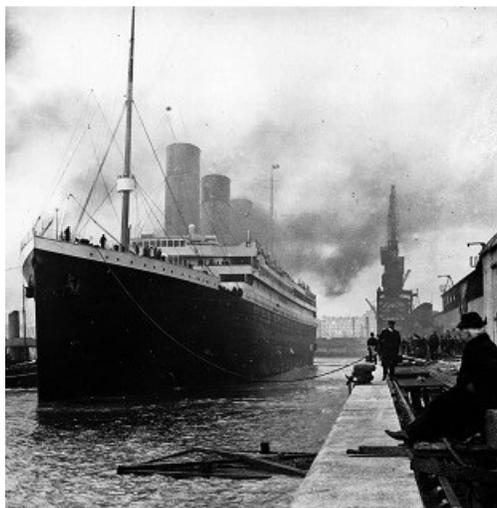
En torno a esta tapa de sarcófago se ha creado toda una leyenda de muertes y desastres que a menudo se conoce como la maldición de la princesa o de la sacerdotisa de Amón-Ra. La historia comenzaría en 1890, cuando cuatro jóvenes y adinerados ingleses visitaron las excavaciones en Luxor el mismo día en que se descubrió la cámara mortuoria de la «princesa». Quedaron prendados del sarcófago y asistieron a la subasta en la que uno de ellos pagó una buena suma por él. El sarcófago fue llevado hasta el hotel donde se hospedaban. Tan sólo unas horas más tarde de su llegada, el nuevo propietario salió del hotel, se internó en el desierto y nunca volvió. La maldición había empezado su fatídica labor. Al día siguiente otro de los jóvenes recibió accidentalmente un disparo de uno de sus criados egipcios y tuvieron que amputarle el brazo. Regresaron a Inglaterra y los dos que hasta el momento parecían haberse librado de la maldición se convirtieron, ya en suelo patrio, en sus víctimas. Uno de ellos descubrió que estaba arruinado. El otro cayó presa de una rara enfermedad que le dejó paralítico.

Mientras tanto el sarcófago acabó en manos de un empresario que fue su siguiente víctima. Tres de sus familiares murieron en un trágico accidente de tráfico y un incendio arrasó su hogar. Apesadumbrado y horrorizado, decidió donarlo al Museo Británico. Lo cargaron en un camión que debía transportarlo al museo y de forma misteriosa el vehículo se puso en marcha solo y atropelló a un viandante. Uno de los trabajadores que lo manipularon murió pocos días después por una extraña enfermedad y otro sufrió un accidente en el que se rompió una pierna. El sarcófago iba dejando un reguero de destrucción y sangre allí por donde pasaba.

El maléfico objeto EA 22542

Por fin fue ubicado en una sala del museo, pero los incidentes no acabaron. Los vigilantes oían arañazos, sollozos y golpes que, según ellos, procedían del interior del sarcófago. Desde que el sarcófago llegó, algunas piezas del museo aparecían sin razón aparente en otros lugares. Las cosas empezaron a ponerse serias cuando uno de los vigilantes fue encontrado muerto. La historia sobre la maldición ya había corrido, sembrando el miedo entre los empleados del museo. El resto de los vigilantes dejó el trabajo y el personal de limpieza se negaba a acercarse al lugar donde estaba el sarcófago. Finalmente, lo trasladaron al sótano. Pero también allí siguió sembrando el terror. Uno de los conservadores del museo murió y su ayudante cayó gravemente enfermo.

Evidentemente, la prensa vio el filón periodístico y acudió rápido al museo. Un reportero fotografió el sarcófago y se llevó una sorpresa durante el revelado: en una de las fotos, en vez del bello rostro policromado de la tapa aparecía una faz espantosa y horripilante. El reportero la observó un rato, luego se fue a casa y se descerrajó un tiro. Los responsables del Museo Británico decidieron deshacerse del sarcófago y lo vendieron a un coleccionista particular. Como podía preverse, las desgracias y las muertes empezaron a sucederse en el entorno del nuevo propietario, así que éste lo encerró en el desván de su casa y consultó a la famosa y controvertida médium Helena Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica. Blavatsky acudió a la casa del coleccionista y nada más entrar percibió una presencia maligna que, en su opinión, no podía ser exorcizada, de modo que recomendó al propietario del sarcófago que se deshiciera de él a la mayor brevedad. El hombre encontró al fin un comprador, un arqueólogo estadounidense. Se hicieron los preparativos para embarcar el fatídico objeto con destino a Nueva York. Era el 10 de abril de 1912, y el sarcófago viajó en un lujoso transatlántico con un pasaje de dos mil doscientas veinticuatro personas. Su nombre era *RMS Titanic*.



El Titanic a punto de zarpar desde el puerto de Southampton. Una rocambolesca historia sugiere que la momia de la mala suerte iba en la bodega y fue la causa de su hundimiento.

Lo cierto es que esta historia es digna de un guión cinematográfico. Es una buena historia, pero es sólo eso, una historia que hace aguas por todas partes. Por una parte, el sarcófago habría sido descubierto en 1890, pero lo cierto es que el museo lo adquirió un año antes. Además, no se

trata de un sarcófago, sino de la tapa de un sarcófago. Y por supuesto no hay ninguna momia. Por otra parte, difícilmente el Museo Británico se desprendería de un objeto por ser «sospechoso» de una maldición, y menos dejárselo a un particular. Se ha dicho que se trataba de la momia de una princesa sacerdotisa de Akenatón, lo cual es absurdo, porque Akenatón murió en el 1336 a. C., y la tapa del sarcófago data del 950 a. C., como máximo. Además, Akenatón es conocido por ser el faraón que instauró el culto a Atón en detrimento del culto que hasta ese momento se rendía al dios Amón.

Por último, sir Ernest Alfred Wallis Budge, el famoso egiptólogo que fue conservador del Museo Británico hasta 1924, escribió una nota que fue publicada en el *The New York Times* del 7 de abril de 1923 en la que desmentía todas las historias que circulaban acerca de la «momia de la mala suerte».

La tapa, confirmó Wallis Budge, nunca había viajado a América y menos aún había estado en el *Titanic*. De hecho, sigue expuesta allí, en el museo, y no en el fondo del Atlántico. Budge opina que la historia parece una sucesión de malos entendidos. Al parecer William Thomas Stead, aficionado al espiritismo y que había participado en la adquisición de la tapa del sarcófago por parte del museo habría relatado una historia fantástica sobre una momia que cierta señora habría dispuesto como adorno en el salón de su casa y que habría protagonizado hechos extraños en la casa. Stead, además, fue una de las víctimas del *Titanic*. La momia del relato de Stead fue erróneamente asociada con la tapa del sarcófago que él había ayudado a adquirir para el museo; eso y su muerte en el *Titanic* habrían sido la base de una leyenda que fue creciendo y adornándose con el tiempo. Aun así, muchos visitantes de la sala 62 se acercan a la tapa del sarcófago con recelo y miedo, y comentan entre sí la historia de la maldición de la princesa-sacerdotisa de Amón-Ra.

Ötzi, el hombre de hielo

Abandonemos las arenas del desierto y las salas del Museo Británico para dirigirnos ahora al norte de Italia, al sur del Tirol, al Museo de Arqueología del Alto Adige, concretamente. Es uno de los más visitados de Italia, y fue construido en 1998 para albergar el cuerpo del protagonista de nuestro siguiente caso. Se trata de Ötzi, al que se conoce también como el Hombre de Similaun y el Hombre de Hauslabjoch. El nombre de Ötzi le fue dado porque se descubrió en el valle de Ötz, en una región de los Alpes situada en la frontera entre Austria e Italia. Un matrimonio de alpinistas alemanes encontró su cuerpo momificado, congelado en el hielo alpino, en septiembre de 1991.

Ötzi, según la datación realizada mediante carbono 14, vivió en torno al 3300 a. C. en plena Edad del Cobre, lo que le convierte en la momia más antigua de Europa. Apareció perfectamente conservado. Llevaba un abrigo de hierba tejida, pantalones de piel de cabra y un gorro cilíndrico fabricado con piel de oso. Los estudios hechos sobre sus restos han determinado que era un hombre de entre treinta y cuarenta y cinco años de un metro sesenta de altura. Algunas zonas de su cuerpo estaban cubiertas de tatuajes, justo en aquellos lugares donde los estudios revelaban que sufría de artritis; así que probablemente habrían tenido una función mágica o religiosa. Ötzi, al que también se conoce como «el hombre de hielo», fue encontrado con una mochila y armas, un equipo

compuesto por un hacha de cobre con mango de madera de tejo; un cuchillo de pedernal con mango de madera de fresno; un carcaj con catorce flechas con punta de pedernal y astil de viburno; varias puntas de pedernal; un arco sin terminar que superaba su propia estatura; plantas curativas, y pedernal y pirita para hacer fuego.



Reconstrucción de Ötzi, el Hombre de Hielo, cuya momia fue encontrada en el valle de Ötz, en la frontera entre Austria e Italia.

© «Oetzi the Iceman Rekonstruktion 1» de Thilo Parg, publicada bajo licencia CC BY-SA 3.0 via Wikimedia Commons

Ötzi tenía una punta de flecha de pedernal alojada en el pulmón. Además, una de sus propias flechas tenía sangre de dos personas diferentes: al parecer disparó la flecha sobre uno, la extrajo y la disparó sobre otro de sus enemigos, volviendo a extraerla del segundo cuerpo. En el cuchillo había rastros de sangre de otra persona diferente, lo que parece indicar que habría apuñalado a un tercer contrincante. Sea como fuere, y aunque parece que se defendió bien frente a varios atacantes, Ötzi murió de forma lenta y agónica, malherido por una flecha que intentaron extraer pero cuya punta quedó dentro de su cuerpo.

Pero si bien Ötzi resultó ser un hallazgo arqueológico importantísimo por los datos que aporta para conocer a los europeos de la Edad del Cobre, pronto ocupó las páginas de los periódicos por otra razón muy diferente. Empezó a circular el rumor de que el hombre de hielo estaba maldito. Todo habría comenzado con la muerte, a los sesenta y cuatro años, de Rainer Henn, el patólogo forense que extrajo con sus manos el cuerpo de Ötzi del hielo en el que había permanecido durante miles de años y lo puso en una bolsa. La muerte de Henn se produjo en 1992, en un choque frontal de su vehículo con otro automóvil cuando se dirigía precisamente a dar una conferencia sobre los últimos hallazgos relacionados con el hombre de hielo. Poco tiempo después murió Kurz Fritz, un experimentado montañero que había guiado a Henn hasta la momia. Fritz falleció a causa un desprendimiento de rocas durante la ascensión de una montaña. El hecho de que fuera el único del grupo herido en el accidente todavía dio más que hablar y alimentó los rumores sobre la maldición.

La siguiente víctima de la maldición de Ötzi habría sido el periodista Rainer Hölz, que murió a los cuarenta y siete años víctima de un tumor cerebral. Hölz falleció poco después de haber filmado el momento en el que el cuerpo momificado fue extraído del hielo y más adelante rodó un conocido documental sobre el hallazgo. Otra supuesta víctima fue el arqueólogo austriaco Konrad Spindler, una de las primeras autoridades en cuanto a Ötzi se refiere. Spindler fue el jefe del equipo de investigación de la Universidad de Innsbruck que estudió los restos del hombre de la Edad de Cobre. Los partidarios de la maldición suelen hacer hincapié en el hecho de que Spindler había declarado a los medios de comunicación que el tema de la maldición era una estupidez promovida por los periódicos y que lo próximo que dirían es que él sería el siguiente. En abril de 2004, Spindler fallecía con sesenta y seis años a consecuencia de una esclerosis múltiple. Una irónica y trágica coincidencia que por supuesto dio mucho que hablar.

En octubre de 2004 murió uno de sus descubridores, el alpinista alemán Helmut Simon. Simon perdió la vida en territorio austriaco, cerca de Salzburgo, a unos 160 kilómetros del lugar donde él y su mujer, Erika, descubrieron a Ötzi. Lo encontraron muerto después de ocho días de búsqueda, tras haber desaparecido después de salir a dar un paseo por la zona. Hallaron su cuerpo en un barranco al que habría caído desde una altura de 240 metros durante una tormenta de nieve. Como le encontraron cubierto de nieve, no faltó quien dijo que había encontrado «casualmente» el mismo fin que Ötzi 5.300 años atrás.

El equipo de rescate que encontró el cuerpo de Simon lo dirigía Dieter Warnecke, de cuarenta y cinco años, que murió una hora después del funeral de Simon aquejado de un infarto cardíaco. La muerte de Warnecke sorprendió a familiares y amigos, puesto que era un buen escalador y estaba en plena forma. Evidentemente, esto también llamó la atención de los que creen en la maldición de Ötzi y de los medios de comunicación.

La última muerte achacada a la maldición fue la de Tom Loy, el biólogo australiano que, tras examinar el ADN de la sangre que había en sus armas, determinó en 2003 que Ötzi no había muerto en un accidente de caza, sino que había sido asesinado. El biólogo murió en octubre de 2005 en Brisbane, Australia. Su hermano Gareth Loy declaró al periódico *The Australian* que la salud de su hermano siempre había sido delicada. Justo después de empezar sus investigaciones sobre el hombre de hielo le detectaron una enfermedad hereditaria que le provocaba coágulos.

Directa o indirectamente, Ötzi ha estado siempre rodeado de polémica. Ya no sólo por el asunto de la maldición. Cuando se produjo el descubrimiento, los gobiernos italiano y austriaco se disputaron la propiedad de la momia, ya que ésta se encontraba justo en el límite fronterizo entre ambas naciones, hasta que mediciones precisas llevadas a cabo en 1991 indicaron que en realidad estaba en territorio italiano, a 91 metros de la frontera con Austria, de modo que se quedó definitivamente en Italia. Pero no sólo eso. También hubo disputas sobre quién la había encontrado primero, y todos reclamaban una recompensa. En 2005, la actriz eslovena Magdalena Mohar Jarc aseguraba que ella lo había descubierto antes, que fue a buscar a alguien para hacer una foto, pero que se le adelantó el matrimonio Simons, quienes le robaron el descubrimiento. Por si fuera poco, una suiza, Sandra Nemeth, también reclamaba el descubrimiento. Afirmaba que había discutido con los Simons y que había escupido sobre la momia para asegurarse de que su ADN quedaba en el cuerpo y podría probar que ella era quien lo descubrió.

Diferentes medios de comunicación se han hecho eco de estas muertes, como el periódico británico *The Guardian* o el alemán *Die Zeit*. Algunos incluso especulaban sin fundamento con la idea de que Ötzi era un chamán cuyo espíritu se estaba vengando después de que perturbaran su reposo tras una muerte cruel y dolorosa. Otros apuntan a que las historias de la maldición interesan porque crean expectación y suponen mayor número de visitantes para el museo donde están los restos del hombre de hielo, lo cual a su vez supone más turismo y más dinero para toda la región. De todos modos, rastreando los titulares de los periódicos, parece que fueron diferentes diarios austríacos y alemanes los que primero hablaron de una maldición en octubre de 2004. Empezaron a hacerlo justo tras la desaparición de Helmut Simon, cuando ni siquiera habían hallado su cuerpo. A partir de ahí el primero en hacer una lista de personas relacionadas con Ötzi que habrían sido víctimas de la supuesta maldición fue el diario alemán *Die Zeit*, concretamente en un artículo titulado «Der Fluch des Ötzi» (La maldición de Ötzi), publicado el 4 de enero de 2005.

Si hiciéramos caso a pies juntillas de las historias acerca de maldiciones asociadas a descubrimientos de tumbas o cuerpos parecería que la de arqueólogo es una auténtica profesión de riesgo. No obstante, los más escépticos hacen notar que las muertes se han producido, en la mayoría de los casos, muchos años después del descubrimiento de Ötzi, y que son achacables a causas perfectamente naturales, como enfermedades o accidentes que, como en el caso de alpinistas o aficionados a la escalada, son más probables por el peligro que conlleva una actividad de tales características. En cualquier caso, con o sin maldición, el valor arqueológico de Ötzi es incalculable, y merece la pena visitarlo por su propio valor histórico.

Los tres ejemplos que hemos abordado en estas páginas son buenos exponentes de cómo los descubrimientos arqueológicos asociados a momias se ven rodeados de un halo de misterio y de fascinación por su conexión, por un lado, con un pasado remoto que siempre nos parece cargado de incógnitas, enigmas y secretos de un mundo que fue y que de repente irrumpe en el nuestro. Por otro lado, no deja de existir un temor reverente, porque al fin y al cabo se trata de difuntos y para muchos es inevitable sentir que, de alguna forma, están llevando a cabo un acto de profanación. Estos temores son un excelente caldo de cultivo para que surjan en torno a estos descubrimientos relatos sobre maldiciones asociadas a momias y restos de los que nos precedieron. En las siguientes páginas seguiremos rebuscando en la historia; pero esta vez nos remontaremos a la Edad Media, donde la maldición fue un arma terrible proferida por los religiosos, monjes y sacerdotes, como un castigo fatal para los condenados.

¡Anatema!

Ya lo dijimos en el primer capítulo. Dentro del cristianismo también existe la maldición institucionalizada contra herejes y enemigos de la comunidad. Tal es el significado del anatema, aunque su origen real y lo que significaba en un principio son motivo de discusión entre eruditos. En el Antiguo Testamento, que alguien fuera «anatema» implicaba que estaba maldito por Dios y que debía ser exterminado, sacrificado como una ofrenda, entregado a la divinidad. En la actualidad, por el contrario, es sinónimo de excomunión. La excomunión, que puede ser decretada por cualquier obispo, implica la separación del excomulgado del resto de los fieles. El

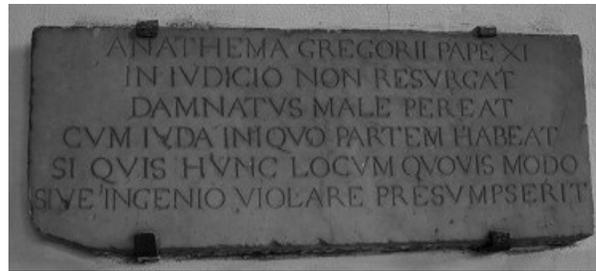
excomulgado es excluido de la comunión. No se le pueden administrar los sacramentos hasta que se arrepienta del pecado por el que recibió excomunión, ni puede ejercer ningún tipo de oficio religioso. Por tanto, el excomulgado es separado de la comunidad religiosa hasta que se arrepienta, hasta que sea reconciliado, utilizando términos eclesiásticos. En el anatema, sin embargo, la falta era más grave, y la pena también. El anatemizado era separado completamente de la comunidad, pero además era maldecido. El sujeto que era declarado anatema ya no estaba bajo la protección de la gracia divina y por lo tanto era abandonado a Satanás y a sufrir la «maldición de Judas Iscariote».

En el Concilio de Tours que tuvo lugar en 813 se increpaba a aquel que usurpara los bienes de la Iglesia para que recayera sobre él la maldición de Judas Iscariote: «[que] no sólo sea excomulgado, sino anatemizado, y que sea golpeado con la espada de los cielos». Golpeado con la espada de los cielos... Una imagen muy gráfica. El papa Celestino III, por su parte, usaba en sus decretales pontificias la expresión «deberá ser golpeado con la espada del anatema». Es evidente que no se trata sólo de una reprimenda. Al anatemizado se le desea que pague y sufra por sus delitos, que el cielo le golpee y le castigue por su ofensa.

La gravedad del anatema era tal que no bastaba con formularlo de palabra, debía realizarse mediante un ritual especial que únicamente podía llevar a cabo el papa. Ningún otro obispo tenía derecho a realizarlo. Dicha ceremonia estaba incluida en el Pontificale Romanum, el libro que contiene los rituales que pueden realizar el papa y los obispos, aunque ya no forma parte del mismo desde el Concilio Vaticano II. Para realizar la ceremonia de anatema, el pontífice vestía estola, amito y capa púrpuras, color que simboliza la penitencia. Se cubría con su mitra y portaba un cirio encendido. Le rodeaban doce sacerdotes con sobrepelliz que llevaban cada uno un cirio encendido. El papa se sentaba frente al altar y, tras indicar los motivos por los que se condenaba al culpable, pronunciaba el anatema:

«Por lo tanto, en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y de todos los santos, en virtud del poder que nos ha sido otorgado de atar y desatar, en el Cielo y la Tierra, privamos a (Nombre) mismo y a todos sus cómplices y quienes le presten ayuda, de la Comunión del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor, lo separamos de la sociedad de todos los cristianos, lo excluimos del seno de nuestra Santa Madre la Iglesia, en el Cielo y en la Tierra, lo declaramos excomulgado y anatemizado, y lo juzgamos condenado al fuego eterno con Satanás y sus ángeles y todos los réprobos, mientras no rompa las cadenas del demonio, haga penitencia y satisfaga a la Iglesia; lo enviamos a Satanás para que mortifique su cuerpo, mas que su alma pueda ser salvada el día del Juicio».

Los sacerdotes responden: «Fiat, fiat, fiat» («Que así sea»). Tanto el pontífice como los sacerdotes arrojan entonces sus cirios encendidos al suelo. Después se procedía a enviar cartas a todos los sacerdotes y obispos próximos al anatemizado manifestando el motivo de la excomunión para que no tuvieran contacto con él. Es interesante subrayar el hecho de que en la última frase de la condena el sujeto es abandonado a Satanás «para que mortifique su cuerpo». El carácter de «maldito» del anatemizado queda claro en estas palabras de Benedicto XIV (1740-1758) en el Sínodo Diocesano X: «El que ose despreciar nuestra decisión, que sea golpeado con anatema maranatha, es decir, que sea maldito en la venida del Señor y que tenga su lugar con Judas Iscariote, él y sus compañeros. Amén».



Inscripción que registra un anatema que se atribuye al papa Gregorio XI en la ciudad italiana de Agnano.
© «Villa di agnano, lapide gregorio XI» de I. Sailko, publicada bajo licencia CC BY 2.5 vía Wikimedia Commons

La piedra maldita de Carlisle

Vamos en busca de una de estas maldiciones, la maldición de un obispo medieval que tiene en vilo a una ciudad en pleno siglo XXI. Viajamos en esta ocasión a Inglaterra para visitar la ciudad de Carlisle, capital del condado de Cumbria, en la frontera con Escocia. De hecho, la ciudad nació al amparo de un asentamiento romano, de una fortaleza que formaba parte del famoso muro de Adriano que vigilaba los límites con las tierras de los hombres del norte y los guerreros pictos. Los romanos la llamaron Luguvalium, latinizando el nombre que le daban los nativos y que significa «fuerza de Lug». Lug, ese heroico dios solar celta que da nombre también a nuestra Lugo. La fortaleza dio lugar al castillo que protegía a la región de las incursiones de los escoceses.

Carlisle es un centro industrial pero también uno de los principales objetivos del turismo en medio de una tierra cargada de historia y desde la que es fácil organizar expediciones a Newcastle, Escocia o West Cumbria, auténticos paraísos para los amantes del pasado y de los monumentos con solera. Hay que detenerse para hacer una visita obligada a la catedral, de estilo gótico y normando, al Museo Guildhall y a la curiosa edificación conocida como The Citadel, la Ciudadela. No podemos dejar de visitar tampoco la fortaleza, el castillo de Carlisle, hoy convertido en museo.

Después nos dirigimos a la Galería Millenium, que queda muy cerca del castillo. Allí, en un pasillo subterráneo que une el castillo con el Museo Tullie House, podremos contemplar una curiosa piedra de granito en la que está grabada una extensísima inscripción. Se la conoce como la piedra de la maldición. Y es nuestro objetivo en esta ruta. Hay exactamente 383 palabras escritas sobre la piedra, y son parte de un texto más largo, de 1069 palabras. Se trata de una maldición que Gavin Dunbar, obispo de Glasgow, lanzó en 1525 «contra los que osaran saquear, destruir o robar en sus territorios». Dicen que es la maldición más larga de la historia. Iba dirigida a los Reaver (rateros), un grupo de clanes y familias del norte, procedentes de más allá de la frontera, que vivían del pillaje y del robo, saqueando impunemente los territorios de limítrofes. Muchas familias actuales de Carlisle, incluido el propio artista que diseñó el monumento, son descendientes de alguno de estos clanes. El texto de la maldición fue recogido en varias obras y el obispo ordenó que se leyera en todas las iglesias de la frontera con el título de «Advertencia de maldición».

El estilo de la maldición recuerda mucho al de las maldiciones que se encuentran en las tablillas grecorromanas. En las imprecaciones de la misma el obispo maldice cada parte del cuerpo de los bandidos, con una saña y una ferocidad terribles. Se les desea todo tipo de males físicos, pero además se los condena al fuego eterno. He aquí un fragmento de la maldición, que no tiene desperdicio, y es un claro ejemplo de cómo un sacerdote puede usar la maldición de la forma más terrible como acto de venganza y de justicia divina (la maldición completa puede leerse en un apéndice al final de este libro):

Yo maldigo su cabeza y todos los cabellos de su cabeza. Maldigo su cara, su cerebro (sus más íntimos pensamientos), su boca, su nariz, su lengua, sus dientes, su frente, sus hombros, su pecho, su corazón, su estómago, su espalda, su vientre, sus brazos, sus piernas, sus manos, sus pies, y cada parte de su cuerpo, desde la parte superior de su cabeza hasta la planta de sus pies, delante y detrás, dentro y fuera...

Que se abra la tierra, que les divida y se abra bajo ellos, y que se los trague y los lleve directos al infierno, como se tragó a los maldecidos Datán y Abiram, que desobedecieron a Moisés y el mandato de Dios...

Y, por último, les condeno a perpetuidad al profundo abismo del infierno, a permanecer allí con Lucifer y con todos sus compañeros, y que sus cuerpos penden en el patíbulo de la horca sobre los páramos; primero que sean colgados, luego destrozados y arrastrados por perros, cerdos, y todas las bestias salvajes abominables del mundo...

La piedra está allí desde el año 2001 como conmemoración de la entrada en el nuevo milenio, al final de un camino de unos ochenta metros donde están inscritos los nombres de las familias Reaver malditas por el obispo. Fue un encargo que el Ayuntamiento de la ciudad hizo al artista Gordon Young, que nació en la localidad y es muy popular en Gran Bretaña. Young, descendiente de una de las familias malditas por el obispo, diseñó esta escultura, y Andy Altman fue el encargado de realizarla. Su forma es la de una gran piedra de catorce toneladas y unos dos metros y medio de diámetro sobre la que se grabó parte de la maldición del obispo de Glasgow. Enseguida se convirtió en una de las principales atracciones del museo. El problema es que a partir de ese año la ciudad empezó a experimentar una serie de problemas y desastres que muchos atribuyen al siniestro poder de la maldición inscrita en la piedra, que según ellos alcanza a todo Carlisle.

El proyecto fue problemático desde un primer momento. Primero por el coste, que ascendió a 10.000 libras esterlinas; y segundo porque algunos grupos lo vieron como una especie de monumento pagano. En 1998, algunos grupos evangelistas calificaron el monumento de «santuario para la adoración del diablo», y se manifestaron en contra del mismo tratando de impedir que se realizara. De entre estos grupos empezaron a surgir algunos que afirmaban que la mala racha que estaba sufriendo la ciudad se debía a la maldición inscrita en la piedra. De hecho, el mismo año que la piedra fue erigida, 2001, hubo un brote de fiebre aftosa. Aquello adquirió dimensiones de plaga y casi acaba con todo el ganado porcino y bovino de la región, además de tener como efecto secundario un descenso en el número de turistas que por miedo dejaron de visitar la ciudad. Los más escépticos recordaron que ya hubo otro brote aún más virulento en 1967, y que había sido casualidad que este brote surgiera poco después de que se colocara la piedra. Pero muchos se alarmaron.

Poco después un incendio de grandes dimensiones afectó a uno de los edificios de la ciudad y requirió la asistencia de todos los bomberos de la localidad. Por supuesto, pronto se responsabilizó a la maldición escrita sobre la piedra. A esto le siguió el cierre de varias fábricas,

lo cual hizo subir de forma alarmante los índices de paro de la ciudad. Hasta seiscientas personas fueron despedidas. Más adelante se produjo el asesinato de un niño, un crimen terrible que conmocionó a todos los vecinos de Carlisle. En enero de 2004, una serie de inundaciones no sólo arrasaron las calles y parques de la ciudad, sino que destruyeron también la mayor parte de los cultivos vecinos y ocasionaron tres muertos, algo que no había ocurrido desde 1882. Una de las fotos de la inundación publicada en los periódicos es impresionante. Se ve a alguien llevando a una anciana en barca por entre las calles anegadas de la ciudad. Hasta la mala racha del equipo local de fútbol, el Carlisle United, que no conseguía meter ni un solo gol y descendió de forma imprevista de categoría, se ha achacado a la maldición.

La piedra de la discordia

La situación era tal que en febrero de 2005 el concejal Jim Tootle, del Partido Demócrata Liberal, sumándose a las quejas de los evangelistas, afirmó que desde que la colocación de piedra los desastres se había cebado con la ciudad. Para colmo, poco después un enorme incendio en una panadería mantuvo en vilo a los setenta bomberos de la localidad. Fue entonces cuando el concejal propuso que la piedra fuera destruida, o al menos trasladada fuera de los límites de la ciudad. Los periódicos británicos pronto se hicieron eco de lo que estaba pasando en Carlisle y, como era de esperar, saltó a los medios lo más variopinto de la sociedad. Uno de los que acaparó la atención fue Kevin Carlyon, que en su momento se autoproclamó «Sumo Sacerdote de todos los Brujos Blancos Británicos», además de arrogarse el título de, nada más y nada menos, «Dios viviente de todos los brujos». Carlyon declaró que mover la piedra o destruirla sólo contribuiría a hacer la maldición más poderosa. «Una maldición sólo funciona si la gente cree en ella. Por el momento, creo que la piedra es buena y es un trozo de historia, pero si el Ayuntamiento la destruye demostrará que cree en la maldición», declaró.

El autor de la obra, visiblemente molesto, también se manifestó al respecto, y comparó la propuesta de destruir la escultura con la destrucción de las estatuas de Buda en Afganistán por parte de los talibanes. A los que achacaban un poder maligno a la piedra les espetó que si creyera que la piedra ocasionaba algún mal a la ciudad o a su equipo de fútbol, él mismo la destruiría con sus propias manos. Incluso el arzobispo católico de Glasgow, Mario Conti, se ofreció para mediar entre las partes en litigio. El propio obispo de Carlisle, el reverendo Graham Dow, pidió a Conti que levantara de forma oficial la maldición que pesaba sobre las familias de Carlisle y que bendijera la piedra para exorcizar su nefasto poder.

El 2 de marzo, el concejal Tootle hizo las siguientes declaraciones al periódico *The Times*: «En vista de lo sucedido desde la puesta en marcha del proyecto Milenio, han ocurrido varios desastres que han alcanzado proporciones bíblicas, como la plaga de fiebre aftosa, la inundación y muchos otros incidentes que han traído todo tipo de pérdidas y daños. Muchos grupos e individuos alertaron al Ayuntamiento de que la instalación de un artefacto no cristiano, basado en una antigua maldición contra las familias de la región, traería mala suerte a la ciudad. Esto ya se ha cumplido, y por lo tanto propongo que el Ayuntamiento apoye esta moción de retirar la piedra, encarnación física de la maldición que pesa sobre las familias de la región».

Finalmente, el 8 de marzo de ese mismo año se celebró un pleno del Ayuntamiento para dirimir la cuestión. La propuesta de Tootle fue rechazada. El alcalde, Mike Michelson, se opuso desde un principio a la solicitud de mover la piedra, ya que era un gasto innecesario y considerable para las arcas del consistorio; nada menos que unas 5.700 libras esterlinas. Tras el pleno, declaró a la BBC: «La gente de Carlisle ha demostrado que sabe tomar decisiones racionales».

Por si fuera poco embrollo, incluso el popular mentalista israelí Uri Geller, que de un tiempo a esta parte vive en el pueblo de Sonning-on-Thames, en Inglaterra, se ofreció para contribuir a levantar la maldición de Carlisle. ¿Cómo? Pues sugiriendo que sacaran la piedra de allí y la recolocaran en su jardín, donde podría exorcizarla convenientemente, ya que, asegura, hay en él un antiguo centro curativo. Una vez instalada en su jardín, usaría su péndulo para limpiar la piedra y expulsar las fuerzas malignas causantes de su maldición. Muchos de los vecinos del mentalista se manifestaron abiertamente en contra de que la piedra fuera trasladada a su localidad. Por cierto, el concejal Tootle murió en el 2011 de un paro cardíaco que algunos han calificado de «sospechoso».

Al día siguiente del pleno, el 9 de marzo de 2005, se publicó un artículo en el diario *The Guardian* que llevaba por título «They're doomed!» (¡Están malditos!). En él, su autor recogía testimonios de gente que estaba a favor de que retiraran la piedra y que creía a pies juntillas en la maldición. Una de estas personas era la editora de la revista evangelista *Bound Together* («Unidos»), Leslie Irving, que por entonces tenía cincuenta y dos años. De sus declaraciones se desprende que muchos se toman muy pero que muy en serio el tema de la maldición: «La piedra fue creada para atraer a los turistas; pero ¿qué fue lo que atrajo realmente? Hace unos años degollaron a un bebé en los brazos de su madre en el centro de la ciudad; el hombre que creó el proyecto, murió. El hombre que se opuso al proyecto, murió. El único cristiano de alto rango que habló del tema, el obispo de Lancaster, murió. El arzobispo de Glasgow, murió. Dormitábamos tranquilos en una pequeña ciudad en las tierras fronterizas y mira lo que nos ha pasado en los últimos cinco años. Se han perdido vidas, ha habido destrucción y agitación». La señora Irving también dice que la piedra podría fácilmente convertirse en el foco de rituales satánicos. Por otra parte, su amigo Kevin Davies, vicario de Scotby, afirmaba: «La piedra es un arma letal. Su violencia espiritual actuará como un cáncer».

Como vemos, hay gente en Carlisle que no se toma el tema de la maldición a broma. Y la población en general, ¿qué piensa de todo esto? En pleno apogeo de esta guerra dialéctica entre los que decían que había que destruir la piedra o alejarla del lugar y aquellos que decían que las desgracias eran casuales y que todo era mera superstición, la prensa local afirmaba que los habitantes de Carlisle estaban divididos. La mitad no creía en la maldición y la otra mitad se mostraba temerosa de ella. Muchos, de todas las edades, se niegan a tocar la piedra, convencidos de que es algo maligno. Otros no lo hacen «por si acaso». Para los que creen que la maldición es real, tocar la piedra equivale a quedar maldito por ella. De momento la piedra del mal, como la llaman, continúa allí, y es una de las principales atracciones para los turistas que visitan Carlisle.

La maldición de la piedra de Carlisle resulta interesante por varias razones. Desde el punto de vista histórico, es un ejemplo clarísimo de cómo los anatemas y las maldiciones eran un arma corriente en la Edad Media utilizada por los eclesiásticos para contener a herejes o criminales. Por otra parte, el parecido con el lenguaje y las fórmulas utilizadas en las maldiciones del mundo

pagano, aquellas que encontrábamos en las defixio y en las tablillas de maldición de griegos y romanos, es más que sorprendente. Es evidente que es una tradición ininterrumpida. Y por último, además de los aspectos antropológicos e históricos, resulta muy interesante desde el punto de vista sociológico.

No deja de sorprender cómo algo así tiene en vilo a una ciudad entera hasta el punto de que el asunto llegue hasta los plenos y reuniones del Ayuntamiento. La piedra de Carlisle es un objeto que liga el presente con nuestro pasado más oscuro y remoto. Aquellos que creen en la maldición tratan la piedra como si una enorme defixio, como las tablillas de plomo en las que griegos y romanos grababan las maldiciones; donde se fijaba la palabra, la mala palabra. Al igual que una tablilla de plomo en la que se ha fijado mediante la escritura una maldición para los que creen en su maligno poder, la piedra de Carlisle es un objeto en el que se ha fijado el poder maléfico de la imprecación, del maleficio. Mientras, los visitantes y los locales siguen pasando a su lado, los unos mirándola con recelo, los otros haciéndose la foto de turno al lado de la piedra, pero los más sin tocarla... por si acaso.

Otras maldiciones eclesiásticas

En un capítulo anterior viajábamos hasta Valladolid para visitar la silla del diablo que inspiraba a aquel bachiller obsesionado con las disecciones. Regresamos ahora de nuevo para comprobar que no hace falta irse hasta Inglaterra para encontrarnos con una maldición histórica perpetrada por religiosos. Viajamos ahora hasta al Valladolid del siglo XIX. En 1836 y 1837 Juan de Dios Álvarez Mendizábal, ministro de la reina regente María Cristina de Borbón, promueve la famosa desamortización de Mendizábal. Esta controvertida medida consistía en la expropiación de tierras que hasta entonces no se podían vender, ceder o enajenar en manos de la Iglesia católica y de las órdenes religiosas. Se pretendía de este modo que tierras que no estaban produciendo pudieran ser explotadas. Pero eso implicaba la expropiación de muchos bienes eclesiásticos; y la Iglesia optó por excomulgar tanto a los expropiadores como a aquellos que pujaran para comprar los terrenos desamortizados.

Dicha desamortización también llegó a Valladolid y, en particular, afectó a los frailes franciscanos que ocupaban un convento que daba a la plaza Mayor y que había sido construido a mediados del siglo XIII. El antiguo convento iba a ser demolido y tenían que abandonar inmediatamente el edificio, que ocupaba poco menos de treinta mil metros cuadrados. La demolición comenzó el 1 de febrero de 1837, y los terrenos se utilizaron, años después, para edificar el teatro Zorrilla. Los monjes, encolerizados por tener que abandonar el que había sido su convento durante seis siglos, lanzaron una maldición terrible: «El día en que se llene el teatro, éste arderá en una desastrosa tragedia que nadie podrá remediar». De esa manera, el teatro habría quedado maldito para siempre. El historiador Nacho Ares, que ha estudiado de cerca el asunto de la maldición, dio con «un dato mucho más escalofriante»: «El inmueble estaba levantado sobre el patio principal del convento, ante la iglesia del mismo, lugar en donde desde 1578 los piadosos frailes enterraban a los ajusticiados que eran ejecutados para escarnio público en los caminos».

Y de hecho, desde que se inauguró el teatro, y aun después de que se convirtiera también en cine, era costumbre no vender ciertas butacas para que el aforo nunca estuviera lleno... por si acaso.



El teatro Zorrilla de Valladolid, edificado sobre el antiguo monasterio franciscano. Los monjes lanzaron una maldición sobre dicho teatro cuando fueron obligados a abandonar el monasterio tras la desamortización de Mendizábal.

© Javier Arries

La maldición de Lokrum

No es un caso único. Nacho Ares recuerda en su obra otra maldición eclesiástica lanzada en esta ocasión por los monjes benedictinos que desde 1023 se habían asentado en un monasterio en la isla de Lacroma o Lokrum, una pequeña isla en el Adriático de apenas dos kilómetros de longitud en Dalmacia, muy cerca de Dubrovnik, en Croacia. En la isla, de apenas 0,8 kilómetros cuadrados de superficie, todo iba bien para la comunidad religiosa hasta que en 1806 el general francés Marmont, a las órdenes de Napoleón, quiso construir una fortaleza y los benedictinos fueron expulsados.

Los hermanos abandonaron el lugar, no sin antes lanzar una maldición sobre la isla que decretaba un mal fin a quien se atreviera a apropiarse de la isla y establecer allí su morada. Y lo hicieron a conciencia. Celebraron una última misa en la iglesia de Santa María, se pusieron sus hábitos encapuchados y en fila de a uno circunvalaron la isla llevando campana, libro y vela para lanzar la maldición de manera solemne. En el punto álgido, pusieron bocabajo sus velas y las apagaron contra el suelo en un ritual que seguro nos recuerda al del anatema que ya descubrimos algunas páginas atrás. Hasta tres veces circunvalaron de este modo la isla cantando la imprecación: «¡Todo aquel que reclame Lokrum para sus propios intereses será condenado!». El ritual les llevó toda la noche; por la mañana, agotados, abandonaron definitivamente la isla. Los franceses construyeron entonces su «Fort Royal» en el punto más elevado de la isla, una fortaleza situada en un lugar privilegiado desde el punto de vista estratégico.

Dice la leyenda que la orden de abandonar la isla les fue comunicada a los monjes a través de tres aristócratas de Dubrovnik a los que el general francés encargó dicha misión. Pues bien, poco después de que los frailes abandonaran la isla uno de estos portavoces del general saltó por una ventana, otro se ahogó en el mar y el tercero fue asesinado por un criado. Ellos habrían sido

las tres primeras víctimas de la maldición. El siguiente propietario de la isla fue el capitán Tomašević, un hombre extraordinariamente rico que se arruinó poco después de adquirir la isla. De modo que la tuvo que revender. Y el comprador fue el archiduque Maximiliano, el hermano pequeño del emperador Francisco José I de Austria.

A partir de ese momento hay una larga lista de grandes personalidades de los Habsburgo que habrían vivido en la isla y que acabaron sus días trágicamente. El emperador Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena construyó allí una residencia de verano haciendo caso omiso de la maldición, hasta que el destino le llevó a México, donde fue coronado emperador y encontró la muerte, fusilado por los rebeldes del general Juárez, el 19 de junio de 1867. Cuenta la leyenda que Maximiliano grabó en la isla un corazón con sus iniciales y las de su amada esposa, Carlota Amalia. Pero lo hizo sobre un gigantesco y viejo roble al lado del palacio que mandó construir, un roble sagrado que había sido usado desde el siglo XIV para reunir a los integrantes del Senado de Dubrovnik. Si atendemos a una leyenda romántica, un rayo cayó sobre el viejo roble y borró las iniciales de los consortes, dejando sólo el corazón, lo cual fue interpretado como un mal augurio.

La siguiente víctima fue Luis II de Baviera, que murió ahogado el 13 de junio de 1886 en el lago de Starnberg. A éste le siguió el archiduque Rodolfo de Habsburgo, que enseguida quedó prendado de la isla, adonde viajó con su mujer Estefanía para pasar con ella la luna de miel. El emperador, no obstante, murió a los treinta años de forma trágica el 30 de enero de 1889 junto con su amante la baronesa María Vetsara en lo que parece que fue un suicidio pactado. Su madre, Isabel de Baviera, la conocida emperatriz Sissi, quiso deshacerse de la isla maldita. Antes de partir a Corfú se la ofreció a los benedictinos, esperando que éstos levantaran la maldición; pero se negaron. Finalmente, se la ofreció a los dominicos de Dubrovnik con la condición de que los Habsburgo pudieran recomprarla si lo deseaban.

Parecía que los Habsburgo se habían librado de la fatídica isla cuando ésta fue puesta a subasta y la princesa Isabel Windischgratz, hija de Rodolfo, el heredero al trono, convenció a éste para que la comprara. De esa manera, el 1 de octubre de 1879, volvió a ser propiedad de los Habsburgo. El 27 de mayo de 1888 la isla se registró a su nombre. Diez años después, el 10 de septiembre de 1898, su abuela la emperatriz Sissi moría a manos de un anarquista italiano que la apuñaló en el corazón con un estilete. Otra víctima de la maldición habría sido el Archiduque Francisco Fernando de Austria, asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914, magnicidio que fue el detonante de la primera guerra mundial.

Hoy por hoy Lokrum es un parada más para los turistas que visitan Dubrovnik, que disfrutan de las atracciones de la isla, de su paisaje, de su lago salado, sus cuevas, del jardín botánico creado por los Habsburgo con todo tipo de especies exóticas, del antiguo monasterio donde ahora hay un restaurante y del fuerte francés en la cima de la isla. Incluso tiene su propia playa nudista y senderos que permiten recorrerla en agradables paseos. La maldición es apenas un reclamo turístico más que añade cierto toque de misterio y magia a este enclave que para los visitantes es un paraíso terrenal, pero que muchas personas mayores de Dubrovnik miran con cierto recelo supersticioso. Y es que, y muchos se fijan en este detalle, no se permite pernoctar a los visitantes, y el último barco sale antes de ponerse el sol. Diríase que aún se teme a la maldición de los benedictinos.



La isla de Lokrum fue maldecida por sus antiguos moradores, los monjes benedictinos.

Baloncici/Shutterstock

La diosa de la muerte y el jarrón de Bassano

Vamos a concluir este capítulo con dos objetos malditos a los que se ha achacado todo tipo de muertes y desgracias. El primero es una estatuilla de aquellas que en el Neolítico representaban a diosas de la fertilidad, pequeños ídolos dedicados a una divinidad que es madre y tumba a la vez, porque la tierra es un útero fértil de cuyo seno nace todo, pero también es la tumba a la que regresa todo aquello que un día surgió de ella.

La figurita de la que hablamos ahora es una estatuilla tallada en piedra caliza. Representa a alguna deidad femenina con los brazos en cruz y la cabeza en forma de falo. Fue encontrada en 1878 en Lemb, o Lemba, en la isla de Chipre. Ha sido datada en torno al 3500 a. C. y pertenecería al calcolítico, un período de transición entre la Edad de la Piedra pulimentada y la Edad del Bronce. Se la conoce como «la mujer de Lemb», y sería una imagen de alguna diosa de la fertilidad. Sus caderas están muy marcadas, así como sus atributos sexuales, algo muy corriente en las representaciones de las diosas de la fecundidad y la abundancia. Sin embargo, según un texto de internet copiado y pegado hasta la saciedad en multitud de páginas web, le habrían dado el sobrenombre de «La Diosa de la Muerte». Y es que, a decir de ese mismo texto, sus propietarios y las familias de éstos mueren al poco tiempo de hacerse con ella. Vamos a examinar lo que se dice de ella.

La estatuilla habría sido encontrada en 1878, y su primer propietario habría sido un tal lord Elphont. La familia de lord Elphont la componían siete miembros. Todos ellos morirían dentro de los seis años posteriores al momento en que la estatuilla formó parte del patrimonio familiar. El mortífero ídolo habría pasado después a las manos de Ivor Manucci. Tanto él como su familia fueron muriendo en los cuatro años que transcurrieron desde el momento en que se hizo con la imagen de la diosa. Después habría pasado a ser propiedad de lord Thompson-Noel. Y sí, efectivamente, tanto él como su familia habrían muerto poco después. Durante un tiempo se pierde la pista de esta mortífera pieza arqueológica hasta que llega a manos de sir Alan Biverbrook. Poco después su esposa y dos de sus hijas murieron. Aún le quedaban dos hijas con vida, y antes de que la muerte se las llevara también a ellas, Biverbrook decidió donarla al Royal Scottish Museum de Edimburgo, en Escocia, donde se dice que está expuesta detrás de una vitrina de

crystal. El responsable de la sección del museo donde se expuso la estatuilla enfermó y murió. Pese a todo, los trabajadores del museo no creen que esté maldita ni que las defunciones hayan tenido que ver con la «Diosa de la Muerte».

Después de examinarla con cierto detenimiento, concluimos que se trata de una historia muy sospechosa. No he conseguido encontrar referencias de los personajes mencionados, salvo, evidentemente, en aquellos lugares donde se menciona la maldición de la estatuilla y que, como ya digo, se copian unos a otros sin plantearse la veracidad de los datos. Todos los textos que he encontrado reproducen lo mismo una y otra vez con muy pocas variantes. En Chipre se han encontrado muchas estatuillas femeninas cruciformes. La foto que suele acompañar a dichos textos es una versión en blanco y negro de una a color y cuyos derechos son del Museo Arqueológico de Chipre, no del Museo Real de Escocia. Corresponde a una figurita de 36 cm conocida como la mujer de Lemba-Lakkous. Es descrita como un «recipiente de piedra de Chirokoitia con decoración en relieve del período Neolítico Acerámico I»; y está datada a mediados del tercer milenio a. C.

Fue descubierta, eso sí, durante unas excavaciones en Lempa, en Chipre, en una especie de templo dedicado al culto de los muertos. De modo que efectivamente el ídolo existe, pero parece que no está en Edimburgo, sino en Chipre, en el Museo Arqueológico, catalogada como la pieza LL54. El ídolo es famoso en la isla, donde se lo conoce como Yialia, y los artistas y artesanos locales lo copian hasta la saciedad, ya que es un referente icónico de la región de Lemba y de todos los lugareños; lejos de ser una diosa de la muerte, representa la vida y la fertilidad. Aunque sí es cierto que el departamento de arqueología de la Universidad de Edimburgo realiza excavaciones en la zona desde 1976, no hemos encontrado ni rastro de los supuestos dueños ingleses o escoceses de la misma. Y no parece haber salido jamás de Chipre. Desde mi punto de vista, estamos ante un buen ejemplo de cómo se ha fabricado una historia a partir de la foto de un descubrimiento arqueológico real. Tampoco deja de ser interesante estudiar cómo se fabrica una historia y nos recuerda la necesidad de no dar nada por sentado sólo porque aparece publicado en muchos sitios y todo el mundo lo repite.

Un jarrón asesino

Otra historia muy sospechosa es la del llamado jarrón de Bassano, nuestro siguiente objeto histórico presuntamente maldito. Bassano del Grappa es un municipio italiano próximo a Venecia, en el norte de Italia. Es una localidad famosa por sus cerámicas, y sus jarrones son muy populares. Uno de estos jarrones, fabricado hacia la mitad del siglo XV, pero no en cerámica, sino tallado en plata, es el protagonista de una historia que pertenece al folclore de la región. Habría sido creado por un artesano como regalo de boda para una joven de un pueblecito más al sur, cerca de Nápoles. Desgraciadamente, la muchacha murió en su noche de bodas, no se sabe si de muerte natural o asesinada. Pero lo que sí se dice es que la pobre novia expiró aferrada al jarrón, que apretaba entre sus brazos. El jarrón habría ido pasando de un miembro de la familia a otro, pero los desgraciados que lo recibían acababan muriendo, hasta que alguien, un sacerdote, decidió que por el bien de todos lo mejor era meterlo en una caja y ocultarlo enterrándolo donde nadie pudiera encontrarlo.

El jarrón permaneció fuera del alcance de todos hasta que en 1988 alguien lo desenterró. Dentro había un trozo de pergamino. En él estaba escrita una terrible advertencia: «¡Ten cuidado... Este jarrón trae la muerte». El jarrón fue puesto a la venta en pública subasta. Su comprador fue un farmacéutico local que pagó cuatro millones de liras por él. El caso es que, tres meses después, el desdichado falleció, y su familia, atemorizada por la maldición, se lo vendió a su vez a un conocido cirujano que consideraba que las historias en torno al jarrón eran meras supersticiones sin fundamento. Dos meses más tarde, el médico moría a la prematura edad de treinta y siete años.

No pasó mucho tiempo antes de que fuera revendido. En esta ocasión un arqueólogo y coleccionista reconoció en él un objeto del Renacimiento y deseó adquirirlo para añadirlo a su colección privada. Pagó por él cinco millones de liras. A los tres meses de la compra, una misteriosa infección acababa con su vida. La familia del cirujano, temiendo más muertes, intentó venderlo a su vez para deshacerse de él. Sin embargo, no encontraban un comprador dispuesto a pagar la misma cantidad que había pagado el arqueólogo, de modo que lo malvendieron a un precio mucho más bajo. El nuevo propietario pagó poco dinero por él, sí, una ganga; pero aun así hizo mal negocio. Murió apenas transcurrido un mes después de adquirirlo. Ahora todo el mundo tenía claro que el jarrón estaba maldito y que traía la muerte a su dueño. En un arrebato fue arrojado por la ventana con tan mala suerte que casi golpea en la cabeza a un policía que pasaba por allí.

El incidente se solucionó con una multa. Los familiares del último propietario aceptaron gustosos la multa, pero se negaron a recoger el jarrón. Preferían que los arrestasen a que el objeto maligno volviera a la casa. La policía intentó donarlo a algún museo, pero la fama del jarrón era tal que ninguna institución lo quería. Al final, la policía optó por enterrarlo y por no revelar bajo ningún concepto el lugar donde está oculto. Algunos sugieren que fue encerrado en un ataúd de plomo y enterrado en un antiguo cementerio con la esperanza de que nadie cave allí y de que el jarrón asesino, liberado de su prisión, vuelva a actuar.

Esta historia podría ser una leyenda local. Lo que está claro es que es difícilmente verificable. No tenemos el nombre de ninguna localidad, ni de ninguno de los protagonistas. El texto sobre el jarrón de Bassano circula por internet, donde al igual que el de la historia de «la diosa de la muerte», ha sido copiado hasta la saciedad. Le suele acompañar una foto en blanco y negro de un jarrón en el que se leen las siguientes frases: «*Muzej nije htio!*» y «*Basano: vaza koja nosl smrt?*». Por lo que he podido averiguar, es serbio y se pueden traducir como: «¡Los museos no lo quieren!» y «Basano: ¿el jarrón que mata?». Por el tipo de viñeta que aparece en esta última frase, todo apunta a que se trata de un fragmento de un periódico o de una revista serbios. Ésa es la única pista que de momento hemos podido encontrar sobre el jarrón asesino.

DEMONIOS Y SOMBRAS

Vamos a tratar en este capítulo sobre objetos que supuestamente están bajo la influencia de un espíritu, alguno de ellos de carácter demoníaco. En algunos casos se cree que son incluso la morada de una entidad más o menos maléfica. Suelen ser objetos con una reputación bastante siniestra. Quizá el caso más «amable» de entre todos los objetos de esta categoría sea el de las calaveras aulladoras, que sólo actúan cuando se intenta cambiarlas de sitio, pero que permanecen «tranquilas» si se las deja en paz en sus lugares de reposo. En el resto de casos los objetos supuestamente asociados a entidades son tenidos por muy peligrosos. En las páginas siguientes vamos a conocer algunos de ellos.

La caja *dybbuk*

Hace poco menos de tres años, concretamente el 7 de septiembre de 2012, se estrenó en España una película singular. Trataba el tema de la posesión demoníaca, pero desde un punto de vista ciertamente novedoso, el de la tradición hebrea. El ente que aparece en este film es un *dybbuk*, un demonio descarnado encerrado en una caja de origen judío y que busca desesperadamente un cuerpo y una mente a la que dominar, en los que habitar. No hay aquí sacerdotes exorcistas combatiendo contra el príncipe de las tinieblas. Éste es territorio de rabinos expertos en la Cábala y en un conocimiento oculto y terrible que se transmite de maestros a iniciados. Seguro que muchos lectores lo recuerdan. Su título era *The Possession (El origen del mal)*, de Sam Raimi, director al que los aficionados al género conocerán por su inefable *Posesión infernal* (2013).

En realidad, hay un precedente y ésta no es la primera película en abordar el tema de la posesión desde el punto de vista judío. Los amantes del cine de terror pudimos ver una película estadounidense del año 2009 titulada *The Unborn*, estrenada en España como *La semilla del mal*. En ella el *dybbuk*, un alma desencarnada expulsada del cielo, busca un cuerpo para reencarnarse. Pero lo cierto es que *The Possession* tuvo mucha mayor repercusión. En esta última el protagonista compra una extraña caja de madera con caracteres hebreos en un mercadillo de segunda mano y su hija Em se obsesiona peligrosamente con ella. Extraños fenómenos paranormales irrumpen en la vida de la familia, y empiezan a sospechar que la caja contenía algo maldito, algo maligno que ha sido liberado y se está apoderando de la pequeña. Investigan la procedencia de aquel raro cofre y acaban averiguando que el objeto había sido construido para atrapar en su interior a un *dybbuk*, un espíritu maligno que según la tradición judía busca un huésped humano para poseerlo y consumirlo hasta la muerte.

Pero más que el hecho de que el film aborde el tema de la posesión desde un punto de vista poco convencional en el cine, lo realmente singular es que el argumento de este film está basado en un hecho real. Y es que la caja *dybbuk* ¡existe!

En 2004 un anuncio en eBay llamó la atención de internautas de todo el mundo. El artículo que se ponía a la venta era un pequeño mueble de origen judío. En realidad, era una caja de madera para guardar vinos. Pero había algo más. El título del anuncio decía que la caja estaba hechizada, que era la morada de un *dybbuk*, un demonio. Quien ponía a la venta el extraño objeto era un escritor llamado Kevin Mannis, dueño de una pequeña empresa de antigüedades y restauración en Portland, Oregón. Al anuncio le acompañaban una serie de fotos. En la parte trasera de la caja se leía, escrito en hebreo, el *Shemá*, שמע, una célebre oración judía, una plegaria que se recita una vez en las oraciones de la madrugada y otra en las de la tarde. El *Shemá* proclama la creencia en un solo Dios del pueblo israelita: «Shemá Yisrael, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad» (¡Escucha, oh, Israel! El Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno). También es una oración que se recita en momentos de tribulación y miedo, por ejemplo, cuando ronda la muerte. ¿Qué hacía inscrita una oración así en una caja como aquella?

Las dimensiones de la caja son de 31,75 cm x 19,05 cm x 41,27 cm; y en el interior de la misma se encontraron una serie de objetos bastante extraños: un mechón de pelo castaño y otro de pelo rubio atados ambos con sendas cuerdas; un capullo de rosa seco; una copa de oro; dos monedas estadounidenses de un centavo, una de 1925 y otra de 1928; una vela; un extraño candelabro de hierro negro fundido con patas de pulpo; y una pequeña losa de granito donde estaba grabada en letras rojas la palabra «Shalom», שלום, Paz. Eso es lo que se podía ver dentro de la caja, porque al parecer, según Mannis, había algo más, algo invisible y siniestro. Si las imágenes de la caja y de los objetos que contenía eran intrigantes, lo realmente sorprendente era el texto que las acompañaba. En dicho texto Mannis contaba la historia de cómo había conseguido tan singular objeto y los extraños sucesos, algunos realmente terroríficos, que le habían ocurrido desde que estaba en su poder.

El vendedor, Kevin Mannis, afirmaba que en septiembre de 2001 había asistido a una venta en su ciudad, Portland. Los artículos que se ofertaban eran objetos heredados por una mujer de origen judío que había fallecido a la edad de ciento tres años. La nieta de la fallecida comentó a los asistentes la historia de su abuela y de sus bienes. Su abuela era una judía polaca que, ya casada y con hijos, había sido enviada junto con toda su familia a un campo de concentración nazi durante la segunda guerra mundial. Todos los integrantes de la misma, sus padres, sus hermanos, su hermana, su marido, sus dos hijos y su hija murieron en el campo. Ella consiguió escapar con algunos prisioneros y llegó hasta España, donde permaneció hasta el final de la contienda, en 1945.



La caja dybbuk, vendida a través de eBay, contiene supuestamente un dybbuk, un espíritu maligno, según la tradición judía.

© Corbis

Caja de demonios made in Spain

Habría sido precisamente en España donde al parecer habría adquirido la misteriosa caja. Luego emigró a Estados Unidos con la caja de vino, un baúl y una caja de costura como únicas pertenencias. Mannis se decidió a comprar la caja de vino, la caja de costura y algunos muebles. Al final de la venta se le acercó la mujer y le dijo: «Veo que tienes la caja *dybbuk*». Mannis le preguntó qué era eso. Ella le contó que así es como su abuela llamaba a la caja de vinos, y que cuando era pequeña su abuela la guardaba en su cuarto de costura, lejos del alcance de todos.

En una ocasión le preguntó a su abuela qué había dentro de la caja. Ésta escupió tres veces a través de sus dedos y le dijo: un *dybbuk* y *keselim*. Le advirtió, además, que nunca, bajo ningún concepto, debía abrirse la caja. Escupir, por otra parte, es una forma de conjurar el mal, una práctica que se observa en todo el Mediterráneo, e incluso en otras culturas mucho más alejadas, como la irlandesa. Por ejemplo, en Italia se escupe al suelo para ahuyentar el mal de ojo. Suponemos que la anciana parecía querer conjurar el mal que pudiera derivarse de pronunciar el nombre de un espíritu impuro.

Continuemos con el relato de Mannis. La vendedora explicó que su abuela, además de advertirle de que la caja nunca debía ser abierta, le pidió que fuera enterrada junto a ella; pero como eso era contrario a las leyes religiosas que rigen un enterramiento judío, al final no se llevó a cabo. Mannis le preguntó si quería que abriera la caja para ver lo que había dentro y ella, algo nerviosa, insistió en que no quería contrariar a su abuela. La caja no debía ser abierta. Por otra parte, al ver Mannis que la caja era una auténtica reliquia familiar, se ofreció a devolvérsela amablemente pensando que quizá se sentiría apenada por desprenderse de un objeto tan importante para su abuela. Sin embargo, ella se negó a aceptarla. Él insistió de nuevo, pero la mujer se molestó mucho, dejando claro que no quería saber nada más de la caja y repitiéndole alzando la

voz que no, que él la había comprado y que un trato era un trato. En ese momento le resultó evidente que la mujer quería deshacerse de la «caja *dybbuk*» a toda costa. Cuando intentó hablar de nuevo, ella le espetó: «¡No la quiero!», se echó a llorar, pidió que la dejara sola y se alejó.

Mannis se fue de allí con sus compras. Dejó la caja en el taller de su negocio de restauración de muebles y se olvidó de ella. Su intención era repararla, pintarla y regalársela a su madre. Como cada día, salió a hacer algunos recados y a la media hora recibió en su teléfono móvil una llamada de la chica que tenía contratada para ayudarle en la tienda. Estaba histérica. Decía que había alguien en el taller y que el intruso había cerrado las puertas de seguridad y la salida de emergencia, de modo que ella estaba atrapada sin poder salir del local. Cuando le iba a decir que llamara a la policía, su móvil se quedó sin batería. Asustado, regresó a toda velocidad a la tienda. Cuando entró, la empleada estaba llorando acurrucada en un rincón, en el suelo, aterrada e histérica.

Mannis bajó rápidamente al sótano y se encontró con un intensísimo y desagradable olor a orín de gato. Las luces no funcionaban; pero allí no había nadie, y no había otra salida. Más tarde comprobó que las luces no funcionaban porque las nueve bombillas del techo habían estallado, al igual que los diez tubos fluorescentes que componían la iluminación de la sala. Ése tenía que haber sido el ruido de cristales rotos que había oído su empleada, quien por cierto, cuando él volvió arriba, ya no estaba allí. De hecho, nunca volvió, pese a que había estado trabajando allí cerca de dos años. Y nunca consiguió que hablara sobre el incidente. Se negaba rotundamente.

Un regalo mortal

Dos semanas después siguió con su plan de restaurar la caja para regalársela a su madre. Fue entonces cuando la abrió y observó su contenido. Algo que le sorprendió fue el delicado mecanismo de apertura. Al abrir una de las puertas, se abrían automáticamente las dos delanteras y el pequeño cajón inferior. En lugar de repintar la caja se limitó a limpiarla y a frotarla con aceite de limón. El cumpleaños de su madre era el 28 de octubre, pero ella le llamó diciéndole que se iba de viaje. El 31 de octubre su madre fue a verle al local y antes de salir a almorzar él le regaló la caja. La dejó examinando su regalo mientras él se fue a hacer una llamada. A los cinco minutos un empleado fue a buscarle corriendo, muy asustado. Decía que a su madre le había pasado algo. Mannis regresó a toda prisa y encontró a su madre sentada, con el rostro sin expresión, pero con lágrimas corriéndole por las mejillas. Había sufrido un derrame cerebral.

Se la llevaron al hospital en una ambulancia. La mujer sufrió una parálisis parcial con pérdida del habla, que afortunadamente recuperó más adelante. En una ocasión, cuando aún no podía hablar, Mannis le preguntó qué había pasado aquel día. Para poder comunicarse, tenía un tablero con las letras del alfabeto. La mujer se echó a llorar y respondió señalando letras hasta que compuso dos palabras: no gift, «no regalo». Mannis la interpretó mal. Pensó que la mujer no se acordaba y le estaba reprochando que no había tenido regalo de cumpleaños, así que le dijo que la caja era su regalo. Inmediatamente su madre volvió a señalar letras para componer las palabras: HATE GIFT, «odio regalo». Dice Mannis que todavía no asociaba la caja a nada extraño.

Finalmente, le regaló la caja a su hermana. Pero ésta se la devolvió una semana después quejándose de que le era imposible cerrarla. Mannis revisó el cierre y no encontró nada extraño. Así que se la regaló a su hermano, quien se la devolvió a los tres días: él decía que la caja olía a jazmín, pero a su esposa le parecía que desprendía un repulsivo hedor a orín de gato. Por último, se la regaló a su novia, quien a los dos días encontró compradores. Se trataba de una pareja de mediana edad. Sin embargo, tres días más tarde se encontró la caja en la puerta de su negocio con una nota en la que se decía que aquel objeto poseía una «maligna oscuridad»; de modo que acabó por llevársela a casa.

Y eso fue lo peor que pudo hacer, porque desde ese momento empezó a tener la misma pesadilla una y otra vez. En ella se veía a sí mismo caminando con algún amigo o alguna persona de su confianza que de repente le miraba a los ojos, instante en que él se daba cuenta de que no estaba realmente con la persona que creía, que le estaba mirando un ser espantoso y demoníaco, una anciana de aspecto horrible que empezaba a golpearle violentamente. Mannis confesó que se despertaba con moratones y luxaciones en los sitios en los que la anciana demoníaca le golpeaba en sus pesadillas. Sin embargo, aún no relacionaba estas pesadillas con la caja *dybbuk*; hasta que un mes antes de escribir el anuncio en eBay tanto su hermana como su hermano y la esposa de éste le hicieron una visita y se quedaron a dormir en su casa.

Por la mañana su hermana se quejó de que había tenido la misma pesadilla horrible que otras veces. Cuando la explicó, todos se pusieron alerta. Los cuatro habían tenido pesadillas similares. Eran idénticas a la que estaba sufriendo Mannis. Una anciana de aspecto terrorífico les agredía. Al intercambiar impresiones llegaron a la conclusión de que cada uno de ellos había tenido esas pesadillas justo cuando la caja había estado en su poder. Mannis llamó a su novia, y le preguntó si había tenido una pesadilla similar. La chica se quedó de piedra. Al parecer también ella había soñado con la horrible mujer anciana y espantosa que la golpeaba llena de odio. Como les había ocurrido a ellos, la pesadilla la había asaltado cuando la caja estaba en su casa.

A partir de ese momento Mannis afirma que empezó a ver sombras con el rabillo del ojo, lo mismo que otras personas que lo visitaron. Ahora sí sospechaba de la caja, de modo que la sacó de casa y la puso en un contenedor exterior. En plena noche la alarma de humos que estaba instalada en el contenedor saltó, y Mannis fue a ver qué se estaba quemando, pero allí no había humo ni fuego. Lo que sí había era un penetrante y pestilente hedor a orín de gato. Regresó y, para su sorpresa, ahora era el interior de la casa lo que hedía. Fue en busca de la caja, entró con ella en casa y se puso a buscar información en internet. Pero se quedó dormido, y volvió a tener la horrible pesadilla recurrente, de la que se despertó a las 4.30 de la madrugada sintiendo el olor y la respiración de alguien en su cuello. La casa olía a jazmín y justo en ese momento vio una enorme sombra atravesando el pasillo.

Mannis concluía su escrito confesando que tenía auténtico pavor y que, aunque se le había pasado por la cabeza, no quería destruir el objeto por miedo a que aquella sombra demoníaca se quedara en la casa con él. Confesaba, además, que había puesto el anuncio porque sabía que en eBay había gente que buscaba este tipo de artículos y que quizá supiera qué hacer con aquella caja *dybbuk*.

La sombra del muerto que ni el infierno quiere

Pero ¿qué es un *dybbuk*? La primera vez que me encontré con esta palabra fue en una obra de Gershom Scholem, filólogo e historiador judío experto en la Cábala. La palabra *dybbuk*, קיבויד, procede de una raíz que significa «adherirse», «aferrarse». De modo que significa «el que se adhiere». Y es que el *dybbuk* es un espíritu desencarnado, el alma en pena de un muerto cuyas faltas y pecados fueron tan graves que ni el mismísimo infierno, la *Gehenna*, las quiere en su seno. Tampoco se les permite transmigrar. En algunos casos son la sombra de personas que murieron con la obsesión de satisfacer algo que durante su vida no pudieron alcanzar. Vagan entonces buscando un ser vivo al que aferrarse, al que poseer para lograr lo que en vida no pudieron conseguir o para ocultarse del castigo divino. El *dybbuk* busca gente con las mismas afinidades que él y que pueda ayudarlo a satisfacer su deseo. Sólo abandonarán a su huésped si consiguen lo que quieren; a menos que alguien preparado les expulse a través de un exorcismo. Cuando el *dybbuk* se apodera de su víctima, ésta empieza a comportarse de modo extraño. Enfermedades mentales como la esquizofrenia, la disociación o la histeria se atribuyen a la presencia de un *dybbuk*. El espíritu impuro habla por boca del poseído.



Dybbuk, dibujo del ilustrador y fotógrafo judío Ephraim Moses Lilien.

La palabra *dybbuk* aparece sólo a partir de del siglo XVII en textos escritos entre los judíos asquenazíes de Polonia y Alemania. En la literatura talmúdica los espíritus que poseían a los vivos eran denominados simplemente *ru'ah tezazit*, espíritus malignos. Es algún pecado secreto el que abre la puerta a los *dybukkim*, que es la forma plural de la palabra *dybbuk*. El poder de exorcizarlos sólo lo tienen los *ba'alei shem* y los *hasidim*. Los Ba'al Shem, בשלעב, o «Señor del Nombre» son maestros de la Cábala capaces de hacer prodigios, exorcismos y curaciones gracias a su conocimiento de los nombres secretos de Dios. Los señores del nombre dominan la ciencia secreta de la Cábala. Los *hasidim*, חסידים, eran rabinos considerados como santos y muy respetados en su comunidad por sus conocimientos y sus poderes taumátúrgicos. El exorcismo de un *dybbuk* se basa en el concepto de *tikkun*, restauración. El *dybbuk* debe ser enviado a la *Gehenna* para que sea admitido allí, o permitírsele la transmigración, es decir, que renazca en una criatura como un espíritu más para poder seguir su propio camino. El exorcismo es benéfico tanto para la persona como para el espíritu.

El exorcista debe rodearse de diez personas que se darán cita, si es posible, en la sinagoga, el templo judío. Deben ser diez hombres justos y con suficiente entereza como para soportar la ceremonia. Los diez forman un círculo de protección alrededor de la persona poseída. Se recita entonces tres veces el salmo 91 mientras el exorcista toca el *shofar*, un cuerno de carnero ritual

con el que pretende llamar la atención del *dybbuk*. El exorcista toca ciertas notas que hacen que el espíritu se desligue del cuerpo y entonces, una vez que se ha establecido contacto con él, se le pregunta su nombre y la razón por la que ha poseído el cuerpo de su víctima. Es importante que revele su nombre, porque una vez conocido se tiene poder sobre él y se le pueden dar órdenes. Se le insta entonces a que abandone dicho cuerpo, pero a su vez se le indica qué debe hacer para que pueda encontrar su propia salvación. Se supone que al exorcista le apoya un ángel bueno, o un *maguid*, un espíritu bueno, un guía espiritual.



El shofar, un instrumento de viento ritual fabricado de cuerno de un animal puro, se emplea durante el exorcismo de un *dybbuk* para llamar su atención y separarle del cuerpo de su víctima.

Un *maguid* es un *ibur*, un espíritu tan elevado que ya no necesita reencarnarse, pero puede «incorporarse», impregnar, que es lo que significa dicha palabra, a alguien vivo. Entonces esta alma pura se «pega» al espíritu de una persona viva, le acompaña, le guía y le revela conocimientos, aumentando su sabiduría y ayudándole en su desarrollo espiritual. La presencia del *ibur* en el alma de la persona viva es temporal. A veces el *ibur* necesita cumplir con algún cometido en la tierra, como cumplir una promesa. Dado que necesita para ello un cuerpo físico, se adhiere a una persona viva, generalmente con el consentimiento de ésta. En cualquier caso, la influencia del *ibur* siempre es benéfica para la persona que lo «acoge». Cuando el *ibur* abandona a su huésped tras ayudarle a lograr cosas que por él mismo no podría haber alcanzado, queda una sensación de pérdida que a veces se traduce en depresión.

Pero volvamos a nuestros espíritus malignos. A veces el exorcista atrapa al *dybbuk* en algún objeto. En una variante de este rito el exorcista porta una vela blanca y un frasco. Tras obligar a la entidad conjurándola para que revele su nombre, el exorcista le increpa para que se introduzca en el frasco donde quedará atrapada. ¿Fue la caja utilizada en un ritual similar para servir de «prisión» de un espíritu impuro? A tenor de la descripción de las pesadillas que sufrían Mannis, sus hermanos y su novia, el *dybbuk* habría sido liberado de su prisión cuando se abrió la caja. El *dybbuk* sería el alma en pena de una anciana de aspecto iracundo y terrible.

Ahora bien, si recordamos lo que la anciana poseedora de la caja contó a su nieta, en la caja había un *dybbuk*, pero también mencionó que contenía un *keselim*. Mannis afirma haber indagado sobre el significado de ambas palabras y lo único que encontró sobre *keselim* es que se parece a la palabra turca *keslim*, que significaría «sacerdote»; sin embargo, al buscar una traducción en turco de la misma lo que he encontrado es que se refiere a la acción de cortar, de separar algo. En

cualquier caso, no le veo mucho sentido a que una anciana asquenazí use términos en turco. Más bien habría que buscar en el hebreo, o en el yiddish, que es el idioma que empleaban los judíos polacos y alemanes. De hecho, la propia palabra *dybbuk* es yiddish.

Conjeturas y averiguaciones personales

En su momento me interesé por la Cábala y hasta anduve coqueteando un poco con el hebreo y su gramática. Una de las primeras cosas que uno aprende es que la terminación *im* en una palabra indica que es el plural de algo. Por ejemplo, el plural de *dybbuk* es *dybbukim*. Armado de diccionarios de hebreo, he buscado distintas grafías con las letras hebreas que fonéticamente pudieran parecerse a la palabra *kesedim*. Una de las que he encontrado es la palabra *kesil*, כֵּסִיל, «necio, insensato, alguien con una actitud torpe, impía, insolente, obstinada». El plural es *kesilim*, כֵּסִילִים, que podríamos traducir por tanto como «los necios», los tontos o insensatos. Palabras semejantes con una pronunciación muy similar en las vocales aluden a locura, a la falsa autoconfianza, etcétera.

Otra posible acepción con una grafía diferente pero muy similar desde el punto de vista fonético es la de *keshelim*, כֵּשִׁילִים, procedente de una raíz que significa «tropezar, fracasar, fallar, caer». El *Diccionario hebreo-español* de Segundo Miguel Rodríguez lo traduce como «caído, condenado». Ahora bien, algunos traductores en línea de yiddish interpretan la misma grafía en yiddish como «instrumentos».

Si aceptamos las acepciones de «impíos» y «condenados» entonces quizá se refiera a los dos mechones de cabello que se encontraron dentro de la caja. Quizá pertenecían a personas con esas características. Ahora bien, como hemos dicho antes, lo más probable es que la dueña de la caja hablara yiddish en su vida cotidiana, no hebreo, que los asquenazíes consideraban una lengua litúrgica que sólo debía usarse durante las ceremonias religiosas. Además, por lo que sabemos es costumbre entre los hebreos que las madres guarden el primer mechón de pelo que se corta de los niños; ya que mientras el mechón está a salvo el niño lo estará también. Entonces quizá estaban en la caja como una medida de protección y no corresponden a personajes impíos, sino a niños a los que se quería proteger. De manera que tal vez la mejor acepción sea la de «instrumentos, utensilios», y que se refiera a los objetos que estaban dentro de la caja, incluidos el candelabro, la pequeña estela de granito, etcétera.

Ahora que ya sabemos algo más sobre los *dybbukim* es hora de continuar con la historia de la siniestra caja *dybbuk*. Mannis consiguió vender la caja por 140 dólares a Iosif Nietzsche, un joven estudiante de la Universidad Estatal Truman, en Kirksville, Misuri; ciudad, por cierto, que ya conocemos porque es una de aquellas localidades estadounidenses en cuyo cementerio hay una silla del diablo. Pues bien, el joven Nietzsche la adquirió en junio de 2003, y desde entonces, aunque dice no creer en lo paranormal, empezó a llevar un registro de sucesos extraños. Los transcribimos aquí tal y como los escribió de su puño y letra:

«Domingo, 31 de agosto 2003. En la última semana se produjeron algunos hechos interesantes, aunque probablemente sean meras coincidencias; cosas que paso a anotar. En primer lugar, comparto casa con otras seis personas. Hemos hecho turnos para dormir cada uno con la caja en nuestras respectivas habitaciones. Dos personas se quejaron de picor en los ojos, uno está apático y como sin energía, y otro cayó enfermo

repentinamente (echando la vista atrás, yo ahora diría que se trataba de algún tipo de alergia). Pocos días después de estas molestias se concentró una gran cantidad de insectos fuera de la casa durante varias horas (un viernes). Ayer por la noche (sábado), descubrimos que la caja, ubicada ahora en una esquina de la parte de atrás de la casa, estaba abierta, a pesar de que la habíamos cerrado y era poco probable que alguien la hubiera tocado.

»Miércoles, 10 de septiembre de 2003. Aunque parece imposible probar que la caja sea la causante de ciertas desgracias, lo cierto es que estamos viviendo una racha de mala suerte. La casa está impregnada de olores extraños; la parte de atrás de la casa desborda basura y decadencia. Uno de mis compañeros de piso cogió una bronquitis repentina y yo me rompí un dedo. Varios ratones han aparecido muertos en el motor de uno de los coches, y los aparatos electrónicos van cayendo uno detrás de otro cada día: Xbox, tostadora, televisor y relojes».

Por último, Nietzsche decía que no quería hablar de las cosas que habían pasado en septiembre y enero, y que quería vender la caja por varias razones:

1. Alrededor del 6 de octubre empecé a sentirme mal y a tener dificultades para dormir. Este problema ha persistido hasta la fecha.
2. Ahora vivo solo, y me he dado cuenta de que últimamente he tenido que sustituir una gran cantidad de bombillas quemadas, así como afrontar reparaciones de coche inusuales (el líquido de la transmisión se quemó fuera del depósito).
3. He empezado a ver cosas, como grandes manchas oscuras verticales a través de mi visión periférica.
4. A menudo huelo a algo como enebro o amoníaco y no tengo ni idea de qué puede ser.
5. Lo más preocupante es que el pasado martes (27/1/2004) empezó a caérseme el pelo. Hoy (viernes) he perdido la mitad. Tengo veinte años y acabo de recibir de parte del médico los resultados de un análisis de sangre y no tengo nada. Quizá sea estrés; no lo sé.

Dicho y hecho. Nietzsche consideró la posibilidad de deshacerse la caja en los bosques vecinos, pero al final puso a la venta la caja en eBay en enero de 2004. Empezó la puja con un dólar, pronto alcanzó la cifra de 50 dólares y al final fue vendida a Jason Haxton, que la adquirió por 280 dólares. Haxton es director del Museo de Medicina Osteopática de la Universidad A. T. Still de Kirksville, Misuri. Era un seguidor del blog de Nietzsche y estaba intrigado con la historia de la caja. Haxton ha escrito un libro que lleva por título *The Dybbuk Box*, en el que narra sus propias experiencias con la caja. Cuenta que, tras adquirirla, la guardó en su oficina en el museo, y posteriormente en una furgoneta en el garaje de su casa. Haxton se declara escéptico respecto de la historia de la caja, pero a la vez afirma que nada más hacerse con ella empezó a tener problemas de salud. Comenzó a toser sangre, a experimentar un sabor metálico en la boca y fue víctima de una especie de urticaria que le llenó de ronchas todo el cuerpo. En una ocasión se despertó con la clara sensación de que alguien le había empujado. También habla acerca de intensos olores a jazmín y orín de gato. Haxton habría consultado con rabinos con objeto de volver a encerrar al *dybbuk* en la caja, pero al final consiguió realizar un ritual que habría cumplido su cometido. Una vez atrapado el *dybbuk* en la caja, asegura que la ha escondido y que no revelará su ubicación para evitar que alguien vuelva a abrirla. Nadie ha vuelto a verla desde entonces.

En 2004 la periodista *freelance* Leslie Gornstein publicó un artículo titulado «Jinx in a box» en *Los Angeles Times* en el que describía la historia de la caja, lo que por cierto le valió los derechos como coautora del guión de la película *The Possession*, ya que fue a través de este artículo como los guionistas del film dieron con la historia que adaptaron al cine. Leslie Gornstein

intentó ponerse en contacto con Iosif Nietzsche, el estudiante que adquirió la caja en eBay, pero no consiguió dar con él. Las únicas referencias sobre él son las que se encuentran en internet asociadas a la caja *dybbuk* y lo que él mismo escribió en eBay. Dado que tiene un nombre muy peculiar y que ha sido imposible dar con él algunos suponen que es una identidad falsa. Los escépticos señalan que todo lo que sabemos de la caja se basa únicamente en los testimonios de Mannis, Nietzsche y Haxton. Lo único que tenemos es el relato de estas tres personas, no hay más evidencias. Sea cierta o no, la historia de la caja *dybbuk* es realmente fascinante: desde luego merece una película y es digna de un buen guión. De hecho, debo decir que, personalmente, como historia, es una de mis favoritas.

Las calaveras aulladoras

Dejamos la caja *dybbuk* para centrarnos ahora en objetos particularmente siniestros, porque no los ha fabricado el hombre, no son artificiales. Más bien se trata de objetos que en su momento formaron parte de algún hombre o de alguna mujer que vivió en épocas más o menos remotas... ¡cráneos! En 1958 se estrenó una película que llevaba por título *The Screaming Skull*. Al comienzo de la cinta vemos a un feliz matrimonio de recién casados, Jenni y Eric. Ella se va a vivir a la lujosa mansión de su marido donde la presencia de la primera esposa de Eric, que murió en una caída accidental, flota por todas partes... sus recuerdos, sus cosas impregnan cada rincón de la casa. Jenni comienza a obsesionarse con ella y empieza a ser presa de extrañas visiones protagonizadas por una calavera que la atormenta y la aterroriza, llevándola al borde de la locura. Como ya habrás adivinado, amigo lector, los guionistas de esta cinta de terror no sacaron la historia de la nada. Se basaron en un relato homónimo de terror escrito por Francis Marion Crawford, quien a su vez se inspiró para escribir su relato en un tópico del folclore inglés, el de las llamadas calaveras aulladoras, y en particular en una calavera que se exhibía en Bettiscombe Manor, en el condado de Dorset, al suroeste de Inglaterra.

Y es que prácticamente no hay condado en Inglaterra que no tenga uno de estos cráneos malditos; y lo curioso es que no hay historias semejantes en ninguna otra parte del mundo. Son típicamente ingleses. Pero ¿qué hace a estos cráneos tan peculiares? Pues que por una razón u otra las calaveras han llegado a alguna casa, y cuando los propietarios intentan desprenderse de ellas, éstas provocan todo tipo de fenómenos extraños y a menudo la muerte en menos de un año de aquellos que las manipulan para deshacerse de ellas. Entre los fenómenos que se les atribuyen está el de emitir extraños ruidos que se asemejan a un grito, a un aullido que hiela la sangre. Los fenómenos sólo se detienen cuando la calavera es devuelta a su lugar de descanso, y no hay forma de destruirlas. Aunque se las quemé, se las entierre o se intente romperlas, reaparecen intactas.

La calavera del relato de Francis Marion Crawford se basaba, como apunté más arriba, en un cráneo que se encuentra en Bettiscombe Manor, una casa de campo en Bettiscombe, una pequeña localidad inglesa de apenas unas decenas de habitantes. La curiosa leyenda en torno a la misma es una de las más populares de entre las muchas historias sobre calaveras aulladoras de Inglaterra. La leyenda parece remontarse al siglo XVII. La versión más extendida, porque hay varias, cuenta que en 1685 Azariah Pinney, el hijo del dueño de Bettiscombe Manor, participó en la fracasada rebelión de Monmouth, una revuelta que pretendía derrocar al rey Jacobo II de Inglaterra. El 10 de

septiembre de 1685, tras su captura, fue sentenciado a muerte junto con otros doce participantes en la revuelta. Sin embargo, la sentencia, que tenía que cumplirse en Bridport, nunca se ejecutó. Su familia pagó sesenta y cinco libras para salvarle de la horca y al final fue condenado al destierro a la isla Nieves, en las Antillas, al otro lado del Atlántico.

Una vez allí trabajó duro, se ganó la libertad, prosperó y se convirtió en un rico terrateniente y mercader de caña de azúcar. En 1720 falleció y dejó todas sus propiedades a su nieto John Frederick Pinney, que vivía en Bettiscombe. John Frederick viajó hasta la isla para ver su recién heredada propiedad en ultramar, pero al llegar allí se encontró con que toda la economía de la isla se basaba en plantaciones mantenidas por esclavos tratados de forma brutal. Asqueado, cedió toda la herencia a su primo John Pretor.

John Frederick volvió a Bettiscombe con un sirviente negro, nativo de la isla, que enfermó de tuberculosis y finalmente murió ya en suelo inglés, en la casa. Pero antes de expirar dijo que deseaba ser enterrado en su tierra natal o no encontraría descanso. Sin embargo, el señor Pinney no estaba dispuesto a asumir los gastos que conllevaba su traslado y entierro y petición la advertencia del criado. Así pues, el sirviente fue enterrado sin más en el cementerio de la iglesia de San Esteban. Desde aquel mismo momento una serie de extraños y perturbadores sonidos, gemidos y gritos espeluznantes se empezaron a oír en el cementerio. El pueblo experimentó una nefasta racha de desgracias y mala suerte, y en la mansión de Pinney las ventanas traqueteaban y las puertas se cerraban solas sin que nadie las tocara.

La situación continuó durante meses hasta que los habitantes de Bettiscombe, hartos de esas lúgubres manifestaciones, acudieron a la mansión de Pinney para pedir que se hiciera algo para detener las desgracias y los lamentos que se oían en el cementerio. Se desenterró el cadáver del sirviente y los restos se llevaron de vuelta a Bettiscombe Manor, al desván de la casa. Desde ese momento los siniestros ruidos dejaron de oírse en la mansión. Hubo más intentos de enterrarlo hasta que al final el esqueleto se perdió y sólo quedó la calavera. Todas las tentativas de deshacerse de ella enterrándola provocan siempre la reaparición de los gemidos y de los gritos, y la llegada de todo tipo de desgracias que se abatían sobre la población en forma de tormentas que acababan con las cosechas, enfermedades que diezaban el ganado, etcétera.



Bettiscombe Manor, la mansión donde tuvieron lugar los acontecimientos supuestamente provocados por la calavera aulladora.

No sólo eso. Más de un propietario de los que ha tenido la mansión habría muerto después de intentar enterrar la calavera fuera de la propiedad. Se dice que uno de ellos la enterró a varios metros bajo tierra, pero que al regresar al lugar la calavera estaba allí, desenterrada, esperando para volver a casa. De manera que al final no quedaba otra que devolver la calavera a Bettiscombe Manor. Todo esto es lo que relatan las leyendas locales. Ahora bien, entre 1962 y 1963, Gilbert Causey, profesor de anatomía humana y comparada del Colegio Real de Cirugía de Inglaterra, asistido por el arqueólogo Michael Pinney, examinó el cráneo y determinó que no era de un hombre negro, sino de una mujer europea de entre veinticinco y treinta años que vivió en la Edad del Hierro. Con toda probabilidad, el cráneo fue encontrado a finales del siglo XVII en el yacimiento arqueológico de Pilsdon Pen, que se encuentra en las proximidades. Con todo, la leyenda sigue viva y la gente de la localidad dice que si se retirara el cráneo de la casa, ésta temblaría hasta los cimientos, y que quien se atreva a hacerlo morirá antes de un año.

No perturbéis el descanso de los muertos

Otra calavera popular es la que habita Wardley Hall, una mansión medieval en el campo de Greater Manchester. Puede contemplarse dentro de un nicho, sobre la escalera principal. No es una calavera más. Se trata de una reliquia, ya que es nada menos que la calavera de un santo y mártir. La tradición afirma que el cráneo era el de Dom Edward Ambrose Barlow, san Ambrosio Barlow, monje benedictino ejecutado al descubrirse que era un sacerdote católico, a los cuales se les había ordenado abandonar el país y no ejercer como tales. Fue ahorcado, y su cuerpo arrastrado, descuartizado y hervido el 10 de septiembre de 1641. La cabeza del fraile se mantuvo expuesta en una pica para escarnio público en las inmediaciones del castillo de Lancaster hasta que uno de sus feligreses, Francis Downes, la escondió en la mansión. Y allí permaneció oculta hasta el siglo XVIII, escondida dentro de una caja en una pared de la casa. Un derrumbe fortuito de la pared, que estaba en muy mal estado, reveló la existencia de la caja.

Matthew Moreton, el entonces propietario de Wardley Hall, abrió la caja y encontró la calavera. Un sirviente la arrojó al foso de la mansión y esa misma noche se desencadenó una espantosa tormenta que causó destrozos en la mansión y en muchos campos de la región. Aquello hizo pensar a Moreton si la tormenta y los estragos que había ocasionado se debían al trato poco honroso que le habían dado al cráneo y a que éste quería volver al lugar donde había descansado durante siglos. Mandó drenar el foso y encontró la calavera. En años posteriores muchos intentaron deshacerse de ella enterrándola, quemándola o rompiéndola, pero cada vez reaparecía al día siguiente a la puerta de la mansión, además de atraer todo tipo de desgracias sobre la casa y las tierras colindantes. O eso cuenta la leyenda, claro. Eso sí, en este caso, los análisis que Joseph E. Bamber y A. J. E. Cave realizaron de la calavera les permitieron corroborar que efectivamente se trataba del cráneo del monje benedictino; pero también es cierto que la calavera se ha sacado de la mansión en alguna ocasión y no ha ocurrido nada reseñable.

Viajamos ahora a la mansión inglesa de Burton Agnes Hall, en Yorkshire. Fue construida en el siglo XVI, bajo el reinado de Isabel I, por tres hermanas apellidadas Griffith, que se instalaron en ella mientras se construía. No obstante, una de ellas, Anne Griffith, no llegaría a poder disfrutarla una vez acabada; al menos no en vida. Mientras paseaba por los alrededores la

asaltaron unos ladrones, uno de los cuales la golpeó con tal violencia cuando Anne se negó a darle un anillo que, pese a que la encontraron los vecinos y la cuidaron lo mejor que pudieron, falleció cinco días después. Poco antes de morir manifestó su deseo de que enterraran su cabeza entre las paredes de la casa que había hecho construir con sus hermanas y que ella no podría ver terminada. Su deseo, sin embargo, no fue cumplido, y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de la iglesia, que era lo habitual.

Después del sepelio, extraños y perturbadores ruidos se oían en toda la casa. Las hermanas empezaron a pensar que la causante de los siniestros sonidos era el alma de su hermana Anne que exigía y reclamaba que su deseo se cumpliera. Hicieron exhumar el cuerpo y al abrir el ataúd observaron que la cabeza estaba descarnada pese al poco tiempo que llevaba enterrada y desprendida del resto del cuerpo. Un sacerdote sugirió que la cabeza debía ser llevada a casa. Así se hizo y entonces dejaron de escucharse los lúgubres sonidos que las habían perturbado anteriormente.

Los dueños posteriores de la mansión, los Bonynton, que se asentaron allí al morir las hermanas, se horrorizaron al ver el cráneo e intentaron sacarlo de la casa y enterrarlo, pero en cuanto lo hicieron, los sonidos y los gritos volvieron a perturbar la paz de la casa. Todo tipo de fenómenos acompañaban a los espantosos lamentos, las cosas en la casa aparecían cambiadas de lugar y a veces veían la sombra de una mujer paseando por las habitaciones. Al final volvieron a poner el cráneo en su sitio y pusieron a la venta la casa para alejarse del siniestro lugar. El nuevo propietario, al ver el cráneo y enterarse de lo que les había pasado a los dueños anteriores, decidió emparedar la cabeza en alguna de las paredes de la casa, de modo que está allí, en alguna parte, pero se ignora dónde exactamente. Del cráneo ya no puede saberse nada, ya que supuestamente está en el interior de algún muro, pero lo que sí se ha podido averiguar es que quien realmente construyó la casa fue sir Henry Griffith. Dada la coincidencia del apellido, es probable que las tres protagonistas de esta leyenda fueran sus hijas.



Burton Agnes Hall alberga en alguna parte de sus muros la calavera aulladora de Anne Griffith.

© «Burton Agnes Hall Gatehouse» de jo-h, publicada bajo licencia CC BY 2.0 vía Wikimedia Commons

Seguimos nuestro itinerario en busca de calaveras para desplazarnos ahora a una granja de Coombes, en Sussex. Cuentan que en dicha granja vivía una familia compuesta por un matrimonio, dos hijos y una hija. El menor de los hijos decidió que quería trabajar como marino y se enroló en un barco. Pasó el tiempo sin que volviera y, al no tener noticias de él, la familia creyó que el muchacho había muerto ahogado. Al morir los padres, la granja pasó a manos del hijo mayor y de su hermana. Pero cuando nadie le esperaba, apareció el hermano menor y reclamó la parte de la

herencia que en justicia le correspondía. Sus hermanos, lejos de alegrarse por su retorno, temieron ver mermada su propiedad y le dieron muerte para no tener que compartir la granja con él. Para ocultar las huellas de su crimen, enterraron el cuerpo en la granja. La cosecha de ese año se secó y el ganado enfermó. Los hermanos sospecharon enseguida que la granja estaba maldita por el espectro de su hermano. Para confirmar sus sospechas, acudieron a una hechicera local. La bruja les aconsejó que desenterraran el cuerpo y se llevaran el cráneo al interior de la casa. Y, efectivamente, cuando lo hicieron, las desgracias dejaron de abatirse sobre la granja.

Vamos a concluir nuestro viaje visitando otra de estas inquietas y fantasmagóricas calaveras. Se encuentra en la granja Tunstead, en Chapel-en-le-Frith, en el condado de Derbyshire. Este cráneo hasta tiene nombre. Los lugareños le conocen como Dickie. En una versión de la leyenda el cráneo sería de un tal Ned Dixon, que habría sido asesinado por su primo. Pero en la versión más conocida se trataría del cráneo de una mujer que en vida dejó dicho que quería que cuando muriera la enterraran en el interior de la casa. La mujer fue asesinada en la granja y se respetó su voluntad. Al final se perdió el esqueleto y sólo quedó el cráneo. Dickie, como el resto de calaveras de su especie, grita cuando la sacan de la casa, pero también cuando tienen lugar ciertos acontecimientos, cuando vienen visitas, cuando alguien de la familia va a morir o cuando enferma algún animal. Se dice que en una ocasión fue robada de la granja y que poco tiempo después los ladrones la devolvieron porque los gritos y los ruidos extraños y escandalosos que se producían en su domicilio les tenían aterrorizados.

La lista de calaveras aulladoras es interminable y recorre toda Inglaterra. Sin embargo, todas las leyendas tienen puntos en común que han quedado claros con los ejemplos aquí expuestos. ¿De dónde proceden estas extrañas historias? Hay quien ha apuntado la posibilidad de que se trate de alguna reminiscencia del culto a las cabezas practicado por los antiguos celtas. Pero muchos lo ponen en duda porque las primeras referencias a estas historias aparecen en el siglo XVI, en una época demasiado tardía. Por otra parte, sólo están presentes en Inglaterra, y no en otras regiones donde floreció la cultura celta, como las vecinas Gales, Escocia o Irlanda. También se ha sugerido que podrían haber surgido de la costumbre que tenían los legionarios romanos, muchos de los cuales eran celtas continentales procedentes de la Galia, de sacrificar una víctima que se dejaba en los cimientos de cada nueva construcción, un puente, una casa, un campamento militar... Las víctimas a veces eran animales, pero en otras ocasiones eran humanas y a menudo niños.

Curiosas, estas calaveras malditas, porque son un ejemplo de un objeto asociado al supuesto espíritu de aquel al que pertenecían en vida y que toma represalias contra aquellos que las mueven del lugar en el que descansan. La maldición en este caso sólo se desata cuando supuestamente se contraviene el deseo del espíritu asociado a ella de reposar en el interior de la casa que han escogido como su lugar de reposo eterno. No es, por tanto, una maldición al uso, sino más bien una forma de dichos espíritu de expresar su ira y advertir seriamente a aquellos que perturban su descanso.

El puñal encantado

Abandonamos Inglaterra y nos vamos ahora en busca de algún ejemplo de objetos malditos a los que se atribuye la presencia de espíritus porque han tomado parte en ceremonias y rituales religiosos. Máscaras rituales, objetos de culto, estatuillas que representan a entidades sobrenaturales... Todos ellos son objetos que son buenos candidatos para nuestra búsqueda, pero si hay artículos que son especialmente susceptibles de llevar asociada alguna «carga» especialmente intensa son las llamadas «armas mágicas», los cetros, las espadas ceremoniales, los instrumentos de sacrificio, los *athamés*, los cuchillos rituales. Y en uno de estos últimos precisamente nos vamos a centrar en las siguientes páginas.

Su historia nos ha llegado a través de una mujer extraordinaria, Alexandra David-Neel, seudónimo de Louise Eugénie Alexandrine Marie David, orientalista, antropóloga, cantante de ópera, periodista y escritora; y sobre todo, exploradora. Alexandra David-Neel fue la primera mujer occidental que consiguió entrar en la ciudad sagrada de Lhasa, la capital del Tíbet. En sus viajes aprendió tibetano, practicó las técnicas de meditación budista, conoció el tantrismo y se convirtió en una de las primeras autoridades en todo lo que respecta al Tíbet. Sus vivencias quedaron reflejadas en los muchos libros que escribió durante su vida. Uno de mis favoritos lleva por título *Magos y místicos del Tíbet*, y en él la incansable viajera relataba una curiosa historia, la de un *purba*, un puñal ritual, un puñal encantado, maldito, que acabaría formando parte de su propia colección de objetos. La mayoría de los cuales, según ella misma relata, habían tenido algún tipo de relación con rituales religiosos y mágicos. Fueron regalos y donaciones de sus poseedores, convencidos de que estaban manipulados por fuerzas terroríficas que ellos no podían controlar.



Retrato de Alexandra David-Neel (1933).

La daga en cuestión estaba en poder de unos monjes a los que Alexandra David-Neel conoció en uno de sus viajes. Durante el mismo se encontró con la pequeña caravana de lamas y, hablando con ellos, le contaron que llevaban un *purba* que había provocado ya más de una desgracia, y más de una muerte. Al parecer, perteneció a un lama de su monasterio que había fallecido no hacía mucho. Ellos estaban aterrorizados con el objeto, ya que aquel que tocaba el puñal lo acababa

lamentando. Dos monjes que lo había tocado murieron y un tercero se rompió la pierna cuando intentó subirse a un caballo. En el patio del monasterio se quebró el asta de una de las banderas de bendición, lo cual fue tomado como un augurio temible. Los monjes no se atrevieron a destruir el puñal, de modo que lo metieron en un armario. Pronto empezaron a oír extraños ruidos procedentes del mismo. Decidieron encerrarlo en una gruta próxima dedicada a una divinidad local, pero los pastores nómadas de la región se negaron a que lo depositaran allí. Según decían, ya había tenido bastante con otro puñal de similares características que se movía solo y llegó a herir, e incluso a matar, a varias personas y animales.

Lo llevaban envuelto en escritos con conjuros y encerrado en una caja para evitar que hiciera daño a alguien. Azuzada por la curiosidad, la exploradora les pidió ver el puñal. Ninguno de ellos quería tocarlo ni sacarlo de la caja, de modo que después de muchos ruegos dejaron que lo hiciera ella. Enseguida reconoció que era una pieza valiosa, muy antigua y con un alto valor artístico e histórico. Si hubiese podido, lo habría comprado, pero sabía que los monjes se negarían porque no considerarían ético que un objeto así estuviera en las manos de alguien. Así que trató de buscar una manera de hacerse con él. Invitó a los monjes a que acamparan con ellos y les pidió que le dejaran el *purba* para ver si hallaba la forma de acabar con la maldición. Y aceptaron.

Esa misma noche Alexandra David-Neel se alejó de las tiendas llevando el puñal consigo. Al llegar a un paraje lo suficientemente alejado, clavó el *purga* en el suelo y se sentó sobre una manta para pensar en qué podría decirles a sus invitados para que consintieran que se lo quedara. Pasaron algunas horas y vio la silueta de un lama. No se veía bien, pero vio cómo se acercaba y se inclinaba como para no ser visto. Luego sacó una mano del manto y la acercó hacia el puñal con la clara intención de llevárselo. La exploradora se dio cuenta y fue más rápida. Se puso en pie y agarró el puñal antes de que la sombría figura se hiciera con él, pero al levantar la vista la figura había desaparecido.

Alexandra David-Neel pensó entonces que uno de los lamas no era tan supersticioso como sus compañeros y que, consciente de su valor, quería llevárselo para venderlo. Pensando que estaba dormida, reflexionaba para sí, el monje ladrón habría intentado robarlo. Por la mañana la desaparición del valioso puñal habría sido atribuida a algo sobrenatural. Un plan perfecto, pensó. En palabras de la experimentada viajera, aferraba el arma «tan apretada en mi mano, que mis nervios, excitados por la aventura y provocados por las asperezas del mango de cobre repujado, me daban la impresión de que se movía débilmente...». Cuando vio que el ladrón había desaparecido, pensó: «Ha debido de huir mientras me inclinaba para arrancar el puñal del suelo».

Para averiguar quién era el ladrón, corrió hacia las tiendas para ver si faltaba alguno de los lamas o si llegaría tras ella. Pero al llegar todos estaban rezando para protegerse del maléfico poder del puñal. Le preguntó a uno de sus compañeros si había visto salir a alguno de los monjes de las tiendas. Pero su acompañante le contestó que ninguno se había movido y que de hecho estaban todos tan aterrorizados que él mismo se enfadó seriamente con ellos porque para hacer sus necesidades no se alejaban lo suficiente de las tiendas. Tenían todos tanto miedo que ninguno se hubiera alejado solo del campamento.

Alexandra pensó entonces que había sido víctima de algún espejismo, pero decidió aprovecharse de la extraña experiencia para tratar de hacerse con el puñal. Les contó lo que había experimentado la noche anterior y todos llegaron a la conclusión de que lo que la viajera occidental había visto era a su lama muerto que vino a recuperar el puñal que había sido suyo en

vida. El hecho de que no lo consiguiera los convenció de que la extranjera era una iniciada capaz de enfrentarse a su jefe espiritual fallecido. Decían que era un gran mago, más poderoso aún ahora que estaba descarnado. Y tomaron entonces aquella experiencia que les relataba la mujer occidental como una señal de que ella tenía poder suficiente para enfrentarse a su difunto maestro, y por lo tanto el suficiente también como para poder retener el puñal sin que éste volviera a hacer daño a alguien.

El plan funcionó a la perfección. Estaban excitados y hablando todos a la vez, contentos de haber encontrado una solución para deshacerse del fatídico *purba*. Pero Alexandra David-Neel no quiso aprovecharse de la situación y les dijo: «Pensadlo bien, quizá una sombra fue la causa de mi visión... Puedo haberme dormido sentada y haber soñado». Ellos desecharon aquel argumento. En opinión de todos estaba claro que el lama muerto había venido para recuperar su puñal y que la mujer había vencido. El puñal debía estar en su poder. Y así fue como Alexandra David-Neel se hizo con aquel objeto que aterrorizaba a los monjes y a los lugareños del monasterio donde residían.

Este relato es un claro ejemplo de aquellos objetos que, como comentábamos en el primer capítulo, se cree que tienen poder por haber sido utilizados en algún tipo de rito y ceremonia religiosa. Además, es un objeto asociado al espíritu de un lama, de un sacerdote, pero de alguien que también era versado en magia y que la practicaba con asiduidad. Este tipo de objetos es visto siempre con temor, porque se supone que han sido impregnados con fuerzas y poderes invisibles invocados en el curso del ritual y que hay tanto poder en ellos que son como una batería inestable que provoca todo tipo de fenómenos. Si encima el tipo de ceremonial en el que han sido usados es de dudosa moralidad, se convierten en objetos manejados por fuerzas oscuras que traen todo tipo de desgracias a sus portadores o a sus poseedores. Como ya dijimos al principio de esta obra, éste es el origen de muchas anécdotas e historias sobre maldiciones asociadas a máscaras, armas u objetos rituales adquiridos a menudo en lugares exóticos donde la creencia en el poder del ritual sigue estando muy viva. Por desgracia, sólo contamos con el relato de Alexandra David-Neel, y no hemos podido averiguar dónde se encuentra ahora este objeto que formó parte de su colección privada.



Purba, puñal ritual tibetano (Museo Walters de Baltimore).

El pequeño bastardo

Es fácil ver en un arma un instrumento de muerte, pero hay objetos que lo son de forma involuntaria. En torno a ellos surgen fácilmente leyendas macabras que los convierten rápidamente en objetos «envenenados», como si la sombra de su primera víctima hubiera impregnado el instrumento de su final violento. La historia que nos va a ocupar en las siguientes páginas es un ejemplo de un objeto que se convirtió en un instrumento de muerte para su dueño. El 30 de septiembre de 1955, James Dean, el actor que protagonizó *Rebelde sin causa* (1955), *Al Este del Edén* (1955) y *Gigante* (1956), conducía su Porsche 550 Spyder por la localidad de Cholame, en California, cuando un Ford Tudor conducido a gran velocidad por un joven estudiante se le echó encima. No pudo esquivarlo. Los dos vehículos circulaban a demasiada velocidad. La colisión fue inevitable y el actor, que contaba sólo veinticuatro años, se rompió el cuello y murió en el acto.



Porsche 550 Spyder.

Pequeño Bastardo... así había apodado su amigo Bill Hickman a aquel coche que James Dean compró durante el rodaje de *Gigante*. Lo estaba poniendo a punto para participar con él en una carrera de automóviles en Salinas cuando tuvo lugar el fatídico accidente. Una semana antes, el 23 de septiembre de 1955, Dean conoció en un restaurante de Hollywood al actor Alec Guinness, el mismo que posteriormente interpretaría a Obi-Wan Kenobi en *Star Wars* (1977). Dean lo invitó a ver su coche aparcado fuera del restaurante. Se dice que Guinness le advirtió a Dean que su coche tenía algo que a él no le gustaba, algo siniestro, y que incluso llegó a advertirle que si se montaba en ese coche estaría muerto en una semana.

La muerte prematura del actor tuvo un inmenso impacto mediático y pronto empezaron las especulaciones. Investigaciones posteriores desmintieron algunas de las cosas que se dijeron en un primer momento. James Dean no esquivó al Ford, sino que frenó a fondo; y no había muerto al instante, sino que salió despedido del asiento y su cuerpo rebotó de nuevo hacia el interior del coche para acabar cayendo sobre el asiento del copiloto. James Dean murió en los brazos de su amigo Bill Hickman, que llegó tres minutos después del accidente. Se empezó a especular si James Dean, autor de la famosa frase «vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver» no había preparado su propio suicidio. Días antes del accidente le había dejado su gato a Elizabeth Taylor en previsión de que a él le pasara algo. El hecho de que hubiera visitado hacía poco a muchos amigos y actores con los que había compartido escena vistiendo un traje oscuro, algo no habitual en él, empezó a ser visto como una suerte de despedida.



Este cartel conmemorativo señala el lugar donde James Dean perdió la vida
© «James dean3», publicada bajo licencia CC BY 2.5 vía Wikimedia Commons

Los restos del «pequeño bastardo» habrían sido vendidos por 2.500 dólares, y comprados por Georges Barris, un conocido especialista en personalizar coches para el cine. Y a partir de ese momento empezaron las desgracias. Cuando lo estaban bajando de la grúa, las cuerdas que sujetaban el coche se rompieron y éste cayó sobre un mecánico partiéndole las dos piernas. Barris hizo que desmontaran las piezas y vendió el motor y la transmisión. El motor habría sido vendido al doctor William F. Eschrich de Burbank, California. Eschrich había competido con el actor en tres carreras en 1955. Desmontó las partes mecánicas y colocó el motor en su propio coche de carreras, un Lotus IX. Lo llamó Potus, ya que era un motor Porsche en un Lotus, y corrió con él hasta en siete ocasiones en 1956. La transmisión se la vendió al doctor Troy McHenry. Ambos se vieron involucrados en sendos accidentes en la misma competición. McHenry perdió el control de su vehículo y se estrelló contra un árbol perdiendo la vida; mientras que a Eschrich se le bloqueó el coche en una curva y éste dio una vuelta de campana, pero afortunadamente pudo salir por su propio pie.

Dos de las ruedas del «pequeño bastardo» fueron vendidas a otro aficionado a las carreras que tuvo otro accidente. Al parecer, las dos ruedas habrían reventado a la vez y el piloto perdió el control del vehículo. El piloto salió con vida aunque permaneció en coma durante varios días. Las desgracias no acabaron ahí. Un par de ladrones entraron en el garaje de Barris para intentar llevarse algunas piezas del funesto coche con el propósito venderlas. Uno de ellos se abrió el brazo cuando trataba de hacerse con el volante y el otro se hirió tratando de llevarse uno de los asientos manchados de sangre. Barris ya empezaba a sospechar que el «pequeño bastardo» traía mala suerte y decidió deshacerse de él, pero la California Highway Patrol le convenció para que donara los restos del automóvil con el fin de exponerlos para concienciar a la gente de la necesidad de conducir con precaución y de promover la seguridad vial.

¿Dónde estás, «pequeño bastardo»?

Las casualidades no terminan ahí: el garaje donde se guardó lo que quedaba del vehículo para una primera exposición se incendió y prácticamente todos los coches sufrieron daños menos el ya de por sí perjudicado «pequeño bastardo». La exposición no pudo celebrarse. La segunda se celebró

en un instituto, pero no estuvo exenta de incidentes. El expositor sobre el que estaba el coche se derrumbó, golpeando a un estudiante que se rompió la cadera. Finalmente, la California Highway Patrol decidió devolvérselo a Harris. Lo subieron a un camión para el transporte y durante el trayecto un coche perdió el control, golpeó al camión y el «pequeño bastardo» cayó del camión, aplastando al conductor del coche, que murió allí mismo.

A partir de este momento se desconoce el paradero del coche, que habría desaparecido de forma misteriosa en 1960. Cada una de las versiones de la historia posteriores es más extraña que la anterior. Una de ellas afirma que el coche quedó dividido en doce pedazos que se repartieron entre diferentes lugares de los Estados Unidos. La versión más inverosímil la proporciona el propio Barris, que sostiene que desapareció tras una exhibición sobre seguridad vial que habría tenido lugar en Florida. El coche se cargó en un camión sellado para devolverlo a Los Ángeles, pero al abrir el camión allí no había nada pese a que el sello estaba intacto.

Éstas son las historias que circulan en torno a lo que se conoce como la maldición del «pequeño bastardo» de James Dean. Ahora bien, en 2005 Lee Raskin, experto en la historia de Porsche, afirmaba en su obra *James Dean At Speed* que los restos del coche fueron vendidos por la compañía de seguros al doctor William F. Eschrich de Burbank, California, no a Barris. De hecho, Raskin afirma que el origen de la leyenda sobre la maldición hay que buscarlo en el propio Barris, que relató varias de estas historias en su libro *Cars of Stars*.

Barris aseguraba en su libro que había sido él quien había personalizado el «pequeño bastardo» para James Dean, y afirmaba que era su amigo personal; pero según Raskin, ninguna de las dos cosas es cierta. Barris nunca habría personalizado alguno de los coches de Dean, ni habría formado parte de su círculo de amistades, ni participó con Dean en los preparativos para su última carrera, en la que nunca llegó a competir. Eso sí, Raskin reconoce que algunas historias se pueden corroborar, como el incendio que habría tenido lugar en el garaje de aquella primera exposición sobre seguridad vial que no pudo llevarse a cabo. El hecho fue recogido por una agencia de noticias y por el periódico *The Fresno Bee*, en que se lee efectivamente que el incidente tuvo lugar el 11 de marzo en un garaje sito en el 3158 de la Hamilton Avenue de Fresno, California. Ahora bien, no es cierto que los restos del coche salieran indemnes. Dos de sus ruedas se quemaron, y el fuego, del que no se supo la causa, dañó la pintura.



George Barris, famoso creador de coches personalizados para cine y televisión, afirma haber comprado los restos del «pequeño bastardo» de James Dean.

© «BarrisBlackie» de Scalhotrod, publicada bajo licencia CC BY-SA 3.0 vía Wikimedia Commons

¿Se trata de una serie de casualidades fatídicas a las que el señor Barris decidió dar un empujón para crear un mito? Desde luego parece que Barris ha alimentado la leyenda del Spyder de James Dean. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, evidentemente, los pilotos de carreras están expuestos por razones obvias a sufrir accidentes de coche. Por cierto que hacia el final de su vida el actor había roto su amistad con la actriz Maila Nurmi, conocida sobre todo por su papel como Vampira, y más de uno achacó el accidente mortal de James Dean a una maldición de la actriz despechada. En cualquier caso, todo lo que rodea al «pequeño bastardo» y a la prematura muerte de James Dean suscita interés y la maldición que se le asocia ha entrado a formar parte de la mitología de Hollywood y del folclore reciente de Estados Unidos.

LUGARES QUE MATAN

En teoría, y desde el punto de vista del pensamiento mágico, una maldición puede recaer sobre un objeto, pero también sobre un lugar, sobre un edificio... Pero no debemos confundir lugares encantados con lugares malditos. En esta obra consideramos como lugares y objetos malditos aquellos que traen algún tipo de desgracia a las personas que los poseen o que se relacionan con ellos. Habitualmente se emplea la palabra «encantado» para designar lugares en los que se supone que hay algún tipo de manifestación o de fenomenología paranormal. Normalmente, este tipo de lugares suele estar asociado a leyendas e historias de espectros, apariciones y fantasmas. Dentro de la bibliografía parapsicológica los autores suelen distinguir o hacer matices entre estos términos; pero en cualquier caso lo importante para nosotros ahora es que cualquiera que sea el tipo de manifestación que se le atribuya a un lugar «encantado» produce supuestamente fenómenos fuera de lo normal pero que no tienen por qué ser dañinos de por sí, o no de manera sistemática. La lista de estos lugares es interminable y existe mucha bibliografía al respecto.

Consideramos entonces que un lugar o un objeto maldito es aquel al que se le atribuye algún tipo de influencia funesta, a menudo mortal, sobre aquellos en los que ejerce su influjo. A esta categoría pertenecen los lugares que visitaremos en este capítulo, lugares que tienen fama de causar desgracias a aquellos que viven o transitan por ellos; lugares, algunos de ellos milenarios, con una mala fama ancestral que «llaman» a determinado tipo de personas para impulsarlas a cometer actos contra su propia vida; lugares, en suma, de los que se dice que susurran ideas perniciosas, tristeza, miedos, oscuridad... Y uno de esos lugares atávicos, oscuros, está al este, muy al este, en tierras japonesas. En nuestra primera visita viajamos donde nace el sol, hasta Japón.

El bosque de los suicidios

Aokigahara, el Mar de Árboles, así lo llaman. 35 kilómetros cuadrados de árboles quietos, silenciosos, oscuros, a los pies del monte Fuji en Japón. El Fuji es también un poderoso volcán. Dos torrentes de lava procedentes de la montaña sagrada, un lecho de roca volcánica..., ése es el suelo sobre el que ha crecido este bosque milenario donde no se oye el viento porque no puede penetrar en esa maraña de cipreses japoneses y pinos rojos. Dice la leyenda que los depósitos de hierro magnetizado de la roca hacen que ni brújulas ni GPS funcionen debidamente, y por eso es fácil que los viajeros se pierdan. Es este sombrío bosque un lugar que visitan muchos turistas a lo largo del año.



El bosque de Aokigahara, en Japón, donde casi un centenar de suicidas van cada año a quitarse la vida.

© Sean Pavone/Shutterstock

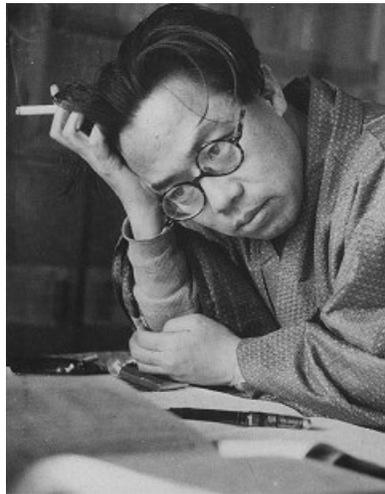
Pero no es precisamente un lugar idílico. Para no perderse, muchos visitantes usan cinta adhesiva con la que marcar el camino por donde se internan. Sólo algunas partes están vigiladas y de vez en cuando el viajero se topa con carteles de advertencia en diferentes idiomas para que los visitantes puedan leerlos en su lengua natal: «Tu vida es un don precioso para tus padres. Por favor, piensa en ellos, en tus hermanos e hijos. No te los guardes para ti sólo. Habla de tus problemas». Son carteles para tratar de disuadir a los suicidas. Encontrarse con estos carteles ya es impactante, pero puede que topemos con algo peor. Es frecuente, de hecho, que los visitantes se den de bruces con algún cuerpo en descomposición colgando de las silenciosas ramas de un árbol, un triste despojo que puede llevar allí días o incluso años. Y es que el Mar de Árboles es conocido también como el Bosque de los Suicidios, un lugar donde una gran cantidad de personas se interna cada año para quitarse la vida.

Hay poemas de hace mil años que señalan que el Mar de Árboles es un lugar maldito. Un lugar habitado por demonios que se apoderan de los humanos y por los fantasmas de los que allí han muerto, los que fueron abandonados o se quitaron la vida. Cuentan antiguos manuscritos que los samuráis desesperados por un amor no correspondido se internaban en el bosque para abrir sus vientres en el ceremonial suicida del harakiri; y que entre los árboles se escondían hombres que habían perdido la razón, poseídos por los demonios, que les impelían a buscar amantes descuidados o personas solitarias sobre las que abalanzarse para devorarlos.

Se cuenta que en el siglo XIX el hambre, la sequía y las enfermedades eran tan habituales que a menudo los lugareños practicaban la costumbre del *ubasute*, literalmente, «abandono de una anciana», también llamada *oyasute*, «abandono de los padres». Las familias más pobres no tenían recursos para alimentar a todos sus miembros, de modo que los ancianos, los niños, los enfermos, eran llevados hasta el viejo bosque y abandonados allí a su suerte, donde morían de frío o de inanición. A veces incluso eran obligados a ello por los oficiales de los señores feudales. El bosque se convirtió desde tiempos inmemoriales en un lugar maldito donde, además de personas endemoniadas, suicidas y abandonados, se paseaban entre sus árboles los espectros de todos los que allí morían.

En el siglo XX Aokigahara se convirtió en un lugar al que acudían centenares de suicidas para quitarse la vida; especialmente a partir de 1960, año en que el periodista y escritor Seicho Matsumoto escribió una novela titulada *Nami no Tou* («Olas que suben»). Los protagonistas eran

dos amantes que, tras ser obligados a vivir separados, se internan en el bosque para suicidarse juntos. El éxito de la novela fue tal que más de cuatro mil personas intentaron emular a los amantes y quitarse la vida en el bosque. En los años cincuenta se encontraron unos quinientos cuerpos en el interior del bosque, la mayoría de jóvenes de unos treinta años. En 1998 se encontraron hasta setenta y tres cuerpos. La cantidad de cadáveres es tal que no falta quien se interna en el bosque para ganarse la vida robando los efectos personales y el dinero de los suicidas.



Fotografía de 1955 de Seicho Matsumoto, autor de *Nami no Tou*, un drama que inspira a muchos suicidas a intentar quitarse la vida en el Mar de Árboles.

Los suicidios se hicieron aún más frecuentes tras la publicación en 1993 de un libro de Wataru Tsurumi titulado *Kanzen Jisatsu Manyuaru* («El completo manual de suicidio»), en el que se describen diferentes formas de quitarse la vida. Más de un millón de ejemplares se vendieron de esta completísima guía para suicidas que, además, recomendaba el bosque de Aokigahara como lugar perfecto para quitarse la vida. Muchos suicidas han sido encontrados con un ejemplar de esta obra al lado. En 2008 se contabilizaron setenta y ocho cuerpos, que es más o menos la media anual, pero en 2003 se alcanzó la cifra de cien. En los últimos años no se facilitan estos datos porque las autoridades no quieren que el Mar de Árboles se asocie al suicidio.

Pero es inevitable. Guardias forestales y visitantes los siguen encontrando con asiduidad, y cada año desde 1970 hasta trescientos bomberos voluntarios y decenas de policías se dedican a recorrer el bosque para tratar de encontrar cadáveres. Y encuentran desde cuerpos que apenas llevan unos días muertos hasta huesos que llevan años ocultos entre la densa vegetación. Sin contar con los que no encuentran... Monjes budistas van periódicamente a orar al lugar para que las almas de los muchos difuntos que según ellos pueblan el bosque encuentren paz. La tradición dice que los espectros de los que murieron aquí atraen a los vivos, llaman a la gente infeliz, para que se quiten la vida en el mismo lugar en el que ellos murieron. Muchos siguen preguntándose qué hay en el bosque, qué mora en él, qué es eso que atrae a tantas personas que acuden allí con la única intención de quitarse la vida. Según la mitología local, los que oyen la llamada, tras

arrebatarse la vida con sus propias manos, suman su fantasma a los de los cientos de personas que han dejado su vida entre la densa vegetación de Aokigahara, el Mar de Árboles, donde apenas se oye nada y ni el viento se atreve a entrar.

La canción húngara del suicidio

Imposible hablar de Aokigahara y no recordar la leyenda en torno a la llamada canción del suicidio, una canción maldita rodeada de una siniestra leyenda según la cual la triste letra y la lúgubre y melancólica música de esta canción esconden algo funesto que induce al suicidio. La música de la canción fue compuesta en un domingo lluvioso en París en 1933 por el pianista y compositor húngaro Rezso Seress. La canción hablaba de la guerra y de los sufrimientos que produce. El poeta Laszlo Javor escribió su propia letra para la canción en la que el protagonista habla de quitarse la vida para reunirse con su amante muerta. El nombre de la misma era *Szomorú Vasárnap*, luego traducida en Estados Unidos como *Gloomy Sunday*, «Domingo triste». Ha sido versionada por más de ochenta artistas y grupos musicales, entre los que figuran Björk, Paul Whiteman, Sarah Brightman, Emilie Autumn, The Smithereens, Sarah Vaughan, The Kronos Quartet, Anton LaVey, Sinéad O'Connor, Elvis Costello, Ricky Nelson, Ray Charles, Marianne Faithfull o la banda de rock gótico Christian Death.

Pero sin duda la versión más popular es la que hiciera Billie Holiday en 1941, que por cierto tiene ciertas modificaciones en la letra. También ha sido banda sonora de películas como *La lista de Schindler* (1993). La letra está cargada de tristeza, melancolía y referencias fúnebres por un amante ausente. Ésta es una traducción propia del texto en inglés basado en la versión de Laszlo Javor:

Domingo triste, con un centenar de flores blancas
esperándote, querida mía, con una oración
un domingo por la mañana, persiguiendo mis sueños.
El coche fúnebre de mi pena ha regresado sin ti.
Desde entonces mis domingos son siempre tristes,
las lágrimas son mi única bebida, la tristeza es mi pan.

Domingo triste.
Por favor, ven a mí, mi amor, este último domingo.
Habrá un sacerdote, un ataúd, un catafalco y un sudario.
Habrá flores para ti, flores y un ataúd,
bajo los árboles en flor, será mi último viaje,
mis ojos estarán abiertos para que pueda verte una última vez.

No tengas miedo de mis ojos, yo te bendigo hasta mi muerte,
el último domingo.

La canción llegó a América con la dudosa reputación de haber provocado una oleada de suicidios en Hungría. Hay que decir por otra parte que Hungría es el país que detenta la tasa más alta de suicidios. Puede que este hecho haya alimentado la aparición de una leyenda negra en torno

a esta canción húngara que, según algunos, habría sido propiciada por las campañas de marketing de las discográficas. Si atendemos a la leyenda, el compositor Rezsó Seress sufría en 1933 una depresión causada por una decepción amorosa. Su novia le había abandonado y la pena fue la musa que le inspiró la composición de la famosa melodía. Al escucharla, su novia volvió con él y ambos planearon casarse un domingo. Pero una semana antes de la boda la chica se suicidó. En la mano tenía una nota en la que se leía «domingo triste». Esta anécdota es la que presumiblemente habría inspirado al poeta László Javor el texto de la canción.

El artículo publicado el 30 de marzo de 1936 en la revista *Time* refiere que hasta diecisiete personas se habrían visto impelidas al suicidio al escucharla en Hungría hasta que las autoridades acabaron prohibiendo su difusión. Esas diecisiete personas, víctimas de la maldición, se quitaron la vida tras escuchar *Domingo triste* y habían dejado notas de suicidio en las que hacían referencia a su letra. Una de estas víctimas, prosiguiendo con el artículo de *Time*, habría sido Joseph Keller, un zapatero que se quitó la vida en febrero de 1936 y que habría dejado una nota de suicidio en la que se citaba el título de la canción. Otras dos se habrían quitado la vida volándose la cabeza de un disparo cuando una banda de músicos gitanos estaba interpretándola. Un hombre también se quitó la vida de un disparo tras salir de un local en el que le había pedido a la banda que tocara la canción. Otros se suicidaron arrojándose al Danubio mientras sujetaban en su mano una partitura con la letra del fúnebre tema musical.

No hay sin embargo ninguna evidencia de la anécdota sobre la supuesta novia de Seress, ni de que las autoridades húngaras prohibieran la emisión radiofónica de la canción. Lo que sí podría ser cierto es que la ya de por sí alta tasa de suicidios en Hungría, que ya comentamos más arriba, se incrementara en esos años, la década de los treinta, en los que Europa sufría una profunda crisis económica y social mientras se dirigía de forma inexorable hacia la segunda guerra mundial. Lo cierto es que, estadísticamente hablando, en un país como Hungría, con un número tan elevado de suicidios, diecisiete personas no es una cifra significativa.

Los primeros en grabar *Domingo triste* en Estados Unidos fueron los integrantes de la banda Hal Kemp en 1936. El caso es que al llegar a América y a Gran Bretaña empezó a hablarse de una alta tasa de suicidios relacionados con la canción. Tanto la revista *Time* como *The New York Times* publicaron artículos durante los años treinta en los que se hablaba de la maldición de la canción húngara que provocaba suicidios. La situación habría sido tan alarmante que habría llevado a muchas emisoras de radio a prohibir su emisión y a algunos clubs a impedir que el tema fuera interpretado en sus locales. Incluso la inglesa BBC habría dejado de difundirla. Más tarde habría consentido en difundirla, pero sólo su versión instrumental; hasta que la policía londinense recibió una denuncia que reavivó la polémica. Un disco estaba sonando continuamente en un apartamento de la ciudad. Al entrar, los agentes encontraron a una mujer muerta por una sobredosis de barbitúricos. La canción que sonaba una y otra vez era, por supuesto, *Domingo triste*. Desde aquel momento la BBC habría prohibido la emisión de la canción tanto instrumental como vocal hasta el año 2002. Pero tampoco tenemos constancia de esto, ni hay forma de verificar la historia de la mujer londinense muerta por sobredosis.

Una de las supuestas víctimas estadounidenses sería un neoyorquino que dejó una nota pidiendo que tocaran la funesta canción en su funeral. Para dejar claro que los suicidios no se producen de forma natural, hay quien apunta que algunos son inexplicables y no corresponden, como cabría esperar, a personas deprimidas con desengaños amorosos, como el caso de un

hombre octogenario que saltó desde un séptimo piso, el de una niña de apenas catorce años que se ahogó mientras sujetaba en la mano una copia de la canción, o el de un joven recadero romano que tras oír tararear la melodía a un mendigo detuvo su bici, le dio todo el dinero que llevaba y se arrojó por un puente próximo.

Un nuevo impulso a las historias de la maldición se produjo cuando el compositor de *Domingo triste*, Rezso Seress, se quitó la vida en enero de 1968, como se recoge en la necrológica publicada el 13 de enero de 1968 por *The New York Times*. Al parecer Seress saltó desde una ventana de su apartamento en Budapest, pero sobrevivió al intento de suicidio. Sin embargo, en el hospital consiguió su propósito ahorcándose con un alambre. Tenía sesenta y nueve años, y siempre hizo gala de un carácter pesimista y melancólico. No tuvo una vida fácil ni alegre, desde luego. Como judío, se vio obligado a vivir en el gueto de Budapest y a soportar malos tratos por parte de las autoridades nazis. El periódico concluía diciendo que Seress había declarado que *Domingo triste* le había traído más infelicidad que otra cosa, ya que nunca pudo, ni podría, componer nada mejor que aquella canción, que encima le hizo famoso por algo tan triste como ser el autor de una pieza que supuestamente induce al suicidio.

Algunos datos son reales, otros parecen haber sido añadidos para embellecer una historia que no deja de tener cierto halo romántico. Posiblemente, muchos clubs y numerosas emisoras de radio no quisieron emitir la canción no porque creyeran que estaba maldita, sino porque era demasiado deprimente. Es posible que algunos suicidas hayan recreado su propia desdicha escuchando la canción, que probablemente era el tipo de canción que una persona aquejada de depresión o de una profunda tristeza se ve impelido a escuchar una y otra vez. No obstante, la leyenda de la maldición rodea irremediamente a esta canción que muchos conocen precisamente gracias a su leyenda negra; leyenda que quizá más de una casa discográfica ha aprovechado para publicarla. De hecho, son muchos los que no habían oído hablar de la canción, pero al saber de la truculenta historia que la acompaña y llevados por la curiosidad, la han buscado para escucharla.

La casa que mata

Después de este inciso en el que hemos examinado algo tan insólito como una canción maldita que induce al suicidio, nos volvemos a poner en camino a la búsqueda de lugares malditos. La lista de lugares a los que se les supone una influencia nefasta, sobre los que se alza una maldición terrible, a menudo mortal, es interminable; pero hay sitios que se llevan la palma. Y uno de ellos es sin duda Ca' Dario, o el Palazzo Dario, un palacio veneciano al que los habitantes de «La Serenísima», como llaman a la hermosa ciudad de los canales, denominan «la casa que mata».



El Gran Canal en el barrio de Dorsoduro. En el centro, el palacio Dario.

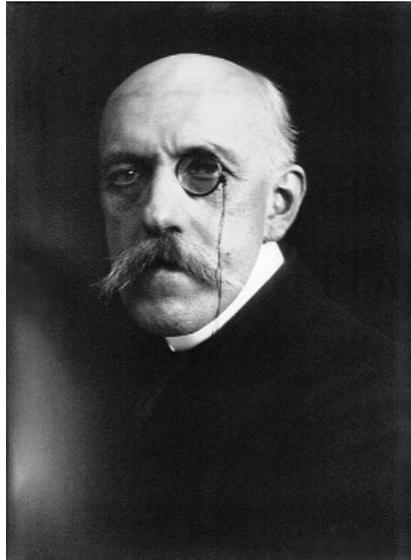
La imponente fachada de la casa, obra del arquitecto Pietro Lombardo, se alza sobre el Gran Canal, en el barrio de Dorsoduro. Se empezó a construir en 1479 y se terminó en 1487. La mandó construir Giovanni Dario como dote nupcial para su hija Marietta. En 1494, Dario murió y el palacio pasó a manos de Marietta, que se había casado con Vincenzo Barbaro, un rico mercader de Venecia. Pronto empezaron las desgracias. Cuando su marido se arruinó, ella no soportó verse en bancarrota, cayó en una profunda depresión y se quitó la vida. El edificio pasó entonces a ser propiedad de su marido Vincenzo. El hijo de ambos, Giacomo, murió en una emboscada en Heraklion, en Creta, en el transcurso de una misión para la república veneciana; y el propio Vincenzo murió apuñalado. La ruina y muerte de tres de sus ciudadanos más prominentes no pasaron inadvertidas para sus vecinos venecianos. En la fachada del palacio estaba escrita una inscripción en latín que rezaba *VRBIS GENIO IOANNES DARIVS* (al genio de la ciudad, de Juan Darío). Alguien la modificó para que se leyera *SVB RVINA INSIDIOSA GENERO*, lo que podría traducirse como «yo genero bajo una insidiosa ruina».

No hizo falta más para que la fama de edificio maldito de Ca' Dario prosperara entre los venecianos. El inmueble fue propiedad de los Barbaro hasta principios del siglo XIX. El último de ellos que la poseyó fue Alessandro Barbaro, que se la vendió a Arbib Abdoll. Éste era un comerciante armenio que trataba con piedras preciosas. Al poco de adquirir la casa, quebró. No le quedó más remedio al tratante que vender su adquisición. Así, en 1838 un inglés, Rawdon Brown, le pagó 480 libras por el palacio. En algunos lugares hemos leído que Brown, al que algunos califican de escritor y otros de erudito estudioso de Venecia, llevó consigo un acompañante. Al descubrirse que mantenían una relación homosexual, la presión social hizo que los dos amantes se suicidaran entre las paredes de la funesta mansión. Pero esto es falso. Brown murió apaciblemente en 1883 en otro edificio veneciano.

De hecho, toda la historia es falsa y la realidad es otra. La compra de la casa no era suficiente, el palacio habría requerido una serie de obras de restauración que conllevaban gastos excesivos que Brown no estaba dispuesto o no podía asumir, lo que le llevó a revenderla en 1842. Se ha dicho también que empezó dichas obras hasta que se vio arruinado y se disparó un tiro en una sala del palacio para no tener que afrontar la vergüenza del descalabro económico. Otra historia falsa. Como ya hemos dicho, Brown puso en venta el palacio cuando ya no pudo asumir los gastos. El siguiente comprador fue un conde húngaro que a su vez se deshizo del palacio

vendiéndoselo a un tal Marshall, un adinerado irlandés. Tampoco duró mucho en manos de este nuevo propietario, que en 1896 lo vendió a su vez a la condesa Isabelle Gontran de la Baume-Pluvinel. La condesa asumió el coste de las obras para restaurarlo.

El poeta francés Henri de Régnier residió allí una temporada, invitado por la condesa, pero enfermó gravemente y tuvo que interrumpir su estancia en Venecia y volver a París. Estuvo viviendo en Ca' Dario desde 1899 a 1901, como recuerda una placa conmemorativa en el edificio. Puesto de nuevo a la venta, el palacio fue adquirido por un multimillonario estadounidense, Charles Briggs. No obstante, los rumores acerca de su homosexualidad, esta vez sí, le hicieron la vida imposible y al final abandonó Venecia y se instaló en México, donde su socio y amante, Osvaldo de Carrera, se habría suicidado. Según fuentes italianas, habría sido expulsado por la policía cuando se descubrió que había convertido el palacio en un lugar de citas. Parece probable que algunos hayan confundido a Briggs con Brown, de ahí que el supuesto escándalo por homosexualidad se haya achacado a ambos. La confusión entre los dos personajes se hace aún más evidente cuando los mismos que afirman que ambos habían sufrido la intolerancia de sus vecinos sostienen también que eran millonarios estadounidenses.



El poeta Henri de Régnier estuvo viviendo en Ca' Dario hasta que una grave enfermedad le obligó a volver a París.

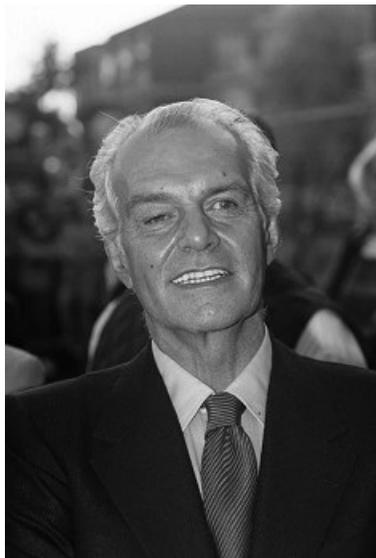
Hogar de muerte

La casa quedó deshabitada durante mucho tiempo, hasta que en 1963 se puso en venta y el tenor Mario Del Monaco se decidió a comprarla. Pero el 13 de diciembre, justo cuando empezó los trámites de compra, sufrió un grave accidente de tráfico en Roma que casi le cuesta la vida y le tuvo postrado durante mucho tiempo, obligado a someterse a rehabilitación. Hasta ocho meses le tuvo apartado este incidente de los escenarios. Después de aquello decidió no continuar con la compra. Aquel incidente evidentemente hizo aumentar la mala fama del edificio. El palacio estuvo

otros tantos años sin venderse hasta que se puso a subasta en 1968 y fue comprado por el conde Filippo Giordano delle Lanze, un experto en arte y antigüedades que contaba entonces cuarenta y seis años. Era natural de Turín y se había trasladado recientemente a Venecia.

Desgraciadamente, no pudo disfrutar mucho tiempo de su adquisición, ya que el 20 de julio de 1970 encontraron su cuerpo en su dormitorio, tendido en el suelo, medio desnudo y en medio de un gran charco de sangre. Había muerto el día anterior a consecuencia de unos golpes brutales que le asestaron con algo contundente. Más tarde se averiguó que el arma del crimen era un jarrón de plata. El testimonio del ama de llaves señalaba como principal sospechoso a un marinero croata llamado Raul Blasich, que según decía era amigo de la víctima y con el que había mantenido una acalorada discusión la noche del crimen. Se rumorea que ambos mantenían relaciones sexuales. Sea como fuere, Blasich fue condenado a dieciocho años de prisión, pero consiguió huir a Londres, donde también moriría asesinado.

Otra vez se pone en venta el edificio. Corre el año 1978 y en esta ocasión quien lo compra es Christopher *Kit* Sebastian Lambert, no el famoso actor, sino el manager del conocido grupo británico de rock The Who. Lambert se enamoró de la belleza del edificio y se hizo con él. Pero entre sus muros, su adicción a las drogas empeoró. Al final se arruinó y fue detenido por posesión de drogas. Aunque muchos lo incluyen entre las víctimas mortales de la maldición de Ca' Dario, Lambert en realidad murió en 1981, con apenas cuarenta y cinco años, tras caer accidentalmente de unas escaleras en casa de su madre, en Londres, y no en el palacio veneciano, como sostienen algunos. El golpe le provocó una hemorragia cerebral que resultó ser fatal. Lambert afirmaba que él no creía en la maldición; sin embargo, a sus amigos íntimos les había confesado que dormía fuera del palacio, en el quiosco de gondoleros del hotel Gritti, próximo al palacio, para, según sus propias palabras, «escapar de los fantasmas que lo atormentaban en el palacio».



Raul Gardini, un popular hombre de negocios italiano que fue dueño de Ca' Dario, murió en extrañas circunstancias aunque oficialmente se suicidó.

© «Raul Gardini» de Gorup de Besanez, publicada bajo licencia CC BY-SA 4.0 vía Wikimedia Commons

Lambert había puesto a la venta el palacio en 1978. El nuevo comprador fue Fabrizio Ferrari, un hombre de negocios veneciano. Ferrari se fue a vivir con su hermana Nicoletta a la mansión. La desgracia no tardó en golpearles. Nicoletta Ferrari murió con sólo cuarenta y tres años en la noche del 27 de septiembre de 1987 en un terrible y espectacular accidente de coche, y él sufrió problemas financieros y un arresto policial tras ser acusado de golpear a una modelo. Ferrari protagonizaba con frecuencia todo tipo de altercados y escándalos con sus numerosas amantes. De nuevo el inmueble fue vendido. En esta ocasión, el comprador fue otro hombre de negocios, el financiero Raul Gardini, que lo adquirió con la intención de regalárselo a su hija. Como no podía ser de otra manera, los problemas no tardaron en aparecer. Una serie de duros reveses económicos y el verse involucrado en un sonado escándalo de corrupción le llevaron a suicidarse en su domicilio de Milán de un disparo en la cabeza, el 23 de julio de 1993, aunque su muerte está rodeada de incertidumbres que aún hoy no han sido esclarecidas.

De nuevo se intentó poner el palacio en venta, pero tras la muerte de Gardini nadie quería comprarlo; así que desde entonces las agencias se plantearon alquilarlo a clientes ricos. A fines de los años noventa el popular director de cine y actor Woody Allen tenía intención de comprarlo, pero, pese a su conocido escepticismo, desistió intimidado por la macabra historia del edificio. En el año 2002 el bajista John Entwistle, también miembro de The Who, quería pasar unas vacaciones en Venecia antes de empezar una gira agotadora, y alquiló la casa. A las dos semanas había regresado a Estados Unidos y el 27 de junio sufrió una insuficiencia cardíaca, probablemente debida al uso excesivo de cocaína, que acabó con su vida. Finalmente, en 2006 lo compró una empresa estadounidense en representación de un comprador anónimo, y en la actualidad lo están restaurando.

La imponente fachada de Ca' Dario, con sus elementos góticos y bizantinos, continúa alzándose sobre el canal. Los venecianos la siguen mirando con cierto temor supersticioso. Hay quien dice que el origen de la maldición hay que buscarlo en el suelo. Dicen que fue levantado sobre un cementerio abandonado. Como en otras ocasiones, en torno a su leyenda negra hemos encontrado todo tipo de adornos y datos contradictorios, pero lo cierto es que otros están bien documentados. ¿Casualidades? Puede, pero pocos parecen querer arriesgarse para comprobarlo.

La isla de los muertos

No podemos irnos de Venecia sin visitar la isla maldita, la isla de Poveglia, en la Laguna veneciana. Desde el siglo V la isla estuvo densamente poblada por gente que vivía en la costa y huía de las invasiones bárbaras. Con el tiempo la isla prosperó hasta la irrupción de la peste en el siglo XVI. En otra isla, la del Lazzaretto Nuovo, se construyó un hospital en el que se internaba a los que parecían haberse contagiado. Pero la de Poveglia, de apenas siete hectáreas, fue usada, y esto se repite hasta la saciedad en libros y páginas de internet, para amontonar los cadáveres que la peste negra iba dejando. Afirman los autores de tales textos que a veces las víctimas ni siquiera estaban muertas. Tanto los fallecidos como los sospechosos de haber contraído la terrible enfermedad eran dejados en las islas. Moribundos y cadáveres eran enterrados en enormes fosas

comunes y eran quemados. Y al final empezó a ser conocida, dicen, como la isla de los muertos. Hay quien asegura que hasta un millón de personas murieron o fueron enterradas allí..., o ambas cosas.

Los autores que han dado pábulo a la leyenda negra de la isla aseguran que la cantidad de cenizas y huesos es tal que forman parte de la mitad del suelo de la isla, y que los pescadores venecianos la evitan por miedo a que entre sus aparejos de pesca en lugar de peces aparezcan huesos y restos humanos. Aseguran también que en su mitad el suelo está compuesto por cenizas humanas hasta el punto de convertirlo en una especie de fango putrefacto que algunos tildan de repugnante.

Dicen también que en 1922 se creó un hospital psiquiátrico con un gran campanario en el que los internos veían agravadas sus dolencias por los continuos gritos y las recurrentes manifestaciones de los espectros de las víctimas de la peste. Sin embargo, el más loco de todos los habitantes de la isla habría sido el doctor del psiquiátrico, un monstruo que habría participado y alentado todo tipo de torturas, operaciones médicas horrorosas y experimentos terroríficos con los enfermos, hasta que, perseguido por los fantasmas de la isla, se habría quitado la vida arrojándose desde el campanario. Una enfermera que fue testigo del incidente relataría después que cuando aún estaba moribundo, retorciéndose de dolor en el suelo, una extraña neblina blanca emergió del suelo y asfixió al malvado doctor arrebatándole definitivamente la vida. Desde entonces el sonido de la campana se hace oír algunas noches en toda la Laguna, cosa aún más prodigiosa si tenemos en cuenta que hace tiempo que no hay ninguna campana en el campanario.

La isla, prosigue la leyenda, perteneció después al gobierno italiano hasta que fue vendida a quien la abandonó en los años sesenta. Tiempo después una familia compraría la isla para construir una casa de verano. Pero tras pasar la primera noche, se fueron apresuradamente sin querer hablar de los motivos de su huida. Una de las hijas habría sufrido un corte en la cara que habría necesitado catorce puntos de sutura. Desde entonces, afirman algunos, el acceso a la isla está prohibido.

Hay muchas inconsistencias en este relato que se ha copiado y pegado hasta la saciedad en páginas y artículos, pero curiosamente fuera de Italia. Resulta extraño que no haya páginas italianas que relaten esta historia, salvo las pocas que copian a su vez a las extranjeras. De hecho, la gran mayoría de las fuentes italianas dan una versión que suele desmentir las historias sobre doctores enloquecidos y familias aterrorizadas. ¿Qué hay de cierto en estos relatos? Sin duda el primer paso para averiguarlo es consultar las fuentes fidedignas en las que se menciona la isla.

Desde el punto de vista histórico, lo que podemos afirmar sin lugar a dudas es que a raíz de un ataque de la flota genovesa en 1379 la población de la isla fue trasladada a otro grupo de islas conocido como La Giudecca. El traslado se llevó a cabo para construir en Poveglia una fortaleza, llamada el Octógono, cuya planta aún puede verse, con la que mantener a raya a los genoveses, sempiternos enemigos de los venecianos. Es decir, la isla, que hasta ese momento tenía un próspero asentamiento, fue desalojada por motivos militares y estratégicos. Por otra parte, lo que consta es que los enfermos de peste y los sospechosos de estarlo eran llevados al Lazzaretto Nuovo, donde eran puestos en cuarentena. Si morían eran enterrados allí, en las fosas comunes del Lazzaretto. A los sospechosos de ser apestados que pasaban la cuarentena se les emitía un certificado en el que constaba que estaban sanos. De hecho, el término *cuarentena* se originó en Venecia.

Por otra parte, en muchas páginas web aparecen un par de fotografías que suelen llevar como pie de foto la leyenda «fosa común encontrada en Poveglia», aunque en realidad pertenecen al Lazzaretto Nuovo y no a Poveglia. Se trata de la llamada «fosa de los apestados». El Lazzaretto Nuovo es otra isla de la Laguna veneciana en la que se han encontrado hasta 1.500 esqueletos; de hecho, se hizo popular en 2009 por el descubrimiento de la «vampira de Venecia», un cráneo que perteneció a una mujer víctima de la peste y que apareció con un ladrillo incrustado en la mandíbula. Sin embargo, en Poveglia no se tiene constancia de que se hayan descubierto tales fosas comunes, y menos que contengan nada menos que los restos ¡de un millón de personas!

Sí he encontrado documentos que avalan el uso de las islas con fines sanitarios, pero mucho después de la epidemia de peste que asoló Venecia. Desde 1782 el hospital militar se habría encargado del control de personas cuando las instalaciones del Lazareto Nuevo y las del Viejo ya no eran adecuadas. En 1793 y 1798 el hospital fue utilizado para alojar a los tripulantes enfermos de dos embarcaciones. Éstos sí son datos verificables que se encuentran registrados en documentos de la época. Su función como lugar de cuarentena para embarcaciones cuyas tripulaciones eran sospechosas de portar enfermedades contagiosas se mantuvo hasta la segunda guerra mundial.

La isla habría sido más tarde la sede de un hospital geriátrico. Pero no hay constancia en ninguna parte de macabros experimentos, ni del suicidio de ningún doctor, ni se cita el nombre del tal médico, ni de la enfermera que le vio morir, ni nada que se pueda corroborar. De hecho, muchas publicaciones italianas desmienten estos hechos insistiendo en que la susodicha institución nunca fue un hospital psiquiátrico. Las guías locales se refieren al edificio, ahora en ruinas, como una institución para acoger a ancianos indigentes. Para justificar que sí era una hospital psiquiátrico y que se quiere «ocultar» su existencia a la opinión pública, algunos utilizan como prueba una fotografía tomada en las ruinas del edificio donde aparece un cartel que reza reparto psichiatria, es decir, departamento de psiquiatría. Es un letrero que parece estar pintado en una pared interior. Sin embargo, un departamento de psiquiatría es algo más que habitual en cualquier institución médica o social. De hecho, es muy corriente que en cualquier residencia para ancianos haya uno. Además, no tendría sentido crear un departamento de psiquiatría en un centro dedicado por completo a esa función. El cartel que uno esperaría encontrar en un lugar así sería el de «*ospedale psichiatrico*», hospital psiquiátrico.



Vista del hospital en la isla de Poveglia.

© «*Poveglia Closeup of Hospital*» de Chris 73, publicada bajo licencia CC BY-SA 3.0 vía Wikimedia Commons

La institución fue abandonada en 1968, cuando la isla fue cedida al Estado, que a su vez la arrendaba a un agricultor que empleó la tierra para cultivarla. No hay constancia de familia alguna que fuera a construir una casa de verano ni de una hija malherida. No es cierto tampoco que esté prohibido visitar la isla. Sencillamente, no hay embarcaciones regulares que la incluyan en sus trayectos, pero cualquiera que tenga una embarcación puede hacerlo libremente. En realidad, no es difícil encontrar testimonios de gente que se las ha ingeniado sin problemas para llegar a la isla contratando los servicios de algún dueño de embarcación. Alguno de estos visitantes han comentado que en la isla, en la actualidad, hay redes y aparejos de pesca; de modo que eso de que los pescadores no se acercan a la isla tampoco es cierto. Lo que sí consta es que, tras ser reubicados los habitantes de Poveglia por la construcción del fuerte, ellos y sus descendientes siguieron manteniendo su identidad y su cultura, y acudían a las aguas de la isla para pescar como habían hecho toda su vida antes de ser realojados.

Muchos cabos sueltos y contradicciones en una historia que parece haber surgido de la confusión de Poveglia con las islas donde estaban los dos Lazzarettos y que parece haber sido convenientemente adornada por personas que no son de Venecia, ciudad cuyos habitantes no parecen contentos con el hecho de que la isla se haya convertido en sinónimo de muerte y horrores dignos de una película de terror. Algunos sugieren que tanto los venecianos como las autoridades venecianas quieren limpiar la mala fama de la isla porque albergan para ella planes futuros como suculento destino turístico. El año pasado los medios de comunicación de medio mundo se hicieron eco de que el gobierno italiano planeaba reducir su deuda pública subastando ciertos bienes inmuebles de su propiedad, entre los que se encontraba la isla de Poveglia, que sale a subasta con el precio inicial de 1.000 euros. Los primeros interesados en comprarla son los integrantes de una plataforma de ciudadanos venecianos llamada «Poveglia per tutti», que lejos de tener en mente construir algún complejo hotelero, quieren precisamente que escape a ese destino de objetivo turístico y preservarla como reserva medioambiental con huertos urbanos y un museo que conserve su historia.

Whaley House

Cruzamos ahora el Atlántico para viajar hasta el Old Town, en la ciudad californiana de San Diego. Nos encontramos ante una casa de dos pisos construida en ladrillo que destaca entre las viejas construcciones de madera del entorno. Ahora es el Whaley House Museum, un edificio histórico, pero antes fue una mansión, una amplia casa hecha construir por Thomas Whaley, que se había casado cuatro años antes en Nueva York con Anna Eloise Delaunay. Los dos jóvenes se mudaron a su nueva casa el 22 de agosto de 1857 y desde entonces fue conocida como la casa Whaley. Allí empezaron una nueva vida; pero las desgracias no tardarían mucho llegar y lo harían con una obstinación tal que pronto empezó a decirse que la casa Whaley estaba maldita, hasta el punto de que en 2005 la revista *Life* la calificaba como la casa más encantada de América. Vamos a dar un paseo por sus habitaciones para conocer su historia, íntimamente ligada a la de Thomas y Anna Whaley.

El 28 de diciembre de 1854 nació el primer hijo de la pareja Whaley, Francis, y el 18 de agosto de 1856, el segundo, Thomas Whaley Junior, que desgraciadamente moriría de escarlatina poco después, el 29 de enero de 1858, cuando apenas tenía siete meses. El tercer hijo sería una niña, Anna Amelia Whaley, que nació el 27 de junio de 1858. A la muerte del pequeño Thomas se sumó un incendio que arrasó un almacén de maderas propiedad de Whaley. La familia, sumida en el dolor de la pérdida, se mudó a San Francisco. Y allí, el 5 de noviembre de 1860, Anna dio a luz a su cuarto hijo, George Hay Ringgold Whaley. El 14 de octubre de 1862 vino al mundo el que sería el quinto de sus hijos, una niña a la que bautizaron como Violet Eloise Whaley. Por fin, el último de los seis hijos que tuvieron, la pequeña Corinne Lillian Whaley, vino al mundo el 4 de septiembre de 1864.

Durante esos años Thomas se fue recuperando del descalabro económico y en el verano de 1868 se embarcó en la reforma de la casa de San Diego para que toda la familia pudiera regresar. En octubre de aquel año alquiló una de las habitaciones de arriba a un grupo de teatro local que estaba de gira en aquel momento por San Diego y que habilitó el cuarto para hacer representaciones teatrales. El propietario de la compañía de teatro, Thomas Tanner, murió a los diecisiete días de la apertura, y para finales de enero de 1869 el grupo se había disuelto definitivamente. Los Whaley habían vuelto a la casa el 12 de diciembre de 1868, una vez concluidas las reformas.

Pasaron unos años en los que no ocurrió nada destacable, pero el 5 de enero 1882 los Whaley tenían una doble celebración. Sus hijas Violet y Anna contraían matrimonio. Anna se casó con su primo hermano John T. Whaley y Violet con George T. Bertolacci. Ésa fue la peor decisión que pudo tomar la pobre Violet, que apenas tenía diecinueve años. El tal Bertolacci era un cazador de fortunas, un estafador que lo único que buscaba de ella era apropiarse de la sustanciosa dote que el padre, según calculaba el aventurero, donaría para la boda. Dos semanas después de la boda, de regreso del viaje de luna de miel, Violet se despertó sola. Su marido no estaba; la había abandonado. Ella y sus padres acabarían sabiendo más tarde toda la verdad. Bertolacci era un farsante, un miserable que los había engañado en busca de una fortuna fácil.

Para desgracia de Violet, no sólo tuvo que enfrentar la pena, el abandono y la tremenda decepción amorosa, sino que se encontró completamente sola. Las damas de la «alta sociedad» de San Diego la rehuían o la rechazaban. Violet, humillada y con el corazón roto, fue víctima, por un lado, de un desaprensivo que jugó con ella y, por otro, de unas convenciones sociales y una moralidad estrictas, y desde luego muy cuestionables. Un año más tarde Violet consiguió el divorcio, pero la desgraciada muchacha no se recuperaría jamás ni del abandono de su marido ni del cruel rechazo social al que se vio sometida. No consiguió superar el dolor ni la humillación y cayó en una profunda depresión que acabó de la peor de las maneras posibles. El 18 de agosto de 1885, tres años después de aquella fatídica boda, se disparó un tiro mortal en el pecho que le arrebató la vida cuando sólo contaba veintidós años.

Al lado de su cuerpo encontraron una nota en la que había escrito unos versos de «El puente de los Suspiros», un poema de Thomas Hood; versos en los que expresaba la crueldad de un mundo que había hecho que deseara ser expulsada de él. Triste final para una mujer que fue víctima de un canalla sin escrúpulos, por un lado, y de una sociedad estricta con dudosos conceptos de moral y de respetabilidad, por otro. La tragedia sacudió el hogar de los Whaley hasta los cimientos. Y continuó haciendo mella aun después de la muerte de la desgraciada

muchacha. Y es que la hermana de Violet, Corinne Lillian, estaba comprometida y pronta a casarse cuando ocurrió el suicidio de Violet. En lugar de sentirse responsables del acto desesperado de la muchacha, los miembros de la «alta sociedad» vieron en aquello otro motivo de escándalo. La consecuencia fue que el prometido de Corinne rompió con ella.

Después de aquella cadena de desdichas, Thomas Whaley decidió dejar la casa de Old Town y mandó construir una casa más modesta en el 933 de State Street, en el centro de San Diego. El 31 de diciembre de 1888 fue el primogénito de los Whaley, Francis, quien se casó con Susan E. Murray. Pero Thomas Whaley no disfrutaba ya de buena salud y murió en la nueva casa el 14 de diciembre de 1890. Otra de las hijas de los Whaley, Anna Amelia, murió con apenas cuarenta y seis años en la californiana ciudad de Modesto. A finales de 1909 Francis se dispuso a reformar la vieja casa Whaley en Old Town, que había estado deshabitada hasta entonces. La mansión había caído en el abandono durante todos esos años en los que había estado deshabitada y se encontraba en mal estado. Una vez que el edificio fue debidamente restaurado Francis Whaley lo transformó en una atracción turística en la que se conservaban retazos de la historia de Old Town. En 1912 vivían juntos en la casa tanto él como su hermana Corinne Lillian y su hermano George, además de su madre, Anna. La madre murió en la casa el 24 de febrero de 1913 a la edad de ochenta años. Al año siguiente la siguió el propio Francis, que dejó este mundo el 19 de noviembre. George murió el 5 de enero de 1928 en San Diego. Corinne Lillian, la última de los Whaley, murió en la casa en 1953.



Whaley House, en San Diego (California), el edificio al que llaman la casa más encantada de América.

Habitantes invisibles

En la actualidad, desde 1960, la casa es mantenida como un museo de historia local por la organización Save Our Heritage Organisation (SOHO), una organización sin ánimo de lucro dedicada a la conservación del patrimonio de San Diego. La casa ha ido ganando fama como una de las mansiones más encantadas de Norteamérica, ya que tanto el personal del museo como algunos de los visitantes dicen haber visto en alguna ocasión el fantasma de alguno de los que murieron en ella, desde el pequeño Thomas Junior, que murió cuando sólo tenía diecisiete meses, hasta sus hermanos Anna, Francis, George, Corinne y por supuesto la desgraciada Violet, que se suicidó en su interior.

También hay quien afirma haber visto al matrimonio Whaley deambular por las habitaciones. Un ex conservador del museo declaró en una ocasión que la hija de unos visitantes había visto a Thomas Whaley: «Hemos tenido una niña de unos cinco o seis años de edad, que saludó a un hombre que, según decía, estaba de pie en la sala. No lo pudimos ver. Pero a menudo la sensibilidad de los niños es mayor que la de un adulto». Otros visitantes adultos afirman haberlo visto como un hombre que viste con una levita y pantalones decimonónicos. En 1964 Regis Philbin, un célebre y popular actor y cantante estadounidense, aseguró haber visto el fantasma de Anna Whaley: «De repente me di cuenta de que había algo en la pared, algo vaporoso, blanco, parecía una especie de aparición: ¡me emocioné tanto que no pude contenerme! Encendí la luz y allí no había nada salvo un retrato de Anna Whaley». Suele aparecer, siempre según los que dicen haberla visto, en la planta baja o en el jardín. Incluso hay quien afirma haber visto el espectro de un perro corriendo por los pasillos y el comedor. Al parecer los Whaley tenían un terrier al que llamaban *Dolly Varden*.

Dicen también que se oyen ruidos y otras señales misteriosas y perturbadoras, que se experimentan puntos fríos en algunos lugares de la mansión, que hay quien ha experimentado la sensación de ser tocado por una mano invisible, olores inexplicables, luces, objetos que se mueven... Si queremos comprobarlo por nosotros mismos, el Museo organiza un Ghost Haunting Tour («Tour de cacería de fantasmas»), tanto el último fin de semana de cada mes como en los días próximos a Halloween, como no podía ser menos. Quizá entonces veamos a la señora Whaley tocando el piano, como aseguran algunos testigos; o a un espectral bebé de sólo año y medio con ganas de jugar.



Una de las habitaciones de Whaley House (San Diego, California).

© Iriana Shiyon/Shutterstock.com

Y es que la casa no estaría sólo encantada, sino también maldita, una maldición que, según los que creen en ella, fue la causa de las desgracias de los Whaley. Pero ¿cuál es el origen de esa maldición? Se dice que nada más mudarse por primera vez a la casa, el matrimonio Whaley oyó pisadas y todo tipo de ruidos extraños que provenían del piso de arriba. Eso fue al menos lo que declararon al periódico *San Diego Union*. Según dijeron, ellos creían que las pisadas las provocaba un fantasma, el de James Robinson, apodado Yankee Jim, que fue ahorcado en el terreno sobre el que Thomas Waley había hecho construir la casa.

Al parecer, Yankee era un canadiense que allá por 1853 deambulaba por Old Town. Tenía fama de ser peligroso y había asaltado a varios mineros cuando dormían, dándoles muerte para apoderarse de su oro. Eso es lo que decían. El 18 de agosto fue juzgado por el robo de un barco, la goleta *Platus*. Sus presuntos cómplices, James Grayson Loring y William Harris, escaparon de la pena capital con castigos inexplicablemente leves; tan sólo tuvieron que cumplir un año en la prisión estatal. Pero Yankee Jim no tuvo tanta suerte. En realidad, nunca encontraron evidencias de que hubiera sido él el autor del robo; simplemente le habían visto remando cerca del barco. Fue condenado a morir en la horca, y hasta el mismo momento de su muerte proclamaba a gritos su inocencia.

Yankee Jim murió ahorcado el 18 de septiembre de una forma atroz. Las crónicas de la época lo describen como un hombre rubio y muy alto; pero los que construyeron el patíbulo lo hicieron para alguien de altura media. Cuando quitaron el banquillo sobre el que estaba de pie con la soga al cuello, sus pies rozaban el suelo, por lo que tardó mucho en morir. Antes de expulsar su último aliento habría maldecido tanto a los asistentes a su ejecución, entre los que se contaba el propio Thomas Whaley, como el lugar en el que era ejecutado, el terreno en el que hoy se levanta la casa Whaley. La historia del juicio la he encontrado publicada con fecha del 7 de octubre de 1873 en el periódico *Los Angeles Herald*. No se habla en él de ninguna maldición. Se afirma en la crónica que antes de morir Yankee Jim dio un largo discurso en el que alegaba que él siempre había sido una buena persona, que había repartido su dinero entre los pobres y se declaraba inocente de las acusaciones que le hacían. Lillian Whaley, en 1953, afirmaba que no sólo se oían sus pasos sobre el suelo de madera de la casa, como los que producirían las botas de un hombre de gran envergadura, sino que a veces se veía el fantasma de un rebelde, un yanqui, alto y rubio, cuya risa se hacía oír a veces por los pasillos de la casa. Ella tenía claro que era el espectro de Yankee Jim.

Visitantes y turistas de todo el mundo han paseado y pasean por las habitaciones y pasillos de la mansión Whaley, un pedazo de historia de San Diego repartido entre dos pisos con un pasado lleno de historia asociada irremediabilmente al de una familia perseguida, según dicen, por una maldición que les hizo vivir todo tipo de desgracias y que, al decir de los que allí trabajan y de algunos de sus visitantes, pasea entre sus muros rememorando su pasado.

La finca maldita

Mientras escribía este capítulo y barajaba varias posibilidades para incluir algún ejemplo de casa maldita de nuestro propio país, saltaba a los medios de comunicación una noticia escalofriante acerca la última víctima de la llamada finca maldita de Valencia. Titulares como «La novena víctima de la finca maldita» o «El edificio maldito de Valencia suma su novena víctima» volvían a poner en el candelero un inmueble que ha dado mucho que hablar en las últimas décadas. Se trata del edificio sito en el número 1 de la avenida Tres Forques (Tres Horcas), en el barrio homónimo, en Valencia. La cantidad de sucesos luctuosos que han tenido lugar en este inmueble ha llamado siempre la atención de los vecinos del barrio y de la prensa. El último, el que ha sido noticia en esta ocasión, es el descubrimiento de un cuerpo en avanzado estado de descomposición por parte de los bomberos. Ocurría a mediados de marzo. Se trataba de Juan Manuel A. S., un hombre de sesenta y cinco años, que residía en la puerta 14 desde hacía casi medio siglo.



El número 1 de la Avenida Tres Forques en el valenciano barrio del mismo nombre. Fotos cortesía de Aluriel Vera.

© Aluriel Vera

Sus vecinos no le veían desde febrero, el hedor que procedía del piso hizo sospechar a uno de ellos y se decidió a dar parte a la policía. Policía Local y Nacional y bomberos se personaron en el edificio y, al ver que no respondían al llamar a la puerta del domicilio, decidieron entrar. Uno de los bomberos hizo el macabro hallazgo y se llevaron a cabo las diligencias oportunas. Esta muerte habría pasado desapercibida para los medios si no fuera porque es la novena que se ha producido en el edificio. Por supuesto, los medios pronto se apresuraron a relacionar datos concernientes al edificio con otros que alimentan su fama de maldito. Por ejemplo, el hecho de que el edificio fuera construido en 1957, el mismo año que una enorme riada dejara al menos ochenta y un muertos en la ciudad, ha sido visto como un mal presagio. Aquel año el Turia se desbordó, dando lugar a lo que en los anales de la historia de la ciudad se conoce como la Gran Riada, que causó muertes y muchos estragos.

Pero el edificio, al que los vecinos cercanos han dado en llamar la finca maldita, no llamó la atención hasta el 1 de noviembre de 1968, cuando un modisto encontró los cadáveres de Emilia Argüelles Catalana y de su exnovio, Vicente Alberto Artal. Emilia Argüelles, de treinta y cinco años, era una conocida y controvertida vedette madrileña que había alquilado el piso en el que encontraron los cuerpos. Su nombre artístico era Gracia Imperio. Los cuerpos aparecieron en la bañera. La policía encontró las espitas del gas abiertas, pero no se pudo determinar si fue un caso de suicidio, un accidente o un doble asesinato. La causa de la muerte nunca quedó aclarada y fue una sonada noticia. Por entonces la calle se denominaba calle Cuenca y el número era el 78. En el año 2001 se filmó una película sobre la controvertida vida y muerte de la artista titulada *El día que murió Gracia Imperio*.

La tercera persona que murió poco después en el edificio también lo hizo en extrañas circunstancias. Se trataba de un vecino del edificio que cayó por el hueco de la escalera. Era conocido en el barrio por ser el cuñado de Mercedes Viana, propietaria de un local llamado Mogambo Club y de 11 pisos del inmueble. No se pudo determinar si se había caído accidentalmente o si se trataba de un suicido, aunque según una vecina, el hombre sufría algún tipo de problema mental. La cuarta víctima fue un joven de dieciocho años, muerto en el octavo piso. Aprovechando la ausencia de sus padres, celebró una fiesta de cumpleaños con sus amigos en la que al parecer habría consumido drogas que le causaron la muerte. La siguiente tragedia que acaeció en la finca fue la muerte accidental de una niña pequeña, de tan sólo dos años de edad, y de su hermano mayor. Los pequeños estaban jugando en el cuarto piso, donde vivían con sus padres. Estaban saltando sobre una cama al lado de una ventana abierta. La niña, jugando, saltó

con tan mala suerte que atravesó la ventana abierta. Su hermano mayor trató de agarrarla y se precipitó tras ella. La niña murió en el acto; el chico sobrevivió a la caída, pero murió pocos días después en el hospital.

Otro hecho luctuoso tuvo lugar en la puerta 15, donde se encontró el cadáver del inquilino que la habitaba. Su madre, al ver que no contestaba a sus llamadas, avisó a la policía, que se personó en el domicilio y realizó el macabro descubrimiento. Al parecer el hombre habría muerto de un infarto. Por último, el 1 de marzo de 2012 un drogadicto de cuarenta años, con antecedentes policiales por robo, había estado bebiendo y consumiendo pastillas y cocaína con un compañero de piso. Cuando su compañero se fue a dormir, llamó a las cuatro de la mañana para contratar los servicios de una prostituta, una mujer brasileña de treinta y dos años que acudió al domicilio. Los dos se enzarzaron en una acalorada discusión que acabó de manera violenta. El hombre la golpeó, la agredió con un cuchillo y al final asfixió a la mujer y después dejó el cuerpo en un cuarto trastero. De nuevo los medios de comunicación se hicieron eco ampliamente del suceso.

El asunto del edificio de la calle Tres Forques es un tema delicado. Muchos vecinos del barrio han puesto el sobrenombre de «finca maldita» o «finca de las desgracias» al edificio, con el consiguiente enojo de buena parte de los inquilinos que viven allí desde hace años. Desde luego, el tema debe tocarse con cierta delicadeza. Lo cierto es que las estadísticas de sucesos trágicos en un primer momento resultan chocantes, pero a veces el tratamiento que se da a las noticias por parte de los medios de comunicación, que se refieren a ella como «la casa del horror», no es el más adecuado y puede contribuir a estigmatizar a los inquilinos del edificio.

Se ha dicho que en 1647, cuando la peste llegó a Valencia, se crearon lazaretos justo donde está situada la calle Tres Forques, y que los cuerpos de los fallecidos por la epidemia eran sepultados por la zona, pero por lo que he podido indagar la realidad es que el lazareto, además del que existía en la actual Parroquia de San Lázaro, en la Calle Maximiliano Thous, estaba situado en el barrio de Nazaret, junto al puerto, al otro extremo de la ciudad. De hecho, Nazaret es en realidad una deformación de la palabra lazareto, *llatzeret* en valenciano.

Sí es cierto que en el siglo XIX o principios del XX se creó en el vecino barrio de Patraix, cerca del cementerio, un edificio para acoger a enfermos infecciosos, que estaría situado en el carrer de Sant Llàtzer, la calle de San Lázaro, cuyo nombre indicaría la ubicación del lazareto, y que parece haber sido el predecesor del actual Hospital Universitario Doctor Peset. En el solar donde ahora está el edificio, o cerca de él, podría haberse ubicado el Cementerio del Hospital desde 1797, y habría estado en uso hasta 1885. Ese mismo año hubo una epidemia de cólera y se habría creado un hospital de campaña en la zona.

La casa de los locos

No es éste el único edificio con fama de maldito en nuestro país. Madrid también cuenta con una «casa maldita», un bloque de tres plantas y piso bajo situado en el número 3 de la calle Antonio Grilo. La fama siniestra del edificio puede rastrearse hasta 1945. Vivía entonces en el primero derecha Felipe de la Breña Marcos, de cuarenta y ocho años, camisero de profesión. El día 8 de mayo encontraron su cadáver. Alguien le había asestado un golpe mortal con un candelabro,

presuntamente para robarle. Llevaba cinco días muerto y aferraba un mechón de pelo, presumiblemente de su atacante, pero el crimen nunca se resolvió. La noticia apareció en la sección de sucesos del diario *ABC*.

La desgracia volvió a abatirse sobre el bloque el 2 de mayo de 1962. A las 7.40 la policía recibió una llamada angustiosa desde el 3.º D del inmueble. Un hombre, José María Ruíz Martínez, de cuarenta y cuatro años, acomodado dueño de una sastrería, afirmaba haber dado muerte a su esposa y a sus cinco hijos y amenazaba con quitarse la vida. Al principio no quería dar su dirección, pero el policía que le atendió consiguió entretenerlo hasta que pudo localizar la llamada. El hombre, claramente trastornado, había acabado a cuchilladas y martillazos con toda su familia, con la que vivía en el 3.º D. Pistola en mano y ante los horrorizados vecinos y viandantes que se arremolinaban en la calle, vestido con un pijama ensangrentado, exhibió sucesivamente los cuerpos mutilados de tres de sus hijos antes de volver a la casa y suicidarse descerrajándose un tiro en la cabeza. Aún no se sabe qué le llevó a cometer tal atrocidad, aunque en el periódico *El Caso* se afirmaba que había enloquecido «por las deudas que le había dejado la construcción de un chalet de lujo en Villalba».



Portada de *El Caso*, haciéndose eco del asesinato de su familia y posterior suicidio por parte de José María Ruíz Martínez.

El horror volvió a sacudir el inmueble dos años después, el 10 de abril de 1964. Pilar Agustín Jimeno, de veinte años, que vivía en la primera planta, ahogó a su hijo recién nacido y escondió el cuerpo en un cajón de una cómoda, hasta que lo descubrió su hermana al cabo de tres días. El rechazo social que temía por ser madre soltera, lo que en aquel entonces era considerado como una deshonra, la había llevado a cometer el infanticidio. Los medios de comunicación de la época comenzaron a hablar de «la casa maldita», triste fama que arrastra hasta el día de hoy. No sólo el edificio sino la calle entera, una pequeña travesía de apenas 60 metros, tiene fama de haber sido testigo de hechos terribles que la han hecho protagonista con frecuencia de las páginas

de sucesos. Los que así lo afirman mencionan varios de los hechos luctuosos ocurridos allí. El primero, aunque más anecdótico que otra cosa, se remontaría a 1909, cuando una mujer parálitica trató de arrojar vitriolo, aunque sin éxito, al rostro de la amante de su marido. Tres años después, en 1913, un carro atropelló a un niño que jugaba en aquella misma calle.

Pocos años después otro vecino, esta vez un joven, se quitó la vida arrojándose desde el acueducto de la calle Bailén. En 1915 una pareja que paseaba por la calle fue atacada por el ex novio de ella, que acabó degollando al hombre allí mismo, al lado del portal del número 3. Y doce años después una «sangrienta riña entre dos pinches», como rezaba un titular de la prensa de 1932, acabó con la trágica muerte de uno de los cocineros del café de San Bernardo. La pelea empezó con insultos aparentemente de broma hasta que uno de ellos golpeó al otro con una botella de vino. El agredido tomó un cuchillo de cocina de grandes proporciones y atravesó el vientre de su compañero. Todos estos hechos luctuosos pueden consultarse en las hemerotecas de diarios como *ABC* o *La Vanguardia*.

Dicen que la causa de la maldición de la calle y del inmueble se debe a que en aquel solar, en el siglo XVI, se levantaba el beaterio de Santa Catalina de Sena. De hecho, el nombre antiguo de la travesía era calle de las Beatas, hasta que en 1899 se cambió su nombre por el actual. En aquel beaterio estaría incluido un cementerio, razón según muchos de los crímenes y accidentes de la que algunos llamaron «la casa de los locos de Madrid». Hace un par de años el piso que ocupaba el sastre que mató a toda su familia en el inmueble fue puesto a la venta por una inmobiliaria. La historia truculenta de la calle y del número 3 ha echado para atrás a más de un posible comprador. El año pasado los obreros que trabajaban allí para instalar un ascensor, al ser entrevistados, comentaron que había algo siniestro en el edificio y en toda la calle. Se quejaban de que una obra que en principio debía durar tres meses llevaba ya casi dos años sin terminarse, y que la empresa había empezado a ir «de mal en peor» desde que estaban allí.

El responsable de la inmobiliaria, Evlogi Modev, afirmaba en unas declaraciones a un conocido portal web que no tenían ni idea del truculento pasado del inmueble «hasta que unos clientes nos cancelaron una cita después de enterarse de su fama por internet. Les daba mal rollo». Al ver que no iban a tener mucho éxito vendiendo el piso de la manera habitual, decidieron «explotar» lo que en principio era un problema para tratar de atraer a compradores interesados justo en la historia luctuosa del piso. Y al parecer en cuanto lo hicieron recibieron más de una oferta. De hecho, poco después, en el mes de junio, retiraron el anuncio, que rezaba así: «Si te gusta el riesgo, si te atreves con todo y las leyendas urbanas, aun siendo reales, no te amedrentan, te invitamos a conocer esta finca y su historia. La casa del terror se queda en un juego de niños comparado con... ¿tu futura casa?». De modo que el 3.º D tiene nuevo dueño. ¿Se pondrá de moda potenciar la venta de inmuebles con fama de malditos utilizando precisamente su historia más truculenta? No sería de extrañar. No es la primera vez que ocurre. En realidad, la inmobiliaria no ha hecho nada que no se haya hecho ya con casas a las que se ha tildado de malditas, como la célebre mansión de Amityville.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Antes de despedir esta obra me gustaría sacar conclusiones, aventurar algunas hipótesis, tratar de mirar hacia el futuro con lo que hemos aprendido del pasado y del presente. Hemos recorrido juntos un viaje a lo largo del planeta en busca de esos objetos que llaman malditos, los hemos examinado, y se ha expuesto cada caso de la forma más aséptica posible. No es fácil investigar ni sacar conclusiones claras en un campo en el que algunos datos son confusos, o sólo se cuenta con testimonios personales, a los que únicamente se puede dar crédito como una cuestión de fe. Allí donde se han encontrado datos erróneos o falsos se ha señalado, y cuando ha sido posible, se ha contrastado la información. En ocasiones hemos asistido también a un «mercado» de lo maldito; hemos visto cómo algunos objetos con fama de tales parecían servir a propósitos económicos o de otra índole en busca de cierta rentabilidad. Los hemos visto como señuelos de museos, tours de turismo paranormal, etcétera. Es un fenómeno que está ahí y que hay que señalar. Es algo, por otra parte, que responde a la fascinación que dichos objetos despiertan, y donde hay demanda surge inevitablemente la oferta.

Pese a todo, a menudo se encuentra uno con inquietantes coincidencias; lo cual tampoco implica que no exista una explicación para las mismas, pero no dejan de ser asombrosas, y a veces incluso turbadoras. No ha sido mi intención, sin embargo, a la hora de escribir esta obra ni desmentir ni apoyar la existencia de maldiciones o de esa fuerza invisible que en teoría sería la causante de las mismas. Prefiero exponer lo que tengo, o lo que he encontrado llevado por la curiosidad y que sea el propio lector el que saque sus conclusiones. ¿Por qué entonces una obra como ésta? Primero, por qué no decirlo, porque muchos disfrutamos con lo insólito, con aquello que produce asombro y, a veces, por qué no decirlo también, inquietud, incluso temor, ese vago sentimiento que nos conecta con las aguas profundas que se agitan dentro de nosotros mismos. Si uno disfruta con lo que hace, ya es razón suficiente. Ya sólo el mero hecho de indagar en ese mundo fascinante es una aventura digna de ser vivida. Pero, además, creo firmemente que el estudio de todo lo que tiene que ver con el comportamiento humano, con su pensamiento, con sus asombrosos y variopintos modos de ver el mundo, a veces cargados de terrores ancestrales, de sombras acechantes, merece la pena; porque es el estudio de nosotros mismos, de una parte de nuestra psique que podemos acallar, ocultar temporalmente, pero que es imposible cercenar.

A lo largo de estas páginas hemos visto las múltiples formas en las que puede materializarse una maldición, los objetos en los que puede anidar. Y hemos tratado de analizar qué mecanismos del pensamiento mágico se ven involucrados en la teoría y la práctica de maldecir. Hemos visto cómo la creencia de que un objeto de unas determinadas características puede albergar una fuerza invisible y dañina sigue muy viva, y creo que inevitablemente lo seguirá estando mientras perduremos como especie. Forma parte de nuestra psicología más profunda. Es universal, y atemporal. No los hemos agotado todos, sólo hemos repasado unos cuantos ejemplos, algunos de ellos muy conocidos. De hecho, la maldición y su supuesto poder se manifiestan bajo otras muchas

formas que no hemos tratado aquí y darían para otro estudio; por ejemplo, las maldiciones que no se depositan sobre un objeto o un lugar, sino que se lanzan directamente a individuos y familias enteras. Ya vimos cómo era algo habitual en Egipto lanzar maldiciones rituales contra una tribu o contra un rey o gobernador enemigo. Esta creencia ancestral ha perdurado a lo largo del tiempo. Y persiste la creencia de que toda una familia, un clan, una estirpe puede quedar maldita. Basta recordar, por ejemplo, la supuesta maldición que se decía afectaba a la casa real rusa, los Romanov. Y sigue viva aún en la supuesta maldición que habría acabado con Bruce Lee y con su hijo, o la de los Kennedy.

Y es que las viejas ideas no desaparecen, reaparecen con modelos nuevos, se adaptan a los nuevos tiempos. Puede que muchos crean que las maldiciones son algo del pasado, algo condenado a desaparecer en medio de un mundo racional y tecnológico. Pero la creencia en maldiciones, como todo lo que tiene que ver con los sustratos más profundos de nuestra psique, toma nuevas y proteicas formas, e incluso se vincula a nuestra aséptica tecnología. No hace mucho, me sorprendió ver un anuncio en eBay en el que se vendía un ordenador portátil maldito, según aseguraba el vendedor. Afirmaba en el anuncio que aparecían mensajes extraños en archivos que se creaban misteriosamente. Lo cierto es que cualquiera con unos mínimos conocimientos de programación podría simular este tipo de efectos. Pero lo realmente interesante es el hecho de que ni siquiera lo tecnológico se libra de ser objeto de maldiciones. Aún más sorprendente es encontrarse con una línea de teléfono móvil maldita. ¡Pues existe! Todos los abonados de la línea 359 888 888 888, que corresponde a Bulgaria, han fallecido de muerte violenta en el transcurso de diez años. Eso aseguran desde Mobiltel EAD, la empresa de aquel país que gestiona el número de marras, y la prensa que se ha hecho eco de tan singular noticia.

El primer propietario de este número que aparentemente todo el mundo querría por su facilidad a la hora de recordarlo fue Vladimir Grashnov, precisamente un exdirector general de la compañía. Grashnov murió de cáncer en el 2001 con tan sólo cuarenta y ocho años de edad. El siguiente abonado fue Konstantin Dimitrov, jefe de la mafia búlgara asesinado en el 2003 durante un viaje que realizó a los Países Bajos para atender sus «negocios». Murió con sólo treinta y un años. El número pasó después al abonado Konstantin Dishliev, un empresario involucrado en una operación de tráfico de cocaína que fue asesinado a tiros en 2005 cuando salía de un famoso restaurante hindú en Sofía, la capital búlgara. Al parecer los directivos de la compañía han suspendido el número asustados por la cascada de muertes violentas entre sus usuarios.

Y es que nada escapa al poder de la maldición, ni siquiera los teléfonos móviles. En los próximos años incluso es fácil que asistamos a la proliferación de aparatos y tecnología «malditos», del mismo modo que el televisor, la radio o las grabadoras acabaron convirtiéndose en medios de la llamada transcomunicación instrumental en el ámbito de la parapsicología. Estoy convencido de que seguirán surgiendo en la prensa o en portales como eBay todo tipo de objetos malditos «tradicionales», como muñecas, pinturas o muebles; pero tampoco me cabe duda de que asistiremos también al nacimiento de una nueva generación, por decirlo así, de maldiciones asociadas a la tecnología y a los nuevos tiempos. El pensamiento mágico no entiende de razones, irrumpe en nuestro mundo tecnológico adaptándose a él porque nos es innato. Ya veremos... Espero, amigo lector, que hayas disfrutado paseando por entre estas páginas al menos tanto como yo lo he hecho escribiéndolas y sumergiéndome en ese mundo de objetos a veces terroríficos y siniestros, a veces exóticos o con regusto a historia, siempre sorprendentes.

APÉNDICE. MALDICIÓN DE CARLISLE

Maldición que Gavin Dunbar, obispo de Glasgow, lanzó en 1525 contra las familias de escoceses que asaltaban las tierras próximas a la ciudad de Carlisle, un fragmento de la cual está grabada en la «Piedra de la Maldición»:

Yo maldigo su cabeza y todos los cabellos de su cabeza. Maldigo su cara, su cerebro (sus más íntimos pensamientos), su boca, su nariz, su lengua, sus dientes, su frente, sus hombros, su pecho, su corazón, su estómago, su espalda, su vientre, sus brazos, sus piernas, sus manos, sus pies, y cada parte de su cuerpo, desde la parte superior de su cabeza hasta la planta de sus pies, delante y detrás, dentro y fuera.

Yo les maldigo cuando caminan y les maldigo cuando cabalgan; les maldigo cuando están de pie y les maldigo cuando están sentados; les maldigo cuando comen y les maldigo cuando beben; les maldigo cuando se levantan, y les maldigo cuando mienten. Yo les maldigo cuando están en casa, y les maldigo cuando están fuera de casa, les maldigo cuando están dentro de la casa, y les maldigo cuando están fuera de la casa. Maldigo a sus esposas, a sus hijos y a sus sirvientes que participan en sus actos. Yo (les deseo el mal sobre) sus cultivos, su ganado, su lana, sus ovejas, sus caballos, sus cerdos, sus gansos, sus gallinas, y todo su ganado. Yo (les deseo el mal sobre) sus salones, sus cámaras, sus cocinas, sus vallas, sus graneros, sus establos, sus corrales, sus huertos de coles, sus arados, sus gradas, y los bienes y casas que les son necesarios para su sustento y bienestar.

Que todos los deseos malignos y maldiciones por conocer, desde el principio del mundo hasta esta hora se enciendan sobre ellos. ¡Que la maldición de Dios, que cayó sobre Lucifer y todos sus compañeros, que los echó del alto cielo al infierno profundo, se encienda sobre ellos.

Que el fuego y la espada que expulsaron a Adán fuera de las puertas del Paraíso, les quiten la gloria del cielo, hasta que se amansen y pacifiquen.

Que el mal que cayó sobre el maldito Caín cuando mató a su hermano Abel innecesariamente, caiga sobre ellos por la masacre innecesaria que cometen todos los días.

Que la maldición que cayó sobre el mundo todo, el hombre y la bestia, y todo lo que alguna vez tuvo vida, cuando todos se ahogaron por el diluvio de Noé, excepto Noé y su arca, caiga sobre ellos y los ahogue por sus pecados malvados, hombres y bestias, para que este reino quede libre de ellos.

Que el trueno y el relámpago que cayeron sobre Sodoma y Gomorra y todas las tierras que los rodean los queme por sus pecados viles; que llueva sobre ellos y los quemem por sus públicos pecados. Que el mal y la confusión que cayó sobre los gigantes por su opresión y por su orgullo durante la construcción de la torre de Babilonia les confunda a ellos y a todas sus obras, por su cruel y descarado desprecio y por su opresión.

Que todas las plagas que cayeron sobre el faraón y su pueblo en Egipto, sus tierras, sus cultivos y ganado, caigan sobre ellos, sus aperos, sus lugares, sus tierras, sus cultivos y ganado.

Que las aguas del río Tweed y otras aguas que utilizan les ahoguen, como el mar Rojo ahogó al faraón y al pueblo de Egipto, preservando al pueblo de Israel adoptado por Dios.

Que se abra la tierra, que les divida y se abra bajo ellos, y que se los trague y los lleve directos al infierno, como se tragó a los maldecidos Datán y Abiram, que desobedecieron a Moisés y el mandato de Dios.

Que el fuego salvaje que redujo a Thore y a sus seguidores al número de doscientos cincuenta, y de 14.000 a 7.000, usurpadores contra Moisés y Aarón, siervos de Dios, que los queme y los consuma de forma súbita a diario, por oponerse a las órdenes de Dios y de la Santa Iglesia.

Que la maldición que cayó al instante sobre Absalón, cabalgando a través del bosque contra su padre, el rey David, cuando las ramas de un árbol lo derribaron del caballo quedando colgado de sus cabellos, caiga sobre estos falsos escoceses y queden colgados de tal manera que todos puedan verlo.

Que la maldición que cayó sobre el lugarteniente de Nabucodonosor, Holofernes, por hacer la guerra y practicar la barbarie contra verdaderos hombres cristianos; la maldición que cayó sobre Judas, Pilatos, Herodes y los judíos que crucificaron a Nuestro Señor, y todas las plagas y las contrariedades que cayeron por lo tanto sobre la ciudad de Jerusalén, y sobre Simón el Mago por su traición, el sangriento Nerón, Ditius Magcensius, Olibrius, Juliano el Apóstata y el resto de los tiranos crueles que mataron y asesinaron a los santos siervos de Cristo, caiga sobre ellos por su tiranía cruel y por el asesinato de cristianos.

Y que toda la venganza que nunca fue llevada a cabo desde el principio del mundo, por los pecados abiertos y todas las plagas y pestilencias que nunca cayeron sobre hombres y bestias caigan sobre ellos por su mala conducta, sus insensatas masacres y por el derramamiento que hacen de sangre inocente.

Yo los aparto y los separo de la iglesia de Dios, y los entrego de inmediato al demonio del infierno, como el apóstol Pablo entregó Corinto. Yo los expulso fuera de la entrada de todos los lugares a los que acuden para recibir los servicios divinos y el ministerio de los sacramentos de la Santa Iglesia, excepto el sacramento del bautismo de los niños únicamente. Y prohíbo a todos los eclesiásticos que les escuchen en confesión o que les absuelvan de sus pecados, hasta que no sean humillados y subyugados primero por esta maldición.

Yo prohíbo a todos los hombres y mujeres cristianos que tengan cualquier contacto con ellos, comer, beber, hablar, rezar, yacer, ir, estar o hacer cualquier cosa con ellos, bajo pena de incurrir en pecado mortal.

Me libero de todas las obligaciones, actos, contratos, juramentos, que se les hayan hecho, ya sea por lealtad, por amabilidad o por deber personal, mientras estén sujetos a esta maldición, por la cual nadie estará obligado a ellos. Y esto será válido para todos los hombres.

Yo les arrebató y les niego todas las buenas obras que puedan hacer o hagan hasta que se les levante esta maldición.

Declaro que están excluidos de todos los maitines, misas, oraciones de la noche, funerales y otras oraciones, de los rezos de cuentas (Rosario); de todas las peregrinaciones y obras de caridad hechas o que vayan a hacerse en la Santa Iglesia o por gentes cristianas, mientras esta maldición sea efectiva.

Y, por último, les condeno a perpetuidad al profundo abismo del infierno, a permanecer allí con Lucifer y con todos sus compañeros, y que sus cuerpos penden en el patíbulo de la horca sobre los páramos. Que sean colgados primero, luego destrozados y arrastrados por perros, cerdos, y todas las bestias salvajes abominables del mundo. Y que su vela (la luz de su vida) se aparte de su vista, y sus almas se aparten del rostro de Dios, y que su buena reputación se aparte del mundo, hasta que se abstengan de pecar, como ya ha sido dicho, y que se alce sobre ellos esta terrible maldición para su satisfacción y penitencia.

BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS

Bibliografía

ADAMS III, Charles J. Philadelphia Ghost Stories, Exeter House Books, Reading, Pennsylvania, 1998.

ALFONSO X. Lapidario, Editorial Castalia, Valencia, 1970.

ARES, Nacho. La Historia Perdida II, EDAF, Madrid, 2003.

ARRIES, Javier (Francisco Javier Sierra). Ataque y Defensa Psíquicos, Ediciones Contrastes S.A, Colección NBTO dirigida por Fernando Jiménez del Oso, Madrid, 1995.

BARTHOLOMEW, Robert E. & Benjamin Radford. The Martians Have Landed!: A History of Media-Driven Panics and Hoaxes, Mc Farland, Jefferson, Carolina del Norte, 2011.

BRITTEL, Gerald. The Extraordinary Career of Ed and Lorraine Warren, iUniverse, 2002.

BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier. Guía misteriosa de Valladolid, Editorial de Urueña, Valladolid, 2010.

CHRISTENSEN, Jo-Anne. Ghost Stories of British Columbia, Dundurn Press, Toronto, 1996.

DAVID-NÉEL, Alexandra. Magos y místicos del Tíbet, Ediciones Índigo, Barcelona, 1988.

DE MORALES, Gaspar. De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas, Editora Nacional, Madrid, 1977.

FALCONI, Fabrizio. I monumenti esoterici d'Italia. Newton Compton, Roma, 2013.

FARGES, François & Thierry Piantanida. Le diamant bleu, Éditions Michel Lafon, Neuilly-sur-Seine, 2010.

FERNÁNDEZ BUENO, Lorenzo. 99 lugares encantados donde pasar una noche en vela, Editorial Planeta S.A., Barcelona, 2014.

KURIN, Richard. Hope Diamond: The Legendary History of a Cursed Gem, HarperCollins Publishers & Smithsonian Press, Nueva York, 2006.

LEWIS, Chad & Terry Fisk. The Iowa Road Guide to Haunted Locations, Unexplained Research Publishing LLC, 2007.

MAPLE, Eric. The Realm of Ghosts, Robert Hale, Londres, 1964.

MAWE, John. A treatise on diamonds and precious stones, Longman, Londres, 1823.

MOREL, Bernard. Les diamants des monarchies européennes, Muséum national d'histoire naturelle, 2001.

NESBITT, Mark. The Big Book of Pennsylvania Ghost Stories, Stackpole Books, Mechanicsburg, Pennsylvania, 2008.

PEACH, Howard. Curious Tales of Old North Yorkshire, Sigma Leisure, Wimslow, Cheshire, 2003.

RIVERA MANESCAU, Saturnino; José Manuel, Ruiz Asencio & Federico Wattenberg. Tradiciones universitarias: historias y fantasías, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1991.

SLOAN, David L. Ghosts of Key West, Phantom Press, Key West, 2012.

TAVERNIER, Jean-Baptiste. Les six voyages de Jean-Baptiste Tavernier, Gervais Clouzier et Claude Barbin, París, 1676. Los dos tomos de esta obra en formato digital son accesibles desde Gallica, la página web de la Biblioteca Nacional de Francia.

—, Recueil de plusieurs relations et traitez singuliers et curieux, G. Clouzier, París, 1679. Disponible en formato digital en Gallica, la página web de la Biblioteca Nacional de Francia.

WALLIS BUDGE, Ernest Alfred. Magia Egipcia, Humanitas, Barcelona, 1988.

Museos y lugares de interés

Belcourt of Newport. 657 Bellevue Avenue, Newport, Rhode Island 02840. Estados Unidos. Teléfono: (401) 846-0669. Web: <http://www.belcourt.com>

British Museum. Teléfono: +44 (0)20 7323 8299. Great Russell Street. London WC1B 3DG. Reino Unido. E-mail: information@britishmuseum.org. Web: <http://www.britishmuseum.org/>

Ca' Dario. Sestiere Dorsoduro, 352. Venecia. Italia

East Martello Museum. 3501 S Roosevelt Blvd. Key West, Florida 33040. Estados Unidos. Teléfono +1-305-296-3913. Web: <http://www.kwahs.org/visit/fort-east-martello/>

Kispipa Vendéglő. Restaurante donde tocaba el piano el compositor húngaro Rezső Seress, autor de Domingo Triste. En la actualidad puede verse allí un cuadro del autor y un pianista suele tocar la canción que lo hizo famoso. Dirección: Budapest 1072, Akácfa utca 38. Teléfono: +36 1 342 2587. E-mail: aubel@kispipa.hu. Web: http://www.kispipa.hu/en_index.html

Museo Arqueológico de Valladolid. Plaza Fabio Nelli, s/n, 47003 Valladolid. Teléfono: 983 33 77 20.

Museo de Arqueología del Alto Adige. Via Museo/Museumstraße 43, I-39100 Bolzano/Bozen. Teléfono: +39 0471 320 100. info@iceman.it. Web: <http://www.archaeologiemuseum.it>

Museo de la ciudad de Thirsk (donde se encuentra la silla de Thomas Busby). 14-16 Kirkgate, Thirsk, North Yorkshire YO7 1PQ. Reino Unido. Teléfono: 01845 527707. E-mail: thirskmuseum@btinternet.com. Web: <http://www.thirskmuseum.org>

Museo Quesnel. 705 Carson Avenue. Quesnel, BC V2J 2B6. Canadá. Teléfono: (250) 992-9580. Web: <http://www.quesnelmuseum.ca>

The Artist House (casa de Gene Otto). 534 Eaton Street. Key West, Florida 33040. Estados Unidos. Teléfono: (305) 296-3977 y (800) 5827882. Web: <http://www.artisthousekeywest.com>

Whaley House Museum. 2476 San Diego Ave, San Diego, California. 92110. Estados Unidos. Teléfono: +1 619-297-7511. Web: <http://whaleyhouse.org/>

Objetos malditos

Javier Arries

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Arries, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2015

ISBN: 978-84-15864-78-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

OBJETOS MALDITOS

JAVIER ARRIES

Guía de juguetes del mal
y lugares condenados



Luciérnaga